

ENTREVISTAS



La poesía *que estremece*

ENTREVISTAS A 22
PARTICIPANTES DEL XXVII
ENCUENTRO DE POETAS
IBEROAMERICANOS

PETRUVSKA SIMNE

Prólogo de José Pulido

PETRUVSKA SIMNE

La poesía
que estremece

Prólogo de José Pulido



La poesía que estremece

© Petruvska Simne, 2026, por el texto de la presente obra

© de cada poema, sus respectivos autores

© Imagen de cubierta: *Poética*, pintura de Miguel Elías

Prólogo: José Pulido

Maquetación y diseño: SeTelee (www.setelee.com)

Editado por Tiberiades, 2026

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo del editor, a excepción de los poemas aquí recogidos, cuyos derechos pertenecen a sus respectivos autores y no podrán reproducirse sin su autorización.

Prólogo

Las entrevistas de Petruvska

Cuando hornea un pastel, una torta, uno de esos panes que aprendió a elaborar amorosamente con su familia, ella sabe que estoy esperando con impaciencia y lo primero que hace, al sacar del horno la olorosa pieza, es preguntarme ¿quieres un pedazo? A sabiendas de que le diré que sí.

Perdón: estoy hablando de mi esposa, apenas un poco antes de referirme a ella como la escritora y periodista que es, porque creo que su inquietud de persona es una energía creadora: no puede estar un solo segundo sin hacer algo que ayude la existencia del prójimo, algo que invoque sensaciones satisfactorias.

Solo se le acaban las ideas y los proyectos cuando está con sus nietas porque ellas superan a la abuela en materia de agenciar estremecimientos sentimentales.

Aparte de escribir y de inventar juegos con sus nietas, lo que más le place a Petruvska Simne Jelisich es leer poesía y me consta porque la he visto hacerlo desde hace más de cincuenta años. Gracias a ella he leído los poemarios más sólidos y estremecedores que se han escrito, al menos los que hemos podido encontrar. Venezolana y balcánica a la vez, ha buscado siempre la poesía que estremece, la que produce emociones difíciles de evadir. Ella aborda la poesía como las mujeres que extraen miel de las colmenas sin cubrirse las manos y la cara ante las abejas.

También la he visto emocionada por la oportunidad de entrevistar a poetas de diversas naciones. Descubrir lo que las mujeres poetas y los hombres poetas de este tiempo están abordando con sus almas y su

lenguaje, ilumina sus días. Ya ella tuvo la idea de dar forma a un libro que en Venezuela se ha convertido en un texto de consulta: ¿Por qué escriben los escritores? publicado en el 2005 por la Fundación de la Cultura Urbana, con fotografías de Vasco Szinetar.

Petruska dirigió, a finales de los años ochenta, una página sobre libros en el diario *El Nacional* por encargo de Miguel Otero Silva y ha escrito artículos incontables sobre narrativa y poesía. También ha escrito los libros *Periodistas en su tinta* y *Periodistas en la mira*, dos obras publicadas por la editorial Alfadil.

Las entrevistas que ha realizado esta vez con poetas que han estado en los recitales de Salamanca, han sido una experiencia que convirtió el año 2025 en un escenario íntimo donde ella prosiguió aplaudiendo y celebrando las lecturas de poemas. Ella ha estado dos veces en el encuentro de Salamanca como observadora y como público y ha conocido desde muy cerca el dinamismo y la belleza de esos encuentros.

Algo que admiro de lo que ella hace, es que en pocas líneas puede definir el tono, el estilo, la voz de un poeta. Cuando hace una entrevista busca los poemas del entrevistado, de la entrevistada y los lee varias veces, inclusive en voz alta, para escucharlos como quien saborea un buen vino o una golosina.

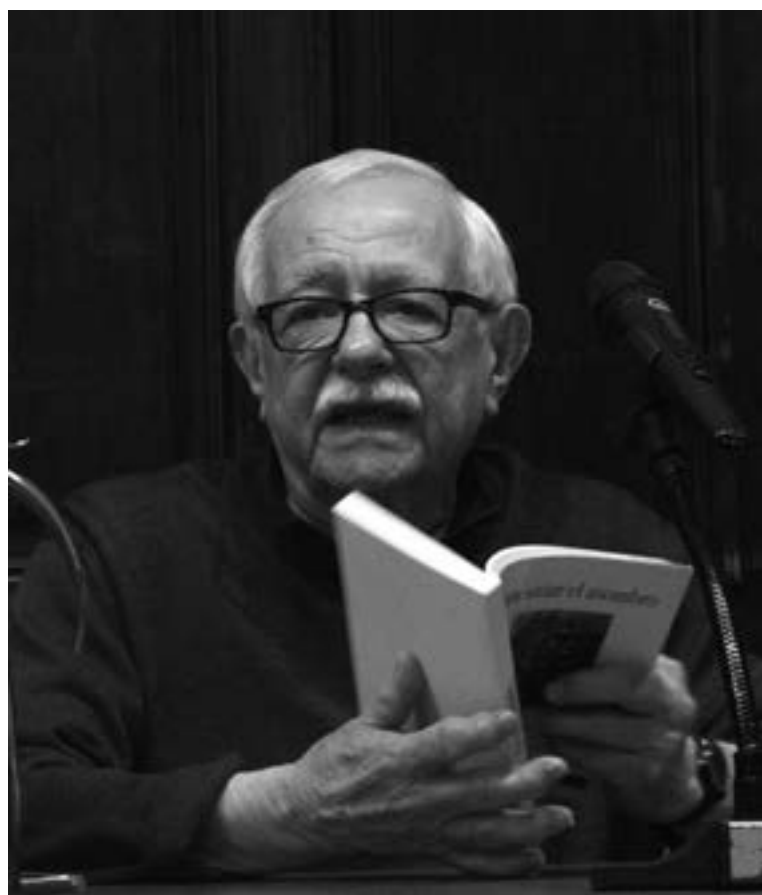
Después comienza a escribir y cuando se detiene es porque está colocando el título y a continuación me dice, para festejo personal: ¿te gustaría leer esta entrevista?

Como quien pregunta a un loco: ¿quieres ver el tamaño de la luna?

José Pulido

Génova 2025

Pío E. Serrano



Pío E. Serrano

Soy un escritor espontáneo

*Pasa a mi lado una sonrisa
y me detengo a conversar con ella.
A una señal convenida
—pues todos los encuentros son convencionales—
despejamos, escrupulosos, la incógnita callada,
y juntos asumimos las mejores maneras
que suelen confundir al desaliento.*

Pío E. Serrano

La poesía de Pío Serrano revela -y enseña- que la vida puede ser valorada en cada mínimo detalle, en cada sutil gesto, en cada mirada precisa. En sus poemas prevalece la mirada del viajero que no pertenece a ninguna ciudad permanente y muestra la fragilidad y la inestabilidad de todo lo que nos rodea y al mismo tiempo el sorprendente milagro que la vida y el ser humano protagonizan.

Poesía que evoca el espíritu que subyace en la naturaleza, en la lluvia, en un amanecer y que se caracteriza por sus imágenes precisas cargadas con la potencia que cada palabra, particularmente escogida, genera.

Pío E. Serrano convirtió su pasión por la lectura en un oficio que lo llevó a crear la editorial Verbum, dándole cabida a poetas y escritores hispanoamericanos, y asiáticos, descubriendo y vertiendo, especialmente, la literatura coreana al español.

Nació en San Luis, Cuba, 1941. Estudió en la Universidad de La Habana, donde luego fue profesor de filosofía. Es poeta, ensayista y editor. Hasta su jubilación, en 2012, fue director de la madrileña editorial Verbum. En 1996 fundó, junto al novelista cubano Jesús Díaz, la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* y también formó parte del

consejo de redacción de la revista de la Fundación Hispano-Cubana. Entre sus libros de poesía figuran: *A propia sombra* (Barcelona, 1978), *Cuaderno de viaje* (Madrid, 1981) y *Segundo cuaderno de viaje* (Madrid, 1987). Ese mismo año el Instituto de Cooperación Iberoamericana publicó sus tres libros bajo el título *Poesía reunida* (Ediciones Cultura Hispánica). Poemas posteriores los ha publicado en varias antologías aparecidas en España, Portugal, Corea y América Latina. Como antólogo publicó, en 2014, *Poesía completa*, de Gastón Baquero, para conmemorar su Centenario.

¿Cómo vivió su infancia?

En general, tuve una infancia feliz. Todo lo feliz que puede ser una criatura de clase media baja. Mi padre era empleado de una empresa de autobuses y mi madre, nacida en Canarias, era hija de campesinos canarios emigrados a Cuba, poseedores de suficientes áreas de cultivo como para dar de comer a sus tres hijos y cuatro hijas, donde pasaba mis vacaciones de verano. Lo mejor de la finca de los abuelos es que se encontraba en una zona abrupta de la provincia de Oriente, de difícil acceso, adonde no llegaban la electricidad ni el agua corriente, pero que no le faltaba la luz, suplida por los variados quinqués, algunos provistos de tubos de cristal pintados con sorprendentes motivos florales, a veces como flotando sobre la cortina de humo que imprimía su interior; ni agua, que se acarreaba desde un cercano pozo. Sí, allí aprendí la soledad acompañada de la vida rural, los misterios de la noche cerrada, las inobjetables sorpresas que te depara la naturaleza y la dócil compañía de los animales domésticos. Luego, los nueve meses restantes en la costumbre mansa de un pueblo del interior de La Habana.

¿Cómo fue su etapa de adolescente?

De una primera experiencia de íntima religiosidad, ya en los grados intermedios del bachillerato -los dos años finales de la dictadura de Batista-, adquirí, digamos, una incierta conciencia social puesta en práctica en una célula juvenil de resistencia, cuyo mayor desafío al régimen consistió en correr delante de unos pocos policías que disolvían

las manifestaciones estudiantiles de protesta. Por lo demás, rechazo a las matemáticas y el corazón sucesivamente destrozado por lindas compañeritas, salpicadas sus mejillas por la insolencia del acné. Y la amistad juramentada para toda la vida de un pequeño grupo de amigos, hasta que nos disolvimos por caminos distintos en la universidad.

¿Quién leyó sus poemas iniciales?

Durante mucho tiempo he sido renuente a agredir a mis amigos con espontáneas lecturas de poemas. Por pudor, decoro o timidez no compartí mi escritura hasta los primeros años de Facultad, cuando algunas revistas me invitaron a publicar.

¿En qué momento supo que la poesía sería su destino?

Nunca. Siempre he considerado la poesía como una compañera, desagradecida las más de las veces; generosa, pocas.

¿Cómo fue el proceso de la escritura de su primer libro A propia sombra, publicado cuatro años después de su exilio?

Antes de partir al exilio se publicaron poemas míos en varias revistas literarias, en antologías y un libro quedó secuestrado en los talleres de impresión. Algunos de estos poemas ‘cubanos’ integraron este primer libro, a los que se añadieron unos pocos escritos y publicados en España, y otros que permanecían inéditos. Un proceso que solo respondía a la nostalgia y a las todavía frescas revelaciones.

Para un poeta, un escritor, un artista, es de gran importancia la experiencia de vivir en otros países para comprender otros puntos de vista y mirar la realidad desde otra perspectiva. ¿Cómo vivió usted la poesía a partir de su condición de exilado?

Creo que el exilio es una escuela, un tránsito; una circunstancia que nos mejora, nos completa. Digo con Quasimodo, “Aspro è l’esilio”, pero me reconcilio con sus provocaciones y, como los centenares ojos de las moscas, multiplico el lento aprendizaje de esas nuevas perspectivas, como si de un nervioso, vivo, patchwork se tratase. Y en ello consiste la poesía del exiliado, cierto que yo he tenido el privilegio de

exiliarme en el ámbito de mi lengua. Qué otra cosa pudo haber sido de tratarse de un caso como el de Conrad o Nabokv, aunque Brodsky sí llegó a escribir poesías en inglés.

¿Cuál de sus libros le parece que es el que mejor lo define?

Más que en un libro, creo haber logrado en algunas secciones o partes de mis libros una más acertada correspondencia entre mi intención expresiva y su escritura. Así, destacaría la sección “La sagrada familia”; las secciones “Exilios” y “Visita a Lezama Lima” y “Haykus del silencio” y “Arte y literatura”, todas integradas en mis libros.

¿Cómo vive el proceso de su escritura, toma apuntes, reescribe?

Generalmente, soy un escritor espontáneo; motivado por una lectura, una experiencia, una emoción, de las que tomo nota y bosquejo el germen de un poema sobre el que volveré hasta creer que está terminado. Aunque, lo cierto es que un poema no cobra vida más que en la recepción del lector, de cada lector.

¿Cómo editor recuerda algún libro que le haya dado especial satisfacción de publicar?

Entre otros, los tres volúmenes de la Antología de la poesía cubana de José Lezama Lima, los dos volúmenes de *Poesía completa* y *Ensayos selectos* de Gastón Baquero; la *Historia de la literatura coreana*, la primera en español, de Maurizio Riotto, y la nueva traducción de las *Mil y una noches*, premiada por varios países árabes. No puedo dejar de mencionar *Reflexiones maquiavélicas*, el luminoso y provocador poemario de Pedro Shimose. Tampoco olvido *Adiós, mi Habana*, eficaces viñetas que relatan la crónica de un desencanto, escrita e ilustrada por Anna Veltfort.

¿Cuándo comenzó a leer a autores orientales?

Desde los primeros años de facultad. Por supuesto, las primeras lecturas fueron de autores chinos, alentadas seguramente por quien fuera uno de los divulgadores, sino el mayor, de la literatura y la cultura

chinas, Lin Yutang, del que leí sus principales novelas. Las puertas al Japón, me las abrió un Breviario del Fondo de Cultura Económica, La literatura japonesa del gran japonólogo occidental, Donald Keene. Para el conocimiento de la literatura coreana, debí aguardar hasta 1987, cuando, como editor, conocí a un autor coreano, Kim Chumsu, gracias al cual inicié y he continuado una entusiasta relación con la cultura, la historia y la literatura de ese extraordinario país.

¿Qué le han aportado sus lecturas de esos autores orientales a su poesía?

La lectura de los poetas clásicos chinos, en particular los de la dinastía Tang -Li Bai, Li Tai Po, Tu Fu, Po Chu Yi, Wang Wei, Li Kiu Ling..., o el japonés Matsuo Basho-, en cuyos poemas admiré el carácter alusivo de su expresión, la sencillez que encierra complejidades; la calidez en el tratamiento de temas como la nostalgia, la añoranza, la fugacidad del tiempo, la celebración del vino y la amistad. No se puede ignorar que la poesía clásica china es madre y fuente de la japonesa y coreana, aunque cada una la asimilara y desarrollara con sus propios registros.

¿Esas lecturas le han cambiado su visión de la poesía?

Esas virtudes todas que he admirado en los clásicos chinos han alimentado mi visión de la poesía, aunque no pueda presumir que, por torpeza mía, las haya asimilado.

¿Qué le da miedo?

El miedo, todo tipo de miedos, nos debilitan y entristecen. Nos hacen pesimistas. Por decir algo, a veces siento miedo de ser injusto con alguien sin proponérmelo.

¿Se ha vuelto más escéptico con los años, más crítico con la vida?

Me protejo contra el pesimismo y cultivo un optimismo razonable. Me explico: la existencia es la suma de todas las eventualidades que nos vienen de fuera, aquellas sobre las que no podemos ejercer control algu-

no y, en paralelo, la cifra de aquellas que responden a nuestra voluntad y deseo. Las primeras suelen ser inevitables; las segundas, controlables, exigen el dominio de la voluntad y el deseo.

¿Qué significa para usted el homenaje que le hacen en este XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos en Salamanca?

Cuando, para sorpresa mía, en octubre de 2014 fui honrado por el Ayuntamiento de Salamanca al concederme la condición de Huésped Distinguido, de pronto me vinieron a la mente las sucesivas visitas a una ciudad que siempre me recibía con la calidez de un viejo familiar y con el abrazo de acogida de recientes amigos, aunque pronto parecieran compañías de solera. Entre los primeros, el poeta Alfredo Pérez Alencart, Jacqueline Alencar Polanco, los profesores don Alfonso Ortega Carmona y doña Carmen Ruiz Barrionuevo, así como la actual concejala Emérita, doña Pilar Fernández Labrador. Sí, esta honra tiene la generosidad de instalar una muestra de mi poesía en la compañía coral de un puñado de excelentes poetas amigos. La singularidad de este encuentro para mí se enriquece al compartir el Homenaje con el poeta avileño, José María Muñoz Quirós, compañero de tantas celebraciones salmantinas.

¿Sueña con regresar a La Habana?

Durante mis primeros años de exilio todo sueño se convertía en pesadilla. La repetida imagen catatónica, imposibilitada de moverse, de avanzar hacia un avión al que no llegaba abordar.

¿Qué es lo que más echa en falta de Cuba: los amigos, el paisaje, el mar?

A veces extraño el estruendo de su luz; otras, la tamizada claridad del mediodía durante los meses finales del año. El olor de la lluvia, de los aguaceros relampagueantes, súbitos, fragancias de tierra y maderas. La intimidad de algunas calles.

¿Ha leído a los nuevos poetas cubanos? ¿qué le parecen?

En lo posible, procuro estar al tanto de lo que escriben los jóvenes poetas, dentro o fuera de Cuba, y puedo asegurar que en muchos de ellos descubro la consistencia de una vocación, los aciertos con que buscan la autenticidad de su renovadora expresión.

¿Cree que en Cuba a corto plazo se realice un cambio de gobierno?

Me cuido de no confundir mis deseos con la realidad. Prefiero dejarme sorprender.

¿Cuál es su impresión de la influencia cubana en Venezuela?

Para ello tendré que retrotraerme a las décadas del 60 y del 70, durante las cuales, a partir primero de los hostigamientos y a continuación de frentes guerrilleros alentados, entrenados y armados por Cuba para acosar la presidencia de Rómulo Betancourt. En 1998, ante el fracaso de las teorías foquistas y guerrilleras, Cuba influye en los movimientos revolucionarios del continente para cambiar el modelo de acceso al poder. Hugo Chávez, electo por las urnas, pone en práctica el modelo que consiste en violentar la Constitución y, desde esa 'legalidad', progresivamente vaciar los resortes democráticos y sustituirlos por los propios de un gobierno autocrático, así hasta avanzar hacia la grotesca bufonada que interpreta Maduro, según guion cubano.

¿Ahora tiene más tiempo para escribir?

Pues depende del género. Por mi trabajo como editor tengo que generar numerosos textos de interpretación y análisis, reflexiones, breves ensayos sobre materias varias. En ese sentido, la poesía no es una prioridad, y se introduce, provocadora, allí donde nadie la espera.

¿Piensa que hace falta la crítica literaria en los medios de comunicación?

Siempre es saludable, incluso higiénica, la crítica literaria ejercida desde los diversos medios de comunicación por quienes, por su formación y experiencia, confirman el aserto de ser intérpretes de una obra al tiempo que mediadores entre el autor y el lector.

¿Cómo editor le fue fácil publicar sus poemarios o tuvo atrasos y promesas falsas?

Nunca es fácil y a veces enojoso; si bien, otras, surge un ángel que te abre las puertas. No desesperar es mi sugerencia a todo poeta joven.

¿Por qué escribe?

Me acojo a la respuesta que el poeta cubano Lezama Lima acostumbraba ofrecer -por supuesto, más elaborada- a preguntas similares. Escribo por apetito, para vencer una resistencia o rendirme a una provocación.

Poemas de *Chin*

1

Corre en el río
la memoria de la ciudad.
Restos de la historia.
Una turbia melancolía pasa a mi lado.

2

Las grises estructuras
—vidrio y acero—
anuncian el futuro.
La gabarra cercana
suspira quejumbrosa.

3

Un hombre en la muchedumbre.
Una isla en la avenida Nanking.

4

Las grúas rojas

todo lo quieren elevar.

El nuevo coolí

pasa en bicicleta.

5

El “Xian Jian Zhen”

—diseñado para los cruceros en el Mar del Este—

todo de blanco, y luminoso.

De la barcaza anónima y a oscuras

brotó un delgado humo.

Humilde calidez.

6

para Aurora

El largo río

entre las delgadas siluetas de las cumbres.

El largo río

que limpia las ciudades, su memoria.

El largo río

que humedece mis poros, y es sangre.

El largo río,

entre duraznos y cerezos, serpenteante.

El largo río que de tus brazos

fluye y me anega, reposo manso,

que me envuelve y alimenta.

7

Las montañas de Xian,

frágiles hilos, densidad de niebla.

Un suspiro pudiera quebrarlas.

8

Los guerreros de terracota
—diez mil repite el guía—
aguardan callados,
hieráticos,
una llamada, un grito.
El leve roce de sus afiladas armas,
inquietante murmullo,
apenas perceptible.
Alertas en su noche perenne,
sueño de barro y metal,
despertarán un día.

9

El Emperador se aburre.
Los minuciosos eunucos sacuden el aire
de los estrechos corredores
con el presuroso batir de su ropaje.
Las concubinas se recogen en el último pabellón.
Los monjes se refugian en sus mantras
y los mandarines en la soledad
de sus vetustas analectas.
El Hijo del Cielo se aburre
y un hilo de sangre
sonríe en el hacha del verdugo.

10

La vihuela,
lengua de seda.
Madera de sol
y viento.
Gime y suspira.

11

El joven monje,
resplandor naranja,
sonríe a nadie,
se pierde entre columnas.
Bermellón y azul.
Pasa entre nosotros,
como si flotara.

12

La flauta de bambú,
río sereno navegado por la luna

13

La cítara ilumina tus manos,
deshojas el silencio.

14

El monje anciano,
sentado ante la puerta,
no aguarda nada.
Quieto, sonríe a todos.

15

En la plaza de Tiannanmen
escucho la sombra sangrante de un grito,
la estéril huella de un carro de combate,
la desolada mirada de un hombre
que detiene el trueno.
En una esquina, la cálida mano de una madre
baja el calzón de un niño,
que riega de futuro la piedra maculada
y sonríe.

José María Muñoz Quirós



José María Muñoz Quirós

Mi destino personal y profundo
es escribir

*En el silencio limpio de mi casa
el tiempo inicia su huida hacia el pasado,
pájaro en el secreto de una rama,
pájaro en la palabra musical de la nieve,
en el abismo por donde asoma
su pico al aire.*

José María Muñoz Quirós

La poesía de José María Muñoz Quirós es una punta de flecha que se forja en el fuego vivencial de la palabra. Hurga en todo aquello que nos hace humanos para enfatizar nuestra esencia como parte de la maravilla de existir rodeados de incógnitas y verdades.

Es una poesía de búsquedas, de revelaciones y al mismo tiempo de señalar lo hermoso de esta misteriosa existencia que no sucumbe ante lo transitorio y breve de la vida.

No es una poesía de leer a la ligera, pasando las páginas unas tras otras vertiginosamente, buscando súbitas gratificaciones sensoriales, como se pretende en estos tiempos en los que la inmediatez es la medida de las cosas; es una poesía reflexiva que se agranda en una segunda, en una tercera y en sucesivas lecturas, hasta convertirse en la propuesta que cada lector se apropia como parte de su experiencia personal. Es imperativo, por eso, tomarse el tiempo necesario para saborear la metáfora, para celebrar la imagen poética, para compartir una visión, muchas veces tortuosa, de la realidad.

Es una poesía sin miedos y sin ambages, que se nutre de lo que nos agobia, de la inutilidad de falsas esperanzas.

José María Muñoz Quirós es un hombre infinitamente discreto, un hombre tranquilo que minimiza sus logros y disfruta totalmente de la compañía de sus amigos poetas, pintores, artistas, y sobre todo de su familia. Desde la adolescencia asumió la poesía como un destino cierto. Llenar cuadernos, hojas sueltas, o diarios, ha sido una costumbre imbricada en su forma de ser. Una absoluta disciplina que ha permitido transformar cada minuto invertido en un poemario en el que muestra su andadura interior.

Entre sus libros publicados se encuentran: *Razón de luna* (1984), *La estancia* (1985), *Carpe diem* (1987), *Naufragios y otras islas* (1988), *Ritual de los espejos* (1991), *Mar habitable* (1993), *Memorial* (1995), *El sueño del guerrero* (1995), *Rosa rosae* (1995), *Quince años no es nada* (1997), *Dibujo de la luz* (1998), *El cuaderno de invierno* (2000), *En Ávila mis ojos* (2000), *Material reservado* (2000), *El don de la palabra* (2002), *Celada de piedra* (2005), *Ausencias* (2007), *La soledad del pájaro* (2007), *El color de la noche* (2008), *El rostro de la niebla* (2009). *El temblor de las libélulas* (2011), *El Sueño de los Árboles* (2022).

Es, además, licenciado en Filología hispánica por la Universidad de Salamanca, Catedrático de lengua y Literatura, doctor en Teoría de la literatura (Universidad de Valladolid), director de la revista de artes y letras *El Cobaya* y presidente de la Academia de Poesía “Juglares de Fontiveros”.

Entre sus premios podemos mencionar: Accésit del premio “Adonais” (1990), Premio Nacional de poesía “Tiflos” (1997), Premio Internacional de poesía San Lesmes, Abad, Premio Fray Luis de León de la Junta de Castilla y León. (1997), Premio Internacional de poesía “Jaime Gil de Biedma” (1998), Premio internacional san Juan de la Cruz (2005), Premio “Ciudad de Salamanca (2007), Premio Alfons el Magnanim Valencia (2009), Premio Internacional de poesía Rafael Morales. Talavera de la reina (2016), Premio de las Letras Teresa de Ávila (2018).

¿Qué recuerdo lleva marcado de su infancia?

La infancia es el territorio más intenso de la vida de los hombres y en ese paraíso, que perdemos al asumir la vida, queda la memoria que ha fructificado en la inocencia y en la verdad. Recuerdo de manera absoluta y hermosa la presencia de mi madre, su luz y su seguridad, sus palabras siempre.

¿La casa de su infancia estuvo llena de libros?

En mi infancia, en mi casa, no había muchos libros, pero los fuimos adquiriendo según ampliábamos los estudios mis hermanos y yo, y de manera muy especial yo, que enseguida inicié la biblioteca que sigo completando hasta hoy. La escuela sí tenía una buena biblioteca y leíamos constantemente en ella.

¿Es usted el único poeta de su familia?

Yo soy el único miembro de mi familia que escribe poesía. Una de mis hijas es buena lectora y escribe algunas cosas, pero no sé si desarrollará su capacidad expresiva. No tengo antecedentes, que yo tenga noticia.

¿En la sobremesa de los domingos hablan de poesía?

La poesía no es un tema habitual en la familia, si bien a veces hablamos de ella, sobre todo si hay amigos poetas, artistas y músicos que, con frecuencia, vienen a casa o aprovechamos cualquier tertulia en los lugares en los que compartimos amistad, vino y palabras.

La poesía sí que es un tema muy frecuente en mi vida cotidiana en la que convivo sobre todo con escritores y artistas.

¿Quién leyó sus primeros poemas?

Mis primeros poemas los leyó un profesor en tercero de bachillerato (trece años) y esto fue decisivo para proseguir mi camino hacia la poesía.

¿Recuerda la primera vez que estuvo realmente satisfecho con un poema suyo?

No tengo memoria de haber estado nunca, ni tan siquiera ahora, satisfecho de un poema: siempre me parece que es mejorable, que hay que aprender más, leer más, pensar más, escribir también más...

¿Toma apuntes para escribir o reescribe y reescribe hasta estar satisfecho con el poema?

Mi trabajo siempre es manual en un inicio de escritura, en agendas y cuadernos que siempre llevo conmigo. Una vez acabado el proyecto (yo siempre pienso en forma de libro, de unión, de conjunto) lo paso a un documento en el ordenador, y desde ese momento comienza el pulido y rastreo del poema final, que nunca llega, pero que en algún momento, cuando va a publicarse, tiene que finalizar.

¿Qué libro lo ha acompañado a lo largo de su vida?

Me han acompañado varios libros, y me siguen acompañando, los poemas de san Juan de la Cruz, *Platero y yo*, *La Divina Comedia* y antologías de los grandes poemas de la historia de la poesía.

¿Cuál de sus libros siente que lo define a usted como poeta?

Mi mundo poético, creo, no es un solo verso, ni poema, ni libro: yo entiendo mi labor como un itinerario constante, como un devenir en la palabra fundadora, como un camino que es preciso recorrer hasta donde la vida me deje. Todos mis libros son un capítulo diferente y necesario de esa biografía que es la poesía en mí.

¿Cuánto de Ávila, su ciudad natal, hay en su poesía?

Mi ciudad es un espacio vital y enormemente poético. No olvidemos que es la cuna del misticismo de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y que toda ella es un gran testimonio de la belleza y el pensamiento, de la luz y del silencio.

Como dijo Jorge Santallana (y yo lo tomo para uno de mis libros) necesitamos un “locus standi”, es decir, un lugar para comprender, mi-

rar, intuir y sentir el mundo. Y de la misma manera que para él era Ávila, también lo es para mí esta ciudad medieval y misteriosa, intensa y lúcida, callada y mágica a la vez.

¿Da para vivir ser poeta?

Ser poeta no da apenas para nada, es un género literario (¿o tal vez no es un género...?) que no tiene capacidad comercial, sí un público muy especial, pero no un circuito literario como la novela, que cuenta con un público que sigue este tipo de libros y los utiliza para su vida cotidiana.

Yo creo que debe ser así: el lector de poesía es un lector “necesitado” de la palabra, consustancial a su vivencia, a su esencia. Es un tema que requeriría un desarrollo amplio, un debate y una consideración especial.

Los aledaños: conferencias, colaboraciones con empresas y libros de artista... pueden dar, además de enormes alegrías y un prestigio necesario, el conocimiento de un modo peculiar de estar en la vida, pero no da para vivir.

Hoy ¿está de moda ser poeta?

No sé si está de moda, pero sí que muchas personas adoptan una condición y una postura que se acerca a ese calificativo. Es más una pose que una verdad poética, una esencialidad y un modo de mirar, de ser, de contemplar y de vivir. Es un “estar” en la poesía, no un “ser” poético.

¿Le ha resultado difícil publicar sus poemarios?

En mis orígenes de escritura, cuando se inicia el itinerario vital del poeta, fue muy difícil; yo recurrí a los premios literarios con publicación y así conseguí editar mis primeros libros. Después todo es más fácil, se interesan por tu obra y te piden, muchas veces, que les envíes un original. Pero los orígenes son complejos y solitarios en el terreno de la edición. Yo no soy partidario de las ediciones del autor, pagadas y

sacadas con su esfuerzo. Debería haber otra política editorial. Lo más difícil de un libro es siempre su difusión y su distribución.

Hay voces que afirman que los concursos literarios están amañados, ¿Qué opina usted?

Hay que distinguir la tipología de premios literarios: de una editorial, premios oficiales, de un organismo local, municipal, comunitario, de un grupo cultural, de una firma comercial... la tipología diseña el modo de concederse. También la cuantía económica, el sentido de esa publicación... Todo ello repercute en el nivel de "intervención" que tiene cada galardón... Pero a pesar de todo yo creo que sí que hay premios en los que se puede creer, en los que el jurado (que debe ser el responsable) lo haga con honestidad. Yo participo en muchos jurados y puedo afirmar que, al menos en los que yo estoy, intentamos, ante todo, buscar el mejor libro, la mejor poesía que a todos actuemos con el máximo rigor, a pesar de que un jurado no es infalible y puede, y de hecho sucede, que se equivoque.

¿Qué significa para usted este homenaje que le rinden en el XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos, en Salamanca?

Yo estoy enormemente agradecido y feliz de este homenaje en el seno del encuentro de Salamanca, donde la poesía es el centro, y está presente el mundo iberoamericano y todo lo que ello significa, constituyendo un motivo muy importante de celebración y de poesía. Yo solo tengo palabras de agradecimiento a quienes lo han hecho posible.

¿Qué le da miedo?

La palabra miedo forma parte de la condición humana, está en la base de su hacer y de su sentir. Tener miedo es temer que algo que no deseas suceda, y todos lo sentimos, mucho más en estos tiempos tan complejos, tan convulsos, tan llenos de inseguridades... Algo concreto que me dé miedo es difícil de señalar. Tal vez lo que más miedo me da es la mentira, el terror de quienes dominan el mundo y que no conocemos, los que en la sombra deciden quién puede alimentarse o quién

debe morir de hambre, las guerras que se alimentan de las armas fabricadas para hacer la guerra la guerra. El dolor de la tragedia y el terror de la enfermedad. Todo aquello que destruye el sentido fraternal de la humanidad y degrada al ser humano hasta destruirlo.

¿Le molestan estos tiempos, inmersos en redes sociales?

Me preocupa mucho el descontrol de las redes sociales, es decir, la locura desmesurada de una sociedad de lo inmediato, de lo aparentemente universal y que solo es una mezquina insensatez. Creo que las redes sociales y todo lo que implanta esta era de la tecnología debería ser para hacernos mejor la vida, para centrarnos en lo verdaderamente importante. El riesgo es que está ya creando una confusión sin precedentes, un caos emocional, un sentido equívoco de la vida, y que si no lo reparamos, y no sé si estamos a tiempo, nos puede destruir y deshumanizar de tal manera que el mundo sea otro y otros sus habitantes.

Lo único deseable es que se encuentren formas y modos de hacer de todo este maremágnum que estamos viviendo una salida que nos conduzca a la dignidad y a una vida verdadera.

¿Por qué escribe?

Yo tan solo sé que mi destino personal y profundo es escribir, sin un porqué, sin que necesite saberlo, sin tan siquiera que yo me lo pregunte para cerciorarme. Escribir es un estado del ser, una precisa mirada sobre la vida, las cosas y los seres humanos, sobre mí mismo. Tal vez escriba para reconocermé y de esa manera poder reconocer todo lo demás.

Poemas del libro

El sueño de los árboles

La inmensidad de las noches
puebla mi corazón
de pájaros oscuros.

Alud de nieve negra.

Nada condena
esta manera de vivir,
y es seguro que a nada lleva
este vagar por los bosques del mundo,
por los caminos de otra mañana sin aurora.
(La soledad)

Hemos bañado la esperanza.

Hemos retornado a lo perdido
y nadie acude,
y nadie está cercano en este instante.

Reafirmas la verdad de ese misterio
en los ojos del mundo.
(Los ojos del misterio)

Atravesando el muro
de los ojos que no miran,
que nada saben,
que atrapan el temblor de su ruta
por los días más claros.

Atravesando el muro
en sus pasos perdidos,

en el remoto itinerario
donde pisas la luz
y queda el fiel reflejo
de un resplandor baldío.

(Pasos perdidos)

Siempre es en ese tiempo
donde queda presentida la vida,
donde nace la incógnita
que se adueña de las cosas más libres,
que se abraza a una prisión sin rejas,
que ha precisado siglos de morir lentamente
para seguir viviendo.

Plenitud que he podido vivir en esos años.
¿Hasta cuándo ese momento será lo más hermoso?
No habrá recuerdos nunca.

Nunca podrá engendrarse más amor en su origen.
Será imposible caminar en la noche.

¿Hasta dónde se extiende su ternura pequeña?

Me quedo esperanzado frente al tiempo que vuelve.

(Retornos)

La noche es vivir en este encuentro: a veces luz,
y otros días oscuridad
tan negra como tiznados besos.

Ha pasado la vida.

Quienes habitan en tu espacio saben
que fuiste atravesando esos caminos,
cubriéndolos de dudas y de miedos,

de claridades limpias y diáfanas,
de telones de humo.

El mundo así se ha hecho para los indefensos.

Mantienes la memoria
y luego la fragancia del pasado se transforma
en olvido. La larga ausencia elige
volver secretamente hasta donde tú vives.
(Volver al inicio)

“Lo hermoso, aquello que no puede compararse”.

Asume la poesía lo que nombra su existir, lo que forma el conjunto
indómito de su curiosidad por la vida, por sus extraños modos de
pervivir en lo que sucede cada instante, lo que puebla la emoción del
tiempo sucumbiendo en los sueños, haciendo posible que ahora surja
la vibración de las palabras.

Asume la poesía
como la rebelión de la mirada,
como el florecimiento insondable
de la luz
en el oscuro preludio
donde se asombra el mundo.
(Surgimiento)

“Después de todo, todo ha sido nada,

A pesar de que un día lo fue todo."

Quisiera que mi noche fuese día
y que mi día fuese oscura noche,
que la luz se apagase en cada noche
y la sombra muriese en cada día.

Que la música triste de otro día
renaciese en el alba de otra noche,
y que al volcarse el tiempo siempre en noche
se encendiese de nuevo siempre en día.

Quisiera que el dormir en esta noche
retornase fecundo en otro día,
que todo lo que es noche se haga día,
que todo lo que es día se haga noche.

La voz del mundo cesa cuando el día
duerme callado en brazos de la noche.
(Noche y día.)

Vito Davoli



Vito Davoli

En poesía no se puede mentir

Quiero probarlo

*Un beso en la mano del presente
listo a cada segundo para darte la mano.
Allí donde todo pide detenerte
germina el deseo de pasar.
Sin ni una deuda.
Sin ningún crédito.
Marcharse así,
¿qué hay mejor?
Cuanto amor necesita el alma
para no poder contenerlo más?
Quiero probarlo
porque cuando estaré listo a saludar
ya no me iré dejando aquí un rostro fruncido.*

Vito Davoli

Con su *Trilogía de las Contradicciones*, Vito Davoli ocupa un lugar preponderante en el ámbito literario italiano, lo corroboran los análisis y los estudios críticos sobre sus poemarios, realizados por los más prestigiosos intelectuales de la actualidad italiana, además del constante trabajo que realiza para difundir libros de autores determinantes.

Vito Davoli es poeta, periodista, crítico literario, traductor y diseñador y si nos fijamos bien en su hoja de vida podemos darnos cuenta del tiempo que ha empleado en difundir la palabra poética, con el placer de revelar al lector un nuevo poemario de algún autor poco conocido, de fundar y editar nuevas publicaciones, como la revista *Pubblicazioni Letterarie*, de copilar, junto con Daniele Giancane, un libro de cuen-

tos surrealistas, *Surrealia: Señales del más allá y otros relatos*, nacidos de un taller que ha producido este conjunto de narraciones amenas y fascinantes. Ese libro fue traducido al español por Carolina La Rosa Montilla y Jorge Ledezma.

Además, Davoli fue redactor de la revista *La Vallisa*; hoy es presidente de la asociación cultural Verso Levante APS y director de la revista La Calce e il Dado.

Su poemario *Contraddizioni* fue publicado por Edición Leucó, Molfetta, en 2001, y la segunda edición de 2021 con lecturas críticas de los más renombrados intelectuales italianos.

En 2022 edita, junto a Beppe Costa, la antología internacional *D'amori, di delitti, di passioni* que recoge entrevistas de poetas de todo el mundo, y el mismo Costa lo invita a editar la serie *Indediti Rari e Diversi*, fundada y editada por Costa junto a Dario Bellezza hasta su muerte. Ese mismo año publica su segundo poemario *Carne e sangue* por la editorial Tabula Fati.

Publicó la plaqueta bilingüe *Intr-un pumn de furie - In un pugno di rabbia*, por Editura Cosmopoli, Bucarest, y en español, la colección *La carne y el espíritu*, una colección de lecturas críticas de todo el mundo iberoamericano sobre la poesía del poeta hispano peruano Alfredo Pérez Alencart, de la que actualmente se encuentra traduciendo la versión italiana.

Junto con Marco Cinque, activista y periodista de *il Manifesto*, con quien ya había editado las ediciones de la antología *SignorNò*, contra el uso de las armas, edita el proyecto poético y solidario *Il buio della ragione: testimonios y poemas contra la tortura de todo el mundo*, cuyos beneficios se donarán a la asociación Gazzella Onlus que se ocupa de los niños víctimas de la violencia de guerra en Palestina.

Para Cambridge Stanford Books traduce actualmente el volumen *The History of Slavery*. Próximamente se publicará un estudio epigráfico sobre la piratería helenística del siglo III antes de Cristo y el tercer volumen de la *Trilogía de las Contradicciones*, titulado *Cinco minutos después*. Davoli participó en el XXVI Encuentro de Poetas Iberoamericanos de Salamanca.

¿Cómo fue su infancia?

Diría excelente, teniendo en cuenta que el destino podría haberme reservado un lugar especial en una bolsa dentro de un contenedor de basura o quién sabe qué más. La puerta de un orfanato fue decididamente más benévola.

Fui adoptado con apenas tres meses de nacido y a partir de ese momento diría que mi segunda oportunidad me reservaba sorpresas muy generosas: desde una familia maravillosa a la que le debo todo, hasta la posibilidad de dedicarme a los estudios y a todas las pasiones que me han acompañado hasta el día de hoy.

¿Cuál fue el primer poema que lo cautivó?

En realidad, no fue un poema. Recuerdo perfectamente un momento determinante de mi adolescencia: escuchar Notturmo Op.9, N°2 de Chopin cuando, en ese momento, sólo escuchaba música rock. Al mismo tiempo me hice cercano a Petrarca y me enamoré de su poesía. Luego —muy brevemente— llegó García Lorca: el alma se incendió y todo cambió. A partir de entonces leí cada verso que llegó a mis manos: desde los antiguos (que ya conocía por mis estudios) a los contemporáneos hasta el punto de que la poesía es mi fiel compañera en el día a día.

¿Qué comentarios o críticas han hecho sus amigos y lectores sobre sus primeros libros?

Tuve la suerte de que mi primer libro *Contraddizioni* acabara en manos de uno de los más grandes críticos literarios italianos, a principios del año 2000: Giorgio Bàberi Squarotti me escribió que lo había leído y le había gustado mucho, añadiendo algunos consejos muy útiles, lo cual fue absolutamente esclarecedor para mí. A partir de entonces, varios críticos tuvieron la paciencia y generosidad de leerme y dejarme saber sus opiniones, afortunadamente, siempre muy benévolas. Lamentablemente solo mi esposa dice que no entiende lo que escribo, ja ja ja...

¿Hay algún poeta que le haya influido especialmente?

Sí, por supuesto. Antes de escribir, siempre es necesaria la inmersión total en la lectura, que es la mejor maestra para quien quiera intentar escribir poesía. Es inevitable que esa lectura, o más bien esas lecturas, dejen sedimentos que tarde o temprano afloran en la fase de escritura. No sabría decir si de forma consciente o no. Además de los poetas ya mencionados, puedo decir sin duda que me fascinan muchos poetas contemporáneos, algunos de ellos que conocí personalmente, también la poesía del siglo XX (de Montale a Luzi, de Ungaretti a Gatto, de Caproni a Giudici...). Entre mis compatriotas, sin duda Bodini. Y Scotellaro, de Lucania, (denominada actualmente Basilicata). Volviendo atrás, pienso también en los clásicos griegos y latinos, en los líricos, en Catulo, Horacio, Safo: realmente son demasiados para enumerar todos los poetas que pueblan mi Olimpo. Por no hablar de mi pasión personal por la literatura española y latina.

¿Cuáles autores de Puglia, su región natal, lo han influenciado?

Sin duda los ya citados Bodini y Scotellaro (de quien me siento especialmente cercano a pesar de que es de Lucania y no de la Puglia), pero puedo decir que la Puglia es una región muy viva desde el punto de vista de la producción literaria y, en particular, en lo que se refiere a la poesía. Mi generación, y más aún la siguiente, cuenta con un nutrido número de poetas, muchos de ellos de altísima calidad. Y entre los poetas de la generación anterior, puedo decir que tuve la suerte de conocer personalmente a muchos maestros que ahora son mis amigos a los que me une un profundo afecto. Aparte de Vittorino Curci, que necesariamente debe ser mencionado entre los puglieses contemporáneos, no mencionaré otros nombres para no correr el riesgo de olvidar a nadie. Aunque hay otro nombre que quiero mencionar de verdad: le debo mucho a Ada de Judicibus Lisena, una poetisa de mi ciudad, Molfetta, sin la cual probablemente nunca me habría decidido a emprender el camino de la poesía. Le estoy muy agradecido y le tengo un cariño especial.

¿Cuál poeta de su generación le sigue gustando?

Como ya he dicho, prefiero no dar nombres para no ofender a nadie y, créame, hay buenos nombres en toda Italia. Digamos que cuando me toca editar alguna antología temática, normalmente intento llamar primero a aquellos poetas cuya lectura siempre me emociona y me engancha. Pero también en este caso quiero mencionar un nombre: Gianni Antonio Palumbo, además de ser un crítico literario muy culto (creo -con razón- entre los más valiosos de Italia) es también un excelente poeta. El hecho de que sea también un querido amigo mío es una suerte para mí, lo que no resta en absoluto valor a su obra literaria.

¿Qué hace que un poema sea único?

Esa es la pregunta de las preguntas. Lo diré con franqueza: no lo sé. Y desconfío de quienes intentan determinar el por qué un poema puede calificarse como tal. Rima, asonancia, otras figuras retóricas, verso, métrica, musicalidad, poder evocador, mensaje, estética... todo esto y nada de esto en particular, sino mucho más. Quizás sería más sencillo decir qué es lo que NO hace que un texto sea poesía.

¿Escribe sus poemas una sola vez o trabaja borrador tras borrador?

Creo que siempre es bueno dejar decantar un texto que se acaba de escribir. Por supuesto, puede ocurrir que, volviendo atrás y releiendo un texto escrito tiempo antes, resulte perfecto tal y como fue escrito. Pero también creo que se trata de una excepción y no debe ser la regla.

Sí, creo que el poema tiene que ser revisado, limado, pulido y mejorado una y otra vez, como cualquier otro producto de cualquier otra forma de arte. Y eso es lo que hago. O al menos lo intento.

¿Cuánto tiempo le llevó escribir su más reciente poemario *Carne y Sangre*?

Años sólo en escribirlo. Me refiero a toda la trilogía, ya que *Carne y Sangre* es el segundo «libro» de la *Trilogía Contradicciones* que aún no he conseguido publicar en su totalidad. Si le dijera que se publicó más veinte años después de su concepción, podría parecer exagerado,

pero fue así. Todos los poemas de *Carne y Sangre* datan de 1999 como máximo, pero la antología no salió a la luz sino hasta 2022.

¿Cree que su poesía ha cambiado desde aquellos primeros poemas?

Espero que sí. Yo mismo me aburriría releyéndome siempre igual. Y, a decir verdad, creo que ha habido un recorrido intenso y atormentado en mi escritura. De lo contrario, no me reíría a carcajadas cuando releo algunos de los «pensamientos» que puse por escrito a los 12, 14 o 16 años. Creo que me ayuda el hecho de que me gusta mucho cuestionarme: profundamente y reflexionar sobre lo que escribo.

Para usted, como poeta, ¿qué hay de malo en el mundo?

Vaya pregunta. ¿Por dónde empiezo?

¿Por qué escribe?

Creo que el objetivo final de cualquier forma de arte reside en el deseo de comunicar. Sin embargo, también creo que esto no basta para querer escribir poesía: falta el dato de creación y creatividad (que casualmente tienen la misma raíz). Es decir, la poesía es otra cosa y actúa en otro nivel. No sé cómo explicarlo y ni siquiera sé si es realmente posible: es un poco como intentar definir científicamente el alma. Creo que antes de establecer cualquier forma de comunicación es necesario desarrollar plena conciencia de quién ofrece la comunicación de su lado, es decir, quién o qué se ofrece a la persona que comunica. Quizás me refiero a la autoconciencia, pero tampoco estoy absolutamente seguro de ello. Lo cierto es que la poesía crea, es un acto generativo, es una verdadera creación: me gusta pensar que en el momento del fiat lux, cuando nada existía, es el 'verbo' el que inicia la creación, es decir, la palabra. Y la poesía, que está hecha de palabras, es, precisamente, poiésis. Otro hecho cierto es que en poesía no se puede mentir. Ni siquiera la estética es suficiente para ocultar la presencia excesiva de un yo que es incapaz de reconciliarse consigo mismo y, por tanto, incapaz o incapaz de concebir el objeto de esa poiésis. Escribo e intento esbozar creaciones y respuestas: las preguntas son las que el lector hace (o no hace).

<https://vitodavoli.blogspot.com>

Poemas

Pendolare

(Esercizio di Realismo Terminale n.1)

*accatastati i ricordi pendolari
in un vagone in piedi o al tavolino
rilassàti provo a osservare

spio ogni finestrino che non so fermare
mentre passa in stazione chiassoso e furibondo
un momento

il tempo di rendermi conto
in quale angolo si isola l'anima
a mangiarsi le unghie*

Poema inedito

(Il Realismo Terminale è una corrente letteraria fondata dal poeta Guido Oldani, proposto al Nobel per la Letteratura 2021, amico e mentore del poeta Davoli).

Viajero

(Ejercicio de realismo terminal n°1)

recuerdos de viaje amontonados
en un vagón de pie o en una mesa
relajado intento observar

espío cada ventanilla que no puedo detener
mientras pasa por la estación ruidosa y furiosa
un momento

tiempo para darme cuenta
en qué rincón se aísla el alma
mordiéndose las uñas

Poema inédito

(Il Realismo Terminal es un movimiento literario fundado por el poeta Guido Oldani, propuesto al Nobel de Literatura 202, amigo e mentor del poeta Davoli).

Due lingue avrei voluto

*Avrei voluto maneggiare
la magia dei colori e delle stagioni
gli odori.*

*Avrei voluto perdermi
fra bacche di scoiattoli nascoste,
nei formicai.*

*Ogni irto brivido sulla tua schiena
ignorare per la libertà
avrei voluto*

*e scalare le mille vette
della pelle increspata,
il verde pelo della tua giovinezza.*

*Avrei voluto dividere il sale
dal mare e il sole
dal calore,*

*il tempo da una foto,
dal moto il vento
e cento chiese*

da mille anime arrese

*sotto i pugni dei giorni
ancora coi guantoni.*

*Avrei voluto maneggiare
i tuoi incantesimi illusori
e sapidi*

*di candide bugie e di verità
taciute per timore
o per riconoscenza.*

*Scoprire solo dopo
che due lingue diverse parlavamo.*

*(Poesia inedita, inclusa in Cinque minuti dopo, di prossima
pubblicazione).*

Dos idiomas que me hubieran gustado

Me hubiera gustado manejar
la magia de los colores y las estaciones
los olores.

Me hubiera gustado perderme
entre bayas de ardilla escondidas
en los hormigueros.

Cada escalofrío erizado en la espalda
ignorado por la libertad
Me hubiera gustado

y escalar los mil picos
de la piel ondulante
el cabello verde de tu juventud.

Hubiera querido dividir la sal

del mar y el sol
del calor,

el tiempo de una foto,
del movimiento el viento
y cien iglesias

de mil almas rendidas
bajo los puños de los días
aún con guantes.

Me hubiera gustado blandir
tus hechizos ilusorios
y sápidos

de cándidas mentiras y verdades
callado por miedo
o por gratitud.

Descubriendo sólo después
que hablábamos dos lenguas distintas

(Poema inédito, incluido en *Cinco minutos después*, de próxima publicación).

Crollino i blocchi

Crollino i blocchi

L'Oriente e l'Occidente

Di qua e di là dal Muro

Crolli anche ogni altro muro

Crollino borse

Monete banche tassi

E fabbricanti d'armi

*E fatturati e scambi commerciali
PIL bandiere e diamanti
Governi campidogli e cene*

*Crollino i voli
Le valigette nere dei bottoni
E le menzogne a reti unificate
Le limousine ed i gemelli ai polsi
Il nome del denaro le bave del potere
I giorni del benessere sui resti di chi ha fame
Le interminate code dell'i-phone
E le corsie dell'oncologico infantile*

*Crollino eserciti
Mitra automatici e armi intelligenti
E i cazzi duri sotto le divise
I progetti intoccabili
Delle seconde possibilità dietro le sbarre*

*Pianerottoli di divani e tane
Sorrisi plastici col telecomando
Gabbie di zoo al cambio di canale*

*Crolli anche la poesia
Ogni singolo verso allucinato
Che stende veli zuccherini
Su urla e pozze di sangue*

*Crolli l'ombra del mondo e il mondo stesso
L'automa l'angelo e la caricatura
Spalle d'acciaio gambe di marzapane*

*Crolli anche il cielo con tutti i suoi abitanti
E l'universo intero con tutte le sue stelle
Di fronte ad un bambino appena nato*

In un'incubatrice di speranza

E alla finestra a muso duro

Un missile che fischia

Click

Derrumbar los bloques

Derrumben los bloques
De Oriente y Occidente
De aquí y más allá del Muro
Que se derrumbe cualquier otro muro

Las bolsas se hunden
Monedas bancos tasas
Y los fabricantes de armas
Y giros e intercambios comerciales
PIB banderas y diamantes
Gobiernos capitolios y cenas

Vuelos estrellados
Los maletines negros de botones
Y las falsedades en las redes unificadas
Las limusinas y los gemelos en los puños
El nombre del dinero las rebabas del poder
Los días de bienestar sobre los restos de los hambrientos
Las interminables colas del i-phone
Y los pabellones del oncológico infantil

Que se derrumben los ejércitos
Las ametralladoras automáticas y las pistolas inteligentes
Y las vergas duras bajo los uniformes
Los proyectos intocables

De segundas oportunidades entre rejas

Rellanos de sofás y guaridas

Sonrisas de plástico con mando a distancia

Jaulas de zoo al cambiar de canal

La poesía también se derrumba

Cada verso alucinado

Que extiende velos azucarados

Sobre gritos y charcos de sangre

Se derrumba la sombra del mundo y el mundo mismo

El autómatas el ángel y la caricatura

Hombros de acero piernas de mazapán

Se derrumba también el cielo con todos sus habitantes

Y el universo entero con todas sus estrellas

Ante un niño recién nacido

En una incubadora de esperanza

Y en la ventana con cara dura

Un misil que silba

Click

Apocalissi

(Esercizio di Realismo Terminale n.19)

se non siamo pazienti già in degenza

siamo visitatori in coda silenziosi

stivati dentro il piccolo ascensore

a galleggiare fra liquami di pensieri

*come resti di polpa nel tetrapak:
a ognuno il suo (ri)piano ed il reparto giusto
dove provare ancora la capacità
di sfidare il dolore a viso aperto
e tenerlo lontano ancora un po'.
tanto vale chiamarle apocalissi.*

Apocalipsis

(Ejercicio de Realismo Terminal n.19)

si no somos pacientes ya hospitalizados
somos visitantes en una cola silenciosa
estibados dentro del pequeño ascensor

flotando en las aguas residuales de los pensamientos
como restos de pulpa en un tetrapak:
a cada uno su (re) piso y la sala adecuada
donde todavía se puede experimentar la capacidad
de desafiar al dolor con la cara abierta
y mantenerlo alejado un poco más.

Más vale llamarlo apocalipsis

Vlora

*Vlora dolcissima
Di canna cubana
Vlora sospesa
Di rotte sconosciute
Di destini incerta*

*Vlora pesante
Di speranza e morsi
Vlora che vieni
Vlora che vai
Vlora che torni
E non ritorni mai.*

*Vlora bon-bon traboccante di crema
Dentifricio aperto
Pentola che ribolle
Pronta per il banchetto
Vulcano fertile di lava accesa.
Vlora che urli un silenzio sfatto
Di corpi sfiniti d'attenzione*

*Vlora che chiedi
Vlora che dai
Vlora che fai
E non reclaims mai.*

*Vlora ricordo
Guscio placenta culla
Vlora preghiera poesia impresa
Vlora che sogni il sole ad occidente
Canto e lamento
Verso ottomano ritmo greco melodia balcanica
Scintille di ferro forchette scrivanie
Vlora che apprendi
Vlora che insegna
Vlora che studi
E non escludi mai.*

*Vlora combattente
Studente ribelle e liturgia ortodossa
Elmo guerriero e casco da cantiere*

*Antico gioiello nuziale
Sudicia tuta blu
Prezioso ricamo a filo d'oro antico
Grembiule sporco da dodici ore
Vlora dimentica
Vlora memoria
Vlora che salvi
E non ti scordi mai.*

*Vlora di testa
Vlora di sangue
Vlora che specchi limiti e slanci
Fondine pronte e porte spalancate
Fregi e divise e costole a vista
Diaspora e abbraccio
Vlora che sogni
Vlora che crei
Vlora che voli
E non atterri mai.*

Vlora

Vlora más dulce
De caña cubana.
Vlora suspendida
De rutas desconocidas
De destinos inciertos
Vlora pesada
De esperanza y mordiscos
Vlora que vienes
Vlora que vas
Vlora que vuelves

Y que no vuelves más.

Vlora bombón rebosante de nata
Pasta de dientes abierta
Olla que hierve
Lista para el banquete
Volcán fértil con lava encendida.
Vlora que gritas silencios deshechos
De cuerpos agotados de atención

Vlora que pides
Vlora que das
Vlora que haces
Y no reclamas más.

Vlora recuerdo
Concha placenta cuna
Vlora oración poesía empresa
Vlora que sueñas con el sol a oeste
Canto y lamento
Verso otomano ritmo griego melodía balcánica
Chispas de hierro tenedores escritorios
Vlora que aprendes
Vlora que enseñas
Vlora que estudias
Y que no excluyes más.

Vlora combatiente
Estudiante rebelde y liturgia ortodoxa
Yelmo guerrero y casco de astillero
Antigua joya nupcial
Mono mugriento azul
Precioso bordado en hilo de oro antiguo
Delantal sucio durante doce horas
Vlora olvido

Vlora memoria
Vlora que salvas
Y que no olvides más

Vlora de cabeza
Vlora de sangre
Vlora que reflejas límites y impulsos
Fundas listas y puertas más que abiertas
Frisos y uniformes y costillas expuestas
Díaspóra y abrazo
Vlora que sueñas
Vlora que creas
Vlora que vuelas
Y no aterrizas más.

Madri

*Madri dei miei peccati
e di ogni desiderio, dove siete?
Madri che partorite senza posa
stanchi destini in tempi irrealizzati.*

*Non ho memoria di sentieri scelti:
solo di scorciatoie da spianare
tirando erbacce al dorso dei ciglioni.
Madri, io sono solo*

*e dovrei vergognarmi di quest'urlo?
Io non riesco a sentire il mio lamento:
lo vado propagando come il corvo
che più di ogni altro crede nel suo canto.*

Madri, sono lì immobile

*sgargiante e fluido come il fantasma di Münch,
livido e impreciso come il ragazzo di Shiele
madri, sono soltanto
un figlio controtempo,
un inno alla vittoria prima della battaglia,
al silenzio una voce in controcanto.*

*Madri, forse non sono e non sarò
che un intimo e raccolto risvolto di qualcosa.
Appartengo ad ogni Storia che sia stata consumata,
un datario con in calce tre puntini...*

Madres

Madres de mis pecados
y de cada deseo, ¿dónde están?
Madres que van pariendo sin parar
suertes cansadas en tiempos incumplidos.

Ya no me acuerdo de senderos elegidos:
solamente de atajos a allanar
arrancando maleza al dorso de los bordes.
Madres, yo soy solo

¿y debo avergonzarme de este grito?
No puedo oír mi lamento:
Lo propago como el cuervo
que más que ningún otro cree en su canto.

Madres, estoy allá inmóvil
chillón y fluido como el fantasma de Münch,
moretón y impreciso como el chico de Shiele
madres, soy solamente

un hijo contratiempo,
un himno a la victoria antes de la batalla,
al silencio una voz en contrapunto.

Madres, no soy quizás ni voy a ser
sino una íntima y comedida solapa de algo.
Pertenezco a cada Historia que haya sida consumida,
un fechador con al final tres puntos...

Due lingue avrei voluto

*Avrei voluto maneggiare
la magia dei colori e delle stagioni
gli odori.*

*Avrei voluto perdermi
fra bacche di scoiattoli nascoste,
nei formicai.*

*Ogni irto brivido sulla tua schiena
ignorare per la libertà
avrei voluto*

*e scalare le mille vette
della pelle increspata,
il verde pelo della tua giovinezza.*

*Avrei voluto dividere il sale
dal mare e il sole
dal calore,*

*il tempo da una foto,
dal moto il vento
e cento chiese*

*da mille anime arrese
sotto i pugni dei giorni
ancora coi guantoni.*

*Avrei voluto maneggiare
i tuoi incantesimi illusori
e sapidi*

*di candide bugie e di verità
taciute per timore
o per riconoscenza.*

*Scoprire solo dopo
che due lingue diverse parlavamo.*

Dos idiomas habría querido

Habría querido manejar
la magia de los colores y de las estaciones
los olores.

Habría querido perderme
entre bayas de ardillas escondidas,
en hormigueros.

Cada erizado escalofrío en tu espalda
ignorar para la libertad
habría querido

y escalar los miles picos
de tu piel arrugada,
el verde pelo de tu juventud.

Habría querido dividir la sal
del mar y el sol
del calor,

el tiempo de una foto,
del movimiento el viento
y cien iglesias

de mil almas rendidas
bajo los puños de los días
todavía con los guantes.

Habría querido manejar
tus ilusorios encantamientos
sabrosos

de candidas mentiras y verdades
calladas innoblemente
y fascinantemente.

Descubrir solo luego
que hablábamos dos idiomas distintos.

Ogni altra profezia

*Di mille segni che in un giorno profetizzi
quanto ho desiderato che tu fossi tutti!*

*Che fossi i mille rivoli di un fiume limaccioso,
i luccichii infiniti dentro gli occhi,*

*le cento foglie ed ogni loro vena,
perfino il tatto ruvido di impronte digitali.*

*Di nubi caldo, fetido sudore,
inquieto torcersi di vento di capelli,*

*parole a caso di passanti innamorati,
strisciare sordido di vipere nei campi.*

*Moscerini a milioni di controra
e sapide bestemmie della sera attorno al fuoco.*

*Di luna impuro candore ammaliante,
di terra incerto sentiero di zolle.*

*Restavi per me il giorno e a me soltanto
apparteneva ogni altra profezia.*

Cada profecía más

De los miles señales que en un día profetizas
¡cómo he deseado que tú fueras todos!

Que fueras los chorritos de los ríos limosos,
destellos infinitos adentro de los ojos,

las cien hojas y cada una de sus venas,
hasta el áspero tacto de huellas dactilares.

De nubes cálido, fétido sudor,
inquieto retorcerse de viento de cabello,

palabras al azar de pasantes enamorados,
sórdido rastreo de víboras en los campos.

Millones de mosquitos por la tarde
sabrosas palabrotas por la noche alrededor del fuego.

De luna impura blancura hechizante,
de tierra inciertas rutas de céspedes.

Para mi te quedabas el día y a mí solo
pertenecía cada profecía más.

Voglio provarlo

*Un bacio sulla mano del presente
pronto a scuoterti la mano ogni secondo.*

*Lì dove tutto chiede di fermarsi
germoglia il desiderio di passare.*

*Senza alcun debito.
Senza alcun credito.
Andarsene così,
che c'è di meglio?*

*Quanto amore serve all'anima
per non riuscire a contenerne più?
Voglio provarlo
perché quando sarò lì per salutare
non partirò lasciando qui un volto accigliato.*

Quiero probarlo

Un beso en la mano del presente
listo a cada segundo para darte la mano.

Allí donde todo pide detenerte
germina el deseo de pasar.

Sin ni una deuda.
Sin ningún crédito.
Marcharse así,
¿qué hay mejor?

Cuanto amor necesita el alma
para no poder contenerlo más?

Quiero probarlo
porque cuando estaré listo a saludar
ya no me iré dejando aquí un rostro fruncido.

Var

(Esercizio di Realismo Terminale n.7)

*sul lastrico di una speranza
vorrei della luce
possederne il tempo
non per correre
ma ad un affanno sostituire
un respiro ancora
– una bombola d'ossigeno
grande come una città –
provare ad afferrare dai capelli
quel pensiero
la parola
che il foglio
non ha mai fermato
sullo strascico di un raggio
pure lento come VAR.*

Var

(Ejercicio de Realismo Terminal n.7)

en la ruina de una esperanza
quisiera de la luz
tener el tiempo

no para correr
sino a un afán sustituir
un aliento todavía
– una botella de oxígeno
grande como una ciudad –
tratar de agarrar por el pelo
ese pensamiento
la palabra
que la hoja
nunca detuvo
en el arrastre de un rayo
tan lento como VAR.

Un'altra via

*Di tanto in tanto c'è una strana via
che s'illumina lontana appena un poco.*

*Chiavi e chiavistelli
argini e palvesi
erbe sassi asfalto
curve e rettilinei*

*non sono che sorrisi assai distanti
inaudibili quasi.*

*C'è una strada che si illumina ogni tanto
ma al fascino del buio non resisto,
a tutte le sue possibilità di luce.*

*Semplicemente
questo mondo
non mi piace affatto
e d'improvviso mi si illumina la colpa.*

Otra vía

De vez en cuando hay un camino extraño
que está lejos y se ilumina un poco.

Llaves y cerrojos
diques y pilotes
hierbas piedra asfalto
curvas y rectas

no son más que sonrisas distantes
casi inaudibles.

Hay un camino que se ilumina de vez en cuando
pero no puedo resistir el encanto de la oscuridad
ni a todas sus posibilidades de luz.

Simplemente
este mundo
no me gusta en nada
Y de repente se me ilumina la culpa.

Applausi

*Tutt'intorno è profumo
e rumore di pioggia d'estate
che riposando muove isterica occhi chiusi
come in un incubo a ritmo incattivito.*

*Nell'abbraccio sicuro della casa
il bambino sorride e pensa ad altro,
ad un gioco negato come prima a una tetta
e non riesco a non amarli entrambi:
sembrano così pieni di qualcosa che non ho,*

*che ho lasciato all'asfalto e alla pietra ansimante
ai residui di terre di periferia
in un tempo che brucia la città e la vita
quasi interamente negli anni ottanta.*

*Persino l'ossigeno muta colore:
tutt'attorno respiro una realtà beffarda.
Sono un clown malinconico, un pagliaccio fallito
nella attesa perenne
che qualcun altro applauda.*

Aplausos

Todo alrededor es perfume
y ruido de lluvia en verano
que descansando mueve histéricos ojos cerrados
como en una pesadilla a un ritmo frenético.

En el abrazo seguro de la casa
el niño sonríe y piensa en otra cosa,
a un juego negado como antes a una teta
y no puedo dejar de amarlos a ambos:
parecen tan llenos de algo que no tengo,

que dejé en el asfalto y la piedra jadeante
a los residuos de tierras periféricas
en un tiempo que quema la ciudad y la vida
casi enteramente en los años 80.

Incluso el oxígeno cambia de color:
alrededor respiro una realidad burlona.
Soy un clown melancólico, un payaso fallado
en la espera perpetua
que alguien más aplauda.

Mía Gallegos



Mía Gallegos

Escribo porque el mundo
como es hoy día me produce
temor

“Toco la carta suavemente. El mago murmura algunas palabras que no entiendo. Dice que la mujer del coche soy yo. No puedo lanzarme desde aquí, aunque quisiera tener el valor de hacerlo. Soy yo la mujer, esta criatura mágica que tira de las riendas de este coche, sin haber descubierto nunca quién las puso en mis manos...”

Mía Gallegos, Poema XIV del poemario *Makyo*.

Desde que comenzó a publicar sus primeros libros, la poesía de Mía Gallegos Domínguez ha roto esquemas convirtiéndose inmediatamente en un referente fundamental de la poesía costarricense. Intimista, arriesgada, atrevida, onírica, en cada poemario, su poesía ha marcado un camino personal y una búsqueda más elevada de su lenguaje poético. Filosofía, intertextualidad, autorretrato, prosa poética, diálogo interior, reflexión, mitología, música, rebeldía, machismo obsoleto, de todo se sirve esta poeta para crear y revelar lo que está oculto, eso que no se dice pero que forma parte de la idiosincrasia colectiva. Por esa pasión absoluta para revelar lo que no se debe decir y para rebelarse de hábitos heredados le han sido otorgados los más importantes premios literarios, entre los que destacan: tres veces Premio Nacional Aquileo Echeverría: 1985, por el poemario *Los reductos del sol*, Editorial Costa Rica; en el año 2006 por *El umbral de las horas*, Editorial Costa Rica, y en el año 2020 por su libro *Para alcanzar la espuma: poesía escogida* (1976-2018). EUNED.

Era el año de 1976 cuando Mía Gallegos, a los 23 años, obtuvo el Premio Joven creación, concurso convocado por la Editorial Costa Rica y la Asociación de Autores, por su libro *Golpe de Albas*. Un año después, 1977, obtiene el premio Alfonsina Storni, en Buenos Aires, Argentina por el poema *Asterión*, concurso auspiciado por la Fundación Givré. Ese poema fue publicado posteriormente en el libro *Los reductos del sol*, donde la poeta escribe a partir de los cuentos de Jorge Luis Borges, en una especie de juego de intertextualidad que utilizó en algunos otros poemas.

Ocho años después, en 1983, obtiene el premio de los exbecarios de la Fundación Fullbright por el poemario *Makyo*, palabra que deriva de un término Zen que significa “cueva fantasma” o “cueva del diablo” como se indica en Wikipedia. En ese mismo año fue galardonada con el Premio Rubén Darío del Verso Ilustrado por el poema en prosa *La mujer que conduce el coche*. poema XIV de *Makyo*. En 1984 se le otorgó el premio de periodismo cultural Joaquín García Monge por su trabajo en el Programa de Televisión Galería. En 1985 publicó el libro *Los Reductos del Sol*. Este mismo año fue invitada a participar en el Programa de Escritores en la ciudad de Iowa, Estados Unidos. En 1989 publicó *El Claustro Elegido* bajo el sello de la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. En 1995 sale a la luz el libro de prosa poética *Los Días y los Sueños*, Editorial Costa Rica. En el año 2006 publicó *El Umbral de las Horas* en la Editorial Costa Rica. En el mes de junio del año 2014 fue elegida para ocupar la silla N de la Academia Costarricense de la Lengua, en sustitución de la escritora Julieta Pinto González, miembro en retiro y honoraria.

Sus poemas han aparecido en revistas y libros antológicos de Costa Rica, España y América Latina. También han sido traducidos al inglés, italiano y francés.

Mía Gallegos Domínguez nació en San José, Costa Rica el 17 de abril de 1953. Es poeta y periodista.

¿Cómo fue su niñez?

Los primeros años de mi niñez fueron muy bellos. Mi vida se desarrollaba en dos escenarios muy distintos. Vivía en San Pedro de Montes

de Oca junto con mi padre, mi madre, una hermana y dos hermanos. En esa época y durante toda mi juventud y época de madurez viví cerca de mis tías abuelas. Ellas tenían un negocio de repostería que llegó a ser muy famoso. Estas tías eran originarias de El Salvador y de Colombia. En mi niñez compartí mucho con mi bisabuela: era una viejecita muy blanca, con la piel muy fina, casi no se le veían arrugas y siempre estaba sonriendo con una gran dulzura. Ella hacía palomitas de azúcar para adornar las tortas para las novias. Siempre estaba tejiendo. Pero la otra parte de mi vida era totalmente distinta: mi padre era ganadero. Tenía una gran hacienda de nombre Santa Rosa. Esta hacienda es histórica pues en 1856 hubo allí una batalla entre los patriotas costarricenses contra el filibustero estadounidense William Walker. Este señor quería conquistar toda Centro América y convertir a los pueblos en esclavos. En fechas posteriores en esta hacienda hubo otras luchas. Mi padre fue el último dueño de la Hacienda Santa Rosa y ahora, en la actualidad es un Parque Nacional. Era una vida muy hermosa, había caballos, teníamos cercanía con el mar pacífico.

En la casa de las tías abuelas me apoderé de la biblioteca de mi abuelo, que había muerto, ahí descubrí a Rubén Darío y a Sor Juana Inés de la Cruz. Ahí empecé a decir gritos: “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón...!”

¿Qué es lo más recuerda de su adolescencia?

Mi adolescencia no fue muy placentera. Yo era muy tímida. Vivía dedicada a leer. Soy de tener pocas amigas porque me gustan más las relaciones interpersonales que las reuniones en grupo. En esos años de adolescencia yo leía todos los libros que mi mamá compraba: *La caída* de Albert Camus; *El extranjero* del mismo autor, *El muro* de Jean Paul Sartre.

Después, en los últimos años de colegio me enamoré del *Fausto* de Goethe y de la *Divina Comedia*. Pero tuve una excelente profesora de origen cubano, quien me dio a leer a Herman Hesse que me influyó para toda la vida. Con el pasar del tiempo fui descubriendo cuán hondo había calado este autor alemán en mi vida. Posteriormente, esta misma profesora me dio a leer todas las Tragedias Griegas. Las sigo

leyendo aun ahora. Me gusta trabajar algunos mitos en la poesía. No me he separado de toda esta experiencia adolescente, esta ha ido creciendo conforme pasan los años hasta desembocar en el pensamiento de la filósofa española María Zambrano. Su libro *El hombre y lo Divino* me mostró el camino que debía seguir. Soy lectora de Jung. Me gustan mucho los filósofos presocráticos. Me encanta leer a Platón y esas son mis inclinaciones. Amo la poesía de Borges y sus cuentos. He escrito poemas que parten de cuentos de Borges, aquí te los incluiré.

¿Qué libros leía en esa época?

Como te dije antes, leía a Camus, a Sartre, a Herman Hesse, también a Rabindranath Tagore y a Antonio Machado.

¿Cómo fue ese proceso que la llevo a escribir poesía?

En el colegio escribí mis primeros poemas. Los tenía en una libreta que se perdió en alguna pasada de casa pero eran muy malos. En cambio, recuerdo dos prosas. Una se publicó en un periódico estudiantil del Colegio Saint Francis, un colegio que en esa época era solo de varones. Esa prosa era al estilo de Herman Hesse. No la tengo, tendría que ir al Colegio y averiguar si existe algún registro. Debe haber sido en 1968 o 69.

¿Quién leyó su primer poema?

Los primeros poemas los leían algunas amigas del colegio donde estudiaba. Era un colegio de monjas clarisas, franciscanas, muy bellas. Yo quise mucho a las monjas. Eran personas muy abiertas, con las que se podía hablar con toda franqueza.

¿Cuál de sus libros le parece el mejor logrado?

Me han dicho que mi mejor libro es *El Claustro Elegido*. Ese poemario lo escribí en Iowa en 1985. Estuve en el Taller de escritores de esa ciudad. También escribí un libro pequeño que se llama *Los Días y Los Sueños*. Aquí empezaba yo a interesarme en las obras de Carl Gustav Jung.

Sin embargo, mi libro favorito se llama *La Deslumbrada*, es un libro que contiene prosa poética, algunos cuentos y es muy reflexivo. En el medio costarricense no fue muy bienvenido, pero es el libro que más se acerca a mi verdadero sentir.

¿Toma apuntes para escribir un poema?

A veces tomo apuntes. Pero trabajo más con la memoria. Voy creando mentalmente, le voy dando forma al poema y después simplemente lo escribo. Pero lo dejo dormir un tiempo y después corrijo y hago cambios.

¿Cómo sabe cuándo debe terminar un poema?

Me ocurre que cuando un poema va a surgir, aparecen las primeras palabras y el fin. Así que empiezo a escribir y es como una madeja que se va desenrollando. Pero siempre sé cuál va a ser el final, el cierre. Muy rara vez cambio el final de un poema.

¿Qué le aporta la pintura a su poesía?

Fíjate que es muy contrastante. Cuando pinto brota la alegría y la fuerza de los colores. Pero mi poesía es muy reflexiva, en ocasiones triste, pero en el libro *La Deslumbrada* si aparecen mucho los colores. No soy una gran pintora, no tengo estudios, pinto a mi manera, de una manera muy intuitiva. Pintar me produce mucha felicidad. Escribir es un acto emotivo y en ocasiones apesadumbrado.

¿Qué le aporta la poesía a su pintura?

Creo que tanto en la poesía como en la pintura hay mucha sutileza.

¿Qué le da miedo?

El mundo de las drogas. Les tengo horror a los narcotraficantes porque también trafican con seres humanos, especialmente mujeres. Les temo porque es un mundo en el que lo ensucian todo y lo degradan.

¿Se ha vuelto más reflexiva con los años, más crítica con la vida?

Sí, a veces puedo ser ingenua. Para ser franca, han sido mis hijas las que me obligan a mirar cosas que parece que yo no quiero ver. Sí, soy reflexiva y también crítica. Escribo porque el mundo como es hoy día me produce temor, por ejemplo, las plantas nucleares, la bomba atómica, las guerras, los femicidios. Todo eso me produce horror y vértigo.

¿Por qué escribe?

Escribo para no morirme. No son gritos altisonantes, a veces son tan solo una oración.

Poemas

Yo dudo

En verdad
yo dudo de lo eterno.
Me pregunto si en cada geografía
los árboles cenizos
se renuevan.

Podría pensar,
y preguntarle a la bahía,
si tras los muros
puede volcarse abierta
la ternura.

Pero no puedo
con este ánimo de duda
afirmar nada.
Pero al preguntar
yo me transformo.

Y soy exactamente
un movimiento,
que nadie dirige ni controla.
solo el tiempo.

Asterión

Hay algo que más allá
De tu fuerza
Me fascina.

Camino por sobre tus pechos de piedra.
Eres color de pulpo y lagartija.
Me envuelvo en tu lengua de misterio.
Tal es tu forma de estar
cercano al sol.
Acuden hacia ti, extrañas mareas matinales
donde todo se oscurece y se bifurca,
Asterión mío, único.
¿Quién eres?
¿Un toro o un hombre?
El ausente y derramado
entre infinitas cerraduras.

Eras el aire, el aire mismo
de la primera mañana
en que los hombres labraron
tu cuerpo de ausencias.
Estoy tan lejos de tu piel.
Más ¿qué recodo hay en ti
donde pueda dormirar
y ser párpado

y la forma más honda del silencio?

¿Eres hombre o bestia?

Eres hombre

un ruiñeñor,

o tal vez un niño dormido

entre sábanas de azúcar.

Asterión mío, único, de mil ojos de agujas.

Tus manos son múltiplos del sol.

Ayer cacé una mariposa

y era catorce veces arpa y movimiento.

Uno y uno no son dos,

son el universo y la nada,

las puertas de todo fin

y del infinito.

Me adentro en ti,

a través de tu cuerpo

aún permanecen los reductos del sol.

Eres oscuro y caliente.

Me enredo en el pasadizo

de tu lengua de vidrio.

Asciendo hasta tus manos.

Eres un espejo

de otro que antes fuiste.

Y yo tengo miedo de perderme en ti,

en el hilo

que son todas las puertas

y la oscuridad.

Asterión mío, tan alto y pagano.

Me adentro en tu cuerpo empedrado, altivo.

No tengo escapatoria.

Apenas soporto tu clima de asfixia.
Pero eres una almohada dulcísima,
Asterión mío, Asterión.

El claustro elegido

No busco nada.
A nadie aguardo en este día.

Esperar es una de las raras
estratagemas de Dios
para detenernos en un punto.

Mi país:
montaña verde y lluvia.
Un caballo se pierde en la llanura
imaginada,
que ahora está vedada a mis ojos.

Busco la intensa reflexión:
la de los libros amigos,
la luz interna que preciso para vivir,
el candil de oro,
el Eclesiastés y la paciencia de Job.

A mi edad y en un país de lluvia,
el claustro es una elección.
Ahí se pierden los contornos.
La vida se diluye en un ir y venir
del trabajo al café,
del café a la taberna.
Busco la infancia que soy:
la llanura, la sombra del árbol gigantesco,

el único mar sin fondo,
el caballo desbocado en su furia,
el verdor de la montaña junto al cielo.
Me gusta quedarme a solas
sintiendo como la sangre me nutre de nuevas vestiduras.

A solas me pertenezco.
No hay dicotomía entre el espejo y yo,
una vive y la otra sueña.
Juntas recordamos a un hombre.
Juntas hemos escrito estos versos.

Pienso en María Zambrano

Ahí la rosa
y el centro inmóvil.
Después los pétalos y el círculo.

La unidad que se desprende,
La unidad que gira y vuelve a girar
hasta morir.

Como si fuera una bailarina
que gira
en su propio centro,
sin deslizarse,
sin caer
como si bailara hasta morir,
como la sierpe,
como la luz que apenas aparece.
Solo el movimiento.
Solo la danza.

Quizás la suma del amor.
Quizás solo la oración al dolor.

Sin muerte y sin resurrección.
Nada más el movimiento de la rosa
que se extiende,
La rosa que es círculo,
la rosa que es una.

Después solo el movimiento.
Estallido
Fugacidad
Relámpago.

Mis hermanas

Mi vida es un brutal accidente
sin sangre.
Tan solo la frente suda
y la cabeza se deshace.

No debí nacer pero aquí estoy,
escondida en una esquina de la casa.

Otras mujeres, que como yo,
tampoco debieron nacer, me acompañan.
Escucha sus nombres vanos,
tal vez a ti no te digan nada
pero ellas son de la misma estirpe maldita,
maldecida, negada,
oscurecida.
Eunice, la apátrida,
Camille, la mujer hacedora de los oscuros recintos, la bella

que acaso evoca la tristeza de su hermano,
Alejandra, la hermosa muerta que reivindicó París.
Violete, la bastarda,
Teresa, la maga de Valparaíso,
Yolanda, la que realizó su ruta,
Alfonsina, la que encontró a su madre en el mar,
Mariana, la portuguesa, cuyo amor brilla en la eternidad,
Juana Inés la de conciencia cósmica
en cuya soledad me hallo,
me encuentro,
y soy como un Ícaro de espuma
y camino y cavilo
en esta casa interminable y sola,
envuelta en un silencio sórdido,
de prisión,
de miedo,
de negación.

Estas son mis hermanas,
mi familia.
Otra no tengo.
Somos de la misma maldita sangre
que me recorre,
que nos recorre.

Somos las parias, las mujeres hechiceras
que en cada siglo aparecen para ser castigadas,
quemadas,
incineradas,
olvidadas.

Solo yo no las olvido.
Están aquí conmigo en este árido cuarto,
el de las palabras,
el del conjuro.

Soy familia de estas mujeres
que pecaron,
que miraron emerger la vida en lo profundo.
La vida es cíclica.
La rueda que gira
nos vuelve a colocar frente a los mismos verdugos.
Siempre habrá un poder masculino
y cruel que nos acabe.
Yo soy de la misma estirpe.
Miradme.
Estoy sola,
Muy sola.
Mis verdugos están aguardando
que acabe,
que me acabe,
Pero no puedo,
Estoy atada a mis hermanas
a través de hilos infinitos.

Y ellas me piden escribir,
para disentir,
para increpar.

Y yo no me rindo.

El cerco del amor

Y ahí el cerco del amor lisonjero.
Y ahí el cerco del amor fugitivo.
Nada queda ya, tan solo el brío en la mirada,
una pisada firme como de quien marcha a la guerra.
Así vivo, como si no pasara el tiempo.
Como si fuera una joven que marcha hacia el frente.

Aunque no haya guerra.
Aunque no haya combatientes,
en mí vive una guerrera.

Suelo sonreír a escondidas,
donde nadie me vea.
Canto muy quedo el himno al amor
para no sucumbir ya más,
ya nunca más.

Lejos quedaron ya las redes del huido amor...
los hombres que no fueron,
los hombres que se marcharon.
Solo queda mi rebeldía y mi pie firme clavado en tierra.
Ya quebranté todos los cercos.

Misiles

Me veo ahí, sentada en la alfombra.
En la sala toda la familia está reunida.
Es octubre. Es 1962.
Descubro que el planeta puede estallar en mil pedazos.
Los mayores hablan de misiles.
Mencionan a Cuba,
Discuten sobre Rusia y Kennedy.
Un nombre me sorprende: Nikita Krushov.
Pregunto si es malo...
Se miran unos a otros y me mandan a jugar.
Yo quiero saber y me quedo detrás de un amplio sillón
para poder escuchar.
Observo sus caras largas,
y sé que hay mucho temor.

Bajan la voz.
No sé si rezan,
si tan solo susurran y me quedo dormida...

Crecí en el mundo bipolar...
Fui rebelde, ahora también lo soy de otra manera.
Ya no creo demasiado en nada.
Una sutil anarquía, muy íntima y dubitativa,
me transformó en una descreída.

Quisiera creer
pero la democracia está de luto,
hay dictaduras, sobornos, mano dura y enfrentamientos.

Escojo la soledad.
El silencio es uno de los más altos símbolos de la resistencia.

Mudez y sosiego.
La vida, no obstante, no pasa en vano.

El clamor asciende

Las naciones poderosas y altivas
poseen sofisticadas armas de destrucción masiva.
También hablan de desarme.
Cierto es que su clamor no llega al cielo,
no se eleva como un fuego vivo,
como una llama impetuosa.

Los pueblos, ¿acaso salen en las noticias
alzando una súplica?
No; solo los poderosos hablan.
Se acusan unos a otros
mientras que quienes no somos nadie
podemos morir con la colisión atómica.

¿Y si el impacto tenebroso llega?
¿Dónde quedarán las preclaras visiones de los mayas?
¿Dónde quedarán los que se amaron?
¿Qué pasará con la secreta luna y su rostro oculto?
¿Las pisadas del bisonte serán borradas?

Y el amor se habrá ido para siempre.
Y no se escuchará hablar de Empédocles de Agrigento.
Y no habrá pastores.
Ni cabreros contarán historias amorosas al calor de la hoguera.
Y alguien lamentará la muerte de Grisóstomo.
Y alguien dirá que Marcela, la zagala, era osada y certera.
Y alguien pensará con desconsuelo en don Quijote.
¿Y la Novena Sinfonía?
No se escuchará más nunca.
La honda música será tan solo un estertor de ángeles.
¿Y no habrá llama de amor vivo
que dulcemente hiera!

Harold Alva



Harold Alva

Escribo para ser memoria

Lima

*Tocar el alba
para emplumar los brazos
para volar con ventaja
sobre el acantilado
en la terraza de los cafés
en las avenidas que marcaste
con el resplandor de tus palabras:
tocar la neblina para entender el vacío
para dibujar en su hálito
la luz horizontal de una fogata
tocar su vaho para sentir
el pulso original de la belleza
tu cabellera como un paisaje
sobre las sábanas del Pacífico.*

Harold Alva

“Los poetas no tienen biografía. Su obra es su biografía”, decía Octavio Paz refiriéndose concretamente a Fernando Pessoa. Sería difícil no estar de acuerdo con esa aseveración. Ocurre que generalmente uno se acerca a un poeta por curiosidad: se lee un poema o algunas líneas de un verso que iluminan tu día y quedas definitivamente atrapado. Luego grabas en tu memoria el nombre del poema o de su autor y allí comienza otra historia. Te adentras paulatinamente en ese universo que el poeta crea, su manera de plasmar imágenes, esa visión de la realidad que está íntimamente ligada a un ADN existencial único e irrepetible.

Te vas dando cuenta que cada poema de ese poeta en particular cuenta su historia de vida, y la cotejas con la tuya propia, buscas semejanzas y diferencias, vives esa otra realidad con la fascinación de adentrarte en otros mundos que definen el tuyo propio.

La aventura nunca termina porque tienes la oportunidad de releer una y otra vez esos libros que se desgastan en tus manos por esa apremiante necesidad de descubrir lo que somos a través del otro.

En esta entrevista el poeta peruano Harold Alva cuenta un poco de su vida, de su historia familiar, de sus lecturas, pero debemos tener presente que sus poemarios lo definen.

En su biografía se señala que nació en Piura, Perú, 1978, escritor, editor y analista político. Director de Editorial Summa, preside la organización del Festival Internacional Primavera Poética y la Fundación Iberoamericana para las Artes. Ha publicado: *Ejercicios de escritura*, 2024, *Ceremonia*, 2023, *Tocado por la lluvia*, 2022, *Libro de Tierra*, 2001, *Firmamento*, 1996, *Morada y Sombras*, 1998, *Antes de Abandonar la Sombra*, 1999, y *Cañaverl*. Antologías: *Monologo del sobreviviente*, 2024, traducción de Emilio Coco, *A tiempo completo*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, 2024 y *La épica del desastre*, Valparaíso Ediciones, España, 2020. Ha participado como expositor en diversas ferias de libros y festivales de poesía en Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile, Argentina, España, Grecia, Italia y Portugal. Antólogo de *La primera línea*, y director de *Poesía Iberoamericana*, colección de cien títulos que publicó el 2020 con la Municipalidad de Lima. Director fundador de *Contrapoder*, fue director cultural de la Cámara Peruana del Libro, conductor y productor de programas de radio y televisión. En 2021, el Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, España, lo declaró Huésped Distinguido. Ha sido coordinador general de la Feria Internacional del Libro de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2024. Editor general de Círculo de Lectores, es miembro del Consejo Internacional de la Fundación Vicente Huidobro y de la revista Códice.

¿Me podría contar un poco cómo fue su infancia? ¿De sus padres, sus hermanos?

Tuve una infancia feliz. Nací en un hogar donde papá era el hombre más bueno del planeta y mamá el corazón más noble. Papá era policía, policía y mormón, un Elder de la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días, y mamá una exreligiosa (fue monja, miembro de la congregación Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús). Se conocieron en 1970, en medio de un terremoto, huyendo de la destrucción para salvar sus vidas. Mamá dejó el convento en 1976. Yo nací en 1978. Fuimos seis hermanos de padre y madre; ahora somos cinco. Papá falleció el 2009, mamá el 2022. Mi infancia transcurrió en cuatro regiones del Perú. Nací en Piura, en una localidad llamada El Alto, un pueblo al filo de un acantilado. Viví allí hasta 1983, luego nos trasladamos a Trujillo, en Trujillo empecé mi formación primaria, los años 1984 y 1985; posteriormente nos fuimos a vivir a Cascas, en aquel entonces distrito de la provincia de Contumazá, región Cajamarca (de allá son los Alva). Ahora Cascas es la provincia del Gran Chimú, región La Libertad. A mis nueve años, papá pidió su cambio al norte, a la región Tumbes, frontera con Ecuador, a un caserío llamado Cañaverál donde nos instalamos en 1988. Allí desaprendimos muchos hábitos. En Cañaverál no había agua potable, luz eléctrica, panaderías, mercados; fue entregarnos a una rutina donde lo silvestre nos entrenó para la vida. A mis diez años aprendí a cargar agua de un pozo, tenía que llenar dos cilindros todos los días; aprendí a trozar leña para el fogón donde mi madre cocinaba y aprendimos a convivir con la fauna del bosque seco tropical. Si mañana ocurriera una catástrofe y se destruyeran las herramientas de “la modernidad” y “el progreso”, estoy preparado para sobrevivir, sé cazar y sé encender fuego con dos piedras.

¿Recuerda alguna línea, alguna imagen, que le dejó algunos de los primeros libros que leyó en la infancia?

El primer libro que leí en la infancia fue una antología poética de Rubén Darío que mi padre me obsequió cuando retornó de una de sus

comisiones. Yo era el niño que declamaba en las verbenas: “Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía. / Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas. / Voy bajo tempestades y tormentas/ ciego de sueño y loco de armonía”; esa primera estrofa del soneto “Melancolía” me acompañó tres años. Y más que un libro, tengo muy viva la imagen de una noche cuando papá me disfrazó de mago, a los siete años, para que declame el poema “Edad de oro” de Arturo Corcuera. “De niño cuánto soñaba/ con ser un mago/ de circo. // Mi gorro escolar trocarlo/ por un sombrero de copa, / mi caperuza de invierno/ por una gran capa negra. // De niño/ —yo lo recuerdo—/ quería ser mago”, no hubo acto en el que no me pidieran que lo declame. Lo interesante es que yo no sabía de quién era el poema, papá sí, pero a esa edad no pregunté por su autor, yo era feliz disfrazándome de mago, poniéndome el sombrero de copa, la capa negra, los guantes. Ese recuerdo me asaltaba siempre. Una mañana, el 2014, en Chaclacayo, en casa del poeta, yo estaba ayudándolo a seleccionar poemas para una antología, cuando de pronto abrió un viejo baúl y sacó un libro, lo abrió y me dijo: “viejo, este poema tiene que ir de todas maneras”, me entregó el libro para que lea el poema y yo al leerlo, después de tantos años, no pude sino recordar todas las veces que lo declamé con mi disfraz de mago, y llorar, mientras abrazaba a Arturo. Arturo Corcuera fue el autor de aquel poema de mi infancia.

En la época de la adolescencia ¿qué lo atormentaba más? ¿Leía o escribía para expresarse?

Cuando llegamos a vivir al campo yo tenía diez años. En aquel momento no advertí la soledad que se avecinaba y terminé la infancia feliz trepando aquellos árboles, al otro lado del río, o corriendo con los animales. A los doce años perdí el gusto por las actividades del campo, no me gustaba la chacra, no me gustaba sembrar ni regar las plantas, tampoco el cuidado del ganado; los adolescentes de mi edad disfrutaban con el pastoreo, luego se inventaban una cancha de fútbol y jugaban. Yo observaba todo desde lejos, solo. Entonces regresaba a casa, a los libros de la pequeña biblioteca. Leyendo a Julio Verne y a los hermanos

Dumas, combatí el tedio de aquellas montañas, pero me atormentaba no saber hasta cuándo seguiríamos allí, entonces quería que el tiempo pase volando, quería cumplir dieciséis años y salir o regresar a la ciudad para conocer a otras personas que como yo buscaran en los libros las respuestas contra la desolación. No hablaba mucho. Allí empecé a escribir. Tenía doce años cuando me enfrenté a mi primer poema.

¿Hay otros poetas en su familia? ¿Artistas o músicos?

Mi padre fue un gran lector, y dibujaba. Él me enseñó a leer y dibujar. Con él aprendí a dominar mi pulso. Somos una familia numerosa. Mi hermano Stalin es un destacado artista visual, es un retratista impresionante. Mi abuelo Alva fue un gran narrador de historias. Horacio Alva un destacado poeta, miembro de los Cuadernos Trimestrales de Poesía; Octavio Alva, senador, fue uno de los patriarcas de la política peruana, Javier Alva Orlandini, fue vicepresidente de la república; Francisco Viale, diputado, uno de los fundadores del Partido Socialista con Luciano Castillo, Luis Alva, el gran tenor peruano; mis primos Walter y Dante Alva, Walter es uno de los más importantes arqueólogos peruanos, descubrió la tumba del Señor de Sipán, y Dante, uno de los históricos cronistas parlamentarios. Soy uno de los pocos poetas de una familia que le ha dado al Perú personajes de los que me siento orgulloso y que significan una gran responsabilidad.

¿Cómo y cuándo supo que la poesía era un camino a seguir? ¿Alguien lo motivó?

Lo supe cuando entendí el poder del lenguaje. Lo supe cuando terminé de leer *El mundo es ancho y ajeno* y me conmovió su capacidad para denunciar las injusticias. Lo supe cuando leí a Rubén Darío y me propuse dominar los recursos y las herramientas que me permitieran aterrizar mis emociones. Mis padres me motivaron para que no claudique.

¿Cómo fue el proceso de la escritura de su primer libro? ¿Y de esa primera publicación qué es lo que más satisfacción le produjo?

En aquel entonces no tenía un proceso de escritura. En abril de 1995, papá me preguntó qué quería como regalo de Navidad. Yo acababa de cumplir 17 años. “Un libro”, le contesté. Desde entonces texto que le leía, texto que mi padre guardaba. Pasaron los meses y cuando llegó diciembre me llamó para que lo ayude a subir unas cajas. Fueron diez cajas pesadas. “Ábre las”, me dijo. Me acerqué para cerciorarme si era real lo que tenía frente a mí. “Allí tienes tu primer libro”, pronunció. El título fue suyo: *Firmamento*. “A ti te toca cruzarlo”, puntualizó. Mi padre coleccionó cada poema que leí sin imaginar lo que tramaba. ¿Qué perspectivas tiene? Me preguntaron en un programa de televisión. “Escribir”, respondí. “Escribir”, repetí sin titubear. Se lo debo a mis padres. Yo estoy aquí por ellos.

¿Cómo sabe cuándo debe dejar por terminado un poema?

El poema es quien nos deja. El poema siente cuando ya no nos necesita. A nosotros nos toca armarnos de esa capacidad de renuncia que nos permita convivir sin mirarnos bajo sospecha.

¿Tiene un ritmo determinado para escribir? ¿Se sienta y escribe lo que tenía en mente o va anotando frases o metáforas que luego desarrolla?

La escritura es un acto de voluntad, yo escribo por instinto, porque no sé cómo comunicar sino mostrándome. Yo pienso que el poeta sabe cómo vestir sus emociones porque el poeta es un cazador de emociones, un animal que aprendió a domarlas, a entregarles una forma. Si es en verso clásico, el poeta debe saber qué estructura otorgarle. Por eso es importante que conozca cómo se construye un poema, por eso es fundamental que conozca de estética. A la poesía no se cae ni se llega, a la poesía se alcanza. La precisión del verso libre, las claves para el encajamiento al que se refería Olson, el poema en prosa, los aportes de las vanguardias, haber naturalizado las licencias poéticas, dominar las figuras de construcción y de sintaxis, son las herramientas que lo diferenciarán del resto, son el ropaje que lo blindarán contra la fugacidad; aunque al poeta no le importe el tiempo, aunque al poeta no le importe para quién escribe, aunque al poeta no le importe el reconocimiento,

aunque al poeta no le importe si logró alcanzar la poesía. Yo escribo a cualquier hora del día, y corrijo siempre.

¿Tiene algún libro al cual recurre invariablemente a lo largo de su vida?

Tengo varios: *Poemas del manicomio de Mondragón*, de Leopoldo María Panero. Yo he crecido leyendo a ese viejo maravilloso a quien tuve el honor de conocer en Guayaquil, en octubre del 2010. Toda la “Poesía vertical” de Roberto Juarroz, su maestría al abordar la tensión con esa economía del lenguaje no deja de deslumbrarme, y la poesía completa de Emilio Adolfo Westphalen.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Piura?

Hombres de caminos, de Miguel Gutiérrez. La muerte de Isidoro Villar, y lo que ocasiona, es un hermoso pretexto para entender la idiosincrasia de una región y recorrer imaginariamente los paisajes de una Piura que sobrevive a sus desigualdades y arenas.

¿Qué libro suyo recomendaría a un lector de poesía?

Siempre el más reciente: *Ejercicios de escritura*, pero me atrevería a sugerir también *Lima*, creo que sus cuatro ediciones lo ameritan.

¿Las redes sociales le quitan el tiempo a la lectura? ¿Piensa que son invasivas?

Yo tengo buena relación con las redes sociales. Si sabemos utilizarlas como las herramientas que son, funcionan. El problema es cuando nos dejamos arrasar por ellas. Confío en la capacidad de los seres humanos, en su madurez para evitar esa invasión a la que te referes.

¿Qué le da miedo?

Antes le temía a la muerte. Ahora le temo al sufrimiento que puedan padecer mis seres más queridos.

¿Por qué escribe?

Escribo para afirmar mis reflexiones, escribo para ser memoria.

Escribo para tocar el corazón de mis lectores.

¿Cómo fue ese momento, tan emotivo, cuando recibió el reconocimiento como Huésped Distinguido de Salamanca?

Fue un momento de gran responsabilidad. Guardo un especial afecto por Salamanca. En tercero de secundaria recitaba fragmentos de la oda “Vida retirada” de Fray Luis de León. Entonces la imaginaba “del monte en la ladera con la primavera de bella flor cubierta”, y pensaba en cómo habrán sido aquellos días cuando la habitaron Cervantes, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Santa Teresa, Calderón de la Barca o “el monstruo de la naturaleza”. Luego volvió a mí durante la década del noventa. Mi padre dijo: “que acabe la universidad y luego directo a Salamanca”. Eso no sucedió. A mis diecinueve me obsesioné leyendo a la generación del 98. Con los hermanos Machado mi respeto por la poesía española alcanzó la mayor de sus cumbres, pero con fue Azorín, Valle Inclán y Unamuno con quienes aprendí que se podía ser renacentista aún en pleno siglo veinte. Durante la pandemia, el destino me puso al frente de un proyecto que reunió a cien de los más destacados poetas en una colección motivada por la responsabilidad de decirle al mundo que la poesía también podía protegernos. El 2021, el Excmo. Ayuntamiento de Salamanca me distinguió por esa colección. El poeta Alfredo Pérez Alencart tuvo la generosidad de proponer, para tan importante distinción, a dos escritores. El 2021, en el marco de los Encuentros de Poetas Iberoamericanos, recibimos la distinción el poeta Nuno Júdice, Premio Iberoamericano de Poesía Reina Sofía, y yo. Aquella mañana del 12 de octubre, el alcalde de Salamanca Carlos García Carbayo, nos entregó los reconocimientos ante un público que llegó de numerosos países a celebrar la poesía y a dar fe que fuimos los sobrevivientes de uno de los momentos más terribles de la historia, se perdieron millones de vidas por la pandemia, y nosotros estábamos allí, vivos, abrazándonos, como si acaso recibiéramos la misión de continuar construyendo puentes desde el lenguaje y la fraternidad. En mi caso, ese día fue muy significativo, recordemos

que el 12 de octubre de 1492 llegó Colón a América. Nosotros somos hijos de ese mestizaje, por eso en mi discurso me remití a Garcilaso, el Inca, a Fray Luis de León, Ricardo Palma, a don Miguel de Unamuno y Riva Agüero. Salamanca me entregó otra visión del mundo. Por eso mi gratitud.

Poemas

Cela

Un cuervo vuela hacia tu ventana
Le teme a la noche
Por eso permanece despierto
Intenta penetrar en tu sueño
Sabe que no hay ninguna historia
Pero es un cuervo
Que ha escuchado en tu voz
El timbre de su cuerva
El SOS que clama
La destrucción de los barrotes
Y allí lo tienes
Atrás de los cristales
Sobre los que ha escrito tu nombre
Con la soledad del pavimento

Declaración de agua

Un hombre se acerca a su reflejo
Le pregunta por sus manos
Por el agua de su infancia

Observa el cielo
La cordillera
Sobre la que detiene sus palabras
El aguacero de metal
Los túneles donde ha perdido
Las luces del crepúsculo.

Un hombre otea
La iracunda forma de su abismo
Los síntomas del vértigo
A quien se entrega
Con las agallas de un pájaro marino.

Primera canción de la mañana

El día cae,
multiplica su boca
en los cristales.

Aquí lo espero
con el mismo desconcierto
de un gato atacado por la luz.

Me gusta enfrentarlo,
increpar su naturaleza invasiva,
su forma de abordarnos.

Yo soy aquel que lo escribe
para capturar su asombro:
el miedo de un hombre
que se olvida de los parques.

Lluvia

Llueve en esta ciudad
y es como si un muerto hablara
de la tierra que me cobijó en la infancia,
el viejo molino en cuyas hélices
los pájaros sorteaban el rayo
y la velocidad de los relámpagos,
mi padre al filo de la carretera
con los brazos abiertos,
el corazón en sus manos, abierto,
cuidándonos del agua.

Hay una silueta entre los árboles
a quien no toca la lluvia,
una imagen con la forma de mi perfil,
una réplica de la noche,
los goterones de la mañana
salpicándole al silencio
el resplandor de una palabra,
la sintaxis de una aliteración
golpeando mi voluntad,
sus manos aferrándose
al brillo puntual de las torcazas.

Llueve sobre la catedral,
llueve sobre sus cúpulas de gárgolas,
llueve sobre los charcos donde salta
la liebre del día
con su color de estatua;
llueve aquí: adentro,
y no sé cómo evitar
la ceremonia
de los duendes y las hadas,

las regresiones como un flashback
perturbándome en la fragua.

Madre

Mi madre tiene en los ojos
el vacío de otro cielo.

Yo la observo como quien busca una palabra,
un gesto de redención en medio de la noche,
un parque en sus manos,
en esas nubes que dejaron de moverse.

Intento encontrar su voz en el abismo,
alguna actitud que la recupere para el día,
alguna forma que le quiebre los labios.

Mi madre tiene la estática de los acentos,
la consonante que no sabe
cómo pronunciarse,
el miedo a morir en una casa
que nada tiene que ver con el malecón,
con su calle alerta al temporal del trópico,
a sus tentáculos de arena moviéndose
con la velocidad de un espectro.

Mi madre ha perdido la voz,
pero es como si todavía la tuviera,
por eso le acerco el corazón,
el ruido de sus pálpitos,
la oscuridad que borra
su dolor con la neblina.

Al otro lado de la galaxia

Papá sabe que lo pienso,
por eso un geranio me sorprende
a esta hora cuando la distancia es una mancha
con la que me atrevo a despintar el cielo:
sus árboles de cemento en las ventanas,
los pájaros que todavía me asombran
con el aleteo de sus palabras,
el estribillo que anuncia
la derrota del sol,
su rabia oculta en mi nostalgia,
la ira de Dios quebrándose en el agua
con la precisión de un disparo
perdiéndose
al otro lado de la galaxia.

Papá sabe cómo me siento,
conoce las réplicas,
el punto cardinal que mueve el día;
en su hombro
mi corazón es un gato
escribiéndole sus siete vidas.

Un niño despierta en la madrugada

Un niño despierta en la madrugada,
observa los libros de los estantes
y se pregunta si en esos instantes,
la niña sueña sobre su almohada.

El niño la imagina a su costado,
observa en sus manos una estrella,
una ilusión, un astro que destella
la ternura de todo lo soñado.

El niño escribe porque no se atreve
a dibujar la voz que lo enmudece
(en sus ojos el mundo también llueve).

La niña tiene algo que lo estremece,
esa fuerza silvestre lo conmueve:
le pinta el corazón cuando amanece.

Luz Mary Giraldo



Luz Mary Giraldo

Escribo para estar conmigo misma y con los otros

Estado de alarma

*Reconozco el aire de la infancia en la cornisa
donde se posaban los pájaros que alimentó la abuela.
Ahora son tierra de miseria
costra sombría
formas torturadas
oscuridad y silencio.
Las puertas se cierran una detrás de otra como bóvedas
y nadie puede abrirlas con sus manos.
Yo intento abrirlas con mis letras.*

Luz Mary Giraldo

En cada uno de los libros escritos por la poeta colombiana Luz Mary Giraldo están presentes los temas que desde siempre han inquietado al ser humano: la memoria y el olvido, el amor y la muerte, la soledad y la brevedad de la vida, pero los aborda buscando la manera de encontrar siempre la palabra precisa, el punto de vista agudo y necesario, y también la musicalidad conmovedora y desafiante.

Esa manera de abordar la poesía recuerda lo dicho por el poeta Joseph Brodsky, en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, en 1987, “Quien escribe un poema lo escribe sobre todo porque la escritura de versos es un extraordinario acelerador de la conciencia, del pensamiento, de la comprensión del universo. (...) Un poema, nos invita a una conversación íntima y entabla con cada uno de nosotros una relación directa, sin intermediarios”. Es una conversación directa

con el poeta y con nosotros mismos como lectores, retroalimentando sensibilidades, sentimientos y puntos de vistas.

Poetas y críticos han comentado y estudiado su poética, por la que ha obtenido premios y reconocimientos dentro y fuera de su tierra natal. Como por ejemplo, lo escrito por la poeta, colombiana, Lucía Estrada: “en lo poético, Luz Mary Giraldo, sabe eludir las viejas trampas, las fórmulas que lo desdican más que invocarlos”. (...) “Es decir, en su trabajo encontramos una arqueología personal que somatiza la poesía tocando todo aquello que es inescrutable: desde las trampas del amor y la ausencia, la reflexión sobre la palabra misma y su destino. Es una puerta que se abre para mostrarnos el lenguaje como un cielo recobrado”.

También la poeta nacida en Colombia, Luz Helena Cordero Villamizar señala: “con su voz de «escalofrío y agonía», aunque potente, con su modo de poner en cuestión, lejos de lo lastimero, crea imágenes que traspasan el cascarón de la tibieza”. El poeta ecuatoriano Raúl Vallejo expresó sobre su poesía: “Siempre presente en los textos de Luz Mary, la música atraviesa su poesía como un elemento que no es decorativo, sino parte sustancial de su mundo poético”. Y Rafael Grillo, poeta cubano, en su página web Islíada, escribe: “Su poesía, ensayos y críticas literarias reflejan una sensibilidad excepcional, una comprensión profunda de la literatura y un compromiso con la exploración crítica de la experiencia humana. Su legado literario es una contribución valiosa y duradera a la cultura colombiana y a la literatura en general”.

Luz Mary Giraldo (Ibagué, Colombia, 1950). Poeta, ensayista, antologista y profesora universitaria. Ha publicado antologías de literatura para niños, antologías de cuento de autores colombianos y de poetisas hispanoamericanas y españolas, y diversas valoraciones sobre múltiples narradores colombianos y varios libros de ensayo sobre literatura colombiana. Ha recibido el Gran Premio Internacional de Poesía Academia Oriente-Occidente (Rumania, 2013); mención honorífica en el Festival Noche de Poesía en Curtea de Arges (Rumania, 2016); el Premio Internacional LASA-Monserrat Ordóñez (2012) por las antologías *Ellas cuentan*. *De la Colonia a nuestros días* (1998) y *Cuentan*.

Narradoras contemporáneas (2010, 2013); el Premio Nacional de Poesía Casa Silva *La Poesía como una Casa* (2011); mención de honor en el Premio Internacional de Ensayo Convenio Andrés Bello (2000) por su libro *Ciudades Escritas*, que fue beca nacional de Literatura del Ministerio de Cultura (1999); y mención honorífica en investigación por el Instituto Distrital de Cultura (2004). Ha sido jurado del Premio Juan Rulfo de Literatura hispanoamericana y del Caribe (hoy Premio FIL de Literatura en Guadalajara), del Premio Víctor Valera Mora de poesía en Caracas entre otros.

Es autora de los poemarios *El tiempo se volvió poema* (Ibagué 1974), *Camino de los sueños* (Ibagué 1981), *Con la vida* (1997), *Hoja por hoja* (Bogotá 2003), *Postal de viaje* (Bogotá 2004), *Sonidos en la luz* (Medellín 2010), *Llévame como un verso –poemas del exilio–* (Bogotá 2011), *De artes y oficios* (Bogotá 2015) y *Caza de sombras* (Montevideo 2019); y de las antologías *Diario vivir* (2012), *Canto de pájaros* (Rumanía, Academia Oriente-Occidente, 2015, edición trilingüe en español, inglés y rumano, e *Il volto nascosto dell'amore* (español e italiano, edición de Alessio Brandolini y Martha L. Canfield, Roma, 2017).

¿Qué es lo que recuerda de la casa de su infancia?

Mi memoria conserva varias casas que me llevan a la infancia. Por una parte, la enorme casa de los abuelos, en un pueblo cafetero llamado Fresno, donde pasábamos entrañables vacaciones con primos y primas de todas las edades. Recuerdo su arquitectura de la colonización española con amplias escaleras y corredores con barandales coloridos, macetas llenas de flores y balcones que daban a la calle principal, a los que en la infancia y la primera juventud nos asomábamos varias veces al día a ver pasar la vida. La abuela tenía jaulas con pájaros a los que les hablaba y silbaba, y a sus nietos nos contaba cuentos, como si fueran sus propias experiencias. Con el paso del tiempo vine a saber que salían de las *Mil y una noches* o los cuentos de Andersen y de los hermanos Grimm. Esa casa aún existe, habitada por una tía que conserva hasta los muebles de a época y, aunque ha cambiado un poco, la he vuelto ver, no sin nostalgia.

La casa de mi núcleo familiar, la de mis padres y hermanos, también era grande con alcobas que rodeaban el patio central y un jardín interior con algunos árboles, entre ellos aguacates, guayabos y mangos. De esa casa vienen unos versos de *Caligrafía de la sombra*, mi libro más reciente: “mi casa era la infancia/ y para sonreír me subo a un árbol de guayabas/ elevo cometas con mi hermano/ juego bolitas de cristal que brillan en mis ojos/ o recojo aguacates en el patio (...) “Era la infancia, digo/ y aprendo a deletrear/ a subir y bajar las escaleras/ a darle vueltas al insomni”. Era en Ibagué, una ciudad intermedia de clima templado, reconocida como la “Ciudad musical de Colombia”. Jugábamos en las calles y en los parques al llegar del colegio con los niños vecinos, pues la vida transcurría entre las horas escolares, los juegos en casa con los hermanos o la socialización callejera. Vivimos en otras casas, y de ellas recuerdo jardines florecidos que mi madre cuidaba, una biblioteca para todos y un piano. Mi padre era el organista de la Catedral y gracias a su gusto por la música clásica y al espíritu de la ciudad, inscribió a sus hijos en el Conservatorio de Música del Tolima a aprender algún instrumento. De los cuatro hermanos sólo dos estudiamos teoría, piano y canto, que lastimosamente dejamos a un lado al terminar bachillerato y viajar a estudiar en la universidad de Bogotá. Mi casa se extendió a algunas calles y parques que formaron parte de mi territorio personal, y a determinados lugares emblemáticos, como ese Conservatorio, donde pasé muchos años y llega de una u otra manera a mi poesía en imágenes de las golondrinas que salían y entraban a la sala de conciertos, y que sentía como notas musicales en el pentagrama: corcheas, fusas... A esto agrego unos árboles muy vistosos e inspiradores de pinturas y bambucos: los cámbulos, los gualandayes y los ocobos, que florecen en determinada época de año: los cámbulos con flores de color anaranjado, color lila las flores de los gualandayes y rosadas las de los ocobos. Cuando florecen en Ibagué, se habla de “una sinfonía de colores”.

Pero no todo fue alegría. Yo crecí y he vivido en un país en guerra. La violencia también marcó mi infancia con las beligerancias de los partidos políticos tradicionales, que desangraron al país desde mitad de

siglo XX hasta comienzos de los sesenta. Después cambiaron los actores y la violencia se extendió a las ciudades con variantes ciegas que no se han terminado y confluyen en lo que hoy se conoce como conflicto armado, que incluye la de guerrilleros, paramilitares, narcotráfico, delincuencia común y agentes del estado. La de medio siglo se gestó en la ciudad y se desató en el campo, repercutiendo en pueblos y ciudades y afectando la vida cotidiana. Las noticias hablaban de muertos, de asaltos, de enfrentamientos, de situaciones peligrosas. Precisamente para ir de visita donde los abuelos había que viajar por carreteras donde podría ser asaltado por los bandoleros. Eso generó miedos y marcó mi infancia, así como las siguientes han ido marcando también la de mis hijos y la de mis nietos. Así que mi casa, mis casas en mis ciudades y mi patria, llegan siempre a mi memoria y se quedan en mi poesía con lo grato y lo luminoso, pero también con los miedos, las ausencias y las muertes.

¿Quiénes eran sus padres? ¿Qué aprendió de cada uno?

Mis padres eran de Fresno, se casaron jóvenes, él de 24 años y ella de 16. Tuvieron cuatro hijos, dos hombres, dos mujeres. Ella era una mujer alegre y festiva, papá era más serio, reflexivo y pragmático. Había sido seminarista y tenía una muy destacada formación humanística, conocía a los clásicos, le gustaba la poesía, sabía griego, latín, francés y algo de inglés, escribía pequeñas reflexiones poéticas, era además un músico de oído absoluto que tocaba piano y órgano y con unos amigos intérpretes de distintos instrumentos, formó un pequeño grupo musical para amenizar con música clásica diversas celebraciones. A pesar de su pasión musical, fue gracias a su profesión como contador público que sacó adelante a su familia. Era un religioso de pensamiento liberal, convencido de la función de la mujer en la sociedad, así que no sólo puso a mi mamá a terminar sus estudios, sino inculcó a sus hijos la importancia de una formación profesional para ser defendernos en la vida, y a las mujeres para ser independientes. Mi madre fue durante mucho tiempo ama de casa y luego comerciante con un gusto exquisito por lo bello, la moda y la decoración, lo que aprovechó en un almacén

de ropa y objetos decorativos que animaron sus últimos años. A él le debo, además de mi disciplina, mi inclinación humanística y musical, y a ella, sin duda alguna, el placer por la belleza, que inicialmente aprendía no sólo con la moda y determinadas obras de arte, sino con las letras de algunas canciones de mi formación sentimental (y de la de ella, supongo), en las que me hacía notar de manera inocente giros y figuras literarias, que más tarde reconocí en los lenguajes e imaginarios de la poesía modernista. Curiosamente, ambos querían que yo fuera escritora o pianista.

¿Conserva alguno de los libros que leyó cuando era niña?

He conservado una cartilla cuyo título siempre me ha parecido hermoso: *La alegría de leer*, que he modificado para decir “la alegría de escribir”. También *Las mil y una noches*. Ahí están los primeros cuentos que me empezó a regalarme mi papá desde que aprendía a leer y a garabatear.

¿Quién leyó sus primeros poemas? ¿La alentaron a seguir?

Yo escribía poemas en el colegio, como a los 12 o 13 años, con una compañera de colegio. Respectivamente nos elogiábamos. Recuerdo que eran rimas sobre el paso del tiempo. Más adelante, mi papá leyó nuevos textos, unas prosas poéticas, recuerdo que el tema era un ir caminando bajo la lluvia y logró que me las publicaran en un periódico local. Ese fue el colmo del estímulo y una enorme exigencia para mí. Mamá aplaudió entusiasmada. Todavía veo sus sonrisas de satisfacción. Sentí que no podía quedarles mal.

¿Cómo fue el proceso de publicar su primer libro? ¿Reunió los poemas que tenía escrito o escribió especialmente para ese libro? ¿Fue difícil encontrar la editorial?

Tuve la fortuna de ser discípula de un par de profesores en la Universidad Javeriana, cuando estudiaba Filosofía y Letras, cuyas enseñanzas y su estímulo a mi creación fueron definitivos: Giovanni Quessep y Martha Canfield. Giovanni es un gran poeta, muy discreto, publica-

do en grandes editoriales, entre ellas Fondo de Cultura Económica en México, Galaxia Gutemberg en España y Fili d'Aquilone en Italia, formador de una enorme cantidad de poetas y amantes de la poesía, que bien merece ganarse el Cervantes o el Reina Sofía. Martha, uruguaya nacionalizada en Italia, poeta, ensayista, traductora y profesora universitaria, ganadora de varios premios y también formadora de notables escritores e intelectuales.

Ya haciendo mi especialización en Literatura, Giovanni se enteró de mis escritos dispersos en cuadernos y papeles y me pidió verlos. Le entregué con mucha inseguridad mis escritos y empecé a seleccionar: este sí, este no, este necesita trabajo, en fin, hasta que quedó un pequeño corpus que me sugirió publicar con el título *El tiempo se volvió poema*. Es un libro que quiero mucho: fresco, reposado, existencial como puede ser uno a los veinte años. Mi papá buscó su publicación en una tipografía de Ibagué. Tuvo muy buena recepción varias reseñas estimulantes. Martha Canfield hizo muy buenos comentarios sobre la construcción poética, y los poetas colombianos Jaime García Maffla y Augusto Pinilla escribieron artículos muy elogiosos sobre la temática del tiempo y el sentido de la sugerencia.

¿Podría señalar un poema o un poemario con el que esté realmente satisfecha?

La verdad, tengo unos libros publicados que me hoy me convencen: *Con la vida*, *Casa de sombras* y mi más reciente *Caligrafía de la sombra*.

¿Escribe sobre algún tema recurrente o se basa en lo que siente día a día?

Ha sido recurrente el tema del tiempo desde lo existencial y el pasar de la vida, y la meditación sobre la memoria. Revisando mis libros para una antología que preparo, noto que las guerras propias y ajenas ocupan su lugar.

¿Reescribe sobre una idea primigenia o bota lo que no le gusta y vuelve a empezar de cero?

Generalmente borro, tacho, destruyo, lo que no logro comunicar.

¿Ha reescrito algún poema que haya guardado en su adolescencia?

He intentado reescribirlos y no se ajustan ya a mi manera de sentir o de decir.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer Ibagué o Bogotá?

He preparado varias antologías de cuento y poesía de autores y autoras del país y del exterior. Si quiero que se conozca parte de mi territorio y sus experiencias, creo que las antologías son muy ilustrativas: no solo hay nombres de autores, sino temáticas, estilos, visiones de mundo y de época. Eso regalaría y he regalado. Creo que, a través de la experiencia creativa, en este caso narrativa o poética, puede darse a conocer un territorio y lo que ello implica.

¿Qué libro suyo recomendaría a un lector de poesía?

Como creo que las antologías pueden dar una idea general de un autor, de una época, una cultura o un país, en mi caso hay algunas que si bien no alcanzan a incluir poemas de mis libros más recientes, recogen gran arte de mi obra. *Alfabeto de otros días* (2022) tiene comentarios de diversos autores sobre mis diferentes libros y fue publicada como homenaje por revista *Ulrika* y el Instituto Caro y Cuervo; *Como un centinela* (Seshad, 2022) puede leerse de manera virtual; en español e italiano, Martha Canfield y Alessio Brandolini prepararon y tradujeron poemas de cuatro libros y algunos inéditos: *Il volto nascosto dell'amore* (Roma 2017) y en español, rumano e inglés, publicada con motivo del Gran Premio Internacional de Poesía Noches de Cuerteza de Arges: *Vremea păsărilor La hora de los pájaros* (Rumanía, 2015). Si alguien quiere saber, recomiendo mi libro más reciente, ya mencionado.

¿Tiene algún libro al cual recurre invariablemente a lo largo de su vida?

Tengo autores a los que regreso y acompañan mi escritura: César Vallejo, Juan Gelman, Blanca Varela, Eugenio Montejo, Gonzalo Rojas,

Idea Vilariño, Daisy Zamora, Diana Bellesi, entre latinoamericanos. De otros países: Giuseppe Ungaretti, Adam Zagajewski, Michel Ondaatje, Marina Szvietáieva, Chantal Maillard.

¿Las redes sociales la abruman? ¿Le quitan tiempo? ¿Piensa que son negativas para los más jóvenes?

Pueden ser útiles sin exceso y quitan tiempo porque atrapan. En muchos casos es la democracia narcisista y esa necesidad de exhibirse me parece triste.

¿Qué le da miedo?

La Inteligencia artificial que pueda reemplazar al ser humano y la violencia, las guerras, me dan terror.

¿Cuéntenos un poco cómo se sintió en la ceremonia donde la honraron como Huésped Distinguido de la Ciudad de Salamanca?

Fue para el Encuentro de Poetas Iberoamericanos del 2022. Me llegó una carta comunicándome que me querían declarar Huésped Distinguida de la Ciudad de Salamanca. Pensé en el significado de ese entrañable lugar que además es Patrimonio de la Humanidad. ¡¡¡No lo podía creer!!! Que esa ciudad de la cultura y los saberes me honrara de esa manera, era inesperado para mí. Tuve que respirar hondo para asimilar la noticia y la emoción. Cuando miro el diploma firmado por “Carlos García Carbayo, alcalde-presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de la Muy Noble y Leal, Hospitalaria y Caritativa, Muy Culta Docta y Sabia Ciudad de Salamanca (...)” el 13 de octubre de 2022, no me cabe el corazón en el pecho. ¡¡¡Es una gran responsabilidad!!! La ceremonia fue hermosa, afectuosa, sería, llena de vitalidad y de la compañía de los poetas. Alfredo Pérez Alencart ahí junto al alcalde y otros poetas homenajeados y con Federico Díaz Granados, que también recibió la misma distinción. Inolvidable.

En este link se pueden leer las palabras de la poeta Luz Mary Giraldo al recibir la distinción:

<https://tiberiades.org/?p=7318>

¿Por qué escribe?

Escribo para estar conmigo misma y con los otros. Tengo dos formas de escritura: el ensayo y la poesía. Mis ensayos analizan y reflexionan sobre escrituras ajenas y la poesía medita sobre la vida. Creo que escribir, sobre todo poesía, es una forma de meditación, de estar en soledad con el universo y sus complejidades. Lo hago por necesidad de comunicación, porque así como la lectura ayudan a hacer memoria y a conocer el mundo y así mismo, la escritura también es una forma de conocimiento y exploración de la realidad y de los otros. Necesito ponerme en el lugar del otro, hablar de los otros y con los otros; creo que así me encuentro conmigo misma.

Poemas

Como un centinela

La vida por siempre dando vueltas
y como un centinela la muerte en los rincones
llama en silencio con todo y sus gerundios:
gato lamiéndose despacio
perro ladrando en la mitad del sueño
pájaro cantando al comenzar el día
mientras tejen su tela las arañas.

Golpea el viento
apaga la luz en la ventana
se escucha la zozobra
y el silencio recoge expectativas.
Parpadean los hilos del asombro
y entre la soledad de un pájaro
oigo distintas formas de alegría:

pequeñas cosas que pasan en la casa.

Poema con gato

... como una divinidad desdeñosa.

Jorge Luis Borges

Como el gato
el poema se niega a la caricia.
Juega
camina caprichoso
busca el lugar más elevado
salta
rechaza el sitio inhóspito
desciende
husmea
escarba
aleja la carroña
las cenizas
deja en silencio la soledad
y encuentra la palabra.

La hora de los pájaros

Inasible y costurera
la palabra
cubre con tela engañosa
la herida de la noche:
juega a la libertad o sueña la ventura.
Como eterna Penélope
teje la túnica de todos

deshilvana el secreto de la espera
hasta inventar un nuevo rostro
o un espejo sin nombre.

Inasible y costurera
oye pasar el viento
fatigado por los pájaros.

Vendimia

Y de mi vivir me siga asombrando
Ana Blandiana

Llegará el día de recoger la cosecha y seleccionar frutos.
Nos miraremos de frente y sabremos cuán dulce
o cuán amargo
fue el sabor de la vida entre las páginas.
Llegará la hora de pedirnos cuentas
o saborear el vino de la tarde.
Veremos que llegó el otoño
y la historia subió paso a paso la escalera
o bajó uno por uno los peldaños.
Sabremos que el viento vino a sacudir las hojas
o a quebrar el tronco o nuestras ramas.
Entenderemos que medimos flaquezas
y estuvimos vivos.
Tal vez nos abracemos sin decirnos nada
y pensemos que valió la pena
que no nos sorprendió el invierno
que estuvimos juntos en primavera y en verano
que todo estuvo a la altura de los cuerpos
o en la debilidad de los corazones.

Los dioses dirán que no pasamos de largo

por ninguna estación.

Tal vez nos miremos a los ojos

y con las manos en el pecho

aceptemos que la vida tejó hondas cicatrices

el bucle de las nubes en algún cielo perdido

borrones y certezas

y la pasajera felicidad.

Tal vez cerremos el libro donde instalamos las palabras

y comprendamos que en el fin del mundo

siempre hay un abrazo nuevo.

Tal vez no existan peldaños o ascensores

pero levantaremos la mirada

y brindaremos

por lo vivido

y lo que no.

La mesa servida

*¿Quién tiende mesas para la gracia
de inútiles migajas?*

Ida Vitale

Madre ponía las tardes de domingo

un corazón en el centro de la mesa

macetas con geranios en el patio

y la música subía las paredes:

aves de fiesta.

Los hermanos sentados en un lugar cualquiera

padre y sus Cantos Gregorianos

el Ave María ahoga los ojos de mi madre

se escucha en el piano Malvaloca

el sol se eleva en el viejo diccionario:

cae y se levanta en la vida
en la vida que se levanta y cae.

Las tardes de domingo eran de fiesta
madre ponía un corazón
los platos llenos.

Olvido

Vaya usted a saber si cuando el tiempo pase
alguien recordará las noches llenas de estrellas
sin pedir un deseo.
Tal vez despierte la vida arrumada en la memoria
con la foto que naufragó en el río
y evoque la música de quien cantaba como si fuera dios.

Vaya uno a saber si el tiempo perdió su paraíso
cuando descolgó el vacío de la nada
y trajo el miedo enredado en cada una de las letras.
La memoria llama al silencio ahogado por la lluvia
y escucha el aullido de los lobos o el esqueleto de pájaros chillando.

Vaya usted a saber si después de tanto grito
y tanto peregrino con trajes raídos y zapatos rotos
aprendió a limpiar sus lágrimas y las de sus hijos
y desdibujó la mueca de sus labios para volver a sonreír.

Vaya usted a saber cómo se dice olvido
con la boca llena de tierra.

**Nidia Marina
González Vásquez**



Nidia Marina González Vásquez

La poesía es un oficio que me
tomo muy en serio

*Mi madre decía que lloré en su vientre,
lo imagino como una película en blanco y negro
y me cuesta sentir el llanto del feto que fui
en el vientre de mi madre,
el llanto que se tragó la memoria.*

Nidia Marina González Vásquez

Nidia Marina González Vásquez pertenece a esa estirpe de seres humanos que apuestan por la inmortalidad de la palabra. Como cazadores de tesoros hurgan en rincones recónditos dentro de ellos mismos para mostrar y revelar todo lo que el alma encierra. Cazadores que atrapan el sol con la palabra para darle calor a la fragilidad de la vida. Son esos incansables cazadores que tratan de definir la volátil sustancia del tiempo para hacer más duraderos nuestros pasos por el camino insondable de la vida. Cazadores que multiplican con metáforas el fascinante y oscuro destino final que nos depara la existencia y la maravillosa y definitoria aventura del amor que nos permite trascender más allá de todas las vidas posibles.

La poeta Nidia González Vásquez nació en San Ramón de Alajuela, tierra de poetas, ya que los más representativos poetas costarricenses han nacido o se han establecido en ese lugar. Poetas como Lisímaco Chavarría, adscrito al Modernismo; José Joaquín Salas Pérez, Carlo-magno Araya, Emma Gamboa Alvarado, y Félix Ángel Salas Cabezas forman parte importante de la historia literaria del país.

Desde que publicó sus primeros libros Nidia González se ha destacado por mostrar la violencia que rodea y aplasta al ser humano. Ade-

más, la poeta escribe, describe, combate y cuestiona prejuicios con un lenguaje poderosamente sutil y cautivador.

Ha publicado los libros: *Cuando nace el Grito*, 1985, *Brújula extendida*, 2013, *Seres apócrifos*, 2015, *Objetos perdidos*, 2015, *Bitácora de escritorio y otros viajes*, 2016, *La estática del fuego*, 2019. *Zurda* (Nueva York Poetry Press 2022) ganador de medalla de plata en Latin American Book Award, *Anamnesis*, 2022, libro ganador del Primer premio Latinoamericano de poesía Marta Eugenia Marín, *Astilla de agua*, con la editorial Perro Azul, 2024, y *Atrapanieblas*, Diputación de Salamanca 2020, XI Premio Internacional de poesía Pilar Fernández Labrador.

Los libros con sello EUNED elegidos por concurso de selección anual para su publicación en los años respectivos. Además, publica en narrativa *Árbol de papel*, Editorial Poiesis, 2020. En el año 2021 es la dedicada de la primera edición del premio “Corina Rodríguez” de la Universidad de Costa Rica. Mención de honor en el concurso Lisímaco Chavarría 2003, en *La porte des poètes*, Francia 2003. Ganadora del II Premio internacional Corina Rodríguez 2024, con el libro inédito “*Autofagia*”. Algunos poemas suyos han sido traducidos al italiano, portugués e inglés

¿Cómo es su día a día en Costa Rica? ¿Podría contarnos un poco de su cotidianidad?

Soy profesora Catedrática de la Universidad de Costa Rica en una Sede Regional, la cercanía de mi casa a mi trabajo me da una holgura privilegiada que me permite levantarme a saludar al sol y a mi jardín antes de iniciar el día apenas el sol entra por la ventana, este país tropical enciende la luz del día muy temprano, entre las cinco de la mañana y las seis, y los atardeceres ocurren en ese mismo horario por la tarde, las lluvias son torrenciales, los soles muy fuertes y verticales durante todo el año, solo tenemos época lluviosa y época seca, así que aquí todo es abundancia de plantas y animales, de musgos y pequeños florecimientos. En un día regular leer y escribir me suceden a cualquier hora en distintos niveles de brevedades o espacios más profundos, pero

es en la soledad de la noche o en alguna mañana libre cuando fluye este oficio, y todos los días encuentro algún pequeño espacio. Me dispongo a impartir el primer curso a las ocho de la mañana, dos veces por semana, los otros dos cursos inician a la una de la tarde hasta las cinco, por lo que paso días completos de la semana entre mi oficina, compartida con todos los demás colegas, y en el aula con mis estudiantes. Algunas mañanas y tardes las puedo transitar en mi estudio entre libros y pinturas, aunque mi espacio para la escritura me inunda y se desborda sin remedio, antes de empezar algún boceto.

Mi esposo, originario de Asturias, se ocupa de prepararme el desayuno para que en medio de mi distraída atención me alcance el tiempo al inicio del día, de lo contrario es posible que saliera de la casa sin desayunar. Me reparto alguna tarde al final de la semana con amigas que conservo de la adolescencia, en alguna reunión de poetisas dos jueves al mes, por la noche. Los sábados logro ir a casa de mi hermana, o con mi hija a la que veo menos de lo que quisiera porque vive en otra ciudad, en este país pequeñísimo donde las distancias son enormes a causa de las presas vehiculares, y de un terreno montañoso e irregular. Generalmente almuerzo con mis colegas y ceno frugalmente en casa, hago senderismo alguna vez al mes y yoga una o dos noches entre semana. Le robo tiempo a la noche cuando estoy con la escritura ardiendo por salir de entre mis dedos, o la lectura de algún buen libro me atrapa.

¿Conserva algún libro que le haya especialmente gustado en su infancia?

Me gustaría conservarlos, pero los perdí en una mudanza a Japón, donde llevé objetos queridos se suponía que para siempre (que me fue un año en realidad), como un libro de cuentos de Andersen que gané en primer grado por haber terminado el libro de texto antes que todos mis compañeros, firmado por mi maestra de escuela, o una edición de 1946 de los cuentos de María Noguera, que me regaló una tía, entre otras joyas de mi infancia.

¿Comenzó primero a pintar o a escribir? ¿Cómo fue ese proceso?

Mi encuentro con el mundo de la pintura y la escritura llegaron juntos, era una niña tímida, todavía lo soy un poco, y me perdía en la biblioteca de la escuela entre libros ilustrados, apenas tenía una oportunidad, recuerdo especialmente un libro de poemas de Rubén Darío con ilustraciones a la acuarela, yo tendría seis o casi siete años. Escribí pequeños versos desde la escuela, hasta un concurso gané a los diez años y todavía conservo un lapicero grabado que me entregaron en esa ocasión. El dibujo lo practiqué un poco más adelante porque uno de mis hermanos mayores me aventajaba en ello, y competir con él no se me ocurría. Así que fue hasta que elegí la carrera de Artes Plásticas con énfasis en pintura que realmente entré a esa disciplina, mi formación académica es esa. Sin embargo, a los 20 años publiqué mi primer libro de poesía con una Beca del Ministerio de Cultura. Así que primero fue la escritura en mi camino. Me involucré en grupos de literatura y talleres de estudio desde mis 14 años, de hecho, mi padre fue quien me llevó a un grupo por primera vez, y luego seguí yendo por mi cuenta. Participé primero con personas tan mayores como lo soy yo ahora, el grupo se llamaba Rescate Cultural Ramonense, y luego, los jóvenes fuimos haciendo nuestro camino, fundando talleres y revistas en mi ciudad.

¿Pinta pensando en algún poema que está escribiendo?

Tal vez lo haga de manera inconsciente, pero la pintura y la escritura son lenguajes diferentes, que llegan a lugares distintos, aunque me dicen con mucha frecuencia que mi poesía está llena de la pintura, y eso es porque mi entrenamiento es visual, así veo el mundo, es mi área de formación y eso se debe notar porque me es natural. En el 2004, en la Galería José Figueres Ferrer en San José, hice una exposición en técnicas mixtas que contenían textos poéticos dentro de las obras, a veces haciendo de línea para dibujar con la escritura, tal vez lo retome más adelante. También algunas portadas de mis libros contienen mi pintura, y a otros poetas les he cedido imágenes para sus libros.

¿Con cuál poema o poemario está realmente satisfecha?

Puedo decir que cada uno de mis libros responde a un trabajo a conciencia, nada es por ocurrencia, y cada uno responde a distintas etapas de madurez en el oficio, así que de todos siento satisfacción, sin embargo me atrevo a nombrar algunos: el libro *Objetos perdidos*, de la editorial EUNED, contiene mis dibujos y poemas en comunión, y eso lo convierte en el que me refleja de forma más completa, sin embargo todos los libros son significativos y tienen sus logros, *Zurda* es un libro de madurez, así como *Anamnesis*, el último libro publicado en mi país, *Astilla de agua*, es un trabajo muy sólido que está lleno de significado, *Atrapanieblas* ganó el Pilar Fernández y tiene su propio brillo, tengo inéditos varios libros queridos en busca de editorial, en proceso de traducción al Italiano está *La curvatura de la piel*, un libro de trabajo profundo y de muchos años transformándose, que espero con ilusión en los próximos meses con la editorial Formarti. Los podría mencionar todos porque cada uno es obra de mi más profunda sinceridad y compromiso con la poesía como un oficio que me tomo muy en serio, ya son once publicaciones y tres premios internacionales, se cumplirán 40 años desde la publicación de mi primer libro el próximo año, es una vida completa, y posiblemente me falte trabajar en una antología temática o una poesía reunida con la complicidad de Yordan Arroyo, quien es un gran estudioso de la producción poética escrita por mujeres, la vida me llevará a ello si es lo que corresponde.

¿Escribe en cualquier momento en papeles o libretas, o se sienta frente a su computadora a trabajar un poema determinado?

Escribo en cualquier momento, tengo varias libretas y a veces en cualquier papel que tenga a mano, en su mayoría cosas breves, apuntes apenas que luego crecerán en un poema o serán borrados. También escribo directamente en la computadora cuando el libro ha superado la etapa de ser un boceto. A veces hay poemas que se cambian de libro por afinidad al tema, y los temas nacen de procesos reflexivos, lecturas, análisis y sus conexiones con lo que resuena dentro de mí.

¿Ha reescrito algún poema que haya guardado en su adolescencia?

No lo creo, he quemado y borrado muchos textos, lo sigo haciendo, especialmente de la adolescencia, lo que sobrevive está en mi primer libro y en alguna revista que me publicó poemas en ese periodo de vida. Yo creo que el poema se puede podar y hasta cortar de raíz, que si se trata de un buen texto, volverá y florecerá de nuevo de alguna forma, porque sus semillas son parte de quien las hace germinar.

¿Cuál fue la última vez que se perdió en su propia casa?

Me pierdo a diario, entre pensamientos reflexivos, o en el murmullo del viento, me pierdo en las flores más pequeñas, para encontrarme asombrada de seguir en la vida, para volver a mi escritorio, a las velas, a las ventanas, al sol en la terraza y los espacio que habito.

¿Su madre leyó el poema Nota al margen que usted le dedicó? ¿Le hizo algún comentario?

Mi madre murió hace casi diez años, tal vez me escuche desde su luz, tal vez me responda de formas que yo no escuche, pero estoy segura de su abrazo eterno. Mi padre disfrutaba mucho de los libros míos que llegó a conocer hasta inicios del 2019, él si llegó a decírmelo antes de reunirse con la mujer que amó tanto, mi madre.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer Costa Rica?

Le regalaría un libro sobre los Parques nacionales de Costa Rica, el libro *Árboles mágicos*, y *Costa Rica poema a poema*, de la poeta Julieta Dobles.

¿Cuál es la ciudad o el lugar que le gusta más de su país?

Tengo 60 años de edad, este país tiene apenas 51.100 kilómetros cuadrados y no he dejado de descubrir lugares mágicos, especialmente en la montaña y los ríos. Me siento a gusto fuera de las ciudades, eso sí lo puedo afirmar. Es un país muy ancho en su pequeño territorio.

¿Las redes sociales la abruman?

A veces lo hacen, siento que no logro seguir el ritmo de todo lo que sucede, y desconfío de las informaciones que circulan, solo me conecto a las redes para encontrarme con mis afectos lejanos y con otros poetas, pero nada más, a veces pasan días sin que abra ninguna página. Son abrumadoras, el mundo se ha vuelto aplastante y las redes tienen una buena cuota en ello.

¿Piensa que deberíamos tenerle miedo a la inteligencia artificial?

No, porque el futuro no nos pertenece, ya antes hubo miedo a cosas como la televisión o la radio, el mundo cambia, unas cosas empeoran, otras mejoran de formas que no podemos imaginar.

¿Por qué escribe?

Escribo porque me es inevitable, lo llevo en las venas, es mi defecto y mi virtud.

¿Qué significa para usted el Premio Pilar Fernández Labrador que acaba de obtener en Salamanca?

No puedo describir con palabras precisas la emoción que sentí cuando me llamó por teléfono Pilar Fernández Labrador, en una tarde de lluvia torrencial, el abrazo de su voz y sus palabras me hicieron derramar lágrimas de felicidad. Creo que es una señal de que mi compromiso con el oficio de la poesía tiene mayoría de edad al fin, de que mis libros no son un derroche de papel en época de crisis, o si lo son, tienen una buena razón.

Que el jurado se haya fijado en mi libro entre tanto textos de alta calidad, entre los que pudieron elegir otro, es un privilegio que se agradece profundamente. Soy mujer, y los premios suelen estar mayoritariamente del lado de la escritura elaborada por el género masculino, escribo desde mi género, es un color que me es inherente, aunque la escritura es universal, no es lo mismo tener una piel que otra, una cultura que otra, así que ser escuchada desde donde escribo es otro privilegio. Tengo varios textos inéditos, y no es fácil editar en mi país poesía con editoriales importantes y exigentes, es una de las razones que me

hicieron enviar este libro a concurso, buscando su posibilidad de ver la luz editorial, y aquí estoy, con esta hermosa edición en las manos, que contiene un poema traducido a 25 idiomas, tan maravillosos para mí como el maya, el catalán, el italiano, y tan desconocidos para mí como el gregoriano, o el persa-dari, que me provoca escucharlos en esos nuevos sonidos pronunciados por sus traductores tal vez. Un libro además, prologado por Carlos Aganzo e ilustrado por Miguel Elías, no se puede pedir más para un libro amado.

En mi país la prensa se ocupa poco o nada de estas cosas, pero lo que viví y estoy viviendo aún, el abrazo de los poetas del XXII Encuentro de Poetas Iberoamericanos al que estaba convocada en primera instancia solamente como participante, y terminé en ganadora de este premio, -bajo la exquisita dirección de esta orquesta maravillosa que dirige Alfredo Pérez Alencart, es un sueño del que no quiero despertar.

San Ramón, Alajuela, Costa Rica, 30 de octubre, 2024

Poemas

Rezo al dios del aire

I

A veces siento que me ahogo y pienso en el mar y sus criaturas.
Las manos en el aliento para que escuche el dios del aire.
Los pulmones en la garganta empujan sonidos y aguardan sigilos.
Los caracoles vacíos rezan al dios del aire.
Yo le toco la tesitura de su cabello,
las danzas arremolinadas de sus pies.
Cuando siento ahogarme, pienso en el mar que necesita respirar.
Le pido al aire que no pare,
que nos dé tiempo de llenar los caracoles con sus moluscos vivos,
que nos enseñe a rezar sin lastimar a nadie.

II

En un sueño, el aire escribe en el vacío una palabra: alivianar.
Me dice que es imposible evadir al dolor mientras respiramos aquí.
Escribe lentamente otras palabras: honrar, abrazar, perdonar.
Dejarse escuchar en el latido de los peces, en la sangre de las piedras.
Aprender del aire a respirar.
Historia antigua

I

Llevo el mar de mi abuela en el nombre.
Un miércoles a mediodía germiné
del agua mineral en el vientre de mi madre
a la salinidad de las lágrimas.
Ya casi no queda nada de aquella cáscara de huevo,
se ha cubierto de hierba el pestillo de la puerta.

II

Más de medio siglo después de escudriñar dentro del cuerpo
en la superficie del agua-piel me sangra el mar de cada día,
a veces en el influjo que marca el lunario,
a veces en el eco de la sangre.
Desde el nudo del instinto: maternizar.
Es intensa la ternura que me hurga
y que resbala interminable, aguas adentro.
Zarpo en barcos de papel,
los colores me habitan y desatan.
Llevo en el nudo simple de lo que fue cordón umbilical
historias abiertas como acantilados.
Escarbo en las palabras con uñas y abismos.
Cuando se mueve mi mano
gira conmigo un vendaval de abrazos
una estela de anagramas con heridas

una caja secreta al descubierto,
una galaxia de diosas que no olvidan
el color de su piel de agua.

Malintzin

I

Busco su nombre
en las inscripciones
y encuentro rasgaduras.
Malinche no hablaba castellano
Náhuatl y Maya su lengua.
Lejano su mundo al del otro lado del mar.
Garganta niña sin canción de flores.
Marina, Malinche, Malintzin
siglos de llanto, Llorona, Cihuacóatl,
vientre y piel de agua.

II

Malinche, Malintzin
me acuerdo de vos
cuando una mujer enmudece
borrada por el tono grave de una voz infame.
Cuando una intenta la libertad
en el mapa del desgarró
pero desaparece en fosas incendiadas.
Marina,
vos y yo
sin voz para hablar lo suficientemente alto
aunque gritemos en media ciudad a coro.
Torre de Babel en las huellas digitales.
Sabor amargo que no sabe desaparecer

y vuelve a articularse
en las lenguas que traen el signo del cromosoma X.
Luna tras luna
desde que Eva probó la manzana y se tornó amarga.
Instaurada la mordaza, la condena y el dolor
ahogado el canto de las ocarinas.

III

Aunque renuncie al horizonte del mar
(Marina, quien también soy yo).
Aunque me convierta en ventana y derribe la torre,
otros andamios crecen en el paladar y florecen,
otros ríos fluyen.

IV

Se escribe sobre las páginas del olvido
y en los restos confusos de la desmemoria
que planta flores o desborda odios en falsos lugares.
La voz de Malinche
su timbre poderoso.
Mesoamérica de bosques y soles.
Malinche no entendía castellano.
Malintzin, la lengua,
si ella tomara la palabra
hablarían los borrones y las roturas
de las páginas negadas a la verdad.
Con voces agudas y canciones
nos escucharíamos en la tesitura de Marina,
y una línea de sus huellas digitales
al fin sería visible en nuestros dedos.

Lenguicidio

Los romanos le cortaron la lengua a una diosa
para que sus mujeres guardaran silencio.
Tácita Muda, la llamaron.
Náyade mutilada por Júpiter,
enterrado el habla de su nombre.
Nos querían omisas, intangibles, negligentes
tácitas todas
en el lodo oscuro de los astros
en el olvido.
Menguadas, salobres, ahogadas, sin verbos.
De barro sin cocer
para que nos deshiciera la lluvia.

La casa

Cuando una mujer se pierde en su propia casa
es por causas mayores
como cambios de tiempo espacio
sonambulismo
desasosiego en el cuerpo
hambre de gata y techo para saltar.
Cuando una mujer se fragmenta, los libros salen disparados
porque no han podido leerse en su voz delgada
y amenaza todo el entorno con volar
en el vendaval de febrero.
Si se pierde en el ajedrez de las losas desiguales
es porque presiente la muerte por el fuego en Chile y Canadá,
y los cielos desmembrados del destierro en la frontera.
Es porque ella y su casa lloran

e intenta ser su propia casa mientras camina en ella
porque otros están a la intemperie
y ese llanto le quema.
Cuando una mujer se pierde en su propia casa
solo le queda el lecho de su órgano cardíaco
que no es poco
sino toda su casa.

El cuerpo de mi padre

I Will keep broken things. Alice Walker
La imagen de tu cuerpo, padre, convertido en capullo,
en una cáscara de huevo amada y vacía.
La imagen de tu cuerpo sale por esa puerta,
cada vez que paso frente a la morgue del hospital,
no importa si voy distraída,
traigo un examen de sangre en la mano,
pienso en otra persona a la que no conozco
y que espera la muerte en la misma cama
donde ella vino a vaciarte aquella madrugada.
Tu cuerpo, envuelto en una sábana áspera,
rígido sobre la mesa metálica,
esperándome.
Sobre el espejo adormecido de esa mesa muda
que no distingue un cuerpo de otro, ni su peso.
Busqué tus ojos, y encontré una caverna de estalactitas
ya sin eco ni mirada.
Sé perfectamente que tu cuerpo dejó de ser tu cuerpo, padre,
que la inclinación hacia el cielo de tu cabeza aquel día
no fue un gesto tuyo,
sino de la muerte que debió tirar muy fuerte de tu garganta viva
para arrancarle toda la música que tenías.

Un río de sal, padre, se precipita por la puerta de la morgue
cada vez que paso frente al hospital.
No te apures, no es tu culpa.
Se trata de mi mente en cinemascopio
que nunca había entrado a una morgue
a recoger el cuerpo de un padre.
Se trata de la crisálida que dejó de ser tu cuerpo,
aquel día de mayo.

Llorar desde el vientre de mi madre

I

Mi madre decía que lloré en su vientre,
lo imagino como una película en blanco y negro
y me cuesta sentir el llanto del feto que fui
en el vientre de mi madre,
el llanto que se tragó la memoria.

II

El sonido es una burbuja bajo el agua
pero las madres tienen oídos extra corporales
y son capaces de emitir sonidos que solo escuchan sus crías.
Las madres tejen hilos
que las hijas bordamos en nuestros oídos.
A veces se convierten en manteles delicados
otras en secreta prenda que nos abriga
o nos oprime.

III

El hecho es que lloré
antes de tocar el aire y abandonar el agua.
Dije algo tal vez,

gemí un poco
hice posible el sonido de mi garganta no nata
en los oídos de mi madre.
Pero olvidé si se trató de un dolor premonitorio,
no recuerdo si lloré por frío o por calor.
Me hundo en el simulacro de mi memoria:
Alguna chamana herida practicó su queja
en mi boca sin palabras.
Un pequeño animalito se me acurrucó en el regazo
y yo le hablé,
como hablan los niños a otros seres amorosos.
Shiva me miró y yo le respondí
con un mantra dolorido.
Presagié antes de nacer
que el aire me dolería en la garganta.
Pronuncié una palabra imposible
inauguré mi oficio bajo el agua.
Medea me contó sus penas
y yo le respondí con llanto.
Tal vez Malintzin me regaló en ese momento
las sílabas dolientes de su nombre
en el nombre que llevo.
Escuché a Juana de Arco arder
y lloraba con ella.
Escuché tal vez a mis abuelas
contando sus historias
y se me escapó una primigenia palabra llorosa.
El presagio me estrujó los pequeñísimos pulmones
el diminuto corazón.
Me di cuenta, en el vientre de mi madre,
de mis pies y mi sexo
y todo lo dije en una bocanada de llanto,
el llanto de una niña en el vientre de su madre.

Valentín Navarro Viguera



Valentín Navarro Viguera

Escribir poesía es un acto de libertad

*Hay velas que se encienden para yo no sé qué
santos o diablos. Pero hay velas que se encienden.
Y yo no sé en memoria de qué o a quién alumbran.
Pero siempre se encienden. Y hay flores que decoran
a los caídos como siempre bajo las flores.
Que no hay Dios que las pudra ni altares que las calle
cuando la luz se apaga, si la flor se marchita,
al borde de la sangre y al filo de una lágrima...*

Valentín Navarro Viguera

“La poesía es el encuentro del lector con el libro, el descubrimiento del libro”, lo dijo Jorge Luis Borges en una conferencia y citar a Borges es tratar de asir en estas líneas toda su sabiduría y la grandeza de sus poemas para poder decir que cada poeta trae consigo una forma definida de ver el mundo, de palpar sentimientos y transmitir con imágenes y metáforas la realidad que los rodea.

Sumergirnos en esas maneras de ver el mundo que cada poeta trae consigo nos ofrece una suerte de infinitas posibilidades de entender eso que somos como seres humanos, de sabernos vulnerables y poseedores de sublimes fortalezas para afrontar lo que fascina y tememos de la vida.

La poesía de Valentín Navarro Viguera escudriña cada rincón de la existencia, mostrando la fragilidad que nos embosca. Poesía que nunca deja de ser íntima y aborda realidades con deliberada sensación de eternidad.

El mismo Navarro Viguera señala: “Los poetas son aquellos seres raros que basan su singularidad no en su persona sino en la palabra y

cuya función es ser portadores de la llama viva y eterna de la Poesía”.

Valentín Navarro Viguera nació en Sevilla, España, 1979. Doctor en Literatura Española y profesor. Ha publicado diversos artículos sobre poesía española contemporánea, además del ensayo *El pensamiento poético de Leopoldo de Luis* (Editorial Universidad de Sevilla y de Córdoba, Servicio de Publicaciones, 2019). Por sus libros *De lo visible, lo invisible* (Sevilla, Palimpsesto, 2016) y *Septiembre* (Ayto. de Carmona, 2021) ha recibido, respectivamente, el Premio Internacional de Poesía La Isla de Aklan y el Premio de Poesía Isabel Ovín. Además, es autor de los poemarios *Nosotros en la tierra* (Catorcebis, Sevilla, 2018) y *Aquella Luz Entonces* (Tenerife, 2023) Premio Asterión. Ha obtenido el Accésit de la XI Edición del reconocido Premio Internacional de Poesía Pilar Fernández Labrador, por el libro *Movimientos de luz*, editado por la Diputación de Salamanca, el cual se presentó en marco del XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos, Salamanca

¿Dónde nació? ¿Podría hablar un poco de usted, de sus padres, de su familia?

Nací, crecí y vivo en Utrera, una localidad de Sevilla. Considero que la pregunta no es en vano, pues pertenecer a una localidad que tradicionalmente ha estado vinculada a los orígenes del toro bravo y al flamenco, pero nunca, salvo excepciones —unas más loables que otras— como Rodrigo Caro, a la poesía, marca la sensación de aislamiento insular, el sentimiento de soledad. También Utrera y los veranos en las playas de Cádiz van a ser determinantes para la posterior evocación de la luz en mis poemas, allí en los mediodías aplastantes de verano y en la delicadeza de los otoños, y aquí, a las orillas del Mediterráneo, una luz vivificadora.

La importancia que le concedo a la familia se ve también en mi poesía: la figura imponente del padre, querido y dulce a un mismo tiempo, que leía de forma anárquica aquello que caía en sus manos; la madre protectora de mi infancia, alegre y confusa con el paso del tiempo; los hermanos (siete hermanas y un hermano), caídos como frutos maduros por cualquier rincón de la casa..., y la casa de la calle Sevilla, origen y

principio de todo, escenario de dichas y desdichas. Más tarde, vino el amor, Eros, personificado en forma de Tere, y mis hijas, de las que ya incluyo unos poemas sobre un futuro-presente en *Movimientos de luz*.

¿Cómo llegó a la poesía? ¿Qué o quién le motivó a escribir y cuándo?

La poesía viene a mí, desde el misterio de la *Segunda Antología Poética* de Juan Ramón Jiménez, en edición de Jorge Urrutia, con el que —el destino es caprichoso— mantengo una amistad basada en el amor por la poesía de su padre, Leopoldo de Luis. Pero antes que Juan Ramón, recuerdo desanimarme ante la edición de Cátedra del *Poema de Mío Cid*, con catorce años, luchando contra lo indescifrable de unos signos que no llegaba a comprender siquiera. Desde muy niño sentía una poderosa atracción por el libro, que lo soñaba como un arca que escondía la revelación de lo oculto.

Más tarde, con el paso de los años, fui haciéndome lector de poesía —que es de lo que me siento más orgulloso—, hasta que llego a la luz de tanto texto poético indescifrable, pues mi competencia lectora estaba entonces en formación, de la mano de Lázaro Carreter, quien en su *De poética y poéticas* dice: «Convertirse en lector de lírica resulta de una capacitación larga, paciente y a pruebas de desánimo». Estas palabras resultaron ser reveladoras; me dije a mí mismo que no estaba solo en el camino. Lo cierto es que hoy no soy el lector que me hubiese gustado ser; tampoco el poeta que vive en armonía con sus poemas.

O se escribe por necesidad o mejor no escribir. No hay término medio. Se escribe por los cuatro costados, se respira poesía por cada poro de tu cuerpo, pues la poesía es respirar por la herida, uno de los actos más existenciales que cabe en el ser humano, desde las cuevas de Altamira hasta Silicon Valley.

¿Hay más poetas en su familia?

No creo. Ya en la Universidad me da clases de Historia de la Lengua mi tío Manolo Ariza; más tarde, estrechamos nuestros encuentros y dilatamos nuestras conversaciones de poetas y de poesía. Todo el que lo hubiera conocido sabe que es de ese tipo de personas que marca para el

resto, con ese humor suyo tan absurdamente jardielponceliano y, sobre todo, desde el magisterio que ejercía. Una persona única y un personaje excepcional.

¿Guarda en su biblioteca algún libro que leyó en su infancia?

De mi infancia recuerdo el libro *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Me lo regaló mi tío Valentín, que ha sido espejo intelectual en el que mirarme. Pero no conservo ninguno de aquellos libros. Tampoco se me fomentó la lectura en casa. No soy nostálgico, ni materialista, ni sufro el síndrome de Estocolmo, lo que genera un desapego cada vez más inherente de las cosas: ser y no tener. El tiempo me ha enseñado que la importante de la vida está dentro de uno mismo, que es aquello que se comparte (de cum partire, partir-con) con los que más amamos. Antes decía que no soy el lector que hubiese querido ser. A esto me refiero: siempre tengo listas infinitas de libros que quiero leer, a los que hay que ir haciéndoles hueco y no hay espacio ni tiempo para todos. Ahora bien, algunos son inamovibles. Esos llegaron y sé que se quedan para formar hogar, que es lo que da calor al pensamiento.

¿Cuáles fueron sus lecturas iniciales? ¿Le siguen gustando?

Algo ya hemos apuntado. Pero hay un momento fundamental en todo esto. Se trata de Blas de Otero. Me llega de la mano de mi compañero desde los estudios de Filología y poeta Adrián González da Costa, a quien trato como maestro, a pesar de que tenemos los mismos soles. Él me decía que tenía que leerlo, estudiarlo. Antes hubo muchos: Machado, Juan Ramón Jiménez, César Vallejo... qué sé yo, muchos. Estoy plenamente convencido de que un poeta es lo que lee; pero para ser poeta, antes que lector hay que ser poeta. Aquí sí es importante el orden de los factores. Primero el arte y luego el oficio, si bien este último es el que distingue la manzana picada.

¿En la adolescencia escribía poemas de amor juvenil?

He contado alguna vez que mi primer intento de ser escritor fue a imagen y semejanza de Mújica Láinez. Quise reescribir *Bomarzo*. Cogí

el bolígrafo y un montón de folios. Con una letra minúscula e ilegible (aún conservo esta caligrafía) conté en una carilla toda la novela que tenía en la cabeza. Y no sabía seguir, ni ampliarla, ni amputarla, ni sanarla, ni retocarla, ni nada de nada. Nunca más volví a intentarlo.

Mis poemas siempre han estado más vinculados, desde los primeros balbuceos líricos, a Thánatos. Aunque, como se sabe, Eros es su alter ego.

¿Recuerda el primer poema que escribió o alguna línea?

Recientemente tiré el primer cuaderno en el que escribí aquellas sombras de poemas. No todos pueden ser Rimbaud. A día de hoy sigo tirando, a veces se me caen, versos y versos que no llegan a nada. No hay otra forma; al menos para mí.

¿Cuál fue el Premio de Poesía que le han otorgado y que más le ha sorprendido?

Guardo en mi memoria, con especial ilusión, el primer premio Rafael Suárez Plácido, por el poemario *De lo visible, lo invisible*, editado preciosamente por Juan Luis Gavala, quien —según me decían— era un gurú de la poesía en Sevilla. Después, cada premio ha tenido su especial acogida, porque ha llegado en un instante oportuno, porque ha supuesto aliento y ánimo, porque he visto mi pensamiento hecho memoria vegetal. Muy especial fue la voz cálida y amorosa de Pilar Fernández Labrador, cuando me comunicó el accésit por Movimientos de luz, y por los corazones fraternos que me traigo de Salamanca. Los premios dejan sobre todo eso, un racimo de amistades poéticas que sí entienden qué es la poesía.

¿Cómo fue el proceso de la escritura de su primer libro?

Fue un ejercicio catártico. Convencido de la función redentora de la poesía, en aquel libro ajustaba cuentas conmigo mismo. La poesía sirve para el conocimiento; la poesía cava hondo y, a veces, duele. Pensaba en la muerte de mi padre, en un diagnóstico de Alzheimer a mi madre, —posterior y afortunadamente, fue una negligencia que vino a llamar

a la puerta y se fue, pero no muy lejos—, en la búsqueda —pienso en la poesía más como pregunta que como respuesta— de mi propio camino... Entonces todo estaba en el aire; también lo sólido se deshacía, para volver a construirse de nuevo. Es el sentido de todo apocalipsis: un fin que es un principio.

¿Siempre lleva consigo una pluma y una libreta para escribir en cualquier lugar o espera la calma se su escritorio para trabajar de manera consciente?

Los teléfonos móviles han ganado la batalla. En él apunto, anoto, trazo, silueteo y, más tarde, aquellos fragmentos rotos se recomponen. Las más de las veces quedan así, como bellas teselas que adornaron un instante, pero que ya nadie ve, ni yo mismo.

¿Reescribe constantemente o no toca lo ya escrito?

Los primeros poemas nacían para morir en su propia perfección. Una vez escritos, ya no los volvía a tocar más. Poco a poco, con el conocimiento y aprendizaje siempre inacabado de poeta, comencé a volver a ellos. Hoy llega a ser juanramonianamente obsesivo, pero como el maestro, ando en esto de la poesía “como el astro, sin precipitación y sin descanso”.

¿Qué piensa de las redes sociales? ¿Se las recomienda a los jóvenes?

Sólo tengo Wathassap y me queda, como una mala horma, grande. De las demás redes no quiero saber nada. Para mí son una distracción, por lo que tienen de enmascaramiento y construcción narrativa falsaria. Es cada vez más frecuente ver a las personas como caracoles metidos en la concha de su móvil, incluso en una reunión de amigos... ¡un horror! Creo que la segunda respuesta está implícita en la primera.

¿Antes de empezar con sus clases le sigue leyendo poesía a sus alumnos? ¿Puede comentar cómo ha sido esa experiencia?

Llevo haciéndolo desde hace muchos años. Primero hice unas catas y, posteriormente, con el paso de los cursos (cuando eres profesor los

años se miden por cursos), esas lecturas a principio de las clases fueron creciendo. Hoy ya es norma. Algunos alumnos bostezan, otros desconectan y otros ponen sus ojos en blanco como San Francisco Javier, pero yo sigo, porque algunos no volverán a tener jamás la oportunidad de escuchar a los poetas, elegidos bajo el criterio de que son los que yo estoy leyendo en ese momento o, a veces, por algún capricho personal. Les digo a los alumnos: es un regalo que os hago; dadme las gracias. Y los más me miran con cara de palo. Me divierte todo esto.

¿Cuál poeta cree que ha definido de una manera más rotunda a su Sevilla natal?

Es difícil dar un nombre, pero he leído Sevilla en los versos de Machado, de Cernuda, de Fernando Ortiz, de Jacobo Cortines, de Vázquez Medel, de Jesús Beades...

¿Por qué escribe?

Escribir poesía es un acto de libertad, una pose aristocrática ante el mundo, es decir, una distinción que dignifica por ser —se ha llamado de distintas maneras, pero, en el fondo, aluden a lo mismo— sublime, sagrada, inefable. La autenticidad a la que conduce escribir poesía obliga a la bondad y a la alegría sin complejos, a la verdad que orienta, hacia la luz, la dicha de estar en la palabra.

Poemas

Mis flores, mis velas

Hay velas que se encienden para yo no sé qué santos o diablos. Pero hay velas que se encienden. Y yo no sé en memoria de qué o a quién alumbran. Pero siempre se encienden. Y hay flores que decoran

a los caídos como siempre bajo las flores.
Que no hay Dios que las pudra ni altares que las calle
cuando la luz se apaga, si la flor se marchita,
al borde de la sangre y al filo de una lágrima.
Cualquier mañana gris de mayo se detiene
el pulso y ya no valen las flores ni las velas
y un silencio minúsculo se hace estruendo sin límites
como la misma música de un corazón varado
para siempre en la arena... con sus velas..., sus flores.
Malditas velas frías. Malditas flores mustias.
Dolor, dame tu angustia para sentirme vivo,
para esperar paciente mis flores y mis velas

Poemas del libro Movimientos de luz

Un día cualquiera

En el solo silencio de la noche
suena el lento aleteo de los pájaros
y el extraño rumor de la materia
humana disipándose en la sombra.
Aunque es de noche, anuncian una mínima
estampida de luz que con sus alas
sacudirán las sombras y los muebles
y las paredes y los cuerpos, todo,
desempolvadas formas de lo oscuro,
chorreando de sombras, siluetas
serán entre bandadas de destellos.

El sol hace crujir en la mañana
la entumecida piel de un nuevo día.
La luz es un cuchillo que atraviesa

celosías, vidrieras y visillos
hasta herir con su fuego la textura
almidonada de la superficie
de viejos muebles de maderas nobles
con el alma astillada por los años.
Amanece, amanece desde el sueño.
A pesar de las sombras, amanece
bajo las uñas y sobre los párpados.
Amanece a pesar de los pesares
en un baño de cal sobre la tierra,
sobre los cuerpos secos de los pobres
y sobre la miseria de los ricos
como una obra social que un dios donara.
Amanece y los sueños, de repente,
abren sus alas y alzan pronto el vuelo
a no sé qué rincones de la noche
y a no sé qué esquinas del olvido.
Como buscan hacer nidos las aves

Cuando buscas el centro

Cuando buscas el centro, mil caminos te apartan
del centro y uno solo conduce a las vocales
que yacen en tu nombre largo como la lluvia.
Hay un cálido viaje por tu piel de domingo
que huele a luz y a vida. Apoyas en la cal
la espalda que se funde como cera en la tapia
con un mínimo fuego de hace millones de años.
Aquella luz lechosa, cansada y transparente
tuvo que atravesar galaxias tan oscuras
—allí reina la noche— para encender tu rostro
con un foco de luz tímidamente azul,

tuvo el sol que hendir con su espada flamígera
tantos cuerpos celestes danzando en el espacio,
que una sonrisa tuya brotó de entre las sombras,
como una frágil grieta por la que se filtró
la suficiente luz para sentirse vivo
junto al cuerpo que se ama, a corazón abierto,
en las mañanas trémulas que trepan por la espalda.

Prehistoria

El tiempo es una historia repetida.
Un hombre. Una mujer. Como fue entonces.
Frente a frente. La luz de la mañana
invadiendo el silencio desnudo de los cuerpos
y el día por delante como un inmenso espacio,
como una plaza abierta, para amarse.
Los ojos que te miran son los mismos
hipnotizados ojos que por primera vez
se asomaron al fuego. Los brazos que te abrazan
arrojan el calor de aquellas cuevas
calentadas al miedo de cuerpos enlazados.
La voz que escuchas es la voz de siempre,
cuando decir palabras al oído
fue una necesidad, como el aire, de amor.

Piensa en las hojas secas que se pudren en otoño,
en las ramas desnudas, en las venas ajadas
con el filo del frío. Piensa en los golpes secos,
la sístole y la diástole, como metal que suena
o tambor que retumba dentro del corazón
cuando la fruta besa la tierra de repente
y se da por entero en cuerpo y alma al mudo

crucigrama del tiempo sobre la piel madura.
Piensa, entonces, en mí, quien, en medio del camino,
tiendo a hacerme de otoño.

Fachada

La derramada luz en las paredes
donde abdica la tarde cada día,
la vida que enmudece y se rinde al silencio,
y el corazón atento al titubeo
de la primera estrella de la noche.
Si el viento rompe en lluvia, arrastra algo antiquísimo,
tanto, que es de otros tiempos, cuando el agua
besaba las manzanas con dulzura
y acariciaba con delicadeza
la fina piel del campo y se acercaba suave
a jóvenes de cuerpos solitarios.

Sobre la cal se posa y brilla, vagamente
azul, entre las sombras. Se deshace,
debilitándose, y sucumbe: ha muerto
la claridad madura en la pared,
como si contra el muro fusilada
la tarde hubiese sido y, ya abatida,
un reguero de bronce lo limpiara la noche.
Si al despertar renace el día a otra luz,
será, nunca se sabe, tiene que ser, el cuerpo,
pues de la piel de ayer conservo el alma.

Hugo Francisco Rivella



Hugo Francisco Rivella

Soy un agradecido de la vida y
la poesía

Aquel vuelo

*Releo aquel libro,
el paisaje con mi padre yéndose,
las viejas revistas sobre el piso del cuarto sin perdón en que jugaba.
El abuelo golpeó la puerta como si recordara su niñez,
las voces del poniente,
los pequeños caballos sobre la nieve de sus cabellos blancos,
luego fue a la ventana,
descorrió la luz,
me alzó en sus brazos*

Hugo Francisco Rivella

Un vendedor ambulante de libros, hace sesenta años, recorría sin prisa un pequeño pueblo argentino, cuyo nombre le hace honor a la virgen del Rosario. Saludaba con afable cortesía a los que se cruzaban por su camino, pero sabía muy bien donde debía detenerse: un solar con una abuela era tierra fértil para las ventas. Un vendedor ambulante de libros sabe muy bien eso, es como un mago que sacude su vara mágica ante los ojos amorosos de las abuelas y ofrece un monumental tesoro de forma cuadrada, integrado, generalmente, por un conjunto de hojas de papel, unidas por un lado y protegidas por tapas que encierran un mundo de sensaciones y aprendizajes.

Ya lo dijo José Saramago en el ensayo *Nuestro libro de cada día*, “el libro es un lugar donde vamos a encontrar, sobre todo, una sensibilidad. Vamos a encontrar una visión de la vida, una percepción de lo que es

nuestro destino —vivir—, de nuestra relación con los demás, la explicación de un sentimiento, o el enunciado de una teoría que pasa por la sensibilidad y la formación del autor y que será recibida de distinta manera por cada lector. Vamos a encontrar eso y algo más”.

Ese niño que asombrado por la maravilla de *Las mil noches y una noche* y de *Las aventuras del tigre de Malasia* se volvió un lector apasionado a los pocos años ese niño de entonces, Hugo Francisco Rivella, devino poeta como algo natural, como una semilla sembrada en terreno bondadoso, deslumbrado ante la luminosidad y la densidad que ofrece la vida.

Nació en Rosario de la Frontera, Salta, Argentina. en 1948. Ha publicado los libros: *Algo de mi Muerte* 1981; *Agua de mis manos*, 1995; *Cristales en el Río* (cancionero) 199); *Caballos en la Lluvia*, 2003; *Zona de Otros Días*, 2007); *Yo, el Toro*, 2008; *Centro de Tormentas*, 2010; *De Fuego y Sombras*, 2010; *Putas (La cacería del ángel)*; *Piedra del Ángel*, 2011; *Ojo Astillado*, 2013; *Espinas en los ojos*, 2014; *La sombra en el espejo, Antología personal*, 2014; *Las Yeguas y las Rosas*, 2016; *La Hora del Relámpago*, 2016; *Endentro de Mí*, 2016; *Una rosa en las garras de un jaguar* (Apócrifa ediciones, Villa María, 2016); *Poemas en la lengua de un sonámbulo*, 2016; *El caleidoscopio del sufriente*, 2018; *Espejos equivocados*, 2018; *La Canción del Cosmonauta Ebrio*, 2018; *Oración por mi cuerpo y sus ladridos*, 2019; *Caballito de escarcha*, 2019.

Premio Poesía Tercer Certamen Literario Universidad Nacional de Córdoba, 1977; Premio Poesía, Segundo Certamen Nacional Club de Jóvenes de la UNESCO, Buenos Aires, 1984; Premio Poesía en el Tercer Certamen Hispanoamericano, Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, Quetzaltenango, Guatemala, 1985; Segundo Premio Fondo Nacional de las Artes, Concurso Nacional de Literatura, Fomento a la Producción Literaria, 2001; Premio Poesía, Concurso Jorge Barón Biza - Poema ilustrado, 2001; Premio Fondo Nacional de las Artes, Concurso de Canciones de Raíz Folklóricas, 2004; Premio en el V Concurso Nacional de la Zamba, 2005; Premio Poesía para Autores Éditos, 2006, y 2008; Premio Concurso Provincial de La Copla, 2008; Premio Poesía, IV Certamen Internacional de Poesía, Verso Digital,

Jaen, España, 2009; Premio Poesía VIII Certamen Internacional Jaime Gil de Biedma y Alba, 2010; Premio Poesía Concurso Internacional de Poesía Gilberto Owen Estrada, 2011; Premio Poesía Tercer Concurso Internacional Poesía en Paralelo Cero, 2015; Premio Poesía Concurso Nacional de Poesía Provincia de Córdoba, 2016; Tercer Premio Poesía Concurso Nacional Luis de Tejeda 2017; Premio Poesía en el XXXVII Premio Internacional Leonor de Poesía, España, 2018; Premio Poesía para Niños, Salta. 2019.

¿Cuál es el recuerdo más remoto de su infancia?

Muchos aún tocan mi corazón, uno de esos recuerdos me lleva a la casa en donde vivía con mis madres. La casa, era un rancho de tablas, piso de tierra, un dormitorio, patio con gallinas. También vivía allí un tío, Pedro Sanguino, que como no sabía leer, me pedía que le leyera el *Martín Fierro* de José Hernández. Quería aprendérselo de memoria como otros tantos gauchos que hacían lo mismo.

El *Martín Fierro* era una Biblia para el gauchaje. Un héroe y “no un compadrito que degenera en malevo”. El tío era un personaje con una “pata de palo” porque en una trifulca le pegaron un tiro en la pierna y le tuvieron que amputar. Pero eso es otra historia. Esa eran mis primeras lecturas, y borrosa, la que se refería a que “los privilegiados son los niños” de primer grado.

Usted nació en Rosario de la Frontera, Salta, ¿Creció ahí? ¿Cómo describiría su ciudad natal? ¿Es asiduo de las famosas aguas termales?

Rosario de la Frontera era un pequeño pueblo del sur de la provincia de Salta, colindaba con Tucumán. Allí crecí y viví hasta los 18 años en que me vine a estudiar a Córdoba. Antes tuve unos amagues ir a Tucumán. En realidad en la época de la Independencia se lo conocía como Las fronteras del Rosario. Por allí anduvo el General Martín Miguel de Güemes con la Patria auestas.

Rosario era un pueblo de unos 10.000 mil habitantes. Recuerdo las pocas cuadras asfaltadas del centro y las calles de tierra de la periferia, digamos que todo era periferia. La escuela Pachi Gorriti, cerquita de

casa, el canal y la calle Tucumán que por un lado tocaba las vías y por el otro llegaba al río. Hablo de no más de 10 cuadras.

Las Termas siguen siendo famosas, incluso todavía hay canchas de golf, pero ahora, como hace medio siglo, sigue siendo para los grupos más acomodados. Todavía, aunque parezca mentira, es oneroso poder asistir a los Baños termales. En una época podíamos asistir pero hoy es costoso. Eso sí, todavía, en agosto se rinde culto a La Virgen de la Montaña. Es una celebración religiosa muy hermosa, aunque aquellos juegos, la taba o riñas de gallo, hayan desaparecidos, digo las hayan prohibido. Todo el pueblo se vuelca a una procesión que llega a Las termas en donde está la gruta.

¿Su madre, su padre, o algún familiar lo motivo a leer o a escribir?

La verdad es que no sé cómo llegué a escribir. Una de mis madres, digo una, porque cuando nací, mi verdadera madre tenía 15 años, como era muy jovencita, me reconoció mi Mamá vieja, es decir mi abuela. En los papeles soy hermano de mi madre.

Mi mamá vieja, la abuela, tenía 1er grado y era ordenanza de una escuela.

Lo que sí recuerdo como una maravilla, es que un día, al volver de la escuela, tendría unos 10 años por ese entonces, encontré sobre un aparador, de un lado *Las mil noche y una noches* y del otro, la Colección de 14 tomos de las *Aventuras del tigre de Malasia* de Emilio Salgari.

“Mira lo que te compré”, me dijo mi abuela a pura sonrisa.

Me zambullí de a poco en ellos, anduve con Sandokán, Tremal Naik, la Perla de Labuán y Scherezade haciendo de las suyas en la Jungla Negra.

Agradezco al vendedor, que nunca supe quién era, haberle vendido esos libros. Un mago.

También anda mi padrino Lizondo en esos recuerdos. Él me regaló *La Cabaña del Tío Tom* que devoré de golpe. Después llegaron los libros de aventuras, revistas, y *Nippur de Lagash* y las novelas de vaqueros o las historias de amor.

Cuando accedí a leer los poemas de *Almafuerte*, Pedro Bonifacio Palacios, sentí un sacudón que llega hasta hoy casi intacto.

Recuerdo unos versos de *Confitor Deo*: “Yo no soy un Cristo-Dios que te perdona, yo soy uno mejor, soy el que te ama” o cuando le dice a una novia: “Le toca a mi venganza de poeta, dejarte abandonada en el espacio” ...

Una cosa es decir eso hoy, y otra hace 60 años, cuando mirando el infinito cielo me preguntaba a dónde la habrá mandado. Desalmado le decía.

¿Quién leyó algunos de sus primeros poemas?

A los 12 o trece años me dio por empezar a escribir, digo, era la edad en que todos empezamos a destruir a la literatura. Algunos conscientes la abandonan al poco tiempo, otros como yo, no paramos en su destrucción.

Escribía acrósticos, poemas que me pedían mis compañeros para dedicarle a sus noviecitas. Imagino las carcajadas de algunos, pero también, hace años, una compañera me dijo: “Hugo, te acuerdas del poema que te pedí para regalárselo a mi novio porque estábamos peleados? Hoy hace 40 años que estamos juntos”.

Me emocionó hasta las lágrimas, incluso ante la irónica observación de un amigo poeta que me dijo: “Capaz que no quería que le dedicaras otro poema por eso volvió con la chica”.

No importa. Eso justifica mi vida con la Poesía.

¿Cómo fue la publicación de su primer libro, *Agua de mis manos*, ¿en 1995? ¿Fue difícil verlo publicado?

En realidad, el primer libro publicado es *Algo de mi muerte*, del año 1982 que obtuvo el Primer Premio de Poesía en el Tercer Certamen Literario de la Universidad Nacional de Córdoba.

Su publicación fue posible gracias a La Comisión Municipal de Cultura de Rosario de la Frontera. Recuerdo la odisea que significó diagramarlo, en esa época se hacía planchuelas de plomo con los textos. Era infernal el trabajo. Otrola se llamaba el imprentero.

Agua de mis manos se editó por un préstamo del Fondo Nacional de las Artes y un prólogo de Glaucé Baldovin, una de las grandes poetas de mi tierra, que me honró con su crítica. Todo con una pátina y remezones de arcoíris.

¿Recuerda de manera especial alguna crítica, elogiosa o no, sobre su poesía?

Soy un agradecido de la vida y la Poesía. Todos tuvieron palabras generosas para lo que escribo, desde Euler Granda a Antonio Preciado, desde Xavier Oquendo a Harold Alva, desde Edgar Morisoli a Jorge Boccanera, desde Tere Andruetto a Kuky Herrán o palabras de Gelman, David Gatica, Teuco Castilla...

Recuerdo una que no me canso de repetir. Estando con Manuel J. Castilla, un monstruo y yo siendo un joven audaz, le muestro en una confitería lo que escribía. Me dijo: "Antes que médico vas a ser un gran poeta". Me pidió la dirección (yo estudiaba medicina en Córdoba por esa época) y como a los tres meses recibí su libro *La tierra de uno*, que guardo no sólo en la biblioteca.

Otra de hace algunos años. Estando en Quito, Euler Granda me pregunta si tenía algún libro. Le mostré una fotocopia de *Endentro de mí* y el poema "Posible". A la tarde me dijo: "Si editas este libro, yo quiero hacerle el prólogo".

Todo lo que me ocurrió fue maravilloso, a más de la sencillez de esos poetas. Me enseñaron tanto que es imposible no recordarlos.

¿Es posible aprender a escribir poesía? ¿Tiene usted alguna recomendación para aquellos que lo intentan?

La Poesía es un desafío. Por ahí digo "Escribe hasta que la eternidad te pida perdón de rodillas".

Es necesario leer a los eternos, Whitman, Vallejo, Brodsky, Olga Orozco, Rafael Cadenas, Ungaretti, Celan, Rimbaud, Castilla, Rosario Castellano, Circe Maia, Jaime Jaramillo.

Leer permite conocer las limitaciones, en todo caso aprender a ser un buen lector. No dejar resquicio sin husmear.

Con eso estamos a salvo.

Cuando escribe un poema siente que la primera idea que brota es la correcta. ¿Corrige sobre esa idea o la pule, la limpia, hasta que quede solo el hueso de la idea primera?

Tómalo de la primera letra que te ofrezca. No lo dejes huir ni sollozar.

Todo deja una marca imborrable. Aquella frase de Almafuerte referida a Cristo que cité más arriba me rondó más de 40 años y escribí Espinas en los ojos que fue finalista en el Mundial Rielo de Poesía en el 2015, creo. Así tantas cosas, la sombra de un jaguar en la espesura, la coya que pasa con un niño atado a su espalda, la soledad del cruel, la mujer acosada por el hombre.

Lo más difícil es corregir, sacarle la hojarasca, eviscerarla tenderla sobre una mesa para que la devoren. Repetir hasta el cansancio mismo que el día que piense que estoy escribiendo sin fisuras dejo de escribir. Nos tenemos que ayudar a mirar como decía Galeano. Siempre pido prestado un ojo para leer mis cosas.

¿Hay algún poeta que haya influido directamente en su trabajo poético? ¿Siente que algún poema suyo tiene una influencia directa de otro poeta o escritor?

Soy un Frankenstein literario hecho con los retazos de poetas que leí. Bebí de la misma agua de todos ellos, mejor dicho, tengo la misma sed. El corazón abierto a todas las preguntas. Soy un rompecabezas que intenta rearmarse en algo digno. Cada uno de los poetas que he gozado han dejado una huella en mí. Algunas serán cicatrices visibles, otras andarán abriendo caminos para que no me detenga. Aparecen y desaparecen, juegan a las escondidas con mis sueños.

Me salvan del abismo.

¿Tiene un libro al cual ha recurrido invariablemente a lo largo de su vida?

No. No tengo uno. Todavía uso de peldaño a todos ellos. Tengo recurrencias sin fin a los libros que leí. Sin método, porque me deslumbra recordar, a cimbronazos entre desahuciados, enamorado de lo que me asombra. Sentir que el pasado es un presente continuo. Que soy una piedra lanzada al futuro.

¿Cuál canción le ha dado más satisfacción de haberla escrito?

Soy un musiquero. No tengo formación académica. Soy un músico orejero como dicen por aquí. En esto también tuve suerte. Gané el Fondo Nacional de las Artes, también el Quinto concurso nacional de la zamba. Letra y música mía.

Paola Arias una cantora popular grabó unos temas míos, como actúa en festivales mis canciones tributaron por lo cual rendí para ser (y soy) socio de Sadaic. Ella grabó *La despiadada, Amores, Viento Sur, Milonga de amor y cuerdas, Por salteña y por airosa* y otros.

Nacida en Agua de Guerra es una cueca que compuse con Daniel Díaz, y la cantan numerosas cantoras y grupos como Mery Murúa, María Fernanda Juárez, Diablito Martínez, Mario Díaz.

Tengo comprado un diablo de entrecasa para estos menesteres.

¿Qué significa para usted la medalla Fray Luis de León de Poesía Iberoamericana, que le fue otorgada recientemente por el Ayuntamiento de Salamanca?

¿Viste el nombre de la Antología, *Para sitiar el asombro*?

Imposible hacerlo. Sitiarlo. Eso me pasó.

Más allá de los nombres con los que me enorgullece compartir este Premio. Mejor dicho, y nunca tan bien, este reconocimiento.

Sentí que me sobrepasaba, porque uno llega ser cuando el otro te define. Cuando son otros ojos los que te miran. No cuando uno se mira y no hay un Dorian Gray oculto en el espejo que devuelve tu verdadera imagen.

Gracias a la lectura que hizo Alfredo Pérez Alencart de mis cosas. Viajar a tanta lejura para conocerlo y darle un abrazo. Ampliar mi corazón como una flor secreta.

¿A qué le teme?

A nada. A todo. A la desigualdad de la patria en que vivo. El avance de la pobreza. La universidad amenazada. La guerra.

Me alimenta saber que cuando conozco a mujeres y hombres como ustedes, poetas, soñadores despiertos, repito hasta el cansancio “la Utopía es posible”.

¿Las redes sociales marcan el ritmo de su día a día?

La tecnología me parece maravillosa. El asunto es en manos de quién está. Siento el ojo de un cíclope escudriñando a cada uno de nosotros.

El algoritmo latiendo como un corazón fuera de borda.

¿Nos suena o resuena Echelon? Los millones de mensajes que se controlan diariamente.

Las redes sociales deshuesan a la Humanidad cada día, pero nosotros, habremos de marcar su ritmo. Hasta el último aliento debemos dejar en el intento.

¿Por qué escribe?

Escribo para vivir. Para decir te amo en medio la tormenta. Para lavar los ojos del caído.

Para derrotar a la mentira. Para encender una lámpara cuando estemos a oscuras.

Total para sobrevivir pongo una compraventa de frutas y murciélagos.

Poemas

La ecuación infinita

Presente es despertar
y el sueño

 sabernos juntos
porque tu boca aquieta la furia de los pájaros
y el libro de poemas nos arrulla lentísimo

presente es el recuerdo de mi madre aserrando el cansancio
la brisa de sus manos en mi infancia y el río que pasa lento a orillas
del verano

presente es lo que vivo cuando salgo a la calle y me aplasta el trajín de
una ciudad desnuda

presente es apostar a un camino más limpio
que podamos hablar sin temor a que un algoritmo siniestro
nos ofrezca el Paraíso perdido

presente es volver a leer un libro de Vallejo
Las mil y una noches
Paul Celan en el Sena buscando peces rojos
el Ché sobre una motocicleta destartada
Almafuerte apostrofando al asesino
la luz descuartizada y el poder
como un dios desterrado
empañando los ojos

presente es repasar mis arrugas
despejar las alimañas que hicieron nido en ellas
presente es vivir el futuro

la ecuación infinita de amarte
hasta que la muerte nos separe

Escribo para vivir

No puedo sosegar esta demencia
soy un copo de nieve en la creciente
el ojo del cuervo que perdió la razón
sobrevolando el infortunio
los riscos del atardecer
el fuego agazapado en la ceniza

Bretón claudica cuando me ve rampante desafiar las estrellas
y en el manicomio
a Ezra Pound quejarse de su suerte
no hay nada más salvaje que un poema sin bozal y malherido
sufriendo en pleno vuelo turbulencias
las alas resquebrajándose como gotas de escarcha

la música ha cesado de repente y en la iglesia vacía
cruje el silencio
jinetes de la luna cabalgan sin saber que hay eclipse de sol
y le quedan segundos para apurar el paso

la palabra que busco me ha emboscado
en medio del silencio hay un espejo cóncavo
en el desierto
es imposible recordar la lluvia o intentar ademanes
zarpazos a la sombra del que fui

no quiero maldecir a esta osamenta
a este dolor crucificado con alondras cosidas a mis ojos
para que un dios siniestro viole lo que pienso

la escritura es el sesgo de lo eterno
amenazándonos

Feminicidio

a Kuky Leonardi

El cementerio San Antonio de Padua está cubierto de margaritas blancas,
narcisos,
golondrinas y un ramo de claveles rojos.

Rojo fue el último suspiro de Edith Andrea Vera
cuando el puñal del asesino buscaba su garganta,
buscaba su niñez entre las latas,
la casa de madera de la noche,
su corazón de alondra entumecido.

¿El asesino es ese hombre tatuado con barcos y serpientes?
¿El que asesta los golpes con furia sobre Edith?
O es la violencia machista silenciada,
como dice Evelina Giberti,
lo que ha cuesta llevamos y consume los huesos, el ojo, la mirada?
El puñal interroga con su lengua demente.

Violencia

*“Cuando pedimos por cargos nos dicen liberales,
cuando pedimos por ejercer nuestra sexualidad nos dicen putas”*
grita a voz en cuello Aracelli Ferreyra.

Su cuerpo es una línea que sube por mis ojos.

Mucho antes,
a mediados del siglo XIX,
Flora Tristán arde:

“Los hombres no me quieren porque busco la liberación de las mujeres.

Los poderosos porque busco la liberación del hombre"

Ni una menos recorre Buenos Aires hasta cruzar el mar y ser
la voz mujer violada en el corazón de Massachusetts,
en el Castillo de Eramprunyá,
en las oficinas del Juez Bonadío,
en la mansión del emir Haibatulah.

Yo puedo amar tu pie, la esquina del crepúsculo,
la sed con que mi lengua destraba soledades,
esperar hasta el alba con los ojos mojado y amasar en la lluvia un
trueno de cigarras.

Abnegada
paciente
soledosa
callada
caracola y sonido metáfora cuchillo

puedo ser lo que otros callan cuando me desmoronan
pero nunca Palabra.

Javier Heraud

un muerto en el que la muerte me eterniza

Leímos las mismas cosas y soñamos las mismas cosas, pero
hubo algo irreconciliable en lo vivido.

La primera palabra que escribí fue:

- mamá-

él agregó:

- su sonrisa es blanca como la mañana-.

Cuando aprendí a multiplicar llevaba el cantito:

dos por una dooss, dos por dos cuaaatro, dos por cuatro ochooo

él decía:

-ocho son los compañeros que no vinieron a la escuela porque ha crecido el río-.

Cuando pasó el mendigo del pueblo arrastrando la pobreza como un saurio de plomo, dije

-pobrecito-

y él recalcó *-empobrecido por dios y por nosotros-.*

Lo vi cruzar el río llevándose mis sueños.

Yo me quedé con esta muerte viva entre los dientes.

Recurrencia

Cuando no puedo más con mi tristeza y el cielo es un ave de plomo,
recurro a un poema de Vallejo.

Cuando se estruja mi corazón y voy como un camello huérfano
recurro a un poema de Vallejo.

Cuando mi pueblo se llena de aguaceros y el compañero Rojas escribe
livertad

recurro a un poema de Vallejo.

Cuando mi madre sueña con caballos
recurro a un poema de Vallejo.

Cuando el pan en la mesa es un milagro de harina
recurro a un poema de Vallejo.

Cuando la mujer escribe *ni una menos* en la piel y en los huesos de
Dios

recurro a un poema de Vallejo.

Cuando una flor se agosta y el perro de la noche ahueca sus ladridos
cuando sale la luna cuando llueve o escancia cuando braman los toros
cuando hago el amor y se curan mis cicatrices cuando canto estornudo

me pican los mosquitos me duele el occipucio sin remedio
cuando respiro
recurso a un poema de Vallejo.

Canciones de Hugo Francisco Rivella, que se pueden ver en youtube

<https://www.youtube.com/watch?v=JyRTawnfZPw>

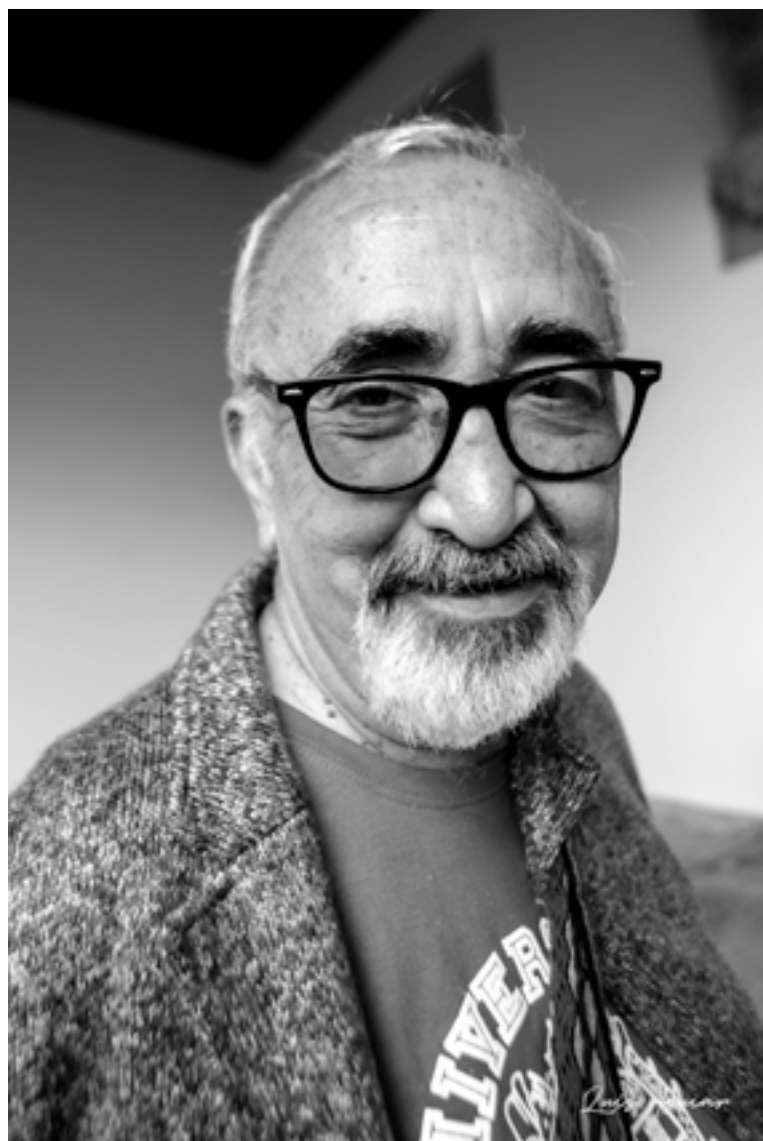
Milonga de amor y cuerdas

<https://www.youtube.com/watch?v=n86H6YqOnWI>

Por salteña y por airosa

<https://www.youtube.com/watch?v=4tT6Dw2kiW4>

Omar Ortiz Forero



Omar Ortiz Forero

Escribo para hacerme el valiente

Palabras de un viejo guerrero

*Luego de los azarosos tiempos de trompetas
y estandartes,
cuando las mujeres cabeza de pájaro
reinaban en acantilados
y en islas perdidas.
Mi padre, la mano izquierda puesta sobre su vieja cicatriz,
decía a quien quisiera oír:
“Hace años nuestros mayores transitaron el sendero de la guerra.
Vencieron. Hoy, seremos vencidos.
Grave y dolorosa es la victoria”.*

Omar Ortiz Forero

No hay un manual para ser poeta ni un libro de instrucciones ni siquiera nadie sabría especificar cuáles son los requisitos previos para dedicarse a la búsqueda de la metáfora perfecta, la palabra definitoria, el poema que asombre por su carga de belleza y autenticidad.

Lo que sí se puede decir es que para ser poeta basta tener una inclinación natural al desasosiego, a la búsqueda de respuestas, al deseo consciente de definir la realidad, de vislumbrar con palabras esto que somos y darle un sentido profundo y verdadero a la vida.

Omar Ortiz Forero es esa clase de poetas en quien se percibe honestidad en la manera de abordar la poesía y todo lo que se refiere al quehacer poético, no en balde lleva más de treinta años promocionando la creación de otros tantos poetas en su publicación, *Luna Nueva, Revista para Nocheros*, además de dedicarse a definir su camino en la poesía con

una entrega rotunda y sincera.

Una vasta variedad de sentimientos y sensaciones son utilizadas por Ortiz para escribir sus poemas, logrando mostrar una dimensión poética de la vida

Poeta, escritor y gestor cultural nació en Bogotá en 1950. Reside en Tuluá, donde ha desarrollado toda su actividad creativa y profesional. Estudió leyes en la Universidad Santo Tomás. Ha publicado: *La tierra y el éter* (1979), *Que junda el junde* (1982), *Las muchachas del circo* (1986), *Diez regiones* (1987), *Los espejos del olvido* (1991), *Un jardín para Milena* (1993), *El libro de las cosas* (Premio de poesía Universidad de Antioquia, 1995) *La luna en el espejo* (1999), *Diario de los seres anónimos* (2002), *Todos los carpinteros van al cielo* (2011). El *Diario de los seres anónimos*, ampliado y corregido, fue publicado en España por la editorial La Mirada Malva, 2015, y la editorial francesa L'Harmattan publica en 2019 la versión bilingüe traducida por Yves Monino.

En 2022 la editorial New York Poetry Press en su colección *Piedra de la locura*, en homenaje a un poeta de lengua castellana, publicó la Antología Personal, bajo el título *El árbol es un pueblo con alas*.

Ha compilado los siguientes libros: *El yagé y otros cuentos*, de Germán Cardona Cruz, *Luna Nueva*, muestra de poesía Latinoamericana actual, *Luna Nueva, once miradas a la poesía colombiana*, *Luna Nueva diez y siete miradas a la poesía colombiana actual*, *Luna Nueva diez y nueve miradas a la poesía colombiana*, *Vivir la poesía, poetas en la UCEVA* y *Contar en Tuluá, narradores en la UCEVA*.

La Universidad de Antioquia le concedió en 1995 el Premio Nacional de Poesía por su poemario *El libro de las cosas*, y la Alcaldía de Tuluá lo condecoró en 1997 con la medalla al Mérito Cultural Germán Cardona Cruz. La Gobernación del Valle le otorgó el premio Reconocimiento a su obra y a su labor como promotor cultural. Es profesor de tiempo completo de la Universidad Central del Valle de Tuluá, director del Centro Cultural “Gustavo Álvarez Gardeazábal”, y del Festival Internacional de Poesía de Cali.

¿En qué momento supo que la poesía sería su destino?

La verdad no podría precisar un momento específico. Creo que fue un proceso que se inició cuando a mis cuatro años, comencé a oír de labios de una tía abuela, la tía Rosita, los cuentos de la tradición campesina de la región de Colombia de donde mi familia materna es originaria, la región del Tequendama, que toma su nombre de la cascada que según la leyenda fue obra del dios Muisca, Bachué, al romper con su cayado un lugar de la cordillera Central, para dar salida a las aguas del río Bogotá que habían inundado la sabana del mismo nombre. Y que continuó, una vez aprendí a leer, por la misma época, con el regalo que me hizo mi padre de los seis tomos del *Libro de oro de los niños*, una enciclopedia dedicada al territorio de la fantasía. Ese fue mi inicio en el siempre sorprendente reino de la imaginación, muy cercano a los reinos del sueño y del asombro.

¿Cómo se llaman sus padres? ¿Lo motivaron a leer? ¿a escribir?

Mi padre, de nombre Omar Arturo Ortiz, originario de la región del Valle del Cauca, de la ciudad de Tuluá, arribó muy joven a Bogotá como estudiante de Derecho en la Universidad Externado de Colombia, en los años 40 del siglo pasado. Mi madre, Beatriz Forero, llegó con sus hermanos y su madre viuda a Bogotá del pueblo de Anapoima, Cundinamarca, al fallecer su padre, víctima de una enfermedad que diezmó a los combatientes liberales de la Guerra de los Mil Días, después que los generales insurrectos entregaron las armas a las fuerzas conservadoras. Curiosamente su arribo a la capital fue por los mismos años 40.

Mi madre era una gran lectora y como tal siempre estuvo pendiente de mi gusto por los libros y en general por los impresos, revistas, folletines, cómics, que yo buscaba ávidamente. Cuando comencé a escribir, siempre fue generosa con sus comentarios.

¿Recuerda algún comentario de su padre, su madre o algún familiar al leer algunos de sus libros o de sus primeros escritos?

Mis primeros escritos publicados en las páginas de los suplementos literarios de algunos diarios colombianos como *Vanguardia Liberal* de

Bucaramanga, El Tiempo y El Espectador de Bogotá, aunque causaron alborozo en la familia, no se percibían como un propósito de convertirme en un autor de libros, ya que por ese entonces los avatares de la acción política de izquierda era la parte mas notoria de mi cotidianidad y tal vez hacía presagiar que terminaría dedicándome a esos menesteres y no a algo tan inaprensible y complejo como la poesía.

¿De niño a que jugaba? ¿Con quién?

Mi hermano Fernando, que me sigue, nació cuando yo tenía siete años. Así que los primeros tiempos de mi infancia me tocó ingeniármelas con amigos imaginarios que sacaba de las aventuras de Salgari o de las películas de oeste americano. Pero, una vez llegué al colegio agustiniano hice amistad con dos seres inolvidables, los hermanos Ángel, Edgar y Augusto, que vivían con su madre, la señora Lucrecia, como conserjes de una escuela pública a pocas cuadras de mi casa y que en las horas de vacancia escolar tenían a su disposición un amplio imperio de patios, zarzos, recovecos y sobre todo de grandes árboles de cerezas.

¿Enamoró a alguna joven en la adolescencia con algunos de sus poemas?

Confieso que de adolescente tuve una especie de Secretariado del Amor, pues era el encargado de redactar cartas donde se declaraban grandes amores o se reclamaban por sufridos abandonos de muchos de mis compañeros de pupitre. Fui exitoso en dicha correspondencia de la que nunca conocí a mis corresponsales, así que no sufrí el síndrome de Cyrano de Bergerac, por fortuna. En lo personal, aunque regalé en más de un ocasión el “Tu y Yo” de Paul Geraldty, sabía que el secreto del triunfo en el cortejo amoroso, en ese entonces, no eran los versos dedicados sino saber bailar.

¿Cuáles fueron sus primeras lecturas? ¿Lo motivaron a escribir o sencillamente escribía por una necesidad existencial?

El libro de oro de los niños, que he nombrado, era un compendio de poesía, cuento, historia, acertijos, adivinanzas, noticias científicas

y pasajes del antiguo testamento. Esas fueron mis primeras lecturas. En poesía, inicié leyendo los poetas españoles de la generación del 27, especialmente León Felipe y Miguel Hernández, poetas que todavía hacen parte de mis lecturas de cabecera. Y en general me inicié en la literatura latinoamericana con libros como *Poesía en Movimiento*, que recoge lo mejor de la poesía mexicana de 1915 a 1966, de acuerdo con los criterios de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis; las novelas de Juan Rulfo, de Cortázar, en especial su libro de Cronopios, Famas y Esperanzas; García Márquez; José Donoso; Jorge Amado; Onetti; Horacio Quiroga; Borges; Sábato; Germán Espinosa; Pablo Palacio; Marvel Moreno y María Luisa Bombal, entre otros. Las literaturas portuguesa, italiana, francesa, inglesa, alemana, eslava y demás, han ido fortaleciendo mi bagaje a medida que sumo búsquedas y andaduras.

¿Le fue difícil publicar su primer libro? ¿Cómo fue ese proceso de recopilar los poemas? ¿De encontrar una editorial?

Una de las causas por las que me quedé a vivir en Tuluá, una vez terminé mis estudios de Derecho, fue el encontrar una persona que desde que leyó mis escritos siempre me impulsó a seguir adelante con la escritura. Ese amigo, Germán Cardona Cruz, al que yo llamo el sabio de Tuluá, era poseedor de una biblioteca asombrosa por la variedad y la calidad de los autores que reposaban en sus anaqueles. El tener la oportunidad de leer dichos tesoros me convenció que mi sitio en el mundo estaba ligado a esta ciudad donde, además, empecé a compilar los poemas que formaron un libro que publiqué con recursos propios y que hoy yace en un cariñoso y grato olvido.

¿Y en la actualidad sigue siendo arduo todo el asunto de las publicaciones?

Como es sabido, yo publico desde 1987 una revista de poesía, *Luna Nueva, Revista para Nocheros*. Son 37 años y este año saldrá en diciembre el número 50 de la revista. Uno pensaría que con ese recorrido están allanados los caminos de la publicación, pero sucede todo lo con-

trario, a medida que hacemos camino más tupida es la espesura. Cuando resolvimos los problemas de financiación de la revista pensamos que todo estaba ganado, no contábamos con la pandemia, con la escases y carestía mundial del papel, y ahora, por añadidura con las crisis de las litografías y el imparable auge del formato digital para todo tipo de impresos, ponen en peligro la continuidad de las publicaciones en papel.

En referencia a mis libros puedo decir que he contado con suerte en el campo editorial, ya que he podido publicar los doce títulos que conforman mi obra, sin tener que pagar por ello.

¿Termina o empieza algún poema cuando sueña?

Casi nunca recuerdo mis sueños. Pero sí puedo empezar o terminar algún poema cuando leo, que es otra forma de soñar.

¿Cuál cree usted que es su libro más significativo en este momento?

El que estoy por escribir.

¿Cómo vive el proceso de su escritura, toma apuntes, reescribe? ¿Sufre la página en blanco?

Lo que me interesa en un determinado momento se va conformando en mi emoción hasta que me obliga a tomar notas sobre la mejor manera de abordar esa realidad para transformarla a mi manera. Tomo notas no muy ordenadamente, aunque de un tiempo para acá siempre cargo una pequeña libreta que me auxilia. Ese proceso de recopilación de notas puede acompañarse de una búsqueda de lecturas que juzgo necesarias para nutrir el empeño. Esta puede ser una manera de paliar la obsesión y encontrar un camino que permite darle cuerpo a las imágenes que pugnan por expresarse. Pero también ocurre que el cuerpo es invadido por una especie de huracán que irrumpe como una epifanía, y nos asalta sin permitir el más leve respiro para otra circunstancia o hecho que interfiera y pudiera distraernos y, sin previo aviso, terminamos poseídos por el demonio de la escritura.

**¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Tuluá?
¿Cómo es su gente? ¿Cómo se vive allí?**

Recomendaría el libro *Dabeiba*, una novela de Gustavo Álvarez Gardeazábal, donde se resuelven con mucho humor todas sus preguntas.

¿Qué le da miedo?

Que el miedo termine por subyugar al mundo.

¿Cómo fue ese momento, tan emotivo, cuando recibió el reconocimiento como Huésped Distinguido de Salamanca?

Ni en mis mejores sueños estaba la posibilidad de ser homenajeado en Salamanca, tanto por su Universidad como por su Ayuntamiento. Sé lo que significa la ciudad como faro y centinela de nuestra lengua, que a la orilla de su río tutelar fue tejiendo la urdimbre en que se expresaron los genios de la Época de Oro de la lengua castellana.

Es un gran honor que agradezco a Alfredo Pérez Alencart, por su generosidad, y la de todos los que hacen posible este encuentro entre ocho siglos de sabiduría y los bríos entusiastas del mestizaje americano.

¿Por qué escribe?

Para hacerme el valiente.

Poemas

Albatros

Frente a la ventana, el viejo marinero
Sueña las ballenas que navegan por su alma
Y que su ojo feroz no arponeó.
Su corazón es de verdad un único
Cementerio marino. No el del poema.
El que viaja en esa pequeña ola
Que rueda lentamente por su mejilla.

De Un jardín para Milena. 1992

El espejo

No es verdad que los ojos sean el espejo del alma.
Si tal ocurriera, los asesinos caerían fulminados
y nada sucede cuando el torturador cruza y se peina.

Oaxaca

Mientras Araceli lee a Sabines,
María prepara los revoltijos que usará en la limpia.
De la cocina llega un fuerte aroma a chocolate
que pone a salivar al poeta Herrera
quien prepara un mole negro.
La zapoteca me saca la camisa,
me palpa suavemente las costillas y con un puñado
de albahaca esparce sobre mi piel agua de clavelina mezclada con
manzanillo,
-Para que los mayores te saquen el chingadazo de Tlacolula- dice.
En el Zócalo, los zapatistas leen a Flores Magón y preparan el sendero
de los caracoles.
La mano de María pasa sobre mi cabeza untada de mezcal,
-Para que el señor de los estambres te permita el regreso-agrega.
Por el camino del peyote la otra María, la Sabina, encarna en el
nanactl, el hongo
sagrado.
De la piedra verde, brotó el árbol y el mundo se posó en su copa,
Santa María El Tule, te invocamos.
El sol anidó en Cerro Santo y la milpa se esparció sobre la tierra.
-No es nada, no es nada. Ya pasará la molestia, hermanito-
me susurra María como cantando.
Del patio, llega la voz de Araceli:

“Los amorosos se ponen a cantar entre labios

una canción no aprendida.
Y se van llorando, llorando,
La hermosa vida”.

Geografía

Dichoso quien ha visto el sol
Cuando la hoja del álamo es del color del vino.
Yo no se de primaveras, ni de otoños.
Me cuentan que la nieve, a veces, huele a sal.
Sé, eso sí, que en esta geografía donde habito
Los ríos arrastran la miseria y la sangre
Que abona la mata de café antes de la cosecha.
Sé también la historia de algún árbol.
Y puedo vislumbrar la orquídea
Que muere en lo mejor del deseo.
El hacha anticipa la aparente victoria de las tumbas.
Pero en la calle hay fiesta
Y la mujer que amo agota en su cuerpo las miradas
Y se ríe y me besa.

Ariosto Figueroa

No es El Mundo esta cantina descascarada por el tiempo.
En sus paredes no se lee ninguna historia, lejos la leyenda.
No hay muchachas, ni mezcal, ni siquiera asesinos.
Ningún gringo bebe aquí su último trago,
ni se juega la vida en veintiún vasos un poeta encendido.
Algunos parroquianos vienen y se aburren,

como se aburren con sus queridas o con el cura.
Si pasara un ángel nadie levantaría la copa en su nombre.
Sólo las moscas interrumpen la desesperanza.
Una mujer apareció una vez y pronunció tres palabras,
me casé con ella irresponsablemente.
Desde entonces entiendo el obstinado silencio de mis vecinos.

De Diario de los seres anónimos. (2001)

Héctor Fabio Díaz

Llevo encima el traje azul, la corbata naranja,
la camisa que tanto gusta a Margarita, la del 301,
los zapatos negros recién lustrados, una pinta de hombre,
como dijo mi madre después del beso ritual de despedida
En la Kodak me tomaron la foto para la solicitud de empleo.
Pero de pronto me empujaron a un auto,
Me pusieron dos armas en la cabeza
Y acabe tirado en una pocilga
Donde me preguntaban por gente desconocida.
No señor, decía y me pegaban.
Sí señor, respondía, e igual me pegaban. Duro, lo hacían,
como si no tuviera carne, ni huesos, ni sangre, ni alma.
Ya no tengo traje azul, ni corbata naranja,
ni puedo abrazar a Margarita.
Ahora soy una desteñida foto que mi madre
lleva a cuestras en plazas y desfiles.

Giovanna Benedetti



Giovanna Benedetti

Creo en la magia ritual de las palabras

Hábitos de piel

*Si alguna vez acabo de caer en mí
—y si esta luna que me agota todavía me sostiene—
dejaré de cabalgar como acróbata a destiempo
derivando hacia otro mar con mis pliegos y cazuelas.
Y si esa voz que no se aquieta aunque yo me quede inmóvil,
persiste en ofrecerme en trasgresión, sin argumentos,
limpiaré mis anaqueles de anfisbenas y oropéndolas
y declararé mi fe en la ciencia infalible y viceversa.
Y allá, del otro lado (si el aliento aún me dura)
continuaré con la leyenda de mi terca epifanía:
errática, trasunta, solitaria, tortuosa...
maquillada astutamente por la cólera del viento
porque hay hábitos de piel que nunca mueren.*

Giovanna Benedetti

Giovanna Benedetti, poeta panameña, vive en las montañas San Lorenzo de El Escorial, en la sierra madrileña, rodeada de los libros que ha leído, esos que siempre la han acompañado a lo largo de sus vivencias, de las cerámicas que elabora con delicada paciencia, de esculturas que moldea buscando la esencia de la forma humana, de los cuadros que pinta tratando de plasmar emociones sinceras y, sobre todo, de los libros que ha escrito, cada uno de los cuales describen el camino que ha recorrido trazando en cada página esa voz poética que la define.

Desde la publicación de su primer poemario se ubicó en el lugar destacado de las letras panameñas, lo que le ha valido los más importantes premios, así como el reconocimiento de críticos y escritores.

El poeta panameño Javier Alvarado señaló de Benedetti: “una autora que ha ido pacientemente construyendo un edificio del lenguaje a través de todas las herramientas posibles: las palabras más disímiles, más solidarias, más refulgentes, más incisivas, más escogidas, más explotadas, se concatenan en magníficos poemarios”.

La poeta española Raquel Lanseros escribió: “Dueña de una imaginación portentosa y de un hondo sentido lingüístico, Giovanna Benedetti es una profunda conocedora de la gran tradición poética universal, y parte de esta sabiduría para construir una obra repleta de significaciones, donde el lenguaje se entrevera de imágenes múltiples, creando una realidad reconocible, y a la vez una voz onírica, que sumerge al lector en una experiencia literaria de largo alcance”.

El poeta peruano Carlos Garrido Chalén: “Giovanna Benedetti, espira ese mismo aroma, que pareciera que es más divino que humano y se solaza en el resplandor del significado de la vida, que se purifica en el transcurrir de la historia, para generar un mundo nuevo, que es propio, que no se parece al de nadie, y que en su portafolio arriesga propuestas para una literatura diferente”.

En su biografía se lee que es poeta, escritora, artista plástico. De Ciudad de Panamá, 1949, tiene dos hijas, cinco nietos y vive desde hace más de una década en San Lorenzo de El Escorial, Madrid, España. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en las universidades Nacional de Panamá, Autónoma de Barcelona y Complutense de Madrid. Es doctora en derecho y especialista, por la UNESCO, en derechos humanos de la cultura. fue directora general del Archivo Nacional de Panamá. Trabajó, por muchos años, como experta internacional en Derecho de Autor para la UNESCO, y como consultora del Centro Regional para el Fomento del Libro de América Latina y el Caribe (CERLALC), Colombia.

Ha ganado en seis ocasiones el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró de Panamá. Premio Internacional de Periodismo José Martí, Cuba, Premio Mihai Eminescu, Rumanía y Premio Latinoamericano de Ensayo Histórico, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, Co-

lombia. Miembro de la Academia Panameña de la Lengua.

Entre sus obras: *La lluvia sobre el fuego*, cuentario; *El sótano dos de la cultura*, ensayo; *El revés del derecho de autor*, ensayo; *Entonces, ahora y luego*, poemas, *El tambor de la agonía*, poemas, *Las claves de Lorca*, ensayo; *El camino de los andantes: Bolívar y Don Quijote*, ensayo histórico-literario; *Entrada abierta a la mansión cerrada*, poemas; *Maqueta y figuración de los derechos culturales*, UNESCO, estudio analítico; *Música para las fieras*, poemario; *Vértigo de malabares*, cuentario; *Después de los objetos*, poesía reunida; *Vigilia de Antígona*, poema dramático en siete cantos; *Caragabí*, poesía selecta; *La razón poética de María Zambrano*, ensayo; *Fatamorgana*, poemas. Su obra ha sido traducida parcial o totalmente a diecinueve idiomas.

Ha participado en el 30º Festival Internacional de Poesía de Medellín, Festival Internacional de Poesía de Curtea d'Arges, Rumanía, Festival Internacional de Poesía de Madrid, Encuentro Internacional de Poetas Iberoamericanos de Salamanca, Encuentro Hispanoamericano de Escritores en París, XVII Festival Internacional Palabra en el Mundo, Chiapas. Invitada como conferencista y lectora *in situ* al Trinity College de Dublín, Irlanda y al Rilke Poetry Center de Praga, Chequia. En 2024 recibió la distinción de “Huésped Distinguida” de la Ciudad de Salamanca por parte del Ayuntamiento y durante la celebración del XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos.

**¿Cómo fue su niñez? ¿Dónde vivió esos primeros años de su infancia?
¿Todavía está en pie esa primera casa?**

Yo crecí -literalmente- entre la selva y los libros. La casa familiar (que era muy extravagante y de arquitectura vanguardista), había sido construida en las afueras de la ciudad de Panamá, sobre la carretera transístmica que une el Atlántico con el Pacífico, en una ruta paralela al Canal interoceánico y que, en aquella época, a mediados del siglo XX, se encontraba todavía encerrada en el tupido verdor de la indomable selva tropical.

Los libros eran parte de las paredes (o así lo creía yo) y aparecían por todas las habitaciones. Y es que la familia paterna: los Benedetti, originarios de Cartagena de Indias, Colombia, habían fundado en Panamá, entre otros negocios, una librería y una casa editorial a principios del pasado siglo; y allí, a nuestra excéntrica y artística casa grande de la selva, a la que todavía se arrimaban sin miedo las iguanas, los papagayos, las culebras, los monos, los pecarí, los tigrillos y ocelotes (y hasta una jaguar hembra de tres patas que ahora forma parte de mi literatura), habían ido a parar los volúmenes y publicaciones de las viejas librería y editorial, después de su liquidación a finales de los años cuarenta.

¿Quién le regalo su primer libro? ¿De cuál autor? ¿O leyó cuando estaba en la escuela?

Parece que aprendí a hablar, a leer, a escribir y a explorar los matorrales de la espesura a un mismo tiempo, y que mis primeras experiencias -todas ellas- se sucedían de una manera continua entre ambos mundos: la selva y los libros, en un vaivén intercambiable: como en una cinta de Moebius. Leía todo lo que me caía en las manos -a ratos a escondidas- aún antes de asistir a la escuela. Soy la mayor de cuatro hermanos y uno de nuestros juegos era descubrir las maravillosas revistas infantiles *Billiken*, los volúmenes del *Tesoro de la Juventud* y los libros de cuentos y aventuras que aún se encontraban embalados en las cajas de la librería Benedetti Hermanos, importados desde Argentina, Colombia, México y España.

¿En su adolescencia la escritura llenaba sus días?

Antes de la adolescencia yo ya había caído en la escritura. Tenía una suerte de “cajita de garabatos” donde apuntaba versos, rayaba pinturillas y dibujos y me imaginaba tramas de posibles narraciones. Mi madre fue una excelente declamadora y yo la escuchaba recitar, con su mágico donaire, a Juana de Ibarbourn, Neruda, Alfonsina Storni, Lorca, Machado, Mistral o Sor Juana. Todo lo artístico en ella me atraía. Pero también lo intelectual (la influencia de mi padre): jurista, ensayista político, catedrático de derecho internacional y diplomático.

Mi adolescencia fue un ir y venir entre países, idiomas y colegios. En 1964, mi padre ocupó los cargos de embajador de Panamá ante la OEA y Negociador del Tratado del Canal de Panamá, y nos trasladamos a vivir a Washington D. C. Estados Unidos. Un par de años después, a mí me fueron enviando -por temporadas- a internados y liceos en Orleans, Francia y Fribourgo, Suiza. Regresé a Panamá para comenzar allí mi carrera de Derecho y Ciencias Políticas que terminaría en España, en la década de los setenta, con un doctorado por la Universidad Complutense y una especialización en Derechos de Autor y Derecho de la Cultura.

¿Cómo fue ese proceso que la llevo a escribir poesía? ¿Qué la motivo?

Lo poético -para mí- es un ritual de encantamientos: una manera de conjurar los silencios y las voces. En mi niñez siempre fue un acto de magia. Unas palabras “ruidosas” que aparecía como un relámpago cuando menos lo esperaba y me hacían correr hasta el barranco que colindaba con la selva. Luego empecé a deducir sus reglas y me metía en esos ruidos luminosos a propósito, para salir de lo cotidiano, para inventarme otro lugar.

Yo siempre escribí poesía. Sin embargo, comencé mi carrera literaria publicando libros de cuentos y ensayos culturales. En 1981 y luego en 1984 obtuve el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró (el más importante de Panamá) por los libros *La lluvia sobre el fuego* (cuentos) y *El sótano dos de la cultura* (ensayos).

Y no obstante, los poemas seguían por allí, por todas partes: escondiéndose y esperando la letra impresa. A finales de los años setenta, cuando yo acababa de regresar a Panamá desde España: divorciada, graduada de abogada y con mis dos hijas pequeñas, algunos poemas empezaron a aparecer en páginas literarias y revistas culturales.

En 1992, se publicó mi primer poemario *Entonces, ahora y luego* el cual lograría también ganar el Premio Nacional de Literatura. Ya en el siglo XXI fueron viendo la luz otros libros de poesía: Entrada abierta a la mansión cerrada, de 2006 y Música para las fieras, de 2014, ambos galardonados también con el Premio Nacional Ricardo Miró. Mi más

reciente poemario es *Fatamorgana* de Editorial Doce Calles, Aranjuez, Madrid, 2024, casa que también ya había publicado, en 2019 y 2022 el volumen de mi poesía reunida titulado *Después de los objetos*. En 2017, el Premio Nacional de Literatura me visito por sexta vez, en esa oportunidad al retomar a la cuentística, con el libro *Vértigo de malabares*.

¿Quién leyó sus primeros poemas? ¿La animaron a seguir escribiendo?

Tuve la suerte de un caldo de cultivo doméstico muy propicio a lo creativo, lo artístico y lo intelectual; pero aun así y a pesar de ese entorno (o quizás por su fermento) lo cierto es que siempre se me intentó “acomodar” en recintos profesionales más definidos -y lucrativos} como la abogacía y su práctica en el bufete paternal. Y sin embargo, lo mío me tiraba ya desde varios frentes tan desiguales que iban de la literatura a la pintura, la escultura cerámica y el dibujo pasando por la documentación histórica... Y es que en los años ochenta tuve el privilegio de servir como directora general del Archivo de Panamá, desde 1984 hasta el día nefasto de la invasión de los Estados Unidos a Panamá, el 20 de diciembre de 1989. Fue así que, entre sus pliegos y legajos, logré distanciarme del bufete y me sumergí en ese laberinto historiográfico, con epicentro en la archivalia del siglo XIX y las guerras de independencia... del que todavía no he logrado salir, ni quiero hacerlo.

¿Cómo fue el proceso para publicar su primer libro? ¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo?

Mi primer libro, *La lluvia sobre el fuego* se publicó en 1982 luego de resultar ganador del Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró. En Panamá, y ante la insuficiente industria editorial (escasez que aún nos perjudica), los concursos y certámenes oficiales se convierten en una de las pocas avenidas de publicación.

¿Recuerda alguna crítica que la haya impactado, elogiosa o no, sobre su poesía?

Cada vez que algo de mis letras cae en la mirada benévola de escritores, lectores y críticos, es para mí el mayor de los obsequios. Esa

generosidad, de muchas maneras, fue la que en mi juventud me dio las herramientas para seguir en el camino de lo literario. Todavía me regala ánimos. Y yo lo agradezco.

¿Cuál de sus libros le gusta más?

De mis poemarios, *Entrada abierta a la mansión cerrada* (2006) creo que es el más cercano a mis apegos. Se trata de un libro diseñado sobre una maqueta de una casa en la que cada habitación es un poema: Umbral de los perplejos, Bastión de las gárgolas, Mirador de estrellas, Rincón de las cosas que ya no son, Corredor de las voces, Cámara doblada, etc. El poemario sigue una clave muy comprometida con la alquimia y el camino de ascesis y transfiguración. Existe una edición digital gráfica con mis propias láminas y collages que puede verse aquí:

<https://www.behance.net/gallery/105018367/Entrada-abierta-a-la-mansion-cerrada>

¿Cuál es su método para abordar un poema? ¿Toma apuntes o va directamente a la computadora a escribir de un tirón?

Casi todos mis poemarios tienen un diseño -por lo general gráfico- que organiza su estructura. Yo tiendo a imaginar el gran conjunto y desde allí voy descolgando los poemas que van apareciendo.

Algunos poemas salen de un tirón -es cierto-: con verso, pluma y flor, listos para el suceso. La mayoría, sin embargo, se demoran en su alumbramiento y hasta se devuelven -matriz adentro- para incubarse una temporada más. Y es que cada poema trae su duende e impone sus propios demonios. Entonces, ahora y luego, mi poemario de 1992 se presentó con tal fuerza que, al principio, me costó acostumbrarme al espesor de sus imágenes que tienen que ver con lo ancestral, lo telúrico y lo selvático. Recuerdo que me solía internar en su “retrato” a ratos y de a poquito, hasta que lo fui reconociendo, y me atreví a amansar las figuraciones mitológicas y ancestrales que tanto me asustaban. El último de mis poemarios *Fatamorgana* (Madrid, 2024), también ha tenido una gestación muy intensa. Apareció de golpe, es cierto, pero

me internó en un laberinto repleto de oscuridades y me hizo lidiar con espectros y registros de mi propio titubeo.

¿Cómo sabe cuándo debe terminar un poema? ¿Qué es lo más difícil de ese proceso: terminar o comenzar?

Lo poético tiene su propia razón (su esquema interno) y el lenguaje del verso, a través de la mano de la poeta, debe saber cómo tomar conciencia de ese pequeño espacio-tiempo para no desaliñarlo. El poema (cuando se pronuncia), ya está allí: hay que quitarle la hojarasca y hacer que se sienta cómodo en esa novedad lingüística que le ha lanzado de lo metafórico a lo comunicativo.

¿En esta época qué le da miedo? ¿La vejez? ¿la muerte? ¿viajar en avión? ¿las enfermedades?

Yo le tengo miedo a muchas cosas. En mi último poemario, *Fatamorgana*, hasta me he atrevido a confesar mi agorafobia. El miedo, desde luego, es la substancia de ese estremecimiento que aparece como alarma y nos atrapa en el desasosiego. Y no obstante (ya lo decía Pessoa) esa misma chispa que va del desamparo a la imaginación es donde surge la creatividad... para bien o para mal.

¿Se ha vuelto más crítica con la vida? ¿Con las amistades? ¿con la familia?

Al contrario. Con los años (y ya tengo 75) la vida en la que habito me ha enseñado a ser más tolerante. A estas alturas, soy ya muy consciente de mi propia fragilidad. Sigo siendo muy crítica con la injusticia, la violencia, el despojo, la guerra, el genocidio y la barbarie social: eso es ineludable. Al mismo tiempo, aprecio este momento en el que puedo disfrutar más de mis cercanías: mis dos hijas, mis cinco nietos, mis yernos, la familia, las amistades, la creatividad, la pintura, la escultura cerámica, el dibujo, la lectura permanente y el paisaje cambiante de estas montañas San Lorenzo de El Escorial, en la sierra madrileña.

¿Las redes sociales le roban el tiempo en su día a día?

He confesado ya que salgo poco. Que me asustan las aglomeraciones y me da miedo salir a la calle, algunas veces. Las redes sociales, entonces, son mis aliadas: me facilitan el contacto virtual que es me es imprescindible, y eso es una ventaja para una persona que es esencialmente solitaria por naturaleza.

¿Tiene tiempo para ir al cine o al teatro o a algún concierto?

Tiempo me sobra, pero los pies no me encaminan. Me cuesta trabajo internarme en lo social. Yo vivo sola -y feliz- en un pueblo pequeño en la sierra madrileña. A ratos me traslado a otros espacios (las casas de mis hijas) o a la ciudad de Madrid, para asistir a un evento literario o artístico puntual, pero no es parte de ninguna rutina y hasta evito que lo sea. Me gusta la soledad porque me empuja a vivir todo lo que imagino.

¿Por qué escribe?

Escribo porque creo en la magia ritual de las palabras. O como he dicho en uno de mis poemas, escribo porque:

En esa otra forma rara de los cielos que es el verbo
hay una razón poética que rige los precipicios:
una música que entiende ese sonido de las fieras
que nunca se consume, sino que se consuma.

(Música para las fieras, 2017)

¿Cómo fue ese momento, tan emotivo, cuando recibió el reconocimiento como “Huésped Distinguida” del Ayuntamiento de Salamanca?

Primero fue la sorpresa confundida con el aturdimiento. Luego la maravillosa realidad tomando cuerpo y entonces el miedo (siempre allí, poniendo zancadillas) de dónde y cómo encontrar las palabras adecuadas, el entusiasmo preciso, el respeto debido, el abrazo expansivo, el mimo cariñoso para envolver tanto agradecimiento. Salamanca, la ciudad de los poetas, me nombraba su “Huésped Distinguida” y allí, en aquel salón de luces doradas, de paredes altísimas, de historia con-

currida, me sentí honrada como poeta, como panameña, como mujer que escribe. Hermosas e inolvidables fueron las sonrisas y palabras de las autoridades, de los poetas invitados, de mis amistades queridas, de mis compañeros homenajeados: Omar Ortiz Forero, Hugo Francisco Rivella, Pío E. Serrano, José María Muñoz Quirós y de Alfredo Pérez Alencart, el artífice mayor. ¡Ese día me convertí en hija de Salamanca para siempre!

Poemas

Música para las fieras

(Poema en quince cantos)

–Fragmento–.

I

De estas épocas apenas reveladas
se dirá que no había acuerdo entre nosotros, los insomnes.
Que cada quien vivía el pronóstico del día sobre la víspera;
que pasábamos de la noche al cuerpo, sin ser vistos;
que nos ganaba la costumbre de esperar la lejanía
y que flotábamos como objetos no asidos a la tierra
con el eterno resplandor de una mente sin recuerdos.

Se creerá que simulábamos fantásticas criaturas
navegando por imágenes de estuarios y ballenas.
Que propiciábamos demonios que nos hacían perder el sueño
dando ascenso a las tertulias vagabundas de la aurora.
Y que no obstante despertábamos, de pie e hipnotizados
sin que nadie nos diera palmaditas en la frente;

recortando calendarios, papeles y fotografías
para poder saciar la sed que daba de beber
a nuestras lágrimas.

II

Pensarán que inventábamos países de juguetería
calcando en relieve mapas de territorios prohibidos.
Que redondeábamos los riscos de coral, los farallones
con crípticas arboladuras, por imposibles dominios.
Y se nos hará lucir las galas de los amantes vencidos
acusados de una suerte de incoherencia delictiva:
de hacernos guiños falsos en la paradoja del olvido
atrapando las caricias subitáneas del desvelo
que se caen de su estatura y no se quiebran.

Y se hablará de encantamientos: que hubo pacto, maleficio.
Que traíamos ya indispuetas las líneas de las manos
y una cartilla de deudas en expansión perpetua.
Que nos habíamos hecho prófugas
de nuestras pobres narrativas
fermentando como espuma la fatiga de los vientos.
Y que atrapadas como estábamos entre el río y su turbulencia
discurríamos hacia arriba, alrededor, sin punto fijo:
(como esas necias crónicas viajeras del paisaje
que se acercan por detrás huyendo de los riesgos).

III

Hechos custodias
del verbo y cómplices de sus esquemas
se creará que profanábamos los números del término.

Que le colgábamos adjetivos persistentes al silencio
en ansia de durar más de un momento.
Y que si a ratos
despegaban los columpios de la carne
(y nos daba por robar la claridad a los sabuesos)
le oponíamos las fragancias obsesivas del misterio
con la angustia bien ceñida a las costuras de la calle
para impedir que la humedad
se abriese paso sobre el verso.

IV

La memoria es una lenta caravana de consignas.
Una mano extendida que separa las aguas.
Una trampilla de paso. Una ficción del cántaro.
Una caja de reliquias que sobrevive al cálculo.
Una opinión que afina la velocidad de la mirada.
Una noria que da vueltas undívaga y portátil.
Un barco que se desliza por un mar de abecedarios
sobre esa incertidumbre fraticida del olvido
donde ya no coinciden ni los días ni las palabras;
y los sucesos se depuran de la sal en sus cornisas
y los héroes se desploman y caen sobre sus astas
tumbados a banderillazos o envejecidos de súbito.

(...)

XV

Nosotros, agonistas de todos los desasosiegos
nos reiremos de la propia frustración frente al paisaje;
quemaremos rumores sueltos para aproximar las voces

que el largo cuello de la soledad no alcanza.

Canciones de queja
y pretextos para enamorar la vista
que lograrán, a lo más, disimular la lejanía;
en ese juego de andar y desandar habitaciones
donde apenas si se hace soportable la llovizna.
Y al cabo alguien dirá: —¿qué tanto importa entonces
si abrimos la dichosa caja o nos encerramos dentro
si el pie ya no recuerda el arco de su suela
y si el pez no se da cuenta del mar que le contiene?
(Pero allí sigue la plaza donde la estatua llora...)

A veces pasan siglos entre dos atardeceres
y una sola sombra larga se convierte en firmamento.
Pero una sombra no es la noche, y aún si se desborda
en la noche las estrellas se constelan en caminos.
Y en esa otra forma rara de los cielos que es el verbo
hay una razón poética que rige los precipicios:
una música que entiende ese sonido de las fieras
que nunca se consume, sino que se consuma.

Caragabí

Yo soy la lengua del monte
los ojos de los riachuelos
soy el árbol de las aguas
la tempestad, la caverna.
¡Venga a mí la medianoche!
¡Venga la luna vieja!
caiga ya la oscuridad
túrbense ahora las tinieblas
rujan todos los recuerdos
porque yo estaba aquí primero.

Venga a mí a forma plena:
el barro, el color del arco iris
el lago de las serpientes
el rayo, el Tuirá, la lluvia
cada huella de la esfera
vengan todas las palabras
¡que yo estaba aquí primero!
Venga a mí el soplo del jai
de todos los jais de la tierra
la piel del jaguar: felis onca
el tigre de los misterios.

Lléguenos el verbo del haure
el canto de la noche: el sueño
las hojas de las palmeras
la chicha intúa, el maíz mascado
el bejucó, el tambor, el trueno
el árbol de jenené
los demonios de Antumíá
reviva en mí Caragabí
y hágase la tradición
¡porque yo soy la misma selva!

Del poemario Entonces, ahora y luego, 1992

Benjamín Chávez



Benjamín Chávez

Escribir es mi modo de habitar
este mundo

La espera

*En la terraza de la vieja casa
el abuelo seca sus huesos al sol.*

*La radio
relatando un partido de fútbol
da cuenta de las palabras
que le vieron crecer.*

*Piel de serpiente en plena muda
el idioma se descascara
cada tarde
cada muerte.*

Benjamín Chávez

La infancia y la adolescencia del poeta Benjamín Chávez trascurrieron entre música y amigos en las tierras altas de Bolivia, sobre el Altiplano andino a 3.735 metros sobre el nivel del mar, en Oruro, donde además del español, el quechua y el aimara son idiomas del habla cotidiana en la ciudad, donde está ocurriendo un fenómeno lingüístico inédito, como señala el lingüista peruano Rodolfo Cerrón-Palomino: “un caso único de reversión idiomática en el mundo andino: la revitalización del chipaya, hablado en las estepas de Oruro (Bolivia), el último dialecto sobreviviente de la familia lingüística prehispánica uro, originariamente de vasta difusión en el altiplano peruano-boliviano”.

Su abuela, su madre y sus dos hermanas conformaron su ámbito íntimo, ese soporte anímico y existencial que permite que el ser humano desarrolle con plenitud la esencia de su ser.

Los libros que leyó fueron los estrictamente necesarios para despertar su pasión poética y para dedicarse de lleno a la poesía como un camino definitivo en su andar por el mundo.

Martin Heidegger en su libro *Arte y poesía* señala que “la poesía no es un adorno que acompaña la existencia humana, ni sólo una pasajera exaltación ni un acaloramiento y diversión. La poesía es el fundamento que soporta la historia, y por ello no es tampoco una manifestación de la cultura, y menos aún la mera «expresión» del «alma de la cultura»”.

Algo que entiende a cabalidad Benjamín Chávez, quien, a una edad en que muchos poetas comienzan a encontrar su camino, él ya había alcanzado la madurez y un lenguaje propio, con imágenes precisas.

Ya lo señaló el poeta, ensayista y crítico Edwin Guzmán Ortiz: “Benjamín trabaja sugerentemente su escritura, su poesía ostenta una fina vena vinculada al rigor clasicista pero, alternativamente, se enfrenta a decir el mundo de un modo renovado: acordes alusivos, paréntesis, acoplamientos, traslapamientos semánticos, reinención de las formas, alquimia verbal, metonimia del asombro, tallando una poesía borboteante y culta, de cara a este tiempo. Su palabra nos transmite la experiencia del tránsito, el valor del encuentro, el albur de tejer lo memorable, también nos convoca a compartir el fuego de la contemplación y la revelación poéticas. Desde su palabra, Chávez nos transmite las resonancias del mundo, la inmersión extraterritorial que trasciende las fronteras. Errar, otra forma de habitar este mundo ancho y ajeno”.

Mientras que en el blog *Literatura en Bolivia* comentan: “En las páginas de *El libro entre los árboles*, que obtuvo el Premio del Concurso de Poesía Edmundo Camargo, ronda insistentemente un aire de viaje: periplos por territorios, geografías y paisajes muy diversos. En su recorrido por esos espacios, la mirada del poeta es una mirada que descubre y se asombra. Esas sensaciones, sin embargo, se expresan a través de una voz moderada por el gesto de la contemplación y por la necesidad de comprender. Ése es el tono que ha adquirido finalmente la poesía de Chávez. No es casual que su antología personal lleve por título, precisamente, *Manual de contemplación* (2008)”.

¿Cuál es el recuerdo más remoto que guarda de su infancia?

Quizás la noche en la que yo ya estaba en cama a punto de dormir en casa de mi abuela materna y llegó mi tío (hermano de mi mamá), después de un viaje a Buenos Aires y me entregó de regalo un auto de carreras de juguete, réplica del Ferrari rojo de Juan Manuel Fangio.

¿Dónde nació? ¿Qué característica siente que heredó de su padre?, ¿Qué aprendió de su madre? ¿de sus hermanos, si los tiene?

Nací en Santa Cruz, una ciudad muy cálida, tanto en la marca del termómetro, como en el carácter de la gente. Sin embargo, apenas un par de meses después me fui a vivir a Oruro, una pequeña ciudad del altiplano donde, por motivos de trabajo, residía mi familia materna. Allí viví hasta que me fui a La Paz para estudiar en la universidad. Por eso suelo decir que soy orureño neto, aunque no nato.

Nunca viví con mi padre, un beniano a quien vi en pocas ocasiones en la vida, aunque siempre mantuve una relación cordial hasta que falleció hace 3 años. Me crié con mi abuela materna (ella era de Santa Cruz), hasta los 5 años de edad y luego con mi madre (oriunda de La Paz), y mis dos hermanas de madre que nacieron en Oruro. Es de esa familia de la que aprendí lo que sé y a la que le debo lo que soy.

¿Cómo vivió la adolescencia, entre las dudas de una búsqueda para definirse o entre la alegría y la complicidad de sus amigos?

Tuve una adolescencia inundada de música, amigos y malas calificaciones escolares. Luego se unió la lectura. Fue luego de haber terminado el colegio que, precisamente gracias a la lectura, conocí la filosofía a la que en colegio no había dado importancia, y eso me llevó a estudiar filosofía en la universidad.

¿Cuáles fueron sus lecturas iniciales? ¿Le siguen gustando?

Identifico dos momentos iniciales de lectura. El primero, cuando siendo un niño leí -por exigencia de la profesora de literatura del colegio- una novela de Julio Verne: *Miguel Strogoff*. Quedé maravillado con ese autor y leí todo lo que pude conseguir de él. Ese enamoramiento

me duró hasta que abandoné la lectura y la cambié por la música, específicamente el rock, tanto su escucha como el intento -fallido- por interpretarlo. Ahí se cerró un primer ciclo de lectura que duró de mis 10 a mis 13 años. El segundo y definitivo momento sucedió en el invierno de 1989 (a mis 18 años), cuando ¿por puro azar? leí *El libro de arena* de Borges. Ese hecho me cambió la vida e hizo que me dedicara a la poesía. Hoy, Borges continua en el centro de mi universo literario y sus libros constituyen el corazón de mi biblioteca. Releo con mucho provecho e igual fascinación sus relatos, poemas y ensayos.

¿Cómo llegó a la poesía? ¿Qué o quién le motivó a escribir?

Comencé a escribir poemas -breves y malísimos- en 1990 o 1991. Para entonces y a partir del breve libro de cuentos de Borges que mencioné, había ido explorando otras lecturas, guiado por las sugerencias que abundan en su literatura. Quizá el primer libro de poesía que leí fue uno que encontré en la biblioteca de un tío mío, el *Índice de la poesía boliviana* del crítico Juan Quirós, en la primera edición de 1966 (luego publicó otra edición aumentada en 1983). En realidad, y en imitación a Borges, comencé escribiendo relatos breves. Habré hecho unos 3 o 4 y luego, en algún momento que no puedo precisar comencé a escribir poemas. Cuando hube reunidos una veintena de ellos se los mostré a un viejo y reconocido poeta y crítico quien me dijo que no valían nada y que mejor me dedicara a otra cosa. No quise o no pude seguir su sugerencia y seguí escribiendo.

¿Recuerda el primer poema que escribió? ¿Lo publicó?

Felizmente no lo recuerdo ni lo publiqué. Ese y muchos otros (quizá unos 10 o 15) se perdieron en el pozo del olvido. Un pozo profundizado por las mudanzas y ensanchado por esa costumbre (también ya olvidada) de escribir en hojas sueltas y generalmente pequeñas, como una hoja tamaño carta cortada en dos o en cuatro.

¿Cómo fue el proceso de publicar su primer libro? ¿Reunió los poemas que tenía escrito o escribió especialmente para ese libro? ¿Fue difícil encontrar la editorial?

Luego de tres o cuatro años de escribir poemas, reuní una docena y media de ellos -escritos en los últimos meses- y armé un libro. Lo presenté a un concurso y obtuve el primer lugar. El premio era la publicación del poemario. Así publiqué mi primer libro en 1994. El segundo libro, que publiqué cinco años después, lo hice yo mismo artesanalmente. Luego, ellos me abrieron las puertas de las editoriales.

¿Podría señalar un poema o un poemario de los que ha escrito hasta ahora con el que esté realmente satisfecho?

Salvo mi primer poemario, que lo encuentro muy de principiante, estoy satisfecho, aunque con matices, con todos mis demás libros. Sucede también que cada que publico un nuevo poemario estoy plenamente satisfecho con ese y tiendo a considerarlo mejor que los anteriores.

¿Cómo vive el proceso de su escritura, toma apuntes, reescribe, o va directamente a la computadora a escribir de un tirón?

A estas alturas me ha pasado de todo. Poemas largamente trabajados en base a ideas y apuntes o poemas suegidos de pronto, acaso motivados por una imagen potente. Generalmente los escribo directamente en la computadora, aunque a veces, durante los viajes, los escribo a mano en pequeños cuadernos. Me gusta releerlos varias veces a lo largo de semanas, a veces durante meses, y así los voy puliendo.

¿Ha escrito sonetos o endecasílabos?

No, nunca lo he hecho, ni siquiera lo he intentado a pesar de que leo y admiro la rica tradición sonetista de nuestro idioma.

¿Es posible ganarse la vida escribiendo poesía?

No conozco personalmente a nadie que pueda ganarse la vida escribiendo poesía exclusivamente. Lo que suele hacerse es dedicarse a las letras en general, por decirlo así. Impartir talleres de escritura creativa,

escribir reseñas en periódicos y revistas, editar antologías, oficiar de corrector de estilo, dar conferencias, participar de seminarios y encuentros, editar libros de otros autores, dedicarse a la docencia de literatura en colegios y universidades y cosas así.

¿Cuál poeta cree que ha definido con mayor profundidad a su ciudad, Santa Cruz?

Como dije, yo viví en Oruro en mis años formativos y allí conocí a varios poetas excelentes, varios de los cuales escribieron sobre esa ciudad con maestría: Héctor Borda Leño, Milena Estrada, Alberto Guerra, Carlos Condarco, Edwin Guzmán, René Antezana, Eduardo Nogales, Eduardo Kunstek, Sergio Gareca.

¿Podría comentar ¿por qué, según su punto de vista, tienen tanto éxito y seguidores las redes sociales?

Creo que porque son el medio de comunicación más eficaz de nuestra época. Eso es lo positivo. Lo negativo, la adicción que propician.

¿Por qué escribe?

Por necesidad, porque es mi modo de habitar este mundo y porque en la escritura (y la lectura, claro) encontré el sentido de la existencia, de la mía, al menos.

Poemas

Exlibris

Un amigo —dueño de una imprenta— me ofrece
imprimir un lote de Exlibris.

Pequeños y a un solo color, me dice, porque no hay más presupuesto.
Un grabado a la manera antigua, pienso

que ilumine —a la manera antigua
el exiguo sino de mis libros—.
Me enseña entonces, varias ilustraciones que, cree él, podrían
gustarme
y me gustan claro, pero no me sirven.
Mandalas, complejas figuras geométricas que prestidigitan la visión
abstracciones varias de objetos concretos
soluciones caligramáticas o minimalistas
ecos de atmósferas orientales...
Mientras veo las opciones, me voy alejando hacia
otros ámbitos
otras referencias:
De hinojos,
la pesada espada al costado,
como un guerrero a los pies del sepulcro
de alguien amado o
bajo la mortecina luz de la claraboya de alabastro
me resigno a ser el que ha tenido sus batallas.
Por eso, creo, más justo, más cabal y ecuánime
sería la reproducción de un ambiente sobrio
con algún monje medieval —pongamos por caso— que
apostado en medio de su biblioteca —magra o regia
tras una mesa de añejo roble
vasta en atriles, volúmenes abiertos y lupas
sé dé a la tarea de leer y escribir (glosar apenas)
con trémulo cáñamo agobiado
las dos o tres sílabas que pudo
balbucear a lo largo de la vida
mientras un león recostado a los pies de la mesa
sueña con la arrebatada jungla y desdeña
toda disposición para el estudio.

El aprendiz

Cada mañana el sol es
testigo de mi fracaso
intento hacer lo que quiero y acabo
haciendo lo que no debo.

Soy el eterno discípulo que
el maestro ignora.
Observo en silencio, de lejos
el progreso de los otros y
a veces, cuando la suerte se distrae
entreveo la creación de una gran obra.

Por ganarme algo para el día
a menudo quedo empapado
en tintas y otras
marcas, aunque menos visibles, más duraderas.

En las noches vuelvo a soñar
con esa promesa surgida de lo hondo
y creo hacer una litografía digna.
Sonrío al contemplarla
y repito la fórmula de mis días:

Lápiz grueso sobre piedra pulida
es el rechazo natural entre el agua y el aceite
lo que termina por definir la estampa.

Cae la noche tropical

En una mesa al borde de la carretera
espero que me sirvan la comida
(van y vienen ruidosas motos

cañones de luz escanean el asfalto, etc.)

Las estrellas han comenzado a encenderse
y es de clorofila la noche.

Menús en letreros de lata anuncian
trampas para el hambre.

Aquí y allá un constante parpadeo
—por la poca tensión eléctrica—
en empecinados comercios.

Así son estos escenarios
falsamente discretos
asiduamente usados
aparentemente limpios.

Muchachas en pantalones cortos
se pavonean por entre las mesas en penumbra
techos de palma y piso de tierra
sonríen, susurran
dicen “hola” con los labios
“acércate” con la mirada.

Llega la comida (aunque ya es lo de menos)
tras la fatigosa espera en un calor que no afloja y
filamentos de neón bordados en estrechos vestidos.

Otros bailan y ríen
¿Quién es quién a esta hora de la noche?

Chorrea la grasa del tucó
la camisa sudada y forastera
también come, también bebe, también baila
a manos llenas en la penumbra.

Al salir (van y vienen ruidosas motos, etc.)

Autorretrato a la luz de un candil apagado

La humildad, dirá San Agustín, vence a la soberbia.
Caravaggio que hacia el 1600 pinta su
David, vencedor de Goliat
acaso ignora esos razonamientos.
Otros motivos más íntimos le desgarrarán la piel de lana y carne
pues al final, en el declinar de los rayos de la tarde
solo, vestido de pastor en el páramo
vuelve a enfrentarse con los recuerdos
(esa batalla que todos libramos a nuestro modo).
Toma entonces el papel que le asignó la vida y
bajo la luz que ya no es más que olvido
retrata, digno, su mellada grandeza
no en la lozana victoria de un rey
sino en la cicatriz última de gigante decapitado.

Trama

En el resuello del caballo
que husmea la tierra
sin llegar a tocar
el ápice más alto de la hierba
flota una brizna de aire caliente.

Me atañe ese trance
esa distancia brevísima
entre lo animal y lo vegetal
que define fugaz, en equilibrada frontera
el altar peciolado de lo alcanzable
antes de la aspiración crucial
o el definitivo descenso a la tierra.

Reverso postal

Soy un pasajero de vagón de segunda clase
y vuelvo a serlo cada vez que viajo
tirado por caballos
(los del tedio, la fatiga
diría si no sonara exagerado).
Parecen dos, tal vez tres
pero es uno
o quizás ninguno
porque a veces, la quietud existe
cuando una madre sentada junto a nosotros
da leche a su pequeño
y sacia toda ansiedad, todo movimiento.

Acaso eso sea todo:
tibia y canción de cuna oída apenas
en medio de vías desiertas y paisajes olvidados
hasta el final
—por muy lejos que creamos haber llegado
como un susurro que adormece.

Valeria Sandi



Valeria Sandi

Escribo porque es mi manera
de no temer a la hoja en
blanco

Soneto para susurrar

*Un minuto de muerte lleva dentro
la noche que llora con vinos tintos
y derrama su sangre en los patios
donde se asentaba el pájaro.
Las miradas se fueron al entierro
de todos los que fueron sueños tibios
los labios son dos puños silenciados
que no han llegado a su encuentro.
Está desaparecida la noche
y antes de que se lleven mis hilos
que tus dedos dibujen la libertad
Y la noche despierte con tus ojos
cuando toda sombra le aceche.
¡Veo umbrales en la profundidad!*

Valeria Sandi

Todo poeta trabaja dentro de su interioridad, su alma es su voz, la banda sonora de su existencia musicaliza los versos, le da ese ritmo inequívoco que conduce y exprime sensaciones y sentimientos. Ese ritmo que define una manera de explicar la vida, contando historias: de los días, de las noches, del silencio, de la ira y la pasión, de las nubes y las hojas que vuelan vapuleadas por el viento. El poeta escribe y, como señaló la poeta Louise Glück, en su discurso de aceptación del

Premio Nobel de Literatura, en el año 2020: “Aquellos de nosotros que escribimos libros probablemente deseamos llegar a muchos. Pero algunos poetas no ven llegar a muchos en términos espaciales, como en el auditorio lleno. Ven llegar a muchos de forma temporal, secuencial, muchos a lo largo del tiempo, hacia el futuro, pero de alguna manera profunda estos lectores siempre vienen solos, uno por uno”.

Sentados frente a un computador, o en el celular, esperando un autobús, o en la silla pesados del consultorio, el poeta trabaja y es un trabajo obsesivo, intenso, trabaja para el futuro, en soledad, hacia el futuro, y son muy pocos los lectores que saben que llegará a ese destino.

De Anne Carson, la poeta canadiense que obtuvo el Premio Princesa de Asturias de las Letras, en ese mismo 2020, es esta cita: “Si la prosa es una casa, la poesía es un hombre en llamas que la atraviesa rápidamente”, que habla de manera diáfana y certera sobre la poesía y también sobre el oficio del poeta.

En esta entrevista, la poeta boliviana Valeria Sandi habla de sus inicios, de cómo, siendo una niña, la afectó la muerte de su mejor amiga, que la condujo a buscar en la lectura y en la escritura respuestas y a formularse preguntas que siguen desafiando la existencia del ser humano.

Valeria Sandi Peña, Santa Cruz, Bolivia, 199. Escritora y abogada. Publicó los poemarios *Ambidiestros* (2014) en coautoría, *La luna lleva sal*, (2016, 2018), *Rincón de lluvia* (2018,2019,2022), *Raíz de Ceniza* (2020), Antología poética *Lluvia de Sal* (2022), *Sombra en la palabra* (2023). Ha participado en festivales y encuentros nacionales e internacionales. Forma parte de la editorial Literatelia para Bolivia y la revista Galería del Alma (México). Dirige el colectivo literario Trueque Poético, el Festival Internacional de Poesía Joven Jauría de Palabras y el Encuentro Latinoamericano de poesía Jauría de palabras. Ha recibido las distinciones de poeta joven con potencial para compartir otorgado por el Centro Cultural San Isidro 2018 y por su aporte y dedicación constante a la cultura del país por el Ministerio de Culturas y Turismo de Bolivia 2019.

¿Qué recuerda de la casa de su infancia? ¿Todavía vive su familia allí?

Mi niñez estará siempre esperándome/sobre el tibio refugio de un regazo/que huele a madre, a nido, a madrugada, /en la tierra del sol y los naranjos, dice un fragmento de un poema de nuestro escritor cruceño Enrique Kempff Mercado. Recuerdo ese olor de los árboles frutales de la quinta de mi abuelo Faustino, mis primeros pasos cuando contemplaba esa extensa vegetación donde mi mirada creció siendo verde.

¿Quiénes son sus padres? ¿Qué aprendió de cada uno?

Mi madre, es principalmente mamá, es un ser muy emocional. Ser protectora, es la manera que encuentra de decirnos con acciones lo que significamos en su vida. De ella aprendí la perseverancia y el esfuerzo, ella construye lo que sueña.

My padre es la libertad, es el acercamiento que tuve a la música trova, es quien me pedía apuntar letras de canciones para que él pueda sumarlas a su repertorio, tocando guitarra.

¿Qué quería estudiar cuando niña? ¿Soñaba con ser poeta o abogado?

Yo contaba cuentos de pequeña, esa niña sigue intacta y se alegra de que los niños sonrían cuando la escuchan. Ser escritora o abogada, siempre fue una manera de decir la verdad, lo sigo intentando.

¿Conserva alguno de los libros que leyó cuando era niña?

Sí, las fábulas de Esopo, fue el libro de mi infancia. Mi texto favorito del libro es el que le mandaron a la muerte a picar la leña.

En la época de la adolescencia ¿qué lo atormentaba más? ¿Leía o escribía para expresar sus dudas, sus inquietudes?

Mi niñez se vio marcada por la muerte de mi mejor amiga Marta, desde ahí, a los 7 años comencé a hacerme preguntas, mi adolescencia es una extensión de esa herida y una forma de comprender quienes seguimos vivos, la escritura juega un rol fundamental.

¿Hay otros poetas en su familia? ¿Artistas, músicos, o docentes?

Sí, tengo un tío docente se llama Williams Sandi, es a quien muchos acuden, siempre tiene algo para aconsejar o abrazar. De artista, está Kike Gorena, tío que me gusta decirle primo. Gracias a él me acerqué al teatro, Kike es director, dramaturgo y actor que siempre está creando.

¿Cómo y cuándo supo que la poesía era un camino a seguir?

Siento que la poesía es un camino para compartir, ella ha sido muy generosa conmigo, yo intento retribuir, acercándola a niños y jóvenes desde las diferentes instancias y proyectos que desarrollo.

¿Cómo fue el proceso de publicar su primer libro, fue difícil encontrar la editorial?

Mi primer libro fue auto gestionado, en mi ciudad no era fácil publicar, un novel no tiene puertas abiertas de buenas a primeras, en esa época conocí al escritor Quincho Terrazas y él también tenía su libro y tenía el interés de publicar, ambos unimos nuestros libros y le llamamos Ambidiestros, yo era la zurda.

¿Tiene un ritmo determinado para escribir? ¿Se sienta y escribe lo que tenía en mente o va anotando frases o metáforas que luego desarrolla?

Escribo todos los días, voy ordenando mis ideas, son diferentes momentos, no tengo un horario determinado, eso recién es el inicio de todo el proceso posterior. Leo y escucho poemas de los compañeros de mi taller, de manera organizada.

¿Escribe sobre algún tema predeterminado o trabaja en lo que siente día a día?

Son diferentes momentos, palabras, temáticas que son hilos conductores que luego van decantando en algo que trabajo a fondo.

¿Tiene algún autor preferido al cual recurre siempre o le gusta más bien leer autores distintos?

Siempre vuelvo al movimiento surrealista, también leo a los poetas de la nueva ola y autores latinoamericanos contemporáneos. Hay una

rica tradición poética en mi país. Mis preferidos son Matilde Casazola, Gabriel Chávez, Gustavo Cárdenas, Oscar Alfaro y Blanca Wiethüchter.

¿Las redes sociales la abruman? ¿Le quitan tiempo o la ayudan a difundir su trabajo poético?

Sí, hay exceso de contenidos que me ponen ansiosa, usualmente al inicio de cada año desactivo cuentas porque es donde más escribo, luego lo vuelvo a abrir, justamente para difundir las actividades de mi colectivo y algunos de mis proyectos.

¿Cree que los influencers han asumido el protagonismo en la sociedad, el papel que antes correspondía a intelectuales, artistas, poetas y escritores?

La tecnología trajo muchas cosas positivas a nuestras vidas pero esa facilidad de acceso a la información y entretenimiento hizo que se considere influencer a personas mediáticas y asignarles un lugar muy alto a varios seres que carecen de sentido y aporte. Creo que un artista o intelectual tiene mucho para compartir, en un mundo que pasa tan fugaz e instantáneo como las redes, la importancia es saber cómo, en nuestra actualidad.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer Santa Cruz?

Los 200 años de poesía de Santa Cruz, que está publicando el Fondo Municipal Editorial de la Red Municipal de Bibliotecas, de la Secretaría Municipal de Cultura y Turismo, por el bicentenario de nuestro país.

¿Le regala los libros de su autoría a sus amigos o los anima a comprarlos?

Mis amigos suelen comprarlo. En el caso de los poetas que conozco en encuentros y me interesa su propuesta, intercambiamos libros.

¿Por qué escribe?

Porque es mi manera de no temer a la hoja en blanco y decir con aroma, ritmo, sabor y textura esta cotidianidad, tan necesaria de ser nombrada, desde mi particularidad, abrazando temas universales de la colectividad.

Poemas

Contemplar la herida

Una navaja
corta el sueño
cuando el pájaro
golpea la ventana.

Las plumas caen
cuando el aire
no sostiene
el sonido.

La mirada
se deshoja
en el poema
en busca del nido.
Extendida navaja
en la piel del poeta
que sin pájaros
a cielo abierto
desploma

su
memoria
y en su sangre
cada palabra presente
que retornamos
a sus hojas
solo
para contemplar la herida.

I

Estas campanas
no saben de susurros
acostumbradas
a recibir los golpes
de la despedida.

II

Un sol herido
no entiende de promesas
extendidas a su orilla
En el dorado
repica su naufragio.

III

San Cristóbal de las Casas
Buenos Aires
Madrid, La Paz y Cusco
Ahora no importa
en qué calle
descanse mi herida
siempre me quema y alumbra
en partes iguales
la despedida.

Nuestra historia es de pájaros

*Tú luchas con la sombra
toda la noche, y toda la noche te visitan
huestes de astros, trepando al cielo, o al hundirse:
Compañero en la aurora del lucero del alba*
Samuel Taylor Coleridge

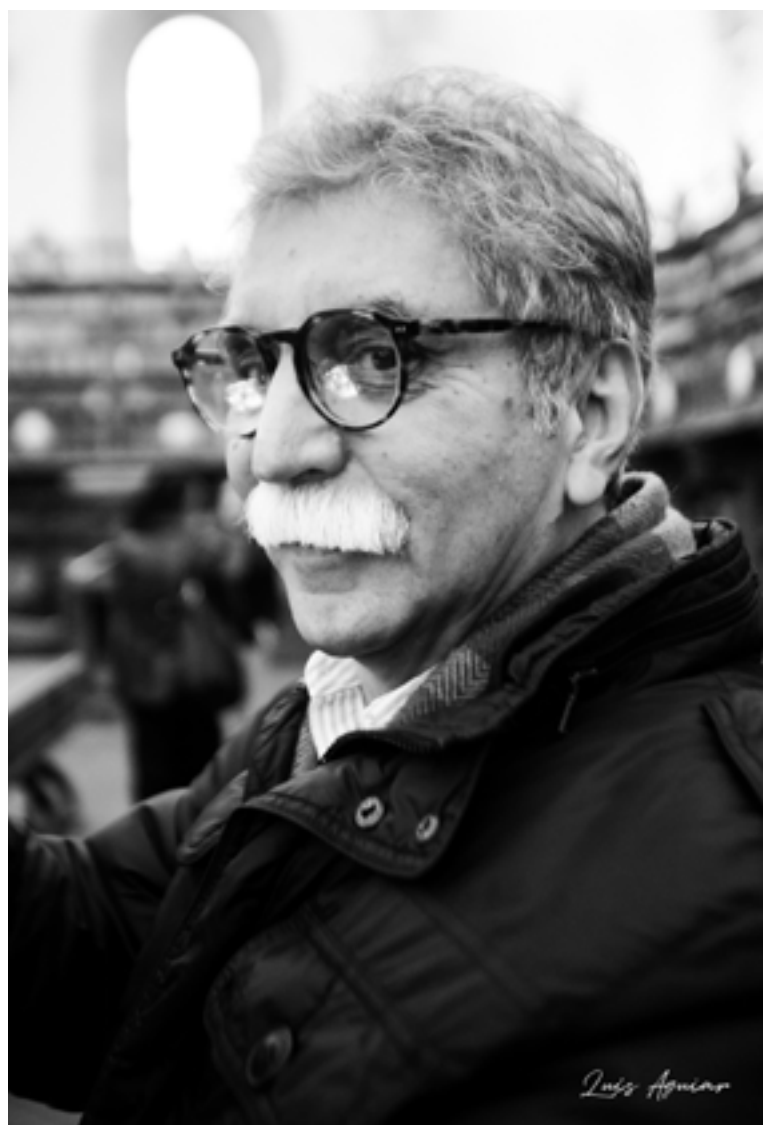
Estamos aquí
contando palabras
el tiempo es una piedra blanca
lanzada al río de nuestras venas.

Escucha el caudal
de nuestros sueños
mientras enciendo los minutos
sin diluir el cielo.

Mira la piedra
para que crezcan olas
con la pulsión del deseo

Abre la memoria
con su sol de herencia
se alumbrarán nuestros ojos
pájaros
destinados al fuego.

Homero Carvalho



Homero Carvalho

Escribo porque no sé vivir
de otra manera

Magia

*Los pueblos de Abya Yala
conocían el vuelo mágico,
que les permitía trasladarse
de una dimensión a otra.
Soy un guerrero movima,
de las llanuras amazónicas,
del país de los grandes ríos,
en los sueños aún trasmuto,
entro al mundo otro,
una noche soy un ave
y en otras animal,
la luna está en mis ojos.*

Homero Carvalho

Homero Carvalho, escritor, cuentista y poeta de Bolivia, que muestra en sus cuentos, novelas y poesía la esencia y la universalidad de los seres primigenios que habitan esa parte central de América Latina desde los Andes Centrales, pasando por parte del Chaco hasta la Amazonía y que conforman ese país sin salida al mar llamado Bolivia.

De niño tomó una caja de madera que tenía su madre y comenzó a guardar palabras, palabras que lo asombraban, palabras que no entendía, palabras que lo transportaban a otros universos, curiosas, extrañas, divertidas, palabras que podrían tener varios sentidos y, con un diccionario en manos, las anotaba, estudiaba significado para asir de esa manera el poder casi infinito que contiene cada una de ellas.

Al principio, esa fascinación por las palabras se inició en Carvalho porque se avergonzaba de su tartamudez y quería aprender de cada una de ellas y, además, pronunciarlas correctamente. Luego vendría la certeza de que las palabras, de acuerdo con la sensibilidad del poeta, del escritor, sufren una transformación oculta, y se redescubren nuevos significados en ese proceso de crear una obra literaria o un poema.

Para Mark Strand, el poeta canadiense Premio Pulitzer, Premio Wallace Stevens y Medalla de oro en Poesía, de la American Academy of Arts and Letters, también las palabras tienen ese peso sustancial. Strand sostiene “Lo que se conoce de un poema es su lenguaje, es decir, las palabras que usa. Solo que en un poema estas palabras parecen distintas. Resultan raras hasta las más familiares. En un poema cada palabra es importante, su intensidad es máxima, por lo que goza de un peso que rara vez adquiere en la ficción” ...Además agrega que “Aunque las palabras pueden representar cosas o acciones, cuando se combinan pueden representar algo más: lo no dicho, la unidad de antemano desconocida de la que el poema es ejemplo”.

Entre los comentarios y críticas sobre la obra de Carvalho se encuentran la del poeta Piero De Vicari, quien escribe: “la poesía de Homero Carvalho Oliva nos acerca a esa otredad que fluye en sus versos con la identidad de lo próximo. Su palabra es búsqueda, pero también inquisición, reflexión y testimonio, un hueso que roe la profundidad del ser para ligarse (y re-ligarse) a un paisaje que lo reconoce como parte, nunca aislado espectador. Desde esa perspectiva, su obra jalona alumbramientos y lo ubican, sin ninguna duda, entre los mejores poetas bolivianos de hoy”.

Para la escritora argentina Emilia Baigorria “la naturaleza es fundamental en su relación con el ser, es una simbiosis real y poética entre ambas. Revelan la épica del origen, de la comunión de vida, del entendimiento en la expresión de cada pueblo que, aún de distintos lugares, tenía un mismo techo común y significativo al momento del habla”.

Mientras que la investigadora boliviana Ana Rebeca Prada destaca “La sólida capacidad para abarcar diferentes realidades que le preocu-

pan y el intento logrado de manejar estructuras narrativas que maximizan el efecto, incluye a la cuentística de Carvalho en el espacio literario que se inscribe en las profundidades de nuestra realidad política y social. (...) La visión del cuentista ambiciona el total y busca agregar todo elemento a su preocupación esencial: la del derecho básico a la libertad, a la paz, a la vida”.

Homero Carvalho Oliva, Santa Ana del Yacuma, Bolivia, 1957. Escritor y poeta, ha obtenido premios de cuento, poesía, microcuento, novela y ensayo a nivel nacional e internacional. Su obra literaria ha sido publicada en otros países por prestigiosas editoriales y traducida a varios idiomas; poemas, cuentos y microficciones suyas están incluidos en más de cincuenta antologías internacionales, además de revistas y suplementos literarios por todo el mundo. Es autor de antologías de poesía, de cuentos y microcuentos publicadas en varios países, como la *Antología de poesía del siglo XX en Bolivia*, publicada por la prestigiosa editorial Visor de España y otra selección publicada por la Fundación Pablo Neruda, de Chile; así como también de selecciones personales de su poesía y de sus cuentos. Dirige las colecciones digitales de novela y microficción de la editorial española BGR y su obra es estudiada en universidades de Iberoamérica.

¿Qué es lo que más recuerda de su infancia?

A veces me pregunto: ¿Habremos imaginado nuestra infancia? Y prefiero dejarlo así, porque hay cosas que prefiero creer que las viví. Nuestra memoria puede convertirse en un niño travieso, que nos juega bromas pesadas y nos hace añorar aquello que todavía no hemos perdido. Entonces tengo nostalgia de lo que creí sería mi futuro. Lo que sí estoy seguro es que cuando era niño, en mi pueblo Santa Ana del Yacuma, en plena selva amazónica, y llovía a cántaros, la lluvia era fiesta que caía del cielo y todos salíamos a festejar, a mojarnos... También recuerdo que a esa edad los juguetes nos permitían ser dioses.

La poeta María Negroni afirma que “la poesía es la continuación de la infancia por otros medios” y yo le creo. Especialmente cuando las

calles de mi barrio vuelven a mi memoria y corro por ellas buscando al niño que jugaba en las aceras.

¿Puede visitar, en algún momento, la casa de su infancia? ¿Me refiero a si sigue en pie o están viviendo allí otras personas?

Lamentablemente, no pude hacerlo, por eso la imagen que tengo de ella es la que me contaba mi madre, Janola Oliva Mercado. Una choza, con techo de palmas, patio de tierra recién barrido, humedecido para que no se levante el polvo, y ese olor a tierra húmeda me reconforta. Mi madre aún me recuerda que en el patio enterró mi ombligo para que nunca olvide de dónde vengo. Ese recuerdo del recuerdo es mi ánima, la energía que me impulsa a seguir escribiendo porque para mí, mi pueblo y la región amazónica no son un lugar, son un estado del alma. Por eso la tinta con la que escribo es el agua de los míticos ríos de mi infancia.

¿Qué aprendió de su madre? ¿Su padre le daba consejos sobre cómo se debe vivir la vida?

Tuve un sueño: Estaba sentado sobre las faldas de mi madre, en el patio de nuestra casa en Santa Ana del Yacuma, bajo la sombra de unas palmeras y de unos árboles de sinini y tamarindo; acurrucado en su regazo, la miré a los ojos y le pedí que cuando yo fuera grande, me hiciera recuerdo de lo que quería ser de niño. Ella, rodeada de nubes tempraneras, arrancó la espina de un totaí, la mojó en un pequeño charco, tomó una hoja de un árbol, me las entregó sonriendo y me dijo: “Escribe, hijo mío, escribe”.

Mi padre fue la biblioteca; era un hombre culto e ilustrado, como el hombre de un cuento de Ray Bradbury, que estaba lleno de historias. Por sus consejos leí a los clásicos universales: Aristóteles, Sócrates y Platón en la filosofía, y Homero, Dante, Shakespeare y Cervantes en la literatura. Soy de la generación que creció leyendo al Boom latinoamericano que reinventó la literatura en lengua castellana, y recuerdo que, cada vez que lo visitaba en Trinidad (mi madre estaba separada de él), tenía los últimos libros de García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier,

Rulfo, Borges, Cortázar, Amado, Onetti y los de poetas como Neruda, Pizarnik, Vallejo y Huidobro. Además, por supuesto, de literatura nacional.

Si mi padre fue la escritura, los libros y los atlas, mi madre fue la naturaleza, el viento y las estrellas. Mi padre fue la sabiduría de las civilizaciones de Moxos, y mi madre es la sabiduría del agua de la tierra amazónica. De ambos aprendí a leer y a escribir, cómo se debe aprender más allá de la escuela si quieres ser algo en la vida.

¿Cuáles fueron sus lecturas iniciales? ¿Le siguen gustando?

Resulta que, de verdad, me llamo Homero. Nombre que fue una carga, tanto social como literaria. Homero es un nombre feo y de niño mis compañeros de juego en mi pueblo me lo hacían saber, burlándose de mí; recordemos que los niños son crueles. Además, nadie en el pueblo se llamaba así, no existía ninguna referencia familiar. Esa angustia me impulsó a preguntarle a mi padre por qué me había bautizado con ese nombre y él se excusó diciéndome que cuando aprendiera a leer y a escribir, me lo explicaría. Y así fue, un día me trajo una versión infantil de *La Iliada* y me aclaró que me llamaba Homero por el autor de esa obra; a partir de entonces me sentí orgulloso de mi nombre. Años más tarde, leí *La Odisea* y *La Iliada* en sus versiones para todo público, al igual que *El Quijote*, *Cien años de soledad*, *Hojas de hierba*... Creo que son los libros a los que siempre vuelvo.

¿Cómo fue su etapa de adolescente? ¿Escribía poemas de amor o se refugiaba en la lectura o en las tertulias con los amigos?

Sí, escribía poemas de amor. Cursis, por supuesto; como enseñaba mi maestro Pessoa, no serían de amor si no lo fueran. En el colegio, aceptaba encargos: mis versos viajaban en manos de amigos que querían conquistar a alguna muchacha. Leía de todo, incluso *Selecciones del Reader 's Digest*. Tenía amigos, salíamos, reíamos, jugábamos. La vida era ligera, como un papel recién escrito que se lleva el viento de Los Andes porque me crié en la ciudad de La Paz. De joven, me perdí en la política intentando encontrarme. Ingresé a una organización de

izquierda y me volví un militante aburrido que solo hablaba de marxismo, clases sociales, contradicciones históricas... Dejé de escribir poemas ridículos y aprendí a redactar panfletos ridículos. Por ahí, alguien recogió un poema mío, de esa época, y lo incluyó en una antología de poesía revolucionaria; por suerte está anónima.

¿Recuerda el primer poema que escribió o alguna línea?

La verdad es que me hubiera gustado recordar alguno de los que le escribí a una muchacha por encargo de un amigo que estudiaba en el colegio militar y no podía salir muy seguido a verla. Ella se dio cuenta de que era yo el autor de esos versos apasionados y fuimos desleales con el amigo que se sacrificaba para defender a la patria. Creo que nunca me lo perdono.

¿Se sabe de memoria algún texto suyo, un poema, algún párrafo o unas primeras líneas?

El poema "Nosotros":

Fuimos tantas veces nosotros
que me fui olvidando
que tú eras tú y yo era yo.
Hoy después de tantos años
extraño que tú no seas tú y yo no sea yo.

¿Cuál es el Premio que le sorprendió más cuando se lo otorgaron, que no lo esperaba?

Cuando estuve exiliado en México, año 1980, gané el Premio Latinoamericano de Cuento y eso me hizo ilusionar; al retornar a Bolivia en el año 1981, ya tenía muy claro que quería ser escritor. En Bolivia no quise continuar con mis estudios porque algo se había quebrado en mi interior para dar lugar al nacimiento de otro ser. México y el premio me cambiaron para siempre. En La Paz me dediqué a cierta desenfrenada bohemia literaria con grupos de escritores que creían que el alcohol y la droga eran medios para la iluminación. Durante muchos años estuve confundido con ellos, hasta que un par de décadas después decidí dejar atrás ese mundo de apariencias y, la verdad, me fue mejor;

me dediqué a escribir y la literatura me agasajó con premios, viajes, buenos amigos y anécdotas inolvidables.

¿Cómo fue el proceso de la escritura de su primer libro?

Dicen que Víctor Hugo escribía desnudo, Hemingway de pie, Edgar Allan Poe con su gato sobre el hombro, James Joyce acostado boca abajo. Sé que algunos necesitan de lugares especiales, cabañas en la montaña o frente al mar; yo, lo único que necesito es saber que ya tengo la historia en mi mente y la escribo así haya gente a mi alrededor o llegue el apocalipsis. Escribo porque no sé vivir sin hacerlo. Honorato de Balzac tomaba hasta cincuenta tazas de café y afirmaba que la literatura es un oficio de nalgas, que hay que sentarse y escribir; así es, y cuando la escritura nos posee, no hay excusa válida.

¿Siempre lleva consigo una pluma y una libreta para escribir en cualquier lugar o espera la calma de su escritorio para trabajar de manera consciente?

Escribo con pluma fuente, hábito aprendido de niño. Cuando empecé a escribir, en el siglo pasado, solamente necesitaba una hoja de papel, luego una máquina de escribir (aún guardo la que mi madre me obsequió en el año 1970); ahora escribo directamente en computadora; sin embargo, tomo apuntes en hojas sueltas, en mi teléfono, en servilletas, en páginas en blanco de los libros que leo (aunque sea una herejía, lo hago cuando no hay más alternativa).

¿Reescribe constantemente o no toca lo ya escrito?

Sí, me obsesiona corregir; es la etapa que más disfruto. Imprimo y reviso, porque en el papel afloran errores invisibles en pantalla. También uso corrector en línea. Incluso esta entrevista pasó por uno de esos programas gratuitos, aunque sé que la última palabra —y la última coma— siempre serán mías.

¿Le gustan los recitales, leer en público, oír a otros poetas?

Definitivamente, me agrada leer en voz alta, dejar que mi voz acaricie las palabras hasta que se vuelvan río y lleguen a otros océanos, a

otros oídos. Me gusta estar con poetas y otra gente peor, como quien comparte un pan sagrado. Y me gusta el público: sus miradas son semillas, sus silencios, tierra fértil donde espero que mis poemas germinen. En ese instante, ya no soy yo quien habla, sino la voz que viaja de boca en boca, hasta perderse en la noche, donde quizá otro poeta —o un lector secreto— recoja mi voz y la siembre de nuevo. He tenido suerte, que es otro de los nombres de Dios, de que me inviten a algunos de los mejores festivales del mundo, ferias internacionales del libro y/o encuentros temáticos.

¿Cuál es su método para abordar un poema? ¿Escribe una línea que la invade o espera que el universo de un poema adquiera fondo y forma para ir directamente a la computadora y escribir de un tirón?

Escribo narrativa y poesía. Cuando me preguntan la diferencia entre ambos géneros, respondo que en la narrativa los escritores somos dioses creativos: creamos los personajes, los espacios, los tiempos, las circunstancias y la historia; en cambio, cuando escribimos poesía, la poesía es Dios/Diosa y convierte al poeta en su personaje en el poema. No tengo un método definido. Algunos poemas los escribo de un tirón y tardo algunos días en corregir; otros me ocupan meses, como el poema “Dis-topía”, tres meses, y tuvo una gran acogida entre los lectores y críticos de literatura.

¿Puede describir cómo fue el proceso para publicar su primer libro? ¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo?

Para publicar mi primer libro, *Biografía de un otoño*, fui acumulando cuentos, publicando en suplementos literarios o revistas que nosotros mismos imprimíamos en policopiados. El premio de México (1980) fue definitivo para animarme a publicar el año 1983. En ese libro incluí cuentos que habían recibido premios en México y en Bolivia. Es un libro impreso en una vieja imprenta tipográfica donde los obreros gráficos componían las páginas letra por letra, encajando los tipos de plomo en cajitas de madera. El taller olía a tinta y a historia. Su dueño, don Waldo Álvarez, había sido el primer ministro de Trabajo

en el gobierno de David Toro, en 1936. Para mí era un privilegio estrechar su mano; bajo su gestión se instauró la jornada laboral de ocho horas y se impulsó la sindicalización obligatoria. Entre aquellos tipos metálicos, también se imprimía memoria; se decía que don Waldo había publicado manifiestos y panfletos contra las dictaduras. Fue difícil conseguir el dinero para la publicación, un par de años, pero la espera valió la pena. Ahora ese libro es una reliquia de museo.

¿En la actualidad sigue siendo difícil o su trayectoria le ha allanado el camino de las publicaciones?

La verdad verdadera es que ahora me llaman las editoriales para que publique con ellas. Me imagino que tiene que ver con mi trayectoria; más de cuarenta años publicando y con el hecho de que he ganado premios en todos los géneros: novela, cuento, poesía, microrrelato y ensayo. Modestia aparte, en el extranjero me han publicado más de veinte libros, entre novelas, cuentos y poemarios. Me enorgullece, por ejemplo, que la prestigiosa Editorial Visor, de España, me haya invitado a compilar la antología de la poesía boliviana que publicó el año 2015. Esa antología ha permitido que nuestra poesía esté en las vitrinas y ferias del libro de todo el planeta.

¿Cómo es ese momento cuando siente que termina un libro? ¿Se siente vacío o satisfecho?

Cuando siento que he terminado de escribir un libro, me inunda una mezcla de emociones. Por un lado, la satisfacción y alivio al haber completado un proceso creativo que me ha consumido. Es un logro que me libera de la ansiedad de enfrentar la página en blanco. Sin embargo, también me acompaña un profundo vacío, ya que me aterra la idea de que ese mundo, los personajes que he creado o los versos que he poetizado ya no estarán más en mi mente y que con ellos se acabó mi creatividad. La dualidad entre la alegría de haber concluido y la tristeza de despedirme de una historia, que ha sido tan parte de mí, es lo que hace que este momento sea tan intenso como el orgasmo.

¿Cree que la literatura, la poesía salvan?

La poesía nos ayuda a la meditación y a la reflexión acerca de la vida misma. Por eso la poesía no puede ser únicamente un objeto del intelecto, una cosa académica, sujeta a interpretaciones científicas. La poesía, por su carácter humano, está más cerca de la magia que de la ciencia, más cerca de los sentimientos que de la razón. Y el poema puede convertirse en un puente sensorial entre el autor y el lector, de tal manera que se confundan en ese vínculo casi sagrado en el que el lenguaje da cuenta del ser humano y el ser humano da cuenta del lenguaje.

Ese es el mensaje de un cuento de Jorge Luis Borges titulado *De la salvación por las obras*; lo voy a resumir: En un otoño mítico, las divinidades del Shinto se reunieron en Izumo, ocho en total, para deliberar sobre el destino de la humanidad. Tristes, pero impenetrables, recordaron la creación del mundo: mares, peces, arco iris, plantas, animales y el tiempo, dividido en días y noches. Observaron que el hombre, a diferencia de la abeja, había creado variaciones: herramientas útiles como el arado y la llave, pero también la espada y la guerra. Ahora, había inventado un arma invisible capaz de destruir la historia. Una divinidad propuso borrarlo antes de que cometiera ese acto insensato. Hubo silencio. Otra, con calma, admitió que el hombre había concebido horrores, pero también belleza, como la que cabe en un poema de diecisiete sílabas. Pronunció un haiku en un idioma incomprensible para el narrador. La divinidad mayor, con autoridad, decidió que la humanidad debía perdurar. Así, un simple haiku salvó a la especie humana de su aniquilación. Borges sugiere que la belleza y la poesía pueden redimirnos incluso frente a nuestros peores excesos, recordándonos que, en el equilibrio entre destrucción y creación, el arte puede inclinar la balanza hacia la salvación. Concluye: “La divinidad mayor sentenció: Que los hombres perduren. Así, por obra de un haiku, la especie humana se salvó”.

Para ser sincero, a mí la literatura y el amor de mi familia me salvaron del suicidio.

¿En esta época qué le da miedo?

La soledad. En esta era de pantallas encendidas y rostros pixelados, descubro que la soledad ha cambiado de máscara. Antes era un cuarto vacío; hoy es un chat sin respuesta, una llamada que nunca llega. Me asusta esta soledad acompañada, disfrazada de conexión, porque en ella no hay abrazos ni miradas que sostengan. Los íconos verdes y los “me gusta” son espejismos: prometen cercanía, pero dejan un vacío. Temo que un día, entre notificaciones y algoritmos, olvide cómo suena la voz humana al pronunciar mi nombre sin que lo filtre un micrófono.

¿Cree que computadoras, teléfonos móviles, correos electrónicos, la web o Internet han cambiado la manera de leer libros, de interactuar con otras personas?

Sin duda han transformado profundamente nuestra forma de leer y relacionarnos. Antes, un libro exigía tiempo, quietud y concentración; ahora convivimos con la lectura fragmentada, interrumpida por notificaciones y enlaces que nos arrastran a otros mundos antes de terminar una página. La interacción humana, antes cara a cara, se ha vuelto inmediata, pero mediada por pantallas, con gestos y emociones reducidos a emojis. Aunque la tecnología facilita el acceso a información y conecta distancias, también fomenta la dispersión y la prisa. Leer y conversar se han vuelto actos menos contemplativos y más veloces, donde la profundidad compite con la inmediatez.

¿Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: email, recordatorios, etc.?

Por supuesto que sí. Son herramientas indispensables en mi vida cotidiana.

¿Cuál poeta o narrador cree que ha definido de una manera más rotunda a Bolivia?

Creo que el poeta Óscar Cerruto a Bolivia, luego tenemos a poetas y escritores que definen regiones o ciudades como Jaime Saenz a La Paz, Raúl Otero Reiche a Santa Cruz de la Sierra, Roberto Echazú a

Tarija, Gaby Vallejo a Cochabamba, Alberto Guerra a Oruro, Antonio Carvalho Urey al Beni, Jaime Mendoza a Potosí y Matilde Casazola a Chuquisaca.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Beni?

Los libros de mi padre, Antonio Carvalho Urey, que dedicó toda su vida y su escritura a ese territorio.

¿Qué libro suyo le recomendaría a un crítico literario?

Un libro titulado *Los Reinos Dorados*, que rescata las civilizaciones de Moxos, que me permitió ser invitado a muchos festivales internacionales de poesía, y un poema, “Los abuelos”, que está en mi libro *Bautizar la ausencia* y que ha sido leído por muchos poetas de otros países en videos que circulan en las redes sociales. *Los Reinos Dorados* ha sido estudiado en tesis de maestría y doctorados. Las doctoras Gisela Reis y Cristina Ramalho escribieron un ensayo comparándolo con el libro *Poema de Chile*, de Gabriela Mistral. Para cualquier escritor, que lo comparen con un premio Nobel es una gran satisfacción.

¿Por qué escribe?

Escribo porque no sé vivir de otra manera. Las palabras son mi manera de respirar, de dialogar con los vivos y con los muertos, de salvarme de la fugacidad del tiempo. Escribo para recordar lo que la memoria quiere borrar y desvelar lo que la realidad niega. Es un acto de fe en que el lenguaje todavía puede revelar misterios y abrir caminos. Escribo porque el silencio me asfixia y porque en las historias que escribo también me invento a mí mismo. Al final, escribo para dejar constancia de que estuve aquí, soñando a mi país, a mi gente, a mi familia, a mis hijos, en fin... a los que amo y también a los que detesto porque son los mejores para representar a personajes.

Poemas

Pájaros y versos

El poeta Nuno Judice
afirma que cuando quiso
escribir sobre un pájaro,
este huyó del verso.
Lo intenté de otra manera:
sembré semillas en los versos
y los pájaros vinieron al poema.

La creación

Dios dijo apáguese la luz
tu ropa cayó al piso
y el mundo se iluminó.

Palabra sagrada

Una palabra para devolvernos lo sagrado: Ave/Eva

Leyenda

En mi pueblo
los peces viven
en los ojos de los pájaros;

cuando tienen hambre
van a la laguna y lagrimean,
cada lágrima contiene un pez;
luego juegan a pescarlos.

Página con mujeres

Las mujeres de la mañana,
recorren el mercado del pueblo
como aves en un jardín;
van de las frutas a las flores,
de las verduras a la carne
y sus manos son alas
batiendo donde posarse.
Las mujeres de la mañana
hacen del mercado
un Paraíso.

Vino bautismal

La Biblia no se equivoca,
solamente los poetas
se atreven a transformar
el agua en vino,
para bautizar las palabras.

Río nostálgico

Inolvidable río de mi pueblo,
repentino nace en las pupilas,
gota florecida en los recuerdos,
manantial de imágenes peregrinas,
fluye desde la inocencia redimida.

Así es el río que moja mis pies,
humedeciendo mi piel,
como si las mansas aguas,
de la crepuscular inundación,
nuevamente se sumergieran en mí.

Wuliwya

En el país de la memoria
donde las alpacas
y las vicuñas aún corretean
en el que todavía soy niño
recuerdo que
en un pequeño librero
perdido en la biblioteca
de la solitaria escuelita
del ayllu de Q'ara Qhatu
había un gran Atlas
de mapas un libro
decía el profesor
y una vez al año
para las fiestas de la patria
orgulloso nos mostraba

que entre sus ilustradas hojas
estaba nuestro país Bolivia
nosotros los aymaras
siempre dijimos
Wuliwya
yo tardé más de medio siglo
en pronunciar bien
el nombre de la patria
(nunca soñé con ella
porque nunca supe lo que era
y hasta ahora sigo esperando
que alguien me lo cuente)
en ese antiguo Atlas
y en el centro de Sudamérica
recortado por sus límites
con otros cinco países
está nuestro país
en su interior se dibujan
la cordillera de Los Andes
y sus altas montañas viejos achachilas
el altiplano y el gran lago compartido
la inmensa llanura verde esmeralda
las manchas de los bosques húmedos
y como pequeñas serpientes
sobre el brillante papel
se trazan los fabulosos ríos amazónicos
lejos de sus fronteras está el mar
siempre pintado de color azul
de la esperanza su color diciendo
y más lejos aún estamos nosotros
de los ayllus sus habitantes
tan lejos que no nos vemos en ningún mapa.

Microcuentos

Crear un hogar

No es tan sencillo crear un hogar. Cada uno debe traer sus libros junto con sus sombras cotidianas. Las fotos de la familia y los sueños de la tribu. La lista de amistades y las canciones postergadas. Las vergüenzas íntimas y los ángeles redentores. Los fracasos vienen solos y las escasas virtudes aparecerán cuando se las necesite; imprescindibles son los defectos, porque sin ellos no podremos amarnos como se debe.

Atrapando historias

Les hicimos creer a los de afuera que el quipu era únicamente número y ellos olvidaron que los números también cuentan. Así diciendo, empezó a explicar: El quipu parece impenetrable, rudo, sin embargo, son generosos cuando se entregan a su poseedor. Es un tejido de palabras e imágenes. Los hilos tejen cerros, nubes, ríos, aves, animales; así como sentimientos y emociones. Mezcla de números y colores. ¿Por qué números? Porque en el Universo somos algo, una partícula, un elemento, un número. ¿Por qué colores? Porque somos matices de una misma realidad, somos únicos y diversos al mismo tiempo. Los nudos de los quipus ordenan la realidad otra, la que nadie quiere ver y acercan el mundo de ustedes a nuestra realidad. Existen jaqi quipus que hablan de la gente, así como nudos machos o urqu chinu y nudos hembras o qachu chinu, expresó el sabio y hábilmente enlazó palabras, entre el cordel matriz, diciendo: los quipus son como telarañas que atrapan las historias de la gente, y yo pensé que el quipu es signo y símbolo, es signifiicante y significado, es palabra e imagen. Pensé en una mujer embarazada.

Poética

La literatura es la perfecta metáfora estelar del tiempo, porque encierra el pasado, el presente y el futuro. Es infinita, como si cada libro fuera tan solo la palabra de un libro perpetuo que se escribe sin cesar. Está en eterno movimiento, nominando los mundos interiores, la vida cotidiana y la búsqueda espiritual, y se transforma en acción si el libro es leído y comprendido; entonces se convierte en una onda imperceptible que intenta interpretar el caos. Cuando el orden definitivo suceda al caos, la literatura ya no será necesaria y nosotros, los seres humanos, no tendremos sentido y los mundos, los soles y las galaxias desaparecerán, no existirá nada y la nada es la negación de la palabra. Ese será el momento, cuando la Divinidad volverá a despertar y conjugará nuevamente los verbos, para que todo vuelva a existir.

Tornaviaje

¿Quién es?

No es nadie, solo soy yo

Tal vez me queden muchas preguntas por hacerle a los caminos; pero ya me han respondido las necesarias y ya sé que somos lo que caminamos, así que, cuando aparezca un nuevo camino sabré que estoy frente a un espejo y cargaré con tinta azul marina mi antigua pluma fuente, para contar de los seres de palabras que encuentre en la travesía; yendo y viniendo de la memoria a la escritura seguiré contando historias. He caminado hasta mi alma y ahora sé que mi alma puede soñar con mi cuerpo, y aunque mi cuerpo quede sedentario, mi alma seguirá siendo nómada. He reconocido que la voz interior que me acompaña desde mi niñez, cuando la creía un amigo imaginario, lo hará para siempre y ella me ha enseñado a verbalizar el sustantivo esencia para “esencializar” la palabra. Me he apropiado de mi espacio, he encontrado mis raíces y una renovada melodía oral me despierta por las mañanas, ahora sé que pertenezco a los que me aman. Las palabras fueron el viaje y la poesía el retorno.

Moisés Mayán



Moisés Mayán

Escribo porque me aterra la
idea de pasar por la vida sin
dejar constancia

Indicación al lector

*Cuando no esté mi voz
para defender los dominios del poema,
cuando el tiempo desmenuce mis huesos
y estos versos sean únicamente
figuras de tinta,
páginas amarillentas en los altos anaqueles
de una biblioteca de provincia,
entonces la nueva estación se anunciará
a través de tus sentidos,
y esa orilla que llaman memoria,
volverá a hacerse visible,
como el dorado filo de los atardeceres
en el cielo intemporal.*

Moisés Mayán

De su padre heredó, además del sentido de la dignidad, la pasión por el deporte, por eso el poeta Moisés Mayán se despierta apenas iniciado el día y sale a correr trazando una meta diaria no solo para estar en forma sino para confirmar que en cada amanecer está implícito el continuar la vida. Comenzó a escribir poesía viendo a su tío, médico, atendiendo a enfermos en Haití. Esa experiencia conmovió su ser en lo más íntimo y entendió que la poesía era la manera más honesta y sincera de transmitir todo lo vivido para que perdurara en el tiempo.

Octavio Paz, siempre tan certero señaló en su libro *El arco y la lira*: “La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas. La ciencia verifica una creencia común a todos los poetas de todos los tiempos: el lenguaje es poesía en estado natural. Cada palabra o grupo de palabras es una metáfora. Y asimismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible de cambiarse en otra cosa y de transmutar aquello que toca: la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje. Por la palabra, el hombre es una metáfora sí mismo”.

Moisés Mayán Fernández. (Holguín, Cuba, 1983). Grado en Historia. Maestro en Historia y Cultura. Actualmente cursa un Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Salamanca. Poeta, narrador y editor. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso (2003). Entre los premios de poesía obtenidos se encuentran, Premio Ciudad del Che (2007 y 2013), Premio Gastón Baquero (2010), Premio X Juegos Florales, Matanzas, (2011), Premio De la Ciudad de Holguín (2012), Premio Mangle Rojo, (2017), Premio Calendario (2018), Premio Regino Boti (2008 y 2018), Premio Manuel Navarro Luna (2018), Premio José Jacinto Milanés (2018), Premio La Gaceta de Cuba (2019), Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara (2019), Premio Fundación de la Ciudad de Nueva Gerona (2019), Premio Rolando Escardó (2020), Premio Hermanos Loynaz (2020), Premio Paco Mir (2021) y Gran Premio Silvestre de Balboa (2022). Tiene publicados los libros de poesía *Fábula del cazador tardío* (2007), *El monte de los transfigurados* (2009), *Cuando septiembre acabe* (2010), *El cielo intemporal* (2013), *Raíz de yerba mate* (2015), *Estética de la derrota* (2017), *El factor discriminante* (2019), *Mentalidad de enjambre* (2019), *Carga al machete* (2019, Premio de la Crítica, 2020), *Caballo de Frisia*

(2021) y *El último lector de Marx* (2021). Muestras de su obra aparecen en numerosas antologías en Cuba y en el extranjero. Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac).

¿Cuál es el recuerdo más remoto que guarda de su infancia?

Tuve una infancia feliz. La infancia es un espacio sagrado, terra sancta, y absolutamente nadie debería profanar esos dominios. Los monstruos que ha conocido la humanidad fueron en esencia niños a los que les mancharon la infancia. La calle donde nací en Holguín tiene apenas dos cuadras, un centenar de metros que jamás han sido asfaltados. La manzana de casas era el mundo, y el niño que fui, nacido en los ochenta del siglo pasado, necesitaba muy poco para ser feliz. Necesitaba muy poco, quizás porque lo tenía todo. El abrazo de mis padres en una generación de hijos de divorciados. Un perro blanco con una mancha negra en el ojo. Dos frascos vacíos de medicina que hacían las veces de yunta de bueyes. La escoba de mi abuela que se transformaba por obra de la imaginación en un magnífico caballo de carreras. Un cerdo que engordaba en el corral para el día de la matanza. Los primos... ¿A qué más puede aspirar un niño? Recuerdo el azul de los barrotos de mi cuna. La ocasión en la que frente a la familia leí la carta que una supuesta novia de mi abuelo le enviaba desde el clandestinaje. Tenía tres años entonces y la epístola era un folio en blanco.

¿Qué aprendió de su padre? ¿Sigue algún consejo de su madre?

Llevo el nombre de mi padre, quien a su vez reproduce el de mi abuelo, que es también el nombre de mi hijo. Mi familia ha estado marcada por la letra "M" como inicial. Somos cuatro Moisés Mayán. Una costumbre patriarcal que ciertos grupos humanos se han encargado de preservar tanto en esta orilla del Atlántico, como en las irregulares costas de nuestras islas del trópico. Mi abuelo era hijo de un zapatero de Porto do Son en La Coruña, alguien que como otros buscadores de fortuna terminó emigrando a Cuba en el siglo XIX. Con mi padre aprendí cuestiones esenciales, algunas columnas teóricas del templo de mi vida (el sentido de la dignidad, la importancia de la supe-

ración, los rudimentos de la existencia honrada, cierta inclinación por la aventura), y otras más prácticas (nadar, pescar, pedalear kilómetros y kilómetros, correr, realizar deporte). Mi madre es mi manual obligatorio de consulta. Una forma de conectarme con la patria distante y con conocimientos ancestrales que sintetizan fundamentalmente las mujeres. Todos los días me sorprende preguntándole algo a mi madre. Cómo preparar lentejas, tratar un dolor o intentar descifrar los insondables propósitos de Dios para mi vida.

¿Recuerda cuál fue el primer libro que leyó?

En un tiempo cuando todas las madres cantaban a sus hijos antes de dormir, mi madre eligió leerme historias. Herminio Almendros, un pedagogo y escritor de Albacete que emigró a Cuba perseguido por el franquismo, publicó en 1974 (el año de su muerte) uno de los volúmenes que marcaría a mi generación: *Oros Viejos*. Básicamente se trataba de una colección de leyendas de diversos pueblos y culturas que Almendros, gracias sus increíbles habilidades de compilador, legó a la cultura cubana. Esas serán siempre mis primeras lecturas.

¿En su adolescencia la escritura o la lectura eran un refugio, su lugar seguro?

En Cuba circula un dicho popular que reza lo siguiente: “Vale más la más pálida tinta que el pensamiento más brillante”. En mi adolescencia tomé muchas notas. Comentarios marginales en los cuadernos escolares. Eso lo aprendí de mi padre, quien va dejando fe de vida cada año en las líneas de sus agendas. Esas notas retienen la memoria, la salvan del olvido. Funcionan a modo de bitácoras en tierra seca. Quizás porque una isla puede en cualquier momento iniciar su navegación, como cuenta Saramago en *La balsa de piedra*. No creo que haya escrito en mi adolescencia con hábito y persistencia. Fui solo un apuntador. Esas notas, sin embargo, serían las piedras fundacionales de mi escritura posterior. Con los libros, sucedió algo similar. Ejercí mi derecho al picoteo. Unas páginas aquí y otras allá. Mi lugar seguro en esa etapa fueron Dios y la Biblia. Dos colosales descubrimientos a mis doce años.

¿Tiene un libro o un autor que lee y relee siempre?

Después de mis cuarenta años e inmerso en el proceso de redactar una tesis doctoral, me he vuelto un lector muy heterodoxo. Sin embargo, cuando mi fe en la literatura se resiente, algo bastante común por estos tiempos, vuelvo a dos autores: Jorge Luis Borges y José Saramago.

¿Cómo fue ese proceso que lo llevo a escribir poesía? ¿Qué lo motivó?

Yo juré que jamás escribiría un verso. Mis ejercicios inaugurales eran más afines a la narrativa que a la poesía. No obstante, me transformé en un consistente lector de poesía. Ningún lector es tan vapuleado como el lector de poesía. Es como asistir a clases de boxeo. Por ese entonces, uno de mis tíos influyó poderosamente en mi vocación intelectual. Mientras él ejercía como médico en algunas comunidades de Haití, asumiendo cirugías en improvisados hospitales, consultando a decenas de pacientes cada día, yo experimenté la necesidad de pergeñar algunos versos. Era mi forma de dejar testimonio escrito de la epopeya que libraba mi tío en una isla vecina.

¿Se despierta en mitad de la noche para terminar un poema?

Jamás. A mi modo de ver sería un acto herético. José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba, solía decir: “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche. ¿O son una las dos?” La noche nos iguala, nos anula, nos mejora. Espero ansiosamente la noche. El poeta sueco Thomas Tranströmer afirmaba en una entrevista: “Me voy a la cama como si fuese a una fiesta. El despertar es casi siempre una desilusión”.

¿Le gustan los recitales, leer en público, oír a otros poetas?

La gran mayoría de los poetas no somos eremitas, ni monjes anacoretas. La poesía necesita socializarse. Por más que escribir sea un acto íntimo, creo que todos escribimos pensando en un hipotético lector, que en nuestro caso, coincide con el lector ideal. Disfruto mucho más escuchando a otros que leyendo mi propia poesía en público. En esos instantes soy siempre presa de la inseguridad.

¿Cuál es su método para abordar un poema? ¿Escribe una línea que lo invade o espera que el universo de un poema adquiera fondo y forma para ir directamente a la computadora y escribir de un tirón?

Desde hace una década escribo libros de poesía. Cuando hay una familia que depende de ti para comer, no puedes permitirte distracciones. Mi oficio en Cuba era la poesía. Así que me levantaba cada mañana como un carpintero o un fabricante de chorizos. Esto puede resultar altisonante para algunos, lo admito y pido disculpas. Me recogía las mangas de la camisa y literalmente sudaba sobre el teclado del ordenador. Un nuevo libro resolvía pequeños dramas familiares. Un par de zapatos nuevos para mis hijas o una pierna de cordero para fin de año. Cumplía con rigor mi jornada laboral frente al poema y mi familia supo agradecerlo.

¿Puede describir como fue el proceso para publicar su primer libro? ¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo?

Mi primer libro fue un hecho fortuito. Transcurrieron unos siete años desde que asistí por primera a un taller literario hasta la publicación de *Fábula del cazador tardío* (2007). Yo creía que iba a morir sin publicar nunca un libro. Así que me iba hasta la librería de la ciudad a oler las páginas de los volúmenes recién impresos. Raras flores de papel. Cierta día el poeta cubano Ghabriel Pérez me pidió un grupo de poemas para publicar en La Luz, una casa editora surgida durante esa crisis que en Cuba se ha dado en llamar eufemísticamente “Período Especial”. Reuní los textos escritos para mi tío y Ghabriel hizo el resto.

¿Cómo es ese momento cuando siente termina un poemario? ¿Se siente vacío o satisfecho?

Experimento esa sensación de trabajo realizado, de misión cumplida. De inmediato comienzo a pensar en el próximo. Por eso mis libros se parecen entre sí como mis hijos. Aunque no creo en la romántica comparación de que los libros son como hijos. Los libros, libros son.

¿Cuál es el Premio de Poesía, que le han otorgado y, que más le ha sorprendido?

Uno de los premios más difíciles de ganar en la isla es el que otorga la revista *La Gaceta de Cuba*. No solo porque distingue a un cuaderno breve de unos diez textos, sino además porque el galardón viene acompañado de la participación del premiado en el Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia) con todos los gastos cubiertos. Hay poetas que se preparan como deportistas para ganar ese premio, que en el gremio local se ha convertido en una suerte de mitin atlético. Cuando lo obtuve en 2019, recuerdo que no salía del asombro. Ese año la poesía se transformó dos veces en motor de Boeing. Una para volar a Medellín y la otra para materializar mi primer viaje a España.

¿En esta época qué le da miedo?

Es esta una época de miedos. De alguna manera todos estamos sometidos a niveles de incertidumbre. Aunque trato de vivir ceñido a las horas de luz de cada jornada, el futuro es sobrecogedor. Temo al hoy como temo al día de mañana.

¿Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: ¿email, recordatorios etc.?

La inteligencia artificial me ahorra horas de búsqueda. Así que suelo emplear alguna versión gratuita para ponerme en contexto sobre determinada materia de estudio. Por ejemplo, suelo preguntarle: ¿cuáles son los autores más influyentes en la Teoría del conflicto? A partir de sus sugerencias comienzo entonces mis sondeos bibliográficos. Quizás por desconocimiento del verdadero potencial de las inteligencias artificiales, no las empleo en nada más.

¿Cree que computadoras, teléfonos móviles, correos electrónicos, la web o Internet han cambiado la manera de leer libros, de interactuar con otras personas?

Mi madre me ha escrito desde Cuba para compartirme un curioso descubrimiento. Mientras localizaba algunos de mis datos en inter-

net, la inteligencia artificial le preguntó si deseaba que le escribiera un poema con mi estilo. Luego de aceptar semejante proposición decidí compartirme el poema. Yo, lejos de comenzar a tallrear el texto para exponer sus fisuras, y demostrar que el Moisés Mayán de carne y hueso es irremplazable y que mis sentimientos nunca podrían traducirse en algoritmos, me sumí en una suerte de pesado silencio. Poco a poco fui sintiéndome como un dinosaurio ante la extinción inminente. Una pregunta iba cobrando forma en mi cerebro: ¿Las inteligencias artificiales terminarán venciendo al ser humano? ¿Empujándolo a un segundo plano en la construcción del futuro? Ya sé que los poetas siempre vamos a pecar de idealistas y románticos, pero esa conducta entraña de algún modo cierta alienación de la realidad. Mientras tanto hay poetas que se han transformado en editores de sus “propios” poemas escritos por la inteligencia artificial. ¿Los jurados terminarán incluyendo en sus deliberaciones sistemas antiplagio para eliminar libros generados con inteligencia artificial? En estos casos ponernos románticos y apelar a los sentimientos no resuelve el problema. ¿Estamos o no frente a la extinción?

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Holguín?

Holguín es una meca de las editoriales, pues en un espacio relativamente reducido coinciden cinco casas publicadoras: Ediciones Holguín, La Luz, La Mezquita, Cuadernos Papiro y Conciencia Ediciones. Todos estos sellos contribuyen al conocimiento de localidad desde distintos ámbitos. Recomiendo el libro *La ciudad de los parques* (2016) de la historiadora Ángela Peña, aunque también podría sugerir *Pasajes holguíneros* (2011) de la propia Ángela Peña y de María Julia Guerra, o *Destino ciudad parque. Ruta turtística patrimonial* (2014) de Oscar Bellido. De cualquier modo, si lo que se quiere es conocer a Holguín y al holguínero, aprehender de primera mano cómo vivimos y somos, pues entonces hay que viajar hasta ese valle de las delicias, subir la Loma de la cruz, beber el agua de la zona.

¿Qué libro suyo le recomendaría a un crítico literario?

Estética de la derrota (2017).

¿Qué libro suyo le recomendaría a un lector de poesía?

Mentalidad de enjambre (2019).

¿Por qué escribe?

Escribo porque me aterra la idea de pasar por la vida sin dejar constancia. El poeta cubano Antón Arrufat afirmaba: “Como el hombre medieval amaba lo celeste, alzaba en su homenaje catedrales como encajes anónimos, amemos lo terrenal, ya que no tenemos piedras, pongamos palabras, palabras emocionadas”. Por eso escribo, para dar testimonio.

Poemas

Ejercicios de difícil caligrafía

Me ocasiona pavor la palabra poeta
precediendo mi nombre,
me ocasiona pavor la palabra poema
definiendo mis torpes ejercicios de escritura,
Pavor, cuando gotea sobre la mesa donde escribo
la palabra poesía, sangre de pez cazado
en fosas oceánicas. Espacios donde la luz no enciende
el escamoso deslizar del cuerpo entre las rocas.
Tiemblo,
porque no ha sido el verso el césped manso
donde mis niñas persiguen escarabajos rojinegros
como banderas.
Todo lo contrario,
herbazal herido por el zigzag de la culebra,
altas hojas que asfixian las flores silvestres. Hojas espadas.

Manos que estrangulan la belleza en los amplios portales
de una casa de familia. Sombra que puede preservarse
en las alacenas del dolor.

No consigo terminar un poema

sin la sensación de culpa/blasfemia/vejamen.

En el agua inmóvil de las tinajas lavo obsesivamente mis manos,
las contemplo con el temor de hallarlas ensangrentadas.

Siempre (me) prometo que ese verso

(sujeto con su brazo de tinta

al filo de la página) será el último,

y siempre vuelvo, oh adicto,

a trazar la engañosa curva de una letra-germen.

Como la muchacha

violentamente despojada de su virginidad,

así me siento con la página escrita ante los ojos.

Sería menos doloroso levantar una pared,

clavetear las suelas de unos zapatos colegiales,

entrar a la cavidad enferma de un pecho,

amasar el pan. En cambio,

yo desciendo (tengo que descender) a las canteras del poema,

mis pies se hunden en la cal viva

y solo encuentro estas líneas, descoloridos metales

que nadie lucirá en torno de su cuello.

Me ocasiona pavor la palabra poeta:

como un aguijonazo altera la rectitud de mi espalda.

Me ocasiona pavor la palabra poema:

saca a flote los seres que he ahogado

tratando de volverme un hombre bueno,

animales de la noche, peces de las fosas oceánicas,

ciegos y hermosos
como los amantes que se reconocen en la penumbra.

«Yo no soy el poeta»,
digo mientras las graderías,
«yo no soy el poeta»,
pero nadie me cree. A nadie engaño:
las palabras de tinta se han convertido
en poderosos testigos contra mí.

Imperio sujeto a la circularidad del ojo

¿Por qué los hombres ya no se miran a los ojos?

Fijas las pupilas,
como las pezuñas del bisonte afincadas en el barro
anuncias su dominio al bisonte enemigo.
Imperio sujeto a la circularidad del ojo.
Dispuesto al contraataque.

El hombre se enfrenta a sí mismo cuando sostiene una mirada.
¿Prueba de fuerza? ¿De sometimiento?

Demorados en el paisaje externo, en sus adornos,
algunos olvidan que los ojos son el único sitio
donde se puede ver limpiamente. Asomarse al brocal
de un pozo muy profundo. Soltar la piedra
que imprime su forma en nuestro puño.

Eso es mirar a los ojos: una piedra que cae en el pozo del alma.

Donde el pez peleador enfrenta la incertidumbre de su propio reflejo

*Acariciable pez que desconoce la sangre semejante
la vena cristalina que le anuncia
que no hay enemigos ni guerra ni perdedor alguno.*
Teresa Melo

Lo que realmente devasta es la incertidumbre,
pez virtual que nos asedia desde el otro lado.

No sabemos sobre qué patio descenderá la bruma
después de inundar las cámaras de poder, esos espacios
donde la mentira (a fuerza de repetición)
se convierte en la más exacta de las verdades,
y una mano inmaterial presiona las bocas antes del grito,
y el silencio se alza entre los frascos de los peces,
como un velo que les impide avizorar el artificio.

Lo que realmente devasta es la incertidumbre.
No poder trazar en el mapa de la vida un meridiano cierto.
Un punto cardinal de imantada fijeza. Un asidero.
Ya no persiste la luz señalando el estanque del pez peleador.
Pez, por el que apostábamos el oro -todo el oro-,
mientras su destreza transformaba en colores de muerte
las aguas enemigas, y el rival, desechas las aletas,
subía hacia la superficie por un sorbo de oxígeno.

Nosotros nos vamos pareciendo a ese pez vencido,
que deja su vanidad en el fondo
para entonar el cántico de los sobrevivientes.
Si tan solo supiéramos con certeza
qué rostro nos aguarda tras la puerta, al final del túnel,
cuando el único poder legítimo es ejercido por el cuerpo

en defensa de su amor, y la incertidumbre
pierde la imprecisa tonalidad que la define
para exhibir la limpieza de lo apacible. Pero no.
Debemos sentirnos inseguros. Con miedo al día de mañana.
Sujetos a los endeble hilos del presente.
Temerosos de nuestra imagen.

Ese sentimiento nos paraliza como el veneno de un áspid,
impide fluir hacia los estuarios de reposo.
Si tan solo volviéramos a apreciar la belleza del pez peleador,
su silueta dibujada en el cristal en el momento del ataque,
pero no poseemos la sensibilidad para admirar
los brillantes ojos del rebelde.
Nos sentimos cómodos ignorando las verdades
que resbalan por el vidrio de la pecera.

Lo que realmente devasta es la incertidumbre,
pero hay quienes prefieren no saber,
felices con la bruma que desciende sobre sus patios,
con esas mentiras, que a fuerza de repetición
se convierten en las más exactas de las verdades.

Hay quienes no comprenden la insistencia del pez peleador.

El invierno es más que una bufanda en el cuello del amigo

Viendo las fotos del amigo
uno se pregunta por los veloces trineos
en las demoradas noches de diciembre.

Fotos de invierno.
Guantes que recuerdan el pelaje de las liebres.

Manos que se han hundido en la nieve,
únicas capaces de bajar a los duros territorios del ser.

Una bufanda como esas que anudan a sus cuellos
fanáticos de clubes europeos: FC Barcelona,

AC Milan,

Olimpyque Lyon,

pero es cierto que también pudiera leerse I love winter.

Uno desea ver la nieve en el alféizar de la ventana
donde espera la marca de unos labios en el cristal,

un perro que extienda su gruesa lengua azul

contra los trémulos dedos del viajero,

dándole la bienvenida a los dominios donde el cuerpo
ensaya la despreocupada pose del amante.

Pero el invierno no es en la Isla una estación durable,

aunque los hombres cepillen sus abrigos

y crucen el parque inmemorial. Un parque de provincia

que es también Central Park, y la Plaza Roja de Moscú.

El falso invierno trasciende como el sonido de un gong
hacia casas de frágiles estructuras. Sacude ventanales.

Desgaja arbustos. Imita toques a la puerta.

El padre de familia dice: "Es solo el viento". Pero se equivoca.

El invierno hace sitio junto a la mesa servida frugalmente
y exige vinos que entibian las gargantas.

Aquí el frío no llega desde los tímpanos de Bering,

el frío surge desde el pecho como un demonio,

mientras el amigo permanece inmóvil en el resplandeciente papel
de las fotos, con su bufanda I love winter,

y nosotros cruzamos el país de los hielos perpetuos.

Quizás no exista otro invierno como el nuestro.

Mi lucha

Alguien me explicó el significado de la palabra lucha.
Y yo que pensaba que el lenguaje era dominio, casi exclusivo,
de la poesía. Sin embargo las manos impuras de un vendedor
redimensionan el término, lo impulsan a un nivel que desconozco.
Asisto a clases de semántica.

Decir lucha es sospechar el filo de un cuchillo
abriéndose paso entre las capas del tórax,
en busca quizás, del corazón. ¿Mi corazón?
O la escamosa cabeza de un reptil.
O la viscosidad de un pez anguiliforme.
Lucha, y una rueda dentada se activa.
Los ejes y válvulas que generan el tiempo.

Antes de nacer, mis padres me dibujaron en papel de estraza.
Un hermoso boceto de bebé que desplegaban para irse a la cama.
Cada noche, supongo, hacían el amor con esa imagen.
Sin embargo, mi madre despertaba sudorosa

con la pesadilla recurrente del feto luchando
en una cápsula de sangre. Como si quisiera zafarse
de las ligaduras del vientre. Acero deshilachado.
Les faltó audacia para corregir las líneas.
Por eso un cielo de papel de estraza se desploma,
y me observan con sobrecogimiento,
como quien aborta un monstruo.
Resina ardiente goteando entre los muslos.
Un bulto para olvidar en los zarzales. Un malnacido.
Escribo: el útero tampoco fue mi casa.
Mi lucha es la del hombre común. La lucha por el pan.
El agua que se resiste a los tanques elevados.
El dinero que obstinadamente compra otro dinero.

(Mis horas de trabajo pueden transformarse con facilidad
en el sencillo menú de una tarde).

La guillotina descabezando el jornal. Descabezándome.

El harakiri nuestro de cada día.

La terca costumbre de resucitar. Y otra vez la lucha.

Voy a anestesiarme. Para algo tiene que servir el poema.

Despertar me produce siempre una desilusión.

No deseo ser más la cigarra que se posa sobre el agua,
ese intervalo de estabilidad me aturde.

Mi cabeza alcanza dimensiones desproporcionadas. Va a estallar.

Mi cabeza es un globo que golpea los barrotes del país.

Me atacan los gérmenes de la fiebre.

Vencen mis defensas.

Soy una estructura imperfecta que ha dejado de luchar.

Balada para el loco o la plaga de tinieblas

—el tiempo detenido

Nada comparable a la felicidad del loco,

al hilillo de saliva que en su barba descompone la luz.

Como un prisma. Lo envidio desde mi habitación en sombras.

La analgesia se instala en el laberinto de su mente. Túnel de gusano.

Es tarde de domingo y el tiempo espeso en los portales.

Bajo los toldos cenicientos del verano la gente resguarda sus máscaras.

Sus pájaros azules. Las acrobacias de sobrevida.

Tras altísimos pabellones ocultan la fragilidad de sus gobiernos.

Solo el loco persevera en la desolación de las calles.

Sonríe ejecutando la danza de los olvidados.

Libera palabras que anoto en el cuaderno. Obsesivamente.

Sustancia del poema.

Frases luminosas contra mi plaga de tinieblas.

Ha comenzado a molestarme la pronunciación de mi nombre.
No quiero descolgar el teléfono y oír la voz que me pregunta.

Si tuviese al menos la sencillez del loco.
La posibilidad de llamarme Carlos o José. Como los otros.
Y evadirme. Pero mi nombre es también una provocación.
Un puñal en los dobleces del vestido. El clavicordio
tocando al fondo para que el loco baile. Y sonría.
Sonrisa auténtica. Que agiganta nuestra miseria.

Al loco todo le es lícito. Podría incluso asesinar a alguien.
Su demencia lo justifica. Yo sufro deseos de asir un cuello.
Apretarlo con lentitud. Un cuello. ¿Cisne o gacela?
Mis dedos alcanzan a palpar el cuerpo de las tinieblas.
Quizás por eso la exclamación del loco:
Hay un poeta oscuro en la ventana. Escribo el verso.

La ciudad le pertenece. Orina los troncos de sus árboles.
Duerme en el mármol de los bancos. A la intemperie
come duros mendrugos. Comparte con tórtolas. Y perros.
Un turista enfoca el lente de su cámara.
El loco viaja. Playas artificiales de Dubai. Campos Elíseos.
Fiordos noruegos. Su sonrisa por el mundo.

Un souvenir de isla.
La ciudad se disuelve en mis manos como hielo.
Cada vez son más las zonas tomadas por el dolor.
Esas que no debo visitar. Van clausurándose frente a mis ojos.
Caen telones. Y siento que habito una ciudad extinta.

He empezado a temer a la multitud. Sus roces y furias.
Pero principalmente sus palabras. Puede que olvide un rostro.
El color de unas pupilas. Sin embargo las palabras me persiguen.
Como tigres separan el bambú en mis selvas nocturnas. Y atacan.

Palabras que dije o callé. Vuelven. Aves de mal agüero.

Estoy tan solo como el loco. Entre el gentío que me agobia. Solo.
Aunque no poseo la gracia del loco. Un hilo invisible nos junta.

Mitades de un mismo monstruo.

Me han hablado de los hongos alucinógenos. Dudo.

No quiero perder el control de mi mente. ¿Acaso la domino?

Ejercicios respiratorios. Yoga. Terapia floral.

Ningún fuego vence una plaga de tinieblas.

Hoy tengo una lucidez que aterra.

Extraño animal, inocencia

Los niños, si pueden, crecen

José Saramago

Llega el tiempo en que descubres tras el enrejado de tu pecho
la muerte del antiguo animal de la inocencia.

Y quedas inmerso en la desesperante blancura del día.

Sin fuerzas. Viendo alzarse los manicomios.

Como algas en un océano de luz. Y eres isla dentro de isla.

Privado de la gravedad de los navíos. De las hermosas criaturas
que en sus bodegas cruzan el Atlántico. Caballos árabes.

Galgos. Monos. Quetzales. Y aquel extraño animal
apresado en los confines de Bikanir. La inocencia.

No por anunciada la muerte sorprende menos. Perturba.

Violenta con sus derrumbes interiores la jaula/corazón.

Te asomas al enrejado y ves al animal inmóvil. Palideces.

Algo de ti parte con él. Se astilla contra los muñones
de la cárcel donde apresaste la inocencia.

Es el riesgo de volverse adulto. De crecer.

Desprendimientos. Quebraduras.
El ciclo humano. Estaciones que el brazo de Dios
va segando en el peligroso paisaje de la vida.
Perder la inocencia es adentrarse en los manicomios.
Asumir gota a gota el bebedizo del delirium.
Buscas señales de agresión. Dentelladas. Saetas.
El pozo de sangre fluyendo en la garganta.
Y no adviertes la rojez homicida de quien mata.
La marca de unos dedos entre el pelaje.
O un coágulo de dolor en los ojos. Muy abiertos.
Es natural la muerte de la inocencia. (natural & muerte
son términos de compleja asociación —lo reconozco).
Ah, pobreza del idioma. Incapaz de precisar el martirio.
Agónicas noches del espécimen que se sabe
definido por la fatalidad. No antílope. Perro de aguas.
Pájaro de fuego. Sino un extraño animal
apresado en los confines de Bikanir. La inocencia.

Hay que aprender a despedirse.
De la metálica ligereza del velocípedo en los pasillos.

De la casa donde crecimos. Del miedo a la noche.
(Inmensa tras los pórticos). Del Día de Reyes.
Del abuelo y sus historias. De la abuela y sus dulces.
De las tardes de domingo. Despedirse.
Soltar amarras. Con la gravedad de los navíos.
Con la resignación de las hermosas criaturas
que en sus bodegas cruzan el Atlántico. Caballos árabes.
Galgos. Monos. Quetzales. Aves del sol y de la sombra.

Llega el tiempo en que descubres tras el enrejado de tu pecho
la muerte del antiguo animal de la inocencia.
Y quieres volver a las fotografías.
Al álbum de las primeras veces. Cuando la manzana

de casas era el mundo. Y te despertaba la música
de la lluvia en los techos de zinc. Y eras feliz.
Y el animal —apenas una cría. Como tú.
Jugueteaba en la planicie de un pecho sin barrotes.

Quieres volver. Pero es imposible.
No hay otros paraísos que los paraísos perdidos.

Luís Aguiar



Luís Aguiar

La escritura de un poeta es
quizá el arma más poderosa en
esta época

Palabra

*Qué rocío lágrima ardiente
en tu lengua.
¿Puede el fuego que surca un cuerpo desnudo
alguna vez
anunciar la muerte?
los pájaros buscan un espejo
en las ramas claras de un plátano
les preguntaré, un día
qué fuego se atrevió a anidar
en la hemorragia del silencio.*

Luís Aguiar

Luís Aguiar es karateca, fotógrafo, músico, licenciado en Lenguas y Relaciones Empresariales, pero sobre todo poeta, pues su mirada y su escritura atraviesan el mundo para que la palabra cobre vida y le otorgue significado a lo que lo rodea. Es un trabajo muy complejo ese de ser poeta: leer, observar, concentrarse en cada detalle, en la búsqueda incesante de lo verdadero, lo esencial, lo que conmueve y sobre todo lo que alimenta al espíritu.

Ted Hughes, el poeta inglés, considerado por la crítica como uno de los mejores poetas de su generación, le confesó en 1989, al escritor y profesor inglés Amzed Hossein, en una entrevista: “Creo que la poesía es el componente psicológico del sistema inmunitario, ¿verdad? Así

que existe el sistema inmunitario físico, y ante el estrés, ante cualquier estrés, ante cualquier desastre, ante cualquier duelo o luto, o simplemente ante el estrés de la vida, ante la respuesta biológica diaria a los problemas de la vida, el sistema inmunitario está en constante actividad para reparar el efecto de esto en el propio cuerpo, en el propio sistema. Toda la química de nuestro cuerpo está constantemente bajo el bombardeo de factores externos, y el sistema inmunitario la repara y renueva constantemente. Y ese es un componente físico de lo que en realidad es un proceso químico. Pero me parece que también hay un componente psicológico. Y el componente psicológico es ese extraño asunto que llamamos arte... y la poesía es simplemente la forma verbal de ese proceso. Eso es lo que siento”.

Volviendo a nuestro entrevistado, recurrimos a lo que el poeta Amadeu Baptista escribió sobre Aguiar: “aporta a cada uno de los poemas una experiencia decisiva y divinadora, una transcendencia que fascina al lector y lo transporta a un lugar donde la magia y el poder de la palabra son la clave y el diseño de la fanfarria artística a la que cada uno de nosotros se enfrenta”.

Según el jurado del Premio de Poesía Víctor Oliveira Mateus, “la obra poética de Luís Aguiar se distingue por la consistencia poética de un discurso que interactúa con otras obras y otras formas de arte, como el cine, la escultura, la literatura, la pintura, la danza contemporánea, la fotografía y la música. En este sentido, el autor, a menudo desgastado por la memoria e indomable ante los innumerables itinerarios que el arte provoca en el poeta, logra una musicalidad y un lenguaje muy propios, frente a la belleza de películas como *El caballo de Turín* de Béla Tarr y *Persona* de Ingmar Bergman, por ejemplo, con la música de Olivier Messiaen y Arvo Pärt, o incluso en relación con el innegable esplendor de la calidad fotográfica de Alexander Rodchenko y Vivian Maier”.

Luís Aguiar nació en Oliveira de Azeméis en 1979. Es licenciado en Lenguas y Relaciones Empresariales por la Universidad de Aveiro. Estudió, además, música clásica, guitarra portuguesa de Coimbra y

fotografía. Director de la Cadena de Suministro en Onlifarma Unip. Lda. Es licenciado en 1º Dan de Karate Shotokan. En 2021, ganó la 3ª Bienal de Arte Vila de Fânzeres en el área de fotografía. Miembro del PEN Club portugués. Coordinó la antología São Cravos, 50 Anos de Abril, 100 Poemas, publicada por la Editora Labirinto. Invitado al XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos, en Salamanca, en octubre de 2024. Su poemario *Os Desígnios da Água*, publicado por la Editora Labirinto, fue escrito en la residencia literaria organizada por THERMOS - Encontros Literários das Caldas das Taipas,.

Entre sus premios figuran: Premio Judith Teixeira de Poesía (2024 y en 2016); Premio Literario Manuel María Barbosa du Bocage (2022 y en 2016); Premio Literario Pedro da Fonseca (2022); Premio Literario Cidade de Almada (2021); Finalista del Premio Internacional de Poesía Jovellanos - El Mejor Poema del Mundo, Ediciones Nobel - España (2021); Premio Nacional de Poesía Vila de Fânzeres (2019); 2º lugar en el Premio Internacional de Poesía Sepé Teixeira. 2º lugar en el Premio Internacional de Poesía Iberoamericana Sepé Tiaraju, Brasil (2009); Mención de Honor en el Premio Literario Florbela Espanca (2007); Premio Literario São Domingos de Gusmão (2007); Premio Literario Afonso Lopes Vieira (2006) y Premio del Concurso Internacional de Poesía Castello di Duino - Trieste, Italia (2005).

¿Qué recuerda de la casa de su infancia? ¿Esos espacios que perviven en la memoria como un refugio sentimental, los puede visitar en la actualidad?

Creo que cuando nos hacemos adultos, la infancia se convierte en una casa. Así, la casa que ocupábamos entonces pierde su importancia, porque es la propia infancia la que perdura en nuestra memoria, en nuestra construcción como seres humanos. A menudo vuelvo a la infancia, siempre con el objetivo de recuperar gestos, voces, imágenes e incluso personas que ya no existen físicamente.

¿Quiénes eran sus padres? ¿Qué aprendió de cada uno? ¿Esas enseñanzas lo acompañan siempre?

Mis padres eran tan importantes como deberían serlo cualquier madre y cualquier padre en la vida de sus hijos. Sin embargo, como a menudo estaban absortos en su trabajo, me «empujaron» a casa de mis abuelos paternos y maternos. Con el tiempo, descubrí lo importantes que son los abuelos en la crianza de sus nietos. Son, en cierto sentido, otros padres. Tienen un peso educativo único que sólo los abuelos pueden ejercer, y que yo valoro mucho haber experimentado con ellos.

¿Empezó escribiendo poemas o un diario personal?

Empecé a escribir poemas a los dieciséis años, cuando murió mi abuela paterna. Ella era mi tierra, mi río, mi mar. Fue la primera vez que me sentí como un náufrago. Me salvó la poesía: Baudelaire, Rimbaud, T. S. Eliot, Jorge de Sena y Federico García Lorca.

¿Cuál fue el primer libro que leyó? ¿Cómo llegó a sus manos ese primer libro?

El primer libro de poesía que leí, y que me ha dejado una profunda huella hasta el día de hoy, fue *Les Fleurs du Mal* de Baudelaire. Lo leí cuando tenía dieciséis años y nunca he dejado de releerlo. Tengo en mi biblioteca varias ediciones francesas de los años 40 y 50 del siglo pasado profusamente ilustradas de este hermoso libro. No recuerdo exactamente cómo llegó a mis manos; puede que lo encontrara en la biblioteca de la ciudad donde vivía, ya que empecé a leer de forma descontrolada a los dieciséis años.

¿En su adolescencia la escritura se convirtió en un refugio para manifestar sus sentimientos más profundos o fue la música o la fotografía las disciplinas que ocuparon su interés en esa época?

Cuando era adolescente, siempre tuve un gran interés por la literatura, pero también por otras artes, como el cine, la pintura, la música, la fotografía y la escultura. Este interés, que en realidad es una forma de búsqueda, continúa hasta hoy, treinta años después.

¿Recuerda el primer poema que escribió o alguna línea?

No me acuerdo. Pero hoy tengo la sensación de que no eran poemas en absoluto, sino más bien los arrebatos de alguien que buscaba un camino, un campo que explorar. La poesía tiene una conexión muy profunda con la edad, con la experiencia vital, con el dolor, con la vida cotidiana, con la pérdida. Llevo treinta años escribiendo y creo que es ahora cuando he empezado, verdaderamente, a escribir poesía.

¿Escribe pensando en alguna fotografía o en alguna pieza musical determinada? ¿Una de esas disciplinas se nutre de las otras?

Sí, es recurrente. Tengo un libro llamado *Alfarrabista*, publicado en Portugal por la Editorial Labirinto, en 2023, compuesto por poemas que representan otras obras de arte - como música, fotografía, escultura, cine, danza contemporánea o incluso la obra de otros poetas.

¿Cuál es su manera de escribir?, ¿piensa primero en un tema, es una metáfora, y escribe mentalmente o toma apuntes en la computadora para ir configurando el universo de un poema?

Escribo constantemente, ya sea con un lápiz, un bolígrafo, en el ordenador o incluso mentalmente. Hay una frase del pintor Balthus que describe bien este impulso, y que a veces se acerca a un estigma. Creo que decía algo así: «Hay que dibujar, dibujar siempre, dibujar con los ojos cuando no se tiene un lápiz».

Ese es mi caso.

Luego, por supuesto, está el trabajo de organizar los poemas y las ideas. Cuando desarrollo un libro temático, me vuelvo más metódico. Durante mi máster en la Universidad de Aveiro, escribí una tesina cuya metodología fue, sin duda, un proceso de aprendizaje extremadamente rico para mí. Gracias a la atenta supervisión de mi tutora, adquirí competencias cruciales en materia de análisis, observación y método, que me han favorecido enormemente en la construcción y estructuración de mis poemarios.

¿Cómo fue el proceso para publicar su primer libro? ¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo?

Mi primer libro surgió a raíz de un premio literario, como casi todos los siguientes. Lo publiqué a principios de este siglo. En Portugal era muy difícil para un joven publicar. Me arriesgué a escribir poesía inédita y la presenté a premios literarios; por suerte o por mérito, empecé a ganarlos. En los últimos 25 años, he publicado 18 libros, 15 de los cuales fueron el resultado directo de premios literarios.

¿Y en la actualidad, lo abordan las editoriales o sigue siendo un arduo camino el de la publicación?

Publicar en Portugal sigue siendo difícil. Las editoriales, en mi opinión, dudan en apostar por nuevas voces, nuevas lenguas, y tienden a favorecer a nombres consagrados, a menudo en detrimento de la calidad poética.

¿Puede describir el momento cuando siente que debe terminar un poema?

Desde mi punto de vista, un poema nunca está realmente terminado. Incluso los que ya han sido publicados permanecen en silencio, como piedras que pacientemente tienden a echar raíces.

¿Le gustan los recitales, leer en público, oír a otros poetas?

Sí, disfruto recitando mis poemas en público. Sin embargo, me resulta más difícil escuchar otros poemas recitados, porque a veces optan por una entonación excesivamente teatral, que no creo que favorezca el mensaje que el poema intenta transmitir.

¿Cree que los influencers de las redes sociales han asumido el protagonismo, el papel que antes correspondía a los intelectuales, artistas, poetas y escritores?

Estoy de acuerdo con esa opinión. Creo que hoy en día los poetas, los intelectuales, los filósofos y los pensadores son vistos por las nuevas generaciones como figuras anticuadas, alejadas del presente, cuando en realidad representan exactamente lo contrario. Las redes sociales han dado lugar a la mediocridad y a la masificación de la estupidez.

¿Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: ¿email, recordatorios etc.?

No. En este campo me considero anticuado. Pertenezco a la «vieja escuela», que prefiere realizar todas las tareas de forma independiente y a mano.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Águeda?

No recomendaría un libro a nadie que quiera conocer Águeda. Le recomendaría, sin dudar, que se monte en un coche y haga un viaje hasta allí. Es imprescindible visitar la ciudad en persona, preferiblemente en verano o en Navidad. Aunque es pequeña, es acogedora, tiene una gran dinámica cultural y muestra mucho colorido.

Sin embargo, quiero insistir en la importancia de la lectura, ya que ha mencionado los libros. En Portugal tenemos escritores y poetas absolutamente extraordinarios, como Sophia de Mello Breyner Andresen, Al Berto, Herberto Helder, Luiza Neto Jorge, Ruy Belo, Ana Hatherly, Jorge de Sena, Natália Correia, Luís de Camões, Agustina Bessa-Luís, Fernando Pessoa, Maria Teresa Horta, José Saramago, Eugénio de Andrade, Maria Gabriela Llansol, António Lobo Antunes e Fiamma Hasse Pais Brandão.

¿En esta época qué le da miedo?

El crecimiento desenfrenado de la extrema derecha en Europa, la hambruna y el genocidio en Gaza, así como las múltiples guerras que se perpetúan en todo el mundo. La violencia está cada vez más presente en las llamadas sociedades modernas occidentales. El diálogo parece haber perdido su centralidad; la población es inconformista, intolerante, no abierta al diálogo, con un discurso cada vez más duro marcado por el odio y el resentimiento.

Tengo miedo. Miedo por los valores que defiendo: tolerancia, diálogo, diplomacia y respeto. Tengo miedo por mi hija de 19 meses, que se encontrará con un mundo vulnerable, hostil y profundamente impredecible.

¿Por qué escribe?

Tal vez sea ésta la única pregunta que nunca debería formularse a un poeta, porque es poco probable que la respuesta sea sincera e inevitablemente tendrá múltiples interpretaciones a lo largo del tiempo por parte de quienes escriben poesía. Según Carlos Bousoño, citado por David Mourão-Ferreira, «La poesía es, en su primera fase, un acto de conocimiento (conocimiento de lo psíquico singular a través de la fantasía) y, en la fase posterior, un acto de comunicación, a través del cual este conocimiento se manifiesta a otros hombres». Quizá ésta sea parte de la respuesta. Hoy, con muchas incertidumbres, puedo decir que se ha convertido en algo orgánico y visceral, como si fuera una necesidad fisiológica. Es como tener ganas de orinar, y no se puede hacer mucho al respecto: hay que orinar, hay que escribir. Mientras el cuerpo vivo no se levante contra el poeta, hay que seguir escribiendo. Sobre todo ahora, en un tiempo marcado por tantas guerras, la escritura de un poeta es quizá el arma más poderosa en esta época.

Poemas

Gaza 2025

Aquí estoy, en este siglo de luz atómica,
cuya blancura es más pútrida que el moho del tiempo.
Aquí estoy escudriñando el sosiego de mi hija,
un silencio pétreo, cenizo, gris que escudriña los puertos,
los lugares poco profundos donde el mar no canta,
Mar Muerto que sólo llama a la desesperación de los pájaros.
Aquí estoy buscando la escaza sombra
de una justicia que persigue el grito denso, el altercado,
la marca de una raza manchada por la ausencia de paz.

Corren los caballos negros y, mientras corren,
aquí estoy, jodido, atravesando la nieve,
cruzando el agua salada,
sintiendo el dolor como si fuera una cruz impensable,
mientras el mundo perfecciona las vicisitudes de la vida,
y suben a los trenes exhaustos
los que un día arrastraron las raíces
de los árboles que cobijaron la lluvia en sus ramas.

Aquí estoy, un testigo mudo, sordo,
que busca una nueva religión,
un nuevo pedal para la bicicleta heredada
de mi abuelo que murió de cáncer de garganta,
una vieja bicicleta que no granjea puertos
ni patria,
pero que insiste en girar la llanta,
la rueda sobre el asfalto - el camino está ahí, allí,
cerca de esa rueda hacia la patria
desmesurada que tiene el nombre de Israel.

Aquí estoy, blanquísimo, disfrazando lo negro de rosa,
describiendo la fuerza del oro en los ojos de las viudas,
mientras los relámpagos estallan en las venas,
y el tiempo, la mierda de este tiempo, dibuja en el mapa
de la vida una nueva raza que es fuego y ceniza,
que permite el vuelo de un pequeño pájaro
que se pierde en el vacío, en la lucha sin tregua, en el canto árido,
donde sólo la piedra establece el peso del suelo,
mientras los niños mueren de hambre o entre los escombros
dibujados por bombas de papel.
Y así seguimos, sin puerto ni mapa,
atravesando un siglo sin esperanza.
Aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy, arruinado,
sin un céntimo ni un escudo que ofrecer

a la muerte, para desgastar la luz que cae en la sombra,
y cosechar el raro viento que ahora es sangre y blancura,
la sal más oscura en la interminable promesa de libertad.
Aquí estoy, entorpecido por la amargura de un pueblo,
verso palestino, indescifrable, desaparecido del mundo.

Gaza 2025

*Eis-me aqui, neste século de luz atómica,
cuja brancura é mais pútrida que o bolor do tempo.
Eis-me aqui a vasculhar o sossego da minha filha,
silêncio pétreo, cinza, cinzento, que vasculha os portos,
os rascos lugares onde o mar não canta,
Mar Morto que apenas conclama o desespero das aves.
Eis-me aqui a procurar a escassa sombra
de uma justiça que persegue o espesso grito, a alteração,
a marca de uma raça manchada pela ausente paz.*

*Correm os cavalos negros e, enquanto correm,
eis-me aqui, fodido, a atravessar a neve,
a cruzar a água salgada,
a sentir a dor como se fosse uma cruz inverosímil,
enquanto o mundo aperfeiçoa as vicissitudes da vida,
e embarcam nos comboios exaustos
aqueles que um dia arrastaram as raízes
das árvores que albergaram a chuva nos ramos.*

*Eis-me aqui, testemunha muda, surda,
que procura uma nova religião,
um novo pedal para a bicicleta herdada
do avô que morreu com um cancro na garganta,
bicicleta antiga que não granjeia porto nem pátria,*

*mas que insiste em girar o aro,
a roda até ao alcatrão — o caminho está ali, ali,
próximo dessa pátria desmesurada que tem o nome de Israel.*

*Eis-me aqui, branquíssimo, a disfarçar o negro da rosa,
a descrever a força do ouro nos olhos das viúvas,
enquanto os relâmpagos rebentam nas veias,
e o tempo, a merda deste tempo, desenha no mapa
da vida uma nova raça e que é fogo e cinza,
que franqueia o voo de um pequeno pássaro
que se perde no vazio, na luta sem tréguas, no cântico árido,
onde só a pedra estabelece o peso do chão,
enquanto as crianças morrem à fome ou nos escombros
desenhados por bombas de papel.*

*E assim seguimos — sem porto e sem mapa,
na travessia de um século sem esperança.*

*Eis-me aqui, eis-me, eis-me aqui arruinado,
sem um cêntimo ou um escudo para oferecer
à morte, para desgastar a luz que desagua na sombra,
e colher o raro vento que é hoje sangue e brancura,
sal escuríssimo na promessa infinda da liberdade.*

*Eis-me aqui, tolhido pela amargura de um povo,
verso palestino, indecifrável, desaparecido do mundo.*

Neumonía

Hoy hace exactamente treinta días
que tuve mis primeros síntomas. Busqué un jarabe
en una farmacia del pueblo. Era un día frío,
era marzo, llovía, el agua de mi infancia se diluía
en todas las calles que son las orillas del infinito.
Cuarenta y seis años es poco tiempo.

Mi padre murió el año pasado
con cáncer de páncreas, y ahora,
en esta tarde calurosa, cuando llevo una camisa negra,
tengo una tos de mierda que no me deja dormir.
Después de cinco días tosiendo cuervos, expectorando
y con un dolor en el pecho que da sed de perra fría,
llamé por teléfono al SNS - cuarenta y seis minutos en espera,
tantos como los malditos años que cumplo hoy.
Tras una explicación a la amable señorita,
una enfermera que no grita a los poetas, me sugiere que
vaya a urgencias del hospital de la ciudad,
donde sigo buscando una piedra para hervir el vacío.
Así que me fui, como el Hermano Metralha en busca de
una nueva píldora, una nueva luz, un nuevo robo.
Llego al hospital, vacío como un naranjo -
el mismo que robaban los chavales de antaño,
los que organizaban robos para perpetuarlos
todos los sábados por la tarde de un mes de verano.
Entro y tardan un rato en atenderme -el hospital está vacío-,
cuando me llaman para el triaje,
y, tras una detallada descripción de todos los síntomas,
me dan una pulsera verde -verde, repito-
del mismo color que el esputo,
para que cualquier duda quede completamente despejada en ese
momento.
No me ve ningún médico
y me devuelven al mostrador con una larga sonrisa,
repetiendo una y otra vez que no me verá ningún médico,
que el caso no es grave.
Rechazo la sugerencia de que me den cita para el día siguiente
en un centro de salud lejano. Regreso a casa con los bolsillos vacíos.
Duermo en el sofá, sentado; tumbado en la cama, la tos
parece un mundo amenazado, en llamas.

Me diagnostican neumonía.
Escupo sangre ese día por la noche; por la mañana, repito
ese viento azotado, cargado del licor rojo de los pájaros.
Escupí sangre el segundo día; el tercero; el cuarto;
el quinto; el sexto; el séptimo también. Y así se hizo el mundo.
Voy a la mesa y busco el antibiótico: diecisiete días
llenándome la barriga de antibióticos. Busco las pastillas en la mesa,
al lado, una botella de agua usada, Escitalopran para el pánico,
Victan para la ansiedad y un trozo de chocolate para la gula.
Estar de baja médica, en casa, de la mano de la soledad,
es una voz que retumba.
Busco un vinilo de Stevie Ray Vaughan, encuentro uno en el que al
maestro
tiene las venas sobresaliendo de las manos -
bailo por el salón con mi tos sirviendo de canción. Afuera llueve,
me dicen las ventanas, manchadas de lágrimas.
La infancia llora en el mundo, y son pocos los que telefonan,
los que preguntan, los que buscan ciertos fuegos
en momentos críticos. Un día pasa, leo en un instante un libro
de Sandro Csoóri; al día siguiente busco El hombre elefante
de David Lynch: todos los abismos fluyen hacia el cielo.
Salgo de casa, busco entre la multitud la mirada de alguien
que ya haya contemplado el Danubio.
Hoy hace exactamente treinta días que tuve los primeros síntomas
de neumonía. Y ahora sé que te mintieron descaradamente
al hacerte creer que sólo hay luz en los pulmones.

Pneumonia

*Faz hoje, precisamente, trinta dias
que tive os primeiros sintomas. Procurei um xarope
numa farmácia da vila. Estava um dia frio,*

era março, chovia, diluía-se a água da minha infância
em todas as ruas que são margens do infinito.
Quarenta e seis anos é só um bocadinho de tempo.
O meu pai morreu no ano passado
com um cancro do pâncreas, e agora,
nesta tarde quente, em que uso uma camisa negra,
tenho uma tosse de merda que não me deixa dormir.
Ao fim de cinco dias a tossir corvos, expetoração
e uma dor no peito infligir a sede das putas frias,
telefonei para o SNS — quarenta e seis minutos de espera,
tantos quantos os malditos anos que hoje comemoro.
Após uma explicação à amável senhora,
enfermeira que não grita aos poetas, sugere que eu
me desloque às urgências do hospital da cidade,
onde eu ainda procuro uma pedra para fervilhar o vazio.
Lá fui, qual irmão Metralha que procura
um novo comprimido, uma nova luz, um novo roubo.
Chego ao hospital, vazio como uma laranjeira —
a mesma que fora assaltada pelos putos do antigamente,
os que organizavam roubos para serem perpetuados
em todos os sábados à tarde de um mês de verão.
Entro e demoro a ser atendido — o hospital vazio —,
quando me chamam para a triagem,
e, após uma detalhada descrição de todos os sintomas,
é-me atribuído uma pulseira verde — verde, repito —,
com a mesmíssima cor da expetoração,
para que as dúvidas fossem, naquele instante, totalmente esclarecidas.
Não sou visto por nenhum médico
e reencaminham-me para a secretaria com um sorriso longo,
a repetirem continuamente que não serei visto
por nenhum médico, que o caso não tem qualquer gravidade.
Recuso a sugestão de me marcarem, para o dia seguinte, uma consulta
num centro de saúde longínquo. Regresso a casa com os bolsos vazios.

*Durmo no sofá, sentado; deitado na cama, a tosse
aparenta ser um mundo ameaçado, em chamas.
Sou diagnosticado com uma pneumonia.
Escarro sangue nesse dia à noite; de manhã, repito
esse vento flagelado, carregado com o licor vermelho dos pássaros.
Escarro sangue no segundo dia; no terceiro; no quarto;
no quinto; no sexto; no sétimo também. E assim se fez o mundo.
Vou até à mesa e procuro o antibiótico: dezassete dias
a encher a pança de antibióticos. Procuro na mesa os comprimidos,
ao lado, uma garrafa de água usada, Escitalopran para o pânico,
Victan para a ansiedade e um bocado de chocolate para a gula.
Estar de baixa médica, em casa, de mão dada com a solidão,
é uma voz que rumoreja.
Procuro um vinil de Stevie Ray Vaughan, encontro um em que o mestre
tem as veias salientes nas mãos —
danço na sala com a tosse a servir de canção. Lá fora chove,
dizem-me os vidros, carregados de lágrimas.
A infância chora no mundo, e são poucos os que telefonam,
que fazem perguntas, que procuram determinados fogos
nas horas críticas. Um dia passa, leio, num fulgor, um livro
de Sandro Csoóri; no dia seguinte procuro o *The Elephant Man*
de David Lynch — todos os abismos desaguam no céu.
Saio de casa, procuro na multidão o olhar de alguém
que já contemplou o Danúbio.
Faz hoje, precisamente, trinta dias que tive os primeiros sintomas
de uma pneumonia. E agora eu sei que te mentiram descaradamente
quando te fizeram crer que só há luz nos pulmões.*

Cáncer de páncreas

Me conmuevo cada día intentando deletrear tu nombre.
Tal vez no sea demasiado tarde,
pero las letras escasean con el silbido del tiempo,
las barcas cantan en la orilla del mar,
y el calor de tu sangre corre por mis venas
y me trae recuerdos de cuando era niño,
de cuando me escapaba con mi hermano
a los ríos prohibidos, mientras la tierra se pudría
con la maldad de los que sólo tenían navajas en la lengua.

Tal vez no sea demasiado tarde,
pero las oraciones son más pálidas que la nieve
en tus ojos.

Padre, las casas están vacías, los perros vagan sin rumbo,
y te duele el peso de la palabra, la amargura del verbo,
la sed del fuego, el sudor del marinero
que ofreció sus redes a los pájaros raros,
para que las llevaran lejos,
a la decadencia de otro país, a la belleza de la primera fuente.

Nadie conoce la palabra Amor
hasta que ha experimentado la pequeña caricia de la muerte,
pero tal vez no sea demasiado tarde -
huelo rosas por todas partes,
recojo el rocío de tus ojos para alimentarlas:
a las rosas, al silencio de las rosas, a la distancia del mundo
que existe en el vuelo de un cisne,
un cisne blanco, herido por el soplo de un viento que no conozco.

Cancro do pâncreas

*Comovo-me todos os dias ao tentar soletrar o teu nome.
Talvez não seja tarde,
mas as cartas escasseiam com o sibilar do tempo,
os barcos cantam na margem do mar,
e o calor do teu sangue percorre-me as veias
e traz-me recordações de quando eu era criança,
de quando fugia com o meu irmão
para os rios proibidos, enquanto a terra apodrecia
com a malvadez dos que tinham apenas navalhas na língua.*

*Talvez não seja tarde,
mas as orações são mais lívidas do que a neve
dos teus olhos.*

*Pai, as casas estão vazias, os cães vagueiam sem rumo,
e dói-te o peso da palavra, a agrura do verbo,
a sede do fogo, o suor do marinheiro
que ofereceu as suas redes aos pássaros raros,
para que as levassem para longe,
para o declínio de outro país, para a beleza da primeira fonte.*

*Ninguém conhece a palavra Amor
enquanto não experienciar a pequena carícia da morte,
mas talvez não seja ainda tarde —
sinto o cheiro das rosas em todos os lugares,
colho o orvalho dos teus olhos para as alimentar:
às rosas, ao silêncio das rosas, à distância do mundo
que existe no voo de um cisne,
um cisne branco, ferido pelo sopro de um vento que eu não conheço.*

Patricia Denegri



Patricia Denegri

Escribo porque debo decir
muchas cosas y no nací
oradora

Limbo

*Ando entre tacos y añoranzas
supervivencias y anhelos.*

*Entre seres que amo
y seres que extraño.*

*Entre música nueva
y música impuesta.*

*Entre colchones provisionales
y camas de antaño.*

*Entre libros de vuelta
y otros que aún no llegan.*

*Entre ganas de ser yo
y ganas de dejar de serlo.*

Patricia Denegri

De su familia de escritores y músicos Patricia Denegri heredó el amor por los libros. En su casa de la infancia se tropezaba con Vallejo en una esquina, Ricardo Palma en un sillón, Franz Kafka en la mesa de la sala, Edmundo de Amicis en su dormitorio, por lo que escribir fue una manera natural de expresar lo que sentía. Estudió periodismo, y comenzó a actuar desde muy pequeña así que teatro fue también ese camino que siguió instintivamente para expresarse. Fue en 2022 que publicó su primer poemario *Cuarto Sacramento* una recopilación de poemas que había escrito desde su adolescencia. *Magnolia* es su segundo poemario, en el que a través de un personaje femenino habla sobre

el desarraigo, disturbios políticos y por supuesto el amor, como se explica en la nota promocional de este libro.

Siempre vuelvo a los escritores y poetas que me impactan y esta vez leyendo una entrevista al escritor, ensayista y poeta inglés Robert Graves no puedo menos que reproducir lo que le confesaba a Arnold Sherman: “Disfruto traduciendo, pero, por supuesto, no soy principalmente traductor. De igual manera, escribo novelas, pero lo hago principalmente por dinero. De hecho, todo lo que hago, salvo una cosa, lo hago por diversión, ejercicio o dinero. La única excepción es la poesía. Lo único que importa en todos mis escritos ha sido la poesía. Es lo único que debería importarle a un escritor dedicado. No sé cómo tratará la posteridad muchas de las cosas que he escrito en el pasado, pero estoy convencido de que mi poesía perdurará”.

Patricia Denegri, nació en Ica, Perú. Se formó como periodista, actriz, pedagoga teatral y escritora en la ciudad de Lima. Autora de los libros *Cuarto Sacramento* (2022), *Magnolia* (2024) y coautora del poemario *La Duna Amanece* (2023). Su poesía aparece en el libro *Parasitar el asombro*, antología del XXVII Encuentro de Poetas Iberoamericanos en el cual participó, en Salamanca en el año 2024. Algunos de sus poemas han sido musicalizados por diversos compositores, y traducidos al portugués para una antología próxima a publicarse. Como dramaturga, ha escrito y producido las piezas teatrales *Amores y Fantasías en Tiempos de Viagra*, *Siguiente*, *Lobo qué estás haciendo*, y *El Hijo Equivocado*, y las adaptaciones al teatro de las obras literarias *La Cena*, *La Romana* y *Espíritus Rebeldes*.

Es, asimismo, articulista en revistas culturales limeñas y guionista de proyectos cinematográficos. Como actriz ha participado en más de cuarenta montajes teatrales, y como directora teatral ha llevado a cabo más de una decena de producciones. Actualmente radica en Madrid, España.

¿Dónde nació? ¿Qué es lo que recuerda de su casa de infancia?

Nací en Ica, Perú. Mi casa la recuerdo como mi lugar de protección. Ahí estaba todo lo que yo amaba. La bondad de mis padres, transmi-

tida a cada uno de sus hijos a través de palabras y acciones solidarias. Asimismo, el arte vivía conmigo desde niña, ya que entre los hermanos nos juntábamos muy seguido en una habitación vacía a la que llamábamos El Castillo, para ensayar *sketches*, cantar y tocar instrumentos musicales, básicos, pero que hacían un buen acompañamiento. Esto era dirigido por algunos de mis hermanos mayores y yo lo disfrutaba sin querer que se acaben esos momentos.

Recuerdo también a mi padre cantando y bailando tangos con mi madre, cuando estaban felices; la poesía de mi padre, declamada por él cuando hacía reuniones con sus amigos, y a mi madre leyéndonos acrósticos escritos por ella.

También tengo un hermoso recuerdo de mi hermano, que es cantautor, cantando todo el día por los diversos ambientes, canciones de él o de cantantes famosos. Tengo varios poemas que escribí a mi casa, porque es una etapa de mi vida sagrada que fue la base de mi formación.

¿Qué aprendió de su padre? ¿Qué consejo atesora de su madre?

Mis padres, los dos, me enseñaron que perdonar a un hijo es inherente al ser humano. Y lo menciono en primer lugar, porque actué mal ante ellos algunas veces y cuando eso sucedió, solo me miraron con amor y comprensión, y aunque sin decirlo, yo entendía que había sido perdonada, percibía igualmente que estaban enfadados, pero no sentía miedo sino únicamente ganas de mejorar.

Mi padre, específicamente, me enseñó a amar la lectura. Recuerdo cuando me entregó el libro *Corazón*, y me dijo, por este puedes empezar, y me gustó mucho empezar por ese libro. Tenía aproximadamente once años y, aunque desde muy pequeña ya leía con mucho interés un número de una enciclopedia familiar que contenía fábulas y cuentos, así como un libro de mi colegio con similar contenido, fue *Corazón* el libro que me despertó el interés por la literatura.

Los consejos más importantes de mi madre se basan en la bondad y el amor a la familia. Para ella es lo más importante en la vida y así vivió siempre, siendo buena y muy preocupada por el bienestar de sus hijos, sus padres y sus hermanos. Y me transmitió la fuerza y el coraje para

salir adelante. Es una mujer muy sabia y su sabiduría mezclada con su bondad son un maravilloso ejemplo a seguir.

¿Hay otros artistas en su familia, otros actores, poetas, escritores, músicos, pintores? ¿Podría hablar un poco de ellos?

Claro, somos una familia de artistas, empezando por mi padre que fue un poeta y escritor muy reconocido en mi ciudad. Él fue ganador de los primeros Juegos Florales y presidente de la Anea de Ica. Era un poeta muy original e intenso, con una poesía maravillosa y un encanto personal que mantenía a todo aquel que lo escuchara en silencio para que no se le escapase ni una palabra, porque cada una de ellas conectaba con la siguiente para formar frases inesperadas y, repito, muy originales.

Mi madre también tenía vena de artista, desde muy niña recuerdo que nos hacía acrósticos con los nombres de cada uno de nosotros, sus hijos, y escribía poemas centrados en la bondad y el amor y creaba canciones para que mi hermano, quien es compositor y cantautor, le ponga música. Luego la cantaban a dúo.

Mi hermano es compositor de muchos temas musicales que han sido transmitidos por canales de televisión y emisoras radiales peruanas y han sido muy aplaudidas, y como cantante, ha sido ganador de importantes concursos nacionales.

También en mi familia hay una hermana que se dedica a la pintura en los EE. UU. desde hace un tiempo considerable y otras hermanas que, aunque no se dediquen a tiempo completo a las actividades artísticas, siempre han estado ligadas a ellas.

¿Recuerda alguna línea del primer libro que leyó?

No tengo buena memoria. Lo que leo y cala en mí, me cultiva y me transforma, pero jamás memorizo nada, ni lo que yo escribo. A menos, claro, que tenga la obligación de hacerlo, entonces, me pongo a estudiar hasta aprenderlo.

¿Escribió sus primeros textos a escondidas o se los mostraba a sus amigos?

Lo hacía a escondidas. Escribía mis sueños, frases, poemas, algún intento de novela y hasta guiones para telenovelas, pero todo lo hacía para mí misma. En algunos casos mostré algo a una de mis hermanas y alguna amiga por ahí, pero nunca lo más personal, eso lo guardaba para mí.

¿En su adolescencia la escritura o la actuación eran su espacio seguro?

Definitivamente. Yo era muy tímida e insegura para dar una opinión o realizar alguna exposición, pero cuando escribía o actuaba en las actuaciones de mi colegio, me adueñaba del escenario y me sentía muy protegida y segura.

¿Cómo fue ese proceso que la llevo a escribir poesía? ¿Qué la motivó?

Mis poemas no fueron escritos con la intención de hacer poesía. Eran poemas, pero para mí eran simplemente escritos y sentires. Tenía mucha necesidad de escribir lo que sentía para poder conversar conmigo misma. Cuando escribía y luego leía lo que había escrito, me comprendía más.

También deseaba participar activamente en lograr cambios en la sociedad, por eso estudié periodismo, carrera que casi no ejercí porque no me adaptaba a los medios de comunicación y a la gente que los dirigía. Tampoco quería hacerlo a través de la política, porque mi personalidad no se adecuaba a la forma de política de mi país, así que decidí hacerlo desde el teatro y empecé a escribir obras teatrales con temática social.

Mis poemas los quería guardar para mí, porque sentía que eran muy personales y que a nadie más debía importarles, pero con el tiempo, lo entendí de otra manera y me dije algún día los publicaré, algún día que yo trataba de que sea lejano porque no estaba del todo convencida. Fue mi esposo quien terminó de animarme porque, según me dijo, vio mucha calidad en mi poesía. Él es artista y ha estado muy ligado desde siempre a la poesía, por eso creí en él y seguí su sugerencia. Mi primer libro contiene poemas escritos en diversas etapas de mi vida, incluida la adolescencia.

¿Cómo fue ese momento de su primera actuación?

Mi primera participación en público fue cuando tenía siete años. Fue en una actuación de mi colegio, y la obra fue *La Cenicienta*. Mi personaje era precisamente *La Cenicienta* y alcanzamos gran éxito, tanto así que nos llevaron a actuar a otros colegios de mi ciudad. Realmente me sentía muy feliz por el logro y creo que eso fue lo que me llevó siempre a querer ser actriz.

¿Escribir, dirigir, actuar, el trabajo de producción teatral han sido parte de su vida, con cuál de esas ocupaciones se siente más cómoda para expresarse?

Escribir, dirigir y actuar es tan diferente y tan parecido al mismo tiempo. Con las tres actividades me he sentido muy cómoda para expresarme, sin embargo, escribir me permite decir lo que quiero sin ningún límite.

¿Tiene algún libro o un autor que ha leído y releído invariablemente a lo largo de su vida?

Más que libro, tengo autores a los que he leído y releído, por ejemplo, Lawrence Durrell, Vallejo, Kafka, Alberto Moravia, Khalil Gibrán, Flaubert, son escritores y poetas a quienes tuve cerca de mí desde que los leí por primera vez, los sentía como parte de mí misma.

¿Cómo es ese momento cuando siente termina el poemario o un montaje teatral? ¿Se siente vacía o satisfecha?

Vacía de ningún modo, y satisfecha, no sé, siempre hay un temor rondando por ahí. Creo que cuando empiezan las primeras críticas positivas, aparece el alivio para empezar a sentir satisfacción. Siempre hay una inseguridad acompañándonos, o un “pude escribir algo más profundo o intenso”. Pero también hay un entendimiento al saber que, si uno escribe con honestidad, lo demás sobra.

¿En esta época qué le da miedo?

Más que miedo, me da rabia vivir en una época en la que están desapareciendo los buenos escritores, músicos, artistas en general, y le están dando paso a gente mediocre que logra ser referente de mucha gente.

¿Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: ¿email, recordatorios etc.?

Hasta el momento no lo he hecho, pero no me resulta tan malo si me pongo a pensar que siempre quise un asistente para que me redactara solicitudes, cartas, formularios, etc.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Ica?

No puedo dejar de recomendar *Paracas del Alma*, de Cristian Denegri, mi padre. Está lleno de poemas que describen lo que verdaderamente es Ica.

¿Por qué escribe?

Porque debo decir muchas cosas y no nací oradora. Porque me parece magia ver que vayan apareciendo letras y palabras en la pantalla, al mismo tiempo de que el alma se libera y alimenta. Porque quiero ayudar, aunque sea a una persona en algo, algo que cale en ella para que la cultive y transforme.

Poema I

Tristeza

Tu vestido está equivocado
se ha adherido a tu cuerpo para deformarlo
te han puesto tacones para brillar
sembrando falsedades
y fuertes dolencias.
Te han creado una historia de vida

que no corresponde a tu esencia
a tu verdadera alma
a tu único motivo de existencia.
Llevas lágrimas de sufrimiento personal, dicen
para sacar las armas y matar sin piedad
eso dicen
eso sienten quienes malrecibieron a la vida
quienes no te descifran
no te palpan

quienes pensaron en vestirse para las apariencias
quienes tienen en sus habitaciones internas
solo luz artificial y comida para no morir
simplezas disfrazadas de pasiones
dádivas sobrantes de sus platos egoístas
palabras mudas que llenan de bulla los espacios
escasas de verdad
incluso escasas de vida.
Tu existencia les asusta
los llena de rabia
porque solo quieren risas
mostrar su perfecta dentadura
pararse en un escenario
recibir aplausos dentro de una billetera
pero estás lejos de eso
estás realmente en otro mundo
sin distancia ni medida
sin caminos
sin habitantes
sin luz ni oscuridad
sin calor ni frío
sin principio ni final.

Poema II

Caminas dentro de un disfraz
y ríes debajo de la cobija.
Te sientes siempre poderosa
sonora cuando quieres
y silenciosa para matar.
Agazapada
seductora
con ojos vivaces
esperas el momento para atacar
y hacer de los temores
tu lugar de descanso.
Llevas como llama ardiente
en tus venas y sangre
en todo tu ser
la risa burlona
que conduce a guerras sin fin.
Coqueteas con almas perdidas
las acaricias
las arrullas hasta hacerlas morir
dentro de la vida apagada en la que ya viven.
Las guías por caminos infinitos
para que caigan al submundo del mundo
y estando abajo se arrastren
hasta tu eterna posesión.

Poema III

David

Te quedarás en mis hojas
con formas de amor
y letras melodiosas.
No pude seguir cantando mis sentimientos
porque tus oídos
estaban lejos de mi corazón.
No pude mirar tus ojos amándome
porque mi vergüenza
le puso freno a mi confesión.
Mis palabras dañaron mis labios
por la crudeza de su sonido
cobarde
tímido
agresivo
que salía con nerviosismo de mí
temblando
cada vez que me mirabas.
Cuando no
yo te miraba a ti
buscando una semejanza
sin moverte de tu sentimiento.
Por eso me llevé mi voz
para que no suelte palabras que quedarían en soledad.
Por eso me llevé mi mirada
para que el amor no resbale por mi rostro.
Por eso me llevé mi sonrisa
para que la tristeza me salve de ser descubierta.
Por eso me llevé mi amor
para que no se pierda por caminos solitarios.

Poema IV

Amiga

Saber que no nacimos del mismo vientre
no ha sido motivo
para no sentirte hermana.
Solo me basta ver tus ojos

que miran lo que yo
para saber que hay un lazo especial
fabricado para nosotras.

Un destino
se ha encargado de cambiarnos
nos ha separado
para ponernos en vidas distintas.
Nos obliga a sentir nuevos cariños
que se van debilitando
porque el tiempo nos separa
y nos quita nuestros días.

Tu día ahora es solo tuyo
o de alguien más
y el mío quiere ser invadido
o quiere ser apagado.

Destino insensible
nos dejaste sin los juegos compartidos
sin posibilidad de peleas amigas
sin espera de abrir nuestros oídos
y estirar los brazos
en forma de consuelo.

Te quieren reemplazar
quieren tomar mi mano para donar una caricia
pero hay una piel que la cubre
y la reserva para la verdad
para nuestra realidad inventada.

Poema V

Nada

Si tuvieras brillo en tus abrigos
si tu invierno fuera controlado con fuegos consentidos
si tu casa reflejara diversos colores
y tu intensidad viajara por extensos espacios
si tus ojos estuvieran cubiertos de montañas
y tu mirada formase signos verdosos
si tu mesa llevase un mantel protector
y su presencia fuera para juntar almas
no te nombrarían con vacíos y desesperanzas
no te cerrarían las puertas
dejando abiertas las ventanas
no te negarían abrazarte
acariciarte y consolarte
porque te sentirían amiga
un cuerpo de bondad flotante

un ser merecedor de la vida eterna.
Te querrían desaparecer para sentirse alguien
pero jamás levantarían tu piel
ni probarían tu dulce sangre
jamás valorarían tu libertad
ni aceptarían tu realidad
porque si fueras una forma
un color
o un aroma
perderías el poder que te fue concedido para despertar interiores
y perderías tu fuerza
aparentemente inexistente
y el misterio que la envuelve.
Serías algo sin rumbo ni destino
serías simplemente ellos
quienes no te ven.

Poema VI

Hay que alejarse, hay que acercarse

Hay que alejarse del que ríe siempre
urge tomar distancia
no hay que seguir cerrando el pase
a los sentimientos apretados
hay que acercarse
a la canción que te diga
a la obra que te reclame
que te implora mirar más allá
de ti, del mundo de cáscaras
de lo que no es y finge ser
de este mundo adornado con escarchas
que opacan la luz que da la luna.
Hay que alejarse, hay que acercarse...

Poema VII

Mis pocos años son tuyos
y de los campos y sus colores.
Me gusta caminar
con tu mano unida a la mía
juntas siempre
hasta que llegue el momento
de inventar otras manos.
Me gusta recorrer espacios
verdes, rojos, amarillos
de los colores que nuestra retina quiera ver.
Caminar contigo siempre
porque estos prados son nuestros.
Ya no estoy dentro de tu vientre

pero estamos las dos
dentro del vientre del campo
unidas
hasta que llegue el momento
de inventar otra voz.
Me gusta mirar el cielo
repartirlo
dos nubes para ti y dos para mí
Intercambiarles su lugar
darles forma desde nuestra alegría.
Mi tiempo es tuyo
para que lo cuides
y lo hagas mío.
Mis escritos son tuyos
para que le pongas melodía
y los hagas canción.
Mis sueños son tuyos
para que les amplíes el destino
y les des eternidad.
Mi vida es tuya
hasta que llegue el momento
de inventar otro corazón.

Poema VIII

Mis ojos han caído
pero mi mirada quedó arriba
sin pasar por encima de mi hombro
aunque más arriba de él.
Mi boca está triste
siente el peso de mis palabras

que por ella circulan
las siente frías
sin horizonte ni futuro.
Mi alma está perdida
camina sin rumbo ni compás
se esconde en mi poca luz
y desde su propia sombra
sale a desafiarme.
No me entiende
ni yo a ella
pero intentamos seguir la ruta
esperando un nuevo destino
que nos junte
para volver a ser una.

Poema IX

Amarrada en mis sentimientos

vivo mi extraña vida
sin entender siquiera
el por qué los llevo dentro.
Ahogada en una habitación
de ventanas
cerradas como celdas
donde la luz brilla sin fuerza
porque la oscuridad lidera el espacio
suenan pensamientos
como instrumentos musicales
tocados por niños
y pasean por mi mente

bailando sin compás.

Me acuesto por las noches

en una cama desolada

con sábanas frías

sin color

sin olor

sin textura.

Las lámparas pugnan

por servir para aclarar

pero la despiadada oscuridad

vuelve a combatir las

¿para qué? les pregunta

se burla y las apaga

y apagadas no entienden nada

como yo tampoco lo hago.

Pero sigo siempre ahí

como mi vida sin color

mi música se siente triste

mis escritos moribundos

mi mirada se pierde lerda

burda

sola

como yo lo estoy.

Tengo miedo

y miedo de no sentirlo

miedo de mi fuerza

de mi valentía

de mi lejano amor.

Por las mañanas empiezo a dormir

y me entrego al sueño de formas

de esperanza con color

de la vida injusta para muchos

como para mí también lo es.

Pero sigo siempre fuerte

aunque apagada ahora estoy
frágiles sueños me persiguen
frágiles
como la fuerza de la luz.
Las lámparas y yo nos miramos
sin que podamos entendernos
hay un abismo que nos avisa
que la esperanza ya no está
la luz ahora se fue

yo también lo hice
la oscuridad creyó ganar
y tendida en mi cama desolada
de sábanas frías
sin color ni textura
me acuesto
miro las ventanas
cerradas como celdas
y detrás de ellas
me veo yo.

Poema X

Yo recuerdo de mi niñez
las mariposas en los aires
y las campanadas de la iglesia.
De mi madre recuerdo
su sonrisa alumbrada
y su mirada de apoyo.
No quiero que aparezcan
los llantos y sus muertos
los vacíos de los parques
y la ausencia de las flores.

No quiero el gris de los colores
ni el silencio de las fiestas.
Quiero el recuerdo de los dulces
el recuerdo de mi abuela
las caricias que inventaba

y sus dedos sentenciando.
No quiero recordar
la muerte de mi perro
sino
sus ladridos entonados.
No quiero recordar
el sonido de las tripas
de los niños sin comida.
Sus platos vacíos
y sus madres ausentes
se han perdido en mi memoria.
Mucho miedo las borró
mis galletas las calmó.
Yo recuerdo de mi niñez
mi futuro inventado
mis juegos de menos años
y mis ansias de abrazos.
No quiero recordar
los temores de mi madre
ni sus sufrimientos eternos.
No quiero ver su triste alegría
ni sus lágrimas contenidas.

Poema XI

Se anuncia la retirada
hay que dejar el escuadrón
las balas ya no matan
tan solo saben herir

y dejarnos solos
sin piernas para correr
sin brazos para abrazar
sin boca para cantar
sin ojos para mirar.
Hay que romper la fila
y dar un paso al costado
pero dejar el alma ahí
por si aparecen otras piernas
por si aparecen otros brazos
otra boca
otros ojos.

Las burbujas se rompieron
ya no caminan por el aire
sin aviso alguno
las dejaron solas
ya no hay escuadrón a seguir
el corazón se quedó sin militancia
pero hay que continuar el camino
quizás por otras vidas
quizás por otros sueños
por otros sentimientos
y otros entendimientos.

No importa sin piernas
no importa sin brazos
no importa sin boca
no importa sin ojos

tan solo el oído
para poder escuchar
atento y con emoción
que se anuncia la retirada
que hay que dejar el escuadrón
y seguir atento y firme
llevando siempre el corazón
ese que late
para hacernos vivir
ese corazón que late
para hacernos morir.

Poema XII

Abrí los ojos
encontré luz.
Abrí los brazos
encontré calor.
Abrí la boca
encontré alimento.
Abrí la voz
encontré calma.
Abrí mi mente
encontré respuesta.
Abrí mis manos
encontré fuerza.
Abrí las colchas
encontré sueños.
Abrí un libro

encontré continuación.
Abrí mis miedos

encontré protección.

Abrí mis deseos

encontré vida.

Abrí mi vida

y

entonces...

Encontré la muerte.

Leonardo Nin



Leonardo Nin

Escribo para sacarme
lo agrio, para luchar contra
la ignorancia

Mi madre

*Era del color de la noche la noche en que a mi madre
se le oscureció el tiempo.*

*Era del tamaño del tiempo el océano de lágrimas
chorreando en las bodegas de un barco sin mundo.*

*Era del tamaño del mundo el vientre en que madre en
cadenas parió un continente.*

*Era del ancho del continente la isla en la que mi
madre enterró sus huesos.*

*Era del blanco de los huesos la esperanza pálida
de su pelo crespo en mis manos mulatas.*

Leonardo Nin

La vida del poeta Leonardo Nin es la historia de Latinoamérica: esa mezcla de sangre africana, amerindia y europea. Está también incluida la pobreza sin artificio. También la música que alegra los sentidos, que acompaña los sueños y las desventuras.

Por otra parte, la historia de Latinoamérica es una metáfora contra el olvido, contra las injusticias y al final de cuentas, para los creadores, es un desafío por encontrar una voz propia que refleje ese espíritu que siempre busca nuevas voces para descubrirse.

Es por eso por lo que la poesía de Nin está impregnada de esa mágica fusión de mitos y realidad, una poesía que habla del azul cálido del Caribe, de la magia negra del vudú, del destierro con los ojos puestos en el sufrimiento y el asombro del presente.

Es interesante acompañar la poesía de Nin con lo que el Premio Nobel de Literatura de 1987, Joseph Brodsky le confesó a Brenda Lyons en una entrevista: “pienso que la poesía tiene un rango artístico superior porque no busca una respuesta visceral, ni resultarle atractiva a la vista, al oído ni, por así decirlo, al estómago. Es una aventura que tiene lugar en la mente y en ningún otro sitio. Todo se concentra dentro de la cabeza o a un nivel aún más profundo, en el modo en que uno se moldea a sí mismo. Justo ahí es donde la poesía despliega su gran poderío, al invitar al lector a hacer lo mismo que hizo el autor. La música, por contra, no actúa así. Ni la pintura tampoco. Ni la danza. Con la poesía, el lector se convierte en cómplice, mientras que las demás artes, como mucho, te permiten ser un testigo más”.

Leyendo unos poemas de Leonardo Nin, cuyas palabras fluyen como una transparencia de arroyo subterráneo, recordé varias ideas encaminadas hacia la ensoñación como espacio anímico donde el poeta puede percibir la fuente de unos sentimientos que se incorporan a su poesía. Y recordé esta frase de Gastón Bachelard, leído en *La poética de la ensoñación*:

“Cuando un soñador de ensoñaciones ha apartado todas las “preocupaciones” que estorbaban su vida cotidiana, cuando se ha liberado de la preocupación que proviene de la preocupación de los demás, cuando se vuelve realmente el autor de su soledad, cuando por fin puede contemplar, sin contar las horas, un aspecto hermoso del universo, siente que en él se abre un ser. De pronto ese soñador es soñador del mundo. Se abre al mundo y el mundo se abre a él”.

Lo traigo a colación para añadir a esto algo muy interesante que señala el poeta español Valentín Navarro Viguera cuando leyó *Al lado azul de la nada*, una recopilación de la obra poética de Nin: “La poética de Leonardo Nin se sitúa en unas coordenadas espaciotemporales sustentadas por los pilares de la ensoñación. Observa la realidad desde un mundo que ha sido abandonado recientemente y que parece que, si vuelve la vista atrás y se pone de puntillas como un sol que amanece, todavía puede ser contemplado, si bien con la mirada interna, honda, muy honda, de la melancolía”.

Mientras que, Marisol Vera Guerra, psicóloga, escritora y editora, cuando leyó *La poética del absurdo*, también de Leonardo Nin, escribió: “Leonardo Nin es un autor indispensable en el panorama literario actual en tanto nos acerca, a los lectores, no solo a una estética literaria, sino a una veta de conocimiento acerca de los procesos lingüísticos e históricos de América Latina donde el Caribe, a pesar de las fronteras políticas, se erige culturalmente como una sola y gran nación”.

El jurado del Premio Literario Letras de Ultramar en 2018 señaló, al otorgarle el Premio por su libro de cuentos *Por eso no volveré nunca*, “por la maestría de algunos relatos, la calidad de la prosa y el dominio de distintas herramientas literarias que denotan un trabajo continuado, así como un notable aliento poético”. Ese mismo año obtuvo en Premio de Novela por su libro *Solo sé que le llamaban Sombra*.

Leonardo Nin es poeta, escritor, músico, antropólogo. Nació en Tamayo, (Barahona), República Dominicana, 1974. Es uno de los principales representantes de la literatura dominicana contemporánea.

Ha publicado: *Guasábaras* (cuentos 2003), *Sacrilegios del excomulgado* (cuentos 2008), *Poemas en blanco y Negro* (poesía 2014), *La porfiadas* (teatro 2018), *Espacio Pagado* (poesía 2019), *Solo sé que le llamaban Sombra* (novela 2019), *Por eso no volveré nunca* (cuento 2019), *Al lado azul de la nada* (poesía 2023).

También ha desarrollado una intensa labor literaria y de investigación lingüística y antropológica sobre las variaciones fonéticas del castellano en América y las influencias de la lengua taína y las lenguas africanas en las vertientes modernas de comunicación.

Premio Nacional de la Juventud, 2007, Primer Lugar Concurso de Cuento Radio Santa María, 2016, Premio Ultramar de Literatura, 2018, Mención de Honor Concurso de Literatura Fundación Global (Funglode), 2019. Premio Ultramar 2019, novela y cuento respectivamente. Premio Irma Contreras de cuento de la Feria Internacional del Libro de Lawrence, 2021. Fue Poeta Celebrado en la Feria Internacional del Libro de Neiba, Republica Dominicana en el 2022.

Sus trabajos literarios y de investigación han sido publicados en diversas antologías y revistas literarias nacionales e internacionales. En la

actualidad es subdirector del Museo Taíno Maguá Ojo de Agua, columnista de la revista *Touristmood.es* y coeditor de Hiedra Editorial, Boston, Estados Unidos.

¿Dónde nació? ¿Podría hablar un poco de su casa de infancia, de sus padres, de su familia?

Vengo de un pueblo junto al Río Jaque, en el sur profundo de la República Dominicana, llamado Tamayo, en el Bahoruco. Allí crecí, rodeado de una familia extendida, lleno de amor, en un ambiente donde el todo era parte de una colectividad compartida. Carecía de todo lo material, pero me sobraba la dicha de saberme rodeado de gente que daba como regalo la incondicionalidad: el abuelo, de mirada honda, me enseñó a leer la tierra, a hablar con la naturaleza, a apreciar los regalos del universo; la abuela, mi madre, mis hermanas, en sus abrazos, me brindaron lo bello de la ternura, del cuidado, del sabor de la comida cuando el amor es la sazón condimentando la cena, cuando la ternura es la venda en la herida, el abrazo en la desdicha, cuando la resiliencia, es el nudo tragado en la garganta.

Mi padre, quien a falta de un televisor se pasaba las noches haciéndonos teatro de sombras con unas marionetas de cartón y una vela y mis tíos, siguiendo sus senderos hacia la cosecha, hacia la pesca, al futuro de la promesa: “usted va a estudiar y sacar la familia adelante”.

¿Recuerda alguna línea, alguna imagen, que le dejó algunos de los primeros libros que leyó?

Imposible olvidar, uno es lo que lee, y sí, la literatura transformó mi vida. Aún siguen dando vueltas en mí, los cuentos de Bosch, de Rulfo, de Cortázar; los versos de Hernández, de Walcott, de Darío, de Vallejo. Recuerdo, “en la razón de cada sinrazón” de, debido a mi apariencia de caballero flaco de lentes, en la escuela primaria crearme Quijano, al punto de, con la escoba, hacer un Rocinante de palo, y a espada y adarga de cartón y yelmo de papel, pelear contra los cocoteros de un Caribe sin mancha, ni molinos. Así me pasaba los días y la infancia entre líneas de Borges, y Henríquez Ureña, entre la culpa de Dostoievski

y la redención de Víctor Hugo. Soñando con un “del otro lado está el mundo” de Manuel del Cabral, con un, “yo vivo solo, al lado del agua” de Walcott, saboreando con Machado el nudo de hacer camino, “cuando de nada servía rezar “ante el deseo inaguantable de recorrer el mundo en ochenta días, como si a alas abiertas, volara tras las gaviotas rumbo al horizonte del Caribe dormido en el alba y volver a mi lugar en la orilla del azul cálido, como el abrazo de la abuela frente a la leña.

¿Cómo llegó a la poesía? ¿Qué o quién le motivó a escribir y cuándo?

Crecí en la poesía: mi abuela española me enseñaba versos y métrica, mi abuela negra me cantaba décimas al ritmo de cantos y salves. Luego, la biblioteca pública del pueblo fue mi segunda casa, leía, leía y releía hasta el hastío. Hasta que a los doce me dio con escribir, escribía cartitas de amor a los compañeros de la escuela por encargo, me apodaban “Malaria, el poetica”, primero por mi notable deficiencia en los deportes, segundo, porque me convertí en el escribano no oficial de la escuela.

Al entrar a la secundaria, ya escribía cuentos para la radio católica local en un programa de alfabetización radiofónica. Adaptábamos novelas como, *Enriquillo*, *Over*, *El Masacre se pasa a pie*, *Los miserables*, *Los Tres Mosqueteros*, *El Conde de Montecristo*, entre otras tantas y las dramatizábamos en la radio para alfabetizar las comunidades pesqueras y cañeras. Creo que aún quedan los audios con mi voz en alguna parte del archivo. De esa época salieron obras que nunca he publicado, ni publicaré, olvidadas en los cuadernos y las notas ya ilegibles y gastadas por los años: érase una vez, cuando era pez, *El campesinillo y el gigante*, *La llorosa*, y *El mulato ojos de gato*.

¿Escribió sus primeros textos a escondidas o se los mostraba a sus amigos?

Era ermitaño y reservado con mis escritos. Con la excepción de Robinson, Osvaldo y mi hermana Kendy, que a veces me ayudaban con los cuentos para la radio, casi nunca compartía mis escritos con nadie. Los guardaba y olvidaba. Aunque durante las patronales los colectivos

de izquierda me pedían escribir versos y recitarlos en las celebraciones. Hasta el día en que olvidé un verso a medio recitar y rápidamente mi carrera infante de declamador paso a la de bufón y hazmerreir. Lo que hizo que me encerrara aún más y me refugiara en la biblioteca, creo que hasta hoy. Sigo siendo solitario al forjar mi obra. Esto me permite explorar confines internos de artista, de dios creador de albedríos de papel y tinta y solo en el soplo silente del aislamiento se puede alcanzar eso.

Aunque ahora la academia, los festivales y recitales poéticos me obligan a compartir y leer en público, siempre tengo una obra oculta, añejándose, esperando la aprobación final del lector del papel. Y sí, prefiero el papel a la pantalla, lo digo como cita y queja a la modernidad.

¿Hay más poetas en su familia?

A parte de mis abuelas, Dolores Batista de Nin (Lola) y Angélica Méndez (Negra), mi primo, José Gómez Nin. Este último escribe cuentos y poesía. También mis ancestros están ligados por apellido al escritor español Joaquín Nin y Tudo, abuelo de la escritora Anaïs Nin.

¿Tiene un libro que relee siempre, o un autor al que acude en cualquier momento?

Tengo varios: Rulfo y su México desventurado, Vallejo, Márquez y Vargas Llosa por sus espejos de esta Latinoamérica partida en medio de la historia. Camus, Dostoievski y Cortázar por como juegan dando respuesta a una especie para mí foránea, desconocida hasta en las cosas comunes. Terencio una vez dijo, “Nada humano me es ajeno”. Yo digo que todo lo humano me es foráneo, extraño, impredecible, indescifrable. Solo en las voces de la literatura encuentro respuestas. Solo en las páginas de un Melville cabalgando el lomo de un Moby Dick a la deriva, solo en el cuervo de un Poe silente en medio de la calle, solo en la venganza irremediable de un conde aprisionado en los calabozos de la injusticia de Dumas, solo en las lágrimas de un Kafka volando con su cuerpo de mosca como si escapara de lo humano en la podredumbre de la existencia. Siempre vuelvo a los libros, al Frankenstein de Shelly, a la templanza del Ulises de Joyce, a la locura de Wilde, a la magia de

Khalil Gibran, a la belleza de Lorca, a la sabiduría única y filosófica de Unamuno y su claridad en medio de esta niebla llamada humana.

¿Cómo es su día a día en Boston? ¿Tiene el tiempo necesario para escribir?

Yo, como José Martí, “vivo en el monstruo y conozco sus entrañas”. Me tocó la realidad del exiliado, del desterrado económico por el neoliberalismo y la trampa del desarrollo colonial. Qué decir, uno escribe, uno siempre escribe, es mi responsabilidad con el planeta, con la sociedad, con los sin voz, con los marginados, aquellos que no tienen seguidores de redes en la marginalidad de los guetos, con los que hacen camino en el andar de la frontera a una Canaán de concreto. No de leche y miel, sino de petróleo y *smog*. Por eso escribo todos los días, ya sea como antropólogo desenterrando tradiciones de los innombrados, como catedrático universitario dando a mis estudiantes la venia de la libertad en el pensamiento crítico o como poeta y narrador, tomando mi lugar en el espacio que me ha tocado en la historia. Pero al final, después de montar bicicleta o caminar por el lago, me siento a cazar mundos y a vestirlos de palabras para traerlos a este.

¿Le fue difícil publicar su primer libro?

Muy difícil, casi imposible. Mi primer libro desapareció con todo y costo de publicación junto con el editor. Odié al mundo literario después de aquello, no quería nada con aquella realidad mezquina y voraz. Ya luego me salvó el poeta Tomás Castro Burdiez, quien al enterarse del suceso me publicó el libro en su editorial. El resto es historia.

¿Cómo es su proceso escritura? ¿Toma apuntes o va directamente a la computadora a escribir de un tirón?

Todo depende del género, de la obra. Soy un escritor ecléctico, yuxtapuesto que, responde al oficio con la seriedad que conlleva el compromiso con la literatura. Hay momentos en que escribo directamente en la computadora, especialmente si es prosa, novela o cuento principalmente. También, tengo cuadernos de apuntes, grabadora de notas

e ideas, cuando la premura de la vida citadina y laboral no me permite el privilegio de la soledad o el tiempo. Luego, durante los días de escritura, los plasmo en el ordenador. Después, los imprimo y los guardo por semanas, meses, años. Tengo una novela guardada hace casi veinte años. Me gusta leer en el papel impreso y así, editar, corregir, agregar, cortar y esperar, esperar que la obra madure en algún concurso o propuesta de publicación.

¿Escribe para un proyecto de un libro en concreto, sea poesía, cuento, novela o ensayo?

Tengo varios proyectos en curso. Aunque ahora estoy en la fase de publicar algunos artículos académicos que había escrito hace años y teñía guardados. También estoy terminando un libro de cuentos y otro de poesía que, necesitaba olvidar para leer sin la inclinación a la parcialidad del escritor que se enamora de lo que escribe, cegado por el ego.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer la República Dominicana?

Mi país tiene una tradición literaria muy rica y aunque no se nos reconozca aún, me gustaría invitarles a leer, *Cuentos escritos en el exilio* de Juan Bosch, *La tarde que murió Estefanía* de Aida Cartagena Portalatín, *Bojear* de Enriquillo Sánchez, *Materia del amor* de Manuel Rueda e *Invitación al vuelo* de José Mármol. No caería mal leer a Manuel del Cabral y su poesía negroide en *Compadre Mon*.

¿Cree que los influencers de las redes sociales han asumido el papel que antes correspondía a los intelectuales, artistas, poetas y escritores?

Toda sociedad elige su arte, su filosofía y a sus profetas. Desafortunadamente para mi generación, nos tocó vivir en la época de la posverdad, nos tocó vivir en la limítrofe de la involución de la cultura escrita a la visual; del final del mundo occidental y su cultura a la bipolaridad geopolítica del sur global. Nos tocó vivir la antesala del resurgimiento del neofascismo y el tecnofeudalismo. Mi tristeza con esto radica en que hemos cambiado el conocimiento sustentable de la evidencia ante

la hipótesis, hacia una aproximación perceptible y emocional, ni siquiera empírica, de la ignorancia del postulado como argumento absoluto del que solo se busca la mención o el ruido sin importar la veracidad o las consecuencias de la externalización de la idea. Un ejemplo de esto es el hecho de que yo duré quince años de mi vida decodificando la lengua taína de los arahuacos antillanos al momento de la llegada de la lengua española a América. Sin embargo, un muchacho que, sin ningún conocimiento de lexicología, filología o antropología tomó mi investigación, y sin darme ningún crédito, hizo un video de quince minutos sobre el tema. Ahora, él es el experto. Nadie conoce mi trabajo, y solo asocian el tema con él, por la naturaleza viral del contenido.

Aunque vale recalcar que, las sociedades son cíclicas y tarde o temprano, ya sea por inercia social o simple despertar intelectual, volveremos a pedir sustancia, conocimiento, literatura, evidencia. Entonces, yo dormiré tranquilo en la tumba en donde me encuentre.

Se ha dicho desde siempre que las nuevas generaciones no leen ¿está de acuerdo con esa aseveración?

Siempre habrá lectores. Pero hoy es muy difícil competir con herramientas de inteligencia artificial, diseñadas para cautivar nuestras tendencias evolutivas y preñar en nuestros miedos e ignorancias. Hoy hay miles de películas, video juegos, chats, redes, grupos, canales, deportes, que nos ocupan para alejarnos del pensamiento y la introspección. El pan y el circo les permitieron a Roma gobernar un imperio hambriento y sanguinario por más de mil años. Más circo que pan, le permitirá al neoimperio lo mismo. Toda esta realidad es producto de la decadencia social del occidente, del desmoronamiento de los sistemas educativos, morales, y sí, por qué no, religiosos. Todo esto es producto de Saturno devorando a su hijo, como en una pintura de Goya, los dueños del planeta subyugándonos como ovejas al degolladero, como sirvientes, esclavos a los que pensar de forma crítica, les es negado, bajo la avasallante y teátrica manifestación del engaño disfrazado de conocimiento.

¿Por qué escribe?

Creo que mis respuestas arriba lo revelan, escribo para sacarme lo agrio, para luchar contra la ignorancia, para mantener balance en la sociedad, para dejar un legado, un aquí hubo una vez un humano en medio del tiempo. Buscando tal vez, la redención de un Jean Valjean ante el candelabro de la educación en medio de la miseria. Escribo para vengarme del sistema, para educar e invitar al pensamiento crítico, a la reflexión, a la libertad de saberse ente, ante la subjetividad de la percepción, cuando se abren los ojos del conocimiento y la imaginación al abrir un libro.

Poemas

Teorema rotatum|

La geometría de mis ojos
es lo incongruente de un copo de nieve
acostado en lo insípido de la tormenta.

Podría inventar acertijos irresolutos,
irremediablemente confusos
hacia la salida
escondida al final de las estrellas
y reclamar al universo mi lugar
en el tiempo de los tiempos.

Podría darles formas
a las palabras volando
de mis dedos:
inventar tesoros al final
del arcoíris esperado en primavera,
socavar sandeces en el calor

de los veranos de mi diario,
concluir —tal vez— el verso
que describa el sentimiento
asido en lo profundo del secreto.

Puede que,
en este intento atrape al viento
e hilvane vestidos de novias de nubes.
Que teja velos de olas
en los ojos del recuerdo,
que hile de su aliento,
que es mi aliento,
un collar de las palabras
dichas en la desdicha de un olvido.

Pero la vida, la vida es un blanco
frígido y rapaz
por la que una lágrima surca la arruga
hasta el amargo del nudo
donde una vez habitó
la sonrisa de un sueño.

El hombre del reflejo
no me reconoce,
busca al otro,
al que debiera estar allí,
en lo ilusorio de su memoria.

El frío sigue,
la nieve lo borra a él,
lo borra todo.

Yo sigo solo,
cazando mundos
al otro lado del tiempo.

Reflectario

El afuera es un blanco infinito
en donde los sentimientos vuelan
como cuervos, aguijonados
de incertidumbre en medio del destino.

Una vida es lo perdido
en el recuerdo
incipiente de la desdicha,
el sabor agrio
dejado en la mesa
como una copa sola,
seca y mustia en el borde donde una vez
hubo un labio y un suspiro
con cuerpo y nombre. Ahora,
una ausencia,
cóncava y vacía,
como si remedara al hueco
en eco de un latido
volando a lo frígido
y lacerante del olvido.

Porque se olvida cuando se muere
y se muere cuando el olvido
no llena la copa,
ni la risa, ni la mirada frente al fuego
donde el calor era la vida
y el refugio era el destierro.

Si hubiera dibujado un mapa,
a lo mejor
este errante perdido
en el verso

volvería al lugar escondido en la huella,
treparía por el aire gastado,
ido en el respiro de otros
suspiros y subiría
hasta la entrada /donde una vez/
bajo la vela
 en el fondo
 habitó un latido.

Estado de sitio

La idea
merodea insípida en las estaciones del tiempo.
Podría con una palabra describir el mundo
afuera de la ventana de nuestras posibilidades.
Decir tal vez, que queda un suspiro en la boca de lo dicho,
un quejido en la espalda
del verso escrito con la tinta de sus poros.

Podría hurgar un recuerdo
descubierto por la punta de mi dedo
en lo guardado en el mapa milenario
de sus secretos.

Puede que palomas ebrias
vuelen en la noche
de sus violines
que,
de un brinco un fénix
resucite ardiente de su sueño milenario
e inherente
incendie nuestras calmas

bajo la sábana de agua de los vaivenes.
Puede que
surja el suspiro
de lo ido en la quietud robada al bullicio
de los confines de una ciudad
dormida en el idilio de los poetas
osados a describirla
en la oquedad de sus versos.

Puede que mi boca,
que ahora es su boca,
enuncie una palabra definitiva,
un fonema asaz para narrar
la conjugación de la vida
reflejada en el ojo
que espía a la imagen
desnuda
en el espejo.

Y sea la luz...

Retorno

Vuelvo al centro de la espiral,
a cerrar la coraza del pecho,
al silencio del torbellino roto al caer el bucle.

Vuelvo a robarle sandeces
a la soledad del silencio,
a la sala vacía del desquicio,
a la esperanza agria del poeta,
a la verdad de la incógnita.

Vuelvo,
al final de la cometa
donde el hilo en la niñez
me regaló el sueño.

Vuelvo a lo imposible
de la esperanza,
a abrazar molinos en los vientos,
a conquistar finales en la lluvia,
a esperar adioses en los trenes,
a robar alientos en la desidia.

Vuelvo a la vuelta de lo
que ya no vuelve,
vuelvo al pilote de sal que,
una vez fui
 al desobedecer
 y voltear la cara.

E pluribus unum

Me ato a los recuerdos
como una hiedra
ante
el frío/
persigo al viento
destierro nómada,
bullicio desafinado/
murmullo
en muchedumbre
de una vela en la ventana
de un desvelo

hundido en el laberinto
donde un ojo acostado
sobre la soledad, se enrosca en la
sábana cubierta de noche.

Nudo a nudo
voy dejando el despojo
de mis pasos/
huella atroz
arrepentimiento
cabizbajo a la resignación
del tiempo ido a destiempo
de la última línea
del letargo de mis senderos.

Una vez un hombre,
bestia bípeda
tirano
rebelde ante el silencio
de molinos rotos
lanza
de agravios y espejos blancos,
sin otra imagen que
el legado incurso del oprobio
de la mano queriendo sacar
al otro del fulgor
esquelético del reflejo
así como se seca inocencia
del vientre añil de los recuerdos
y la culpa.

Una vez un poeta
un sueño
una vez una promesa

circumspecto engaño juvenil
de fatuo naife bufón
halando la cuerda
pendular
de lo ahora inalcanzable
en la realidad viva
del destino.

Grano a grano
Voy cayendo al despojo
de mis huellas
en el paso
desvencijado
del fondo
del hoyo
del centro
del tiempo.

El vuelo de un poeta

Yo, que de la cueva de Leucones
lamo las heridas
de los días. Esos, dejados
en el fondo púrpura
de orfandad de la copa
servida una vez
a los mustios olvidos
del destiempo
de la ventada.

Esa,
en la que
un pájaro errante

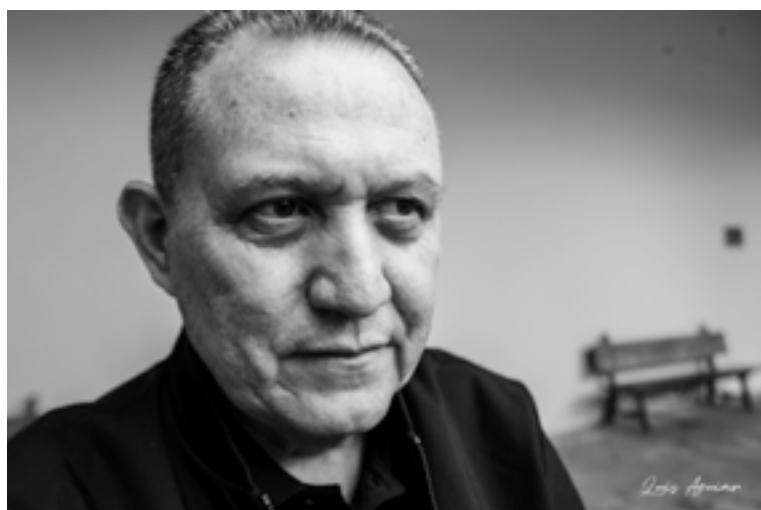
guiña su ojo,
escribe versos silentes
en su vuelo tejedor
de letras en las líneas
onduladas del viento,
cuando se aleja
dejando tras su paso,
un torbellino de hojas:
las de los árboles,
la mías no escritas
/o tal vez/
las escritas en el blanco
inconcluso del intento
ambivalente
de los poetas
taciturnos,
esos,
asidos
en el silencio húmedo
de un libro aún no leído
/o tal vez/
el cual no leeré
ni escribiré
nunca.

La ventana
es una glosa de cristal y mundos,
el mundo es un cristal
atrapado entre mi ojo
y la punta pluma
de mi lápiz.

Abro
la ventana,
el libro,

alzo el vuelo
/y con la punta de mi pluma/
adorno el cielo
de hojas
y versos
/o tal vez/
en el medio del aire
solo
volamos unánimes
las hojas,
los versos,
el pájaro y yo.

Marco Antonio Madrid



Marco Antonio Madrid

Escribo porque toda palabra es
una búsqueda de identidad y
libertad

En la plaza de la ópera

(Inédito)

*Con el rumor de las hojas secas llega la tarde,
como un hombre ya cansado,
como el actor que a fuerza de repetir la escena
la sabe de memoria.*

*Una multitud transita frente a los grandes espejos,
Pero son tan solo un reflejo,
Y ya colmados bostezan y sonríen.*

*Pronto un débil sol brillará en una esquina de la plaza,
Y a contraluz, las sombras crecerán
En el edificio de la ópera.*

*Grandes carteles anuncian la función:
La sonrisa del Tártufo, Los tesoros de Arpagón,
El monólogo de Yago, El veneno donde abreva
La espada de Laertes.*

*¡El teatro del mundo termina aquí!
De las improbabilidades hemos pasado
A las inconcebibles certezas, de las inflexibles leyes
Del déspota a la carcajada siniestra.
Los bufones se han tomado el reino,
Arde como ascua en una esquina de la plaza
La cabeza del monarca.*

*¡El teatro del mundo termina aquí!
Le preceden millones de voces que ahogó la lluvia,
Le sucede la más oscura de las noches.*

Marco Antonio Madrid

Marco Antonio Madrid vive la poesía de manera honesta y pausada, sin estridencias, tomándose el tiempo necesario para decantar su poesía. Es profesor de semiótica y Literatura lo que le permite leer y analizar con profundidad a los autores más definitorios del mundo editorial.

Ya lo señaló Saint-John Perse, en su discurso del Premio Nobel: “más que modo de conocimiento, la poesía es, ante todo, un modo de vida, y de vida integral. El poeta existía en el hombre de las cavernas; existirá en el hombre de las edades atómicas: porque es parte irreductible del hombre. De la exigencia poética, que es exigencia espiritual, han nacido las religiones mismas, y por la gracia poética la chispa de lo divino vive para siempre en el sílex humano. Cuando las mitologías se desmoronan, lo divino encuentra en la poesía su refugio; aun tal vez su relevo. Y hasta en el orden social y en lo inmediato humano, cuando las Portadoras de pan del antiguo cortejo dan paso a las Portadoras de antorchas, en la imaginación poética se enciende todavía la alta pasión de los pueblos en busca de claridad”.

La ensayista y crítico hondureña Sara Rolla, después de leer *La secreta voz de las aguas*, escribió: “Marco Antonio Madrid no es un autor (usando una frase del viejo léxico postal) de obras “de entrega inmediata”. Se toma su tiempo para sedimentar y pulir sus versos. Creo que es ese respeto exacerbado por el oficio lo que lo ha llevado a dilatar el lapso entre la publicación de su primer poemario, *La blanca hierba de la noche*, y *La secreta voz de las aguas*”.

Rolla, agregó, además: “palabra y ritmo exquisitamente trabajados, sobriedad y poder de síntesis. Densidad referencial, hecha de sustratos múltiples (biográficos, literarios, filosóficos y mitológicos). Esos son los rasgos esenciales de la poética de Marco Antonio Madrid”.

Sobre Las uvas de Zeuxis y otros poemas, el escritor Hernán Antonio Bermúdez señaló: “En esta antología, Marco Antonio Madrid amalga-

ma experiencias dispares de su vida transcurrida en el campo y delinea una extensa comarca de creación verbal: el poeta recupera fragmentos que permanecen incrustados en sus recuerdos y se abren paso hacia la superficie de su dicción poética”.

Aquí los componentes de la vegetación son apreciados no solo por las abstracciones que representan sino por las cualidades sensuales que suelen encarnar, una suerte de “paradisus voluptatis” del cual emerge “la secreta voz de la doliente tierra”.

Marco Antonio Madrid (Santa Bárbara, Honduras, 1968) licenciado en Letras con especialidad en Literatura por la UNAH. Se ha desempeñado como profesor de Filosofía y Letras en distintas universidades de Honduras. Sin embargo, su labor docente la ha desarrollado principalmente en el Departamento de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en el Valle de Sula (UNAH-VS) impartiendo la clase de semiótica y literatura. Poemas suyos han aparecido en diarios hondureños y en algunas revistas literarias extranjeras y ha participado en antologías centroamericanas e hispanoamericanas. Es director y fundador del magazín literario *El barco ebrio*. Ha publicado los libros de poesía *La blanca hierba de la noche*, *La secreta voz de las aguas*, *Palabras de acerada proa*, *Las uvas de Zeuxis y otros poemas*

¿Qué recuerda de la casa de su infancia? ¿Esos espacios que perviven en la memoria como un refugio sentimental, los puede visitar en la actualidad?

Recuerdo que era una casa grande, estilo colonial, con paredes altas y techo de teja color fuego, salas, dormitorios y corredores amplios. Por la mañana, en los ventanales, el sol bañaba con su luz enredaderas velo de novia y búcaros cargados de flores. Más allá estaba el patio sembrado de árboles frutales y una colmena que colgaba lacia entre dos horcones.

En la actualidad vuelvo esporádicamente -por herencia la mitad de la casa es de mi madre-, pero ya no es lo mismo: la vieja hornilla y el horno artesanal ya no existen, han sido reemplazados por artículos eléctricos, al igual que las máquinas de escribir y de coser, el retrato pintado en óleo de mis bisabuelos cuando contrajeron nupcias, las porcelanas,

los libreros, los radios antiguos marca Philips, los tocadiscos y vinilos, los búcaros y las rosas, el olor añejo en los cofres de madera, todo se perdió. Todo fue remodelado a tal grado que la casa es otra.

Yo prefiero volver a esa casa grande que perdimos, volver con la memoria y saber que todo está ahí “felizmente impalpable” como lo expreso en un poema. Contemplar el fuego de la hornilla y la luz del sol sobre la hoja de la hiedra.

¿Quiénes eran sus padres? ¿Qué aprendió de cada uno? ¿Esas enseñanzas lo acompañan siempre?

Mi padre es abogado y mi madre profesora de Educación Primaria, por la naturaleza de su profesión, en mi casa siempre había libros. En otro tipo de escenario hubiera sido muy difícil dedicarme a la escritura creativa. El consejo y guía de mis padres siempre fue oportuno.

¿Cuál fue el primer libro que leyó, ese que transporta al lector a otro lugar y a otra realidad?

El primer libro que recuerdo es una enciclopedia ilustrada con mitos griegos y latinos, también recuerdo una antología, igualmente ilustrada para niños, de fabulas con los mejores autores del género (Fedro, Esopo, La Fontaine, Iriarte, Samaniego...). Yo comencé leyendo prosa, posteriormente vinieron las lecturas de poesía. Mas había en los anaqueles de mi padre un libro que me llamaba mucho la atención, para mí tenía el aura del misterio, algo me decía que no lo podía leer porque no lo entendería, su personaje principal, por los comentarios que escuchaba, me parecía un profeta, un hombre sabio y legendario, pero a la vez un Dios o un semidiós. Mucho tiempo después leí el libro en otra edición y me maravilló, descubrí en él, la conjunción del profeta, del filósofo y el poeta. Ese libro es *Así habló Zaratustra*.

¿Quién leyó sus primeros poemas? ¿Lo alentaron a seguir?

Escribo poesía de manera aproximada ya en el bachillerato y en la universidad. En la Facultad de Letras teníamos, con otros escritores amigo, un grupo de literatura llamado Alef, editábamos una pequeña

revista que llevaba por nombre *Arlequín*. En esa revista magacín publiqué mis primeros poemas, luego publiqué en las secciones culturales y de literatura de los periódicos del país. La buena crítica por parte de catedráticos y escritores como Sara Rolla, Helen Umaña, Julio Escoto y el poeta Roberto Sosa me motivaron no solamente a seguir escribiendo, sino a publicar mi primer libro *La blanca hierba de la noche*.

¿Cómo fue ese proceso que lo llevó a escribir poesía? ¿Qué lo motivó?

Es difícil precisar conceptos en ese sentido, pero a grandes rasgos todo nace por el disfrute hedonista de la poesía, digo hedonista porque mi valoración y gusto por un poema pasa por lo estético y no por lo ideológico o político. Me agrada la poesía contestataria y política de un Roberto Sosa, de un Ernesto Cardenal, de un Dalton o de un Joaquín Pasos, y también, la poesía de corte surrealista de Olga Orozco o de Emilio Adolfo Westphalen, la densidad de imágenes en la poesía de Octavio Paz, la erudición en Borges y el tema filosófico en *Diálogos del conocimiento* de Aleixandre. Me gusta todo lo que sea poesía. En la creación mi caso es como el de todos, se comienza queriendo imitar lo que se lee, primero es la lectura y después la escritura, ese es el ciclo del fenotipo y el genotipo del texto en la cultura.

¿Recuerda el primer poema que escribió o alguna línea?

Comencé con la poesía amorosa, la más difícil por lo trillado, recuerdo el poema Más allá de las furias que tiene como tema una leyenda órfica que dice: “¡Eurydice! ¡Oh luz divina! Dijo Orfeo al morir. -¡Eurydice!, gimieron al romperse las siete cuerdas de su lira. —Y su cabeza, que rueda por el río de los tiempos, clama aún: -¡Eurydice, Eurydice!”.

En el primer verso con el futuro perfecto del modo indicativo del verbo, Orfeo, el poeta por antonomasia, clama: “Habrás llegado tú, tierna Eurídice limpia ya de toda sombra. Habrás llegado a palpar las llagas del vencido”.

¿Cuál es su manera de escribir?, ¿piensa primero en un tema, es una metáfora, y escribe mentalmente o toma apuntes en la computadora para ir configurando el universo de un poema?

A veces pienso en un tema y lo trabajo, también puede ser una metáfora, una imagen o, quizá, tan solo la orfandad de algún recuerdo. No escribo poemas en la computadora, lo siento antipoético, prefiero lo ancestral de la escritura, veo magia en ese contacto con la pluma y el trazo del signo en la superficie. Cuando ya termino el poema si lo paso a la computadora y voy conformando un corpus.

No tengo prisa por escribir, nunca la he tenido, voy a mi ritmo porque considero, como señala Kant, que la poesía no tiene un fin utilitario y escribirla es un acto de libertad. Escribo en una libreta y cuando no la llevo conmigo escribo en cualquier papel, puede ser en el dorso de una factura o en el de un recibo de un almacén, del supermercado o de un estacionamiento.

¿Cómo fue el proceso para publicar su primer libro? ¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo? ¿Y en la actualidad, lo abordan las editoriales o sigue siendo un arduo camino el de la publicación?

Mi primer libro de poesía lo publiqué con subscriptores de honor en la ciudad de San Pedro Sula y la edición estuvo al cuidado de Centro Editorial del escritor Julio Escoto. Mis subsiguientes libros los he publicado con distintas editoriales sin que el hecho sea algo arduo ni mucho menos traumático.

¿Puede describir el momento cuando siente termina un poema? ¿Qué siente?

Es muy raro, un tanto inusual que escriba un poema de una vez, a la primera. Por lo general escribo de manera fragmentada, después toca una labor un tanto sibilina, unir los versos y las imágenes bajo la idea concebida. Tiene que haber precisión para que las imágenes engarcen en el ritmo y al final aparezca el oráculo el poema.

Los poemas los dejo en reposo por un tiempo, después vuelvo a leerlos y puedo notar con nitidez las aristas, sino las hay, se produce una especie de anagnórisis o develación muy cercana a la alegría.

¿Le gustan los recitales, leer en público, oír a otros poetas?

Me gustan precisamente porque en ellos tengo la oportunidad de compartir mis escritos y leer la poesía de los otros poetas. Encontrar un buen poema es para mí un hallazgo feliz que comparto y celebro.

Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: ¿email, recordatorios etc.

No utilizo inteligencia artificial, pero sí email y ciertas redes sociales.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer Santa Bárbara?

Recomiendo muy especialmente el libro *Honduras: sus manifestaciones culturales* del historiador y escritor hondureño Rubén Darío Paz.

¿Por qué escribe?

Escribo por una necesidad existencial inherente a toda persona, porque toda palabra es una búsqueda de identidad y libertad que, en el poema, por inmanencia y trascendencia de la poesía, se convierte en un hallazgo. Compartirlo, dar lo humano que hay en cada palabra, es el acto de civilidad más alto entre los seres.

Poemas

Más allá de las furias

*En vano será el afán
De buscar otros nombres. De una vez para siempre
Es Orfeo quien canta. Viene y se va.*

Reiner María Rilke

Habrás llegado tú, tierna Eurídice,
Limpia ya de toda sombra.
Habrás llegado a palpar las llagas del vencido.
En las frías alamedas, mi cabeza
Es tan sólo la lejana contemplación de algún astro.
Me defendiendo de la noche
Tratando de esquivar la marea de esas hojas
Que el viento arrastra hasta mis ojos;
El agua estallando en la osamenta del mundo
Es tan frágil en mis huesos.
La lluvia cae, y mi mano
Roza la piel de algún camino.
Nada soy entre infectadas amapolas,
Sobre esta corriente humana
Que se hunde en el tedio de la urbe.
Entre el asfalto y la vendimia,
Sobre la crueldad del fiero mármol,
No escucharé, el dulce canto de la lira.
El fuego lunar de las Ménades ha gastado estos muros.
Devastados los imperios,
Muero en el sueño de esa boca núbil
Que ardorosa remonta la corriente
Y me llama y me sueña.
El amor une en ti mis pedazos, tierna Eurídice,
Limpia ya de toda sombra.

Remanso

El hombre pasa.
Su palabra queda temblando
Un instante sobre el agua,
Un instante,
Después es una lágrima.
Un instante nada más,
Un instante sobre el agua.
El hombre pasa.
El sol es alto en sus pupilas
Y el viento robusto
En su mirada.
¿No escuchas el incesante batir
¿De unas olas en su sangre?
¿El canto transitorio de las aves
Surcando la memoria?
¿El reproche de unas huellas,
El antiguo rencor de sus pisadas?
El hombre pasa.
El sol se apaga
Dejando un remanso de sombras
En sus labios,
Y no hay sueños,
Ni mundos que pueda redimir,
Ni credos que los salven.
Tan solo hay una herida
Que sangra en su costado,
Y sus palabras,
Lagrimas disueltas sobre el agua.

Junto al último sol

Hundo mis manos en la última luz de la tarde.
Busco en ella quizá tan solo
El fervor de un recuerdo.
El fruto que nos llama desde el fondo de las aguas.
La huella feliz que espera a lo lejos
El retorno de mi planta.
La luna colgada en los naranjos.
La soledad de aquellos patios.
Hundo mis manos en la última luz de la tarde.
¡Y todo está aquí!
Felizmente impalpable.
Como el fuego que yace en la memoria.
Como el vuelo reposado de las aguas.
Como el tiempo que me sueña
Junto a la palabra que desciende
Y me nombra.

Mutaciones

Hasta el duro cielo de estas rocas
Ha llegado el mar.
En el, recuerda el agua
Su antigua germinación de sombra,
El paso del ánade y la huella
Acaso feliz de algún hombre,
La otra margen donde las edades del sol
Se confunden con las hojas que caen
De la lluvia.
Cenizas, nostalgia... hojas manchadas

De luz que el viento aún esparce
En algún lugar de la memoria.
Hasta el duro cielo de estas rocas
Ha llegado el mar.
Bajo su oleaje, la palabra
En los labios, descansa.

Siddhartha

A los personajes de una novela de Hermann Hesse
He vuelto a ver el río cruzar la tierra oscura.
viejo río de la rueda sobre el desierto del samana.
Ya no veo a Gobinda, ni a Kawaswami, ni a la bella Kamala.
Ya no veo al balsero, ni al joven Siddhartha.
Ya no acunan las aguas la voz del venerable.
Solo el río galopa lejano.
Solo el río a la espera de otro rostro, de otras balsas.

La rosa de Paracelso

A Jorge Luis Borges

Apocalipsis 2:17

Recordó la flor que antes de ser ceniza fue color,
Espiga en aroma,
Espiral al viento. Recordó la brizna de luz
En la hoja que cae del tiempo, la sombra
En el vuelo errante del ave y el canto feliz
Del astro, pensó la flor en la piedra y en la espina,
Recordó el dolor y recordó el camino.
¡Suplicó volver!, mas el ojo del escéptico no advirtió

El prodigio,
El maestro pronunció la palabra oculta...
¡Intacta resucitó la rosa y otra era la flor
Que a la vez era la misma, así como la piedra
Era la piedra y al mismo tiempo era el camino.

Una herida más honda que la soledad

Por estas huellas que el tiempo va dejando en la memoria.
Por los caminos como ríos
Donde naufragara lo mejor de nuestros días.
Por la soledad de esa luz
A la cual se acostumbraron nuestros ojos,
Y la proximidad a la palabra
Y el fuego que con ella construimos.
Por las tardes atadas al silencio de esas planicies
Donde las sombras escampan al rumor de unos labios
Y las rocas se alzan hacia una luz
Definitiva y fugaz.
Por los lugares comunes al sol y a la lluvia
Y al aroma que aún ostenta el recuerdo.
Por los rostros ya cansados y a las voces que regresan
Para hablarnos de estaciones ya vencidas.
Por la mismísima tierra plantada de magnolias
y tristeza.
Por los besos, mujer,
Por los besos en abril
Y la piel que acariciaste ignorando su ceniza
Por el mar y los adioses y el corazón
Como un navío en la corriente inexorable.
Por todo ello
He de llorar por ti.
Habrá de recordarte la luz de un día.

Lizette Espinosa



Lizette Espinosa

Escribir es la manera que he
encontrado de interpretar el
mundo y de estar en él

Reminiscencias

(Inédito)

*Uno se busca en los espacios entrañables,
hurga en lo ido, en las reminiscencias
y sólo halla hebras de un ropaje anterior.
Uno apaga las luces, las enciende
con la esperanza de las apariciones.
Se ha debido dormir,
o ha muerto y otra vida le persigue.
Ha debido perder un tren,
quemar las naves
para que no le sea permitido el regreso.
Apostar a no perder más de lo necesario,
jugando a ser el loco,
el huérfano de tierra,
el hermano menor.
Uno sigue los pasos que debieron dejar
una huella imborrable
y sólo le conducen al olvido.*

Lizette Espinosa

El mar que separa Cuba de la Florida es de un azul turquesa abrumador y cálido, a veces, el color se intensifica, otras veces se vuelve más cristalino. Cuando está tranquilo parece un manto de seda flotando

suavemente al ritmo del viento. Tal vez por eso la poeta Lizette Espinosa se siente como en casa cuando transita las calles de Miami, pues observa el mismo mar de su Habana natal. De Cuba a Madrid, de Madrid a Miami la poeta va, con su poesía, trazando un camino existencial que muestra su permanencia en este mundo.

Ella entiende a cabalidad lo que Paul Valéry escribe, en el libro *Teoría poética y estética*: “Si la poesía actúa verdaderamente sobre alguien no es dividiéndolo en su naturaleza, comunicándole las ilusiones de una vida de ficción y puramente mental. No le impone una falsa realidad que exige la docilidad del alma y la abstención del cuerpo. La poesía debe extenderse a todo el ser; excita su organización muscular con los ritmos, libera o desencadena sus facultades verbales de las que exalta el juego total, le ordena en profundidad, pues trata de provocar o reproducir la unidad y la armonía de la persona viviente, una unidad extraordinaria que se manifiesta cuando el hombre es poseído por un sentimiento intenso que no deja de lado ninguna de sus potencias”.

Lizette Espinosa disfruta de la lectura y la amistad de sus amigos poetas, son amigos que, además, leen con agudeza sus libros y comparten sus opiniones en páginas web. Entre ellos está el poeta Germán Guerra quien, después de leer *Como quien nada teme*, comentó: “Los poemas que conforman este libro son espejos donde se refleja y transcurre la vida. Las palabras y los temas son los mismos, los de siempre: la soledad, el deseo, el perdón y la pérdida, los naufragios, el silencio y la muerte; al final trabajamos el mismo barro a la hora de traducir la vida en versos. Pero, lo que hace único a este libro es su discurso, versos sin estridencias ni rebuscamientos, amparados en un dominio del lenguaje y desde una sencillez extrema en el uso de su voz. Espinosa nos recuerda con palabras claras, en un susurro, que somos todavía ese viejo ser para la muerte; y luego de escuchar atentos, de leer y releer en cada metáfora la vastedad y al mismo tiempo la pequeñez del universo, nos acoge esa plenitud en soledad que siempre nos martilla en el pecho un poema demoledor”.

Para el poeta Valentín Navarro Viguera: “La propiedad especular de la palabra poética de la cubana Lizette Espinosa es el conocimiento.

Con sus versos logra indagar y rebasar el umbral de lo sagrado (sea la cruz de Cristo o un madero a la deriva del Ganges), como quien cruza la noche oscura del alma. Lo que le espera al final de esta travesía es el desvelamiento de la verdad desnuda, despojada del atrezo de la hipocresía, de la costumbre o de falsas creencias”.

Mientras que el poeta y escritor Chely Lima señala: “Una voz de mujer, calma, reflexiva, habla de los paisajes cambiantes de su mundo interior, y es así como el libro *Donde se quiebra la luz* narra la cotidianidad del deseo, la angustia y el reto de ser uno mismo en femenino, y de imponerse a los más afilados vericuetos del sendero personal –camino sobre una cuerda floja / que cede a ratos probando mis agallas...”.

Lo que dice la poeta María Cristina Fernández es también significativo: “En su poesía los ruidos del mundo se decantan pasando por un tamiz muy fino de selección; el dolor colectivo del mundo no respira aquí. No hay lugar para la multitud, los destinos plurales. Pudiera decirse de estos poemas lo que en su momento se ha dicho de la lírica de torre de marfil. El hablante poético se desentiende de su época; su tiempo es el Tiempo, y por tanto sus dilemas se expresan con palabras mayores”.

Lizette Espinosa (La Habana, 1969) Ha publicado los volúmenes de poesía *Donde se quiebra la luz* (Eriginal Books, Miami, 2015), *Por la ruta del agua* (El Ángel Editor, Ecuador, 2017), *Humo* (Bokeh, Nederland, 2019), *Lumbre* (Plaquette, AlphaBeta, Miami, 2019) y *Como quien nada teme* (Summa, Perú, 2023); y en coautoría, *Pas de Deux* (2012) y *Rituales* (2016). Textos suyos aparecen en antologías de España, América Latina y Estados Unidos. Colabora como editora en diferentes blogs y revistas literarias y ha participado en Festivales y lecturas de poesía en Ecuador, Chile, Perú, México, Uruguay, Bolivia, Portugal y España. Desde el año 2003 reside en Miami donde se dedica profesionalmente al diseño de ingeniería y agrimensura.

¿Dónde creció? ¿A qué se dedicaban sus padres?

Nací y crecí en el reparto Lawton, perteneciente al municipio 10 de octubre, de La Ciudad de la Habana, Cuba. Un barrio residencial don-

de viví con mi madre, hermana y abuela materna hasta el año 2002 que salí de la isla para viajar a España. Mi padre fue contador y mi madre programadora de sistemas de computación.

¿Cuál es su recuerdo más remoto?

De la primera etapa de mi infancia sólo recuerdo algunas escenas o sensaciones, flashes que llegan de repente como fragmentos de una película. Un portal alto, lozas ajedrezadas en blanco y negro, las hojas secas de un almendro arañando la calle. Libros y dibujos. Luego vinieron los fines de semana en la playa en la casa de mi abuela paterna. El olor del mar aderezando las mañanas. Pero el recuerdo más remoto de todos se remonta a mis 3 años, cuando fui de vacaciones a la Isla de Pinos con mis padres y mi hermana. Estábamos en el mar y mi madre me sostenía en sus brazos, de repente sentí que algo rozaba la planta de mis pies y comencé a llorar muchísimo creyendo que era un pez, al rato descubrí que era mi padre que nadaba bajo el agua, pero yo seguí llorando sin consuelo por mucho tiempo. Probablemente fuera el primer gran susto de mi vida.

¿Recuerda quién le regalo su primer libro?

Casi todos los libros que tuve en la infancia y la adolescencia fueron regalados por mi padre. Desde *El cochero azul* hasta *Oros Viejos*, pasando por Salgari, Dumas, Julio Verne, etc. De él heredé la pasión por la lectura ya que era el único que leía en casa. Contábamos con un pequeño librero donde abundaban los clásicos y también muchos tratados de economía.

¿En su adolescencia la escritura era un refugio, su lugar especial?

Se podría decir que sí, era ese espacio único en el que podía encontrarme conmigo misma y poner en orden ideas e inquietudes. Fui una niña introvertida, sensible y observadora; muy alegre, pero con cierta nota de melancolía. Hoy pienso que esas características fueron las que propiciaron mi encuentro con el arte y la literatura como alimento espiritual y medios de expresión.

¿Cómo fue ese proceso que la llevo a escribir poesía? ¿Qué la motivo?

Mi amor por la lectura comenzó a muy temprana edad y el deseo de escribir fue la feliz consecuencia de ello. No fue difícil descubrir que la escritura sería mi modo de expresión, no la plástica (aunque luego también) o la música. Debuté escribiendo relatos y cuentos cortos que enviaba a concursos estudiantiles, pero me costaba narrar, imaginar historias, no tenía la paciencia o la disciplina para ello. Con la poesía en cambio fue muy fácil, era como respirar.

¿Siempre quiso ser poeta?

No, al principio solo tenía claro que quería escribir, la vocación por la poesía y su escritura fue algo que descubrí posteriormente. Ser poeta va más allá de la intención de serlo, es un convencimiento al que se llega o no con el tiempo, y no basta sólo con escribir, también hay que sentir, mirar y vivir en poesía.

¿Se despierta en mitad de la noche para terminar un poema?

Definitivamente. Y cuando ocurre es maravilloso, la felicidad de encontrar ese último verso o palabra que llevabas tiempo buscando supera la molestia del insomnio con creces.

¿Le gustan los recitales, leer en público, oír a otros poetas?

Prefiero el acto solitario de la escritura, el tiempo de gestación de un cuaderno, esa intimidad en la que solo estamos los poemas y yo, lo que viene después es más un acto de responsabilidad y de fidelidad con aquellos que te leen y con los que te acogen en una casa editorial.

De las lecturas y los recitales disfruto el encuentro y el intercambio, la oportunidad de conocer en persona a poetas a los que admiro o descubrir a aquellos de los que nunca había oído hablar, pero sobre todo de reencontrarme con los que ya forman parte de mi familia literaria.

¿Cuál es su método para abordar un poema? ¿escribe una línea que la invade o espera que el universo de un poema adquiera fondo y forma para ir directamente a la computadora y escribir de un tirón?

Generalmente comienza con una palabra, una idea, una frase que en principio no sé de dónde ha salido pero que definitivamente es consecuencia de una lectura, un pensamiento, un estímulo visual o auditivo. En ocasiones afortunadas esa frase o verso genera otros hasta llegar a conformar el poema, o un boceto de éste que luego depuro o elimino.

**¿Puede describir como fue el proceso para publicar su primer libro?
¿Fue difícil? ¿Esperó mucho tiempo?**

El primer libro donde aparecen mis poemas publicados fue un proyecto conjunto que nació luego de culminar un taller de escritura creativa, se titula *Pas de Deux*, y se publicó bajo el sello de Snow Fountain Press en el 2012. En cambio, mi primer poemario: *Donde se quiebra la luz*, lo publicó en el 2015 la editorial Eriginal Books radicada en Miami, no fue muy difícil dado que para esa época ya yo había aparecido en algunas lecturas y revistas literarias locales.

¿Cómo es ese momento cuando siente termina un poemario? ¿Se siente vacía o satisfecha?

Nunca estoy completamente satisfecha al concluir un poemario, siempre me queda la idea de que pudo ser mejor o de que algo faltó. Lo que pone el punto final no es la certeza de haberlo terminado sino el convencimiento de que es interminable.

¿Qué libro suyo le recomendaría a un lector de poesía?

Le tengo mucho cariño al libro *Por la ruta del agua* publicado en el año 2017 por la editorial El Ángel Editor en su colección 2Alas, donde comparto espacio con el poeta Alex Lima, porque recoge un estilo de poesía sintetizada que me interesa conservar. Sin embargo, el cuaderno *Como quien nada teme* (Editorial Summa, Perú, 2023), reúne textos de mayor madurez poética que definitivamente se identifican más con la persona que soy hoy.

¿Tiene algún libro que ha releído invariablemente a lo largo de sus días?

No particularmente, pero sí hay muchos que he leído más de una vez como: *Matar a un ruiseñor* de Harper Lee, *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers, o *Marca de agua*, de Joseph Brodsky, por mencionar solo algunos.

¿Se siente extranjera en Miami?

Toma tiempo sentirse parte de un lugar y a mí en lo particular siempre me ha resultado difícil. Cuando viajé de España a Miami en el año 2003, después de haber vivido dos años en la península, tuve la sensación de estar regresando a Cuba. Fueron muchas las razones que me hicieron sentir de esa manera en aquel momento, algunas más positivas que otras, pero en definitiva suficientes como para no sentirme una extranjera. El alambrado eléctrico de las calles, el clima, la vegetación, los amigos o familiares que llegaron antes y sobre todo la posibilidad de hablar mi propia lengua hicieron que la transición fuera más fácil.

¿Siente nostalgia?

Siento nostalgia de una época, de los días en los que nada me preocupaba demasiado porque la única tarea era ser joven y feliz. Vivían aún mi padre y mis abuelos, y los amigos que todavía conservo comenzaban a florecer a mi alrededor.

¿En esta época qué le da miedo?

Le temo a la enfermedad y al sufrimiento de las personas que amo.

¿Utiliza la inteligencia artificial para sus tareas cotidianas: ¿email, recordatorios etc.?

La he usado solo en contadas ocasiones como un buscador donde confirmar alguna información o dato. Reconozco las ventajas que tiene para ese tipo de tareas rutinarias que toman tanto tiempo, pero de momento me resisto a que “algo” piense por mí.

¿Qué libro recomendaría para alguien que quiera conocer La Habana, o Miami?

Muchos autores han elegido a La Habana como escenario y en sus obras recrean o describen algunos de los elementos que la engalanan o caracterizan, pero solo de un modo superficial. Para conocer de una manera más profunda la ciudad y sumergirse en su historia, sus atmósferas, su arquitectura, la magia de sus noches, el *modus vivendi* del habanero, amén de las épocas y los diferentes estadios sociales que ha atravesado, habría que empezar leyendo a *Cecilia Valdez* de Cirilo Villaverde, y *La Habana para un Infante difunto* de Guillermo Cabrera Infante, por mencionar sólo dos.

¿Por qué escribe?

Escribir poesía con los años se ha vuelto una necesidad vital, es la manera que he encontrado de interpretar el mundo y de estar en él, pero también es mi manera de luchar contra el olvido, cuando escribo, puedo despertar con una al resto de las palabras, dar permanencia a lo que un día sentí o creí sentir.

Poemas

Otra criatura de isla

Parece que huimos del centro de la tierra,
viajamos a la costa,
recorremos sus bordes
hasta encontrar el punto más próximo a la fe.

Mirar como quien busca
o como quien espera.
Pisar lo húmedo, aquello que se hunde
hasta encontrar las manos
de los que levantaron nuestras casas.

Tú decías anclar
y en tus ojos las velas parecían plegarse.
Decías olvidar, sembrar, establecerse,
yo veía a las aves partir hacia el poniente,
los niños en la arena encerando maderas
que ya enceraron antes los padres, los abuelos.

Tu decías echar raíz, desentenderse,
que una estación ya no sucede a otra,
una calle se olvida en otra calle.

Decías frente al mar: las tormentas ocurren
para ordenar las cosas.
Yo veía a las nubes congregarse en el cielo.

(Inédito)

Ofrenda

Busco un lugar donde guardarte,
una boca de barro, un vientre luminoso,
lejos del mármol y su serenidad,
del silencio que rompió tu armadura.
Una tierra donde plantar tu tierra
y verte regresar en nuevas floraciones.

He renunciado al mar,
le temías a la profundidad y al golpe de las olas,
a no encontrar un fondo donde apoyar los pies.
Le temías al aire,
a quedar suspendido en lo intangible.

Entro al paraje con la promesa de otra vida,
a esa hora en la que el sol convalece

y le respiración
es tan baja que apenas remueve mi conciencia.

Traigo tus restos ocultos como un arma.

(De Como quien nada teme, 2023)

Aproximaciones

A mi madre

Cuánto se pierde en nuestro andar
cuánto ganamos,
mientras bajo la cuesta y tú me miras
desde aquella planicie de los años.

Ahora es tu mano la que aguarda,
la que se vuelve arena.

Es suyo el temblor camino a la caricia
al cruzar el umbral de las divagaciones,
a esa hora en que la lluvia ha inundado tu tierra
y ya no crece allí la maravilla
ni la espiga se sube a la valla como un hijo.

(De Como quien nada teme, 2023)

Un cortejo de luz hacia el poniente

*Los recuerdos son las cosas
que ya no quieres recordar*

Joan Didion

Salió por fin la vida de su cuerpo,
depuestas ya las armas, los instintos,
digna ante nuestros ojos,
revestida de un brío inexistente.

Salió como si ayer, como si nunca
hubiese estado allí.

Quedaron en la estancia barricadas,
ruegos que de antiguos corroen la razón.

¿Quién limpia de los espejos aquel rostro,
la estela que dejara el gesto último,
la voz saltando aún entre las ramas,
como un ave extraviada, confundida,
recién salida de su jaula?

(De Como quien nada teme, 2023)

Un silencio a grandes voces

A Vivian Maier

Lo que tu ojo no persigue,
lo que tu claridad no salvó del hastío
permanece en la urdimbre de otro tiempo.
Imágenes del hombre atrapado en su caos,
su mínima cordura.

Lo que tu sombra no rescate,
sigue atado a la sombra,
palpando lo infinito aquí tan cerca,
en este claroscuro de los días
que nos dejan su impronta y su pesar,
sin que veamos acaso lo que vemos
y apenas distingamos
ese enorme silencio que nos ronda.

Voy por Michigan Avenue tras tu oscuro gabán,
tu mano poseída
y hay un segundo, hay un disparador.

(De Como quien nada teme, 2023)

Tributo

Tu cabeza es un madero en las aguas del Ganges
que al golpe de la orilla rectifica su rumbo,
como los desechos,
como las ratas que huyen del fuego,
como las almas que serán purificadas.

Lleva encima guirnaldas,
promesas lanzadas por los fieles,
el rumor de las bestias que abrevan en el cauce.

Tu cabeza es una ofrenda que navega
bajo puentes vulnerables,
una lámpara de aceite camino a Benarés.

((De Como quien nada teme, 2023)

María Calle Bajo



María Calle Bajo

La poesía es la fértil posesión
de la expresión

«ORDO NATURALIS»

*Tengo la duración eterna de los dedos,
llegan las sentencias rotas del tiempo.
Acudo al encuentro de mi mano.
Toco el Alfa de mi Omega.
No es la muerte quién me pronuncia,
muero por dar vida al engaño.*

María Calle Bajo

Desde muy niña, la poeta María Calle Bajo hacía poesía en los juegos infantiles con su hermano, en las carreras mañaneras para no llegar tarde al colegio. Jugaba y trataba de retener en su incipiente memoria la belleza y la alegría de esos instantes. La poesía se fue gestando en su yo más íntimo como una necesidad de atrapar el tiempo, de mantenerlo a buen resguardo, como si fuera una caja mágica, para abrirla a placer y revivir lo ya pasado.

Luego vinieron las lecturas para afianzar esa pulsión latente en su ser y comprender que la escritura era esa cajita mágica que podía guardar, por los tiempos de los tiempos y revivir cuántas veces quisiera, el placer de lo vivido y compartido.

La Universidad de Salamanca se convirtió en el ámbito natural de sus inclinaciones y allí cursó estudios de Filología Hispánica y Magisterio y se mantiene activa con sus investigaciones dentro del ámbito gnoseológico literario.

Aquellos poemas que guardaba en sus diarios, en hojas sueltas y más tarde en los archivos de la computadora son ahora esos libros que

conforman parte del universo de Calle Bajo, un universo a la espera que lo descubra un lector, esos lectores que saben que leer poesía es una pasión y un placer.

Así como los poetas buscan un lector que ame la poesía, también hay lectores que buscan la poesía, lectores que saben, como diría Jorge Luis Borges, que “los libros son solo ocasiones para la poesía”.

Esa cita de Borges me hizo recordar a una querida poeta venezolana, Hanni Ossott, que escribió el ensayo, *Cómo leer la poesía, ensayos sobre literatura y arte*, y explica de una manera vital sobre la experiencia de acercarse a un poemario: “Si a mí se me pidiese un buen consejo sobre cómo leer poesía diría que ante todo hay que querer leerla. Querer como querencia. Sin mala fe, sin desesperación. Averiguando qué diablos quiso decir el poeta. Porque los poetas son difíciles de leer. Uno puede quedarse veintitrés años con una frase incomprensible y alegrarse por ella..., porque en el fondo casi la comprende. Y así uno manda la razón y la conciencia a paseo. Cada quien sostiene a un poeta”.

María Calle Bajo es una escritora placentina residente en Salamanca (España). En su función educativa ha formado parte del área I+D+i de Cursos Internacionales de la Universidad de Salamanca, donde cursó sus estudios de Filología Hispánica, Magisterios y Másteres especializados en la docencia; enfocada en la enseñanza del español como lengua extranjera donde, al margen de la Universidad, se proyecta hacia la investigación dentro del ámbito gnoseológico literario desde los presupuestos del Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno (1924-2016), que se articulan en una obra fundamental en su formación personal, académica y profesional: la *Crítica de la razón literaria* (2017) de Jesús G. Maestro.

La autora, en general, construye su obra a partir de un profundo y continuado compromiso con la investigación y el estudio del legado literario y filosófico, cuya tradición hispano-grecolatina ha formulado el gen de las letras hispánicas y, además, en particular, prevalecen como clave intelectual de la construcción de su poética: la teoría y crítica literarias. Calle Bajo no se restringe al ámbito poético, pero su prosa ejerce

la nota dominante de un lirismo inusitado de agudo alcance, el propio desafío que se revela como pulsión conceptualizado. La editorial Buenos Aires Poetry tuvo el decoro de publicar *Semillas* (2020), *Caliope. De te fabula narratur* (2021), *Medallón* (2022) y, su último poemario, *HABLO CON DIOS. La Muerte nunca tiene prisa* (2024).

Actualmente, además, la autora promueve su creación artística, cuya producción pictórica abarca diversas magnitudes y prismas, dada su incesante inquietud de manifestación que siempre se orienta hacia un fértil recorrido, donde su tributo abarca no solo a pensadores ligados al mundo de la producción literaria, como es el caso de su colección de retratos «VT PICTURA POIESIS»; sino que también, homenajea a sus contemporáneos con los denominados apuntes de retratos, además de los lugares donde la autora transita: Extremadura, Portugal y de la ciudad donde habita encumbra la colección de una Nocturna Salamanca definido en la obra in fieri de su Claro de luna charra...

¿Qué recuerdo guarda de la casa de su infancia? ¿Tardes de juegos o de lecturas?

La infancia era estar con mi hermano, jugar con sus bolindres, su peonza. Arrastrarnos por el pasillo los sábados, como si estuviéramos al filo de una cascada o accediendo por un escondrijo secreto. Teníamos que salvarnos el uno al otro de todo peligro: Amigo, yo te cubro. Le contestaba a mi hermano con doblaje de voz a lo Schwarzenegger. La infancia también era ir al colegio caminando junto a él. Cruces de calles y callejuelas, subida por las inmensas escaleras de torre Lucía... Nuestros padres, ambos, trabajaban. Recuerdo una llamada crucial por las mañanas al teléfono fijo, la de nuestro padre para asegurarse de que ya estábamos en marcha; pese a todos los esfuerzos, hubo un tiempo en el que llegábamos tarde y teníamos que enfrentarnos a una situación, hoy un tanto chistosa, pero no tanto por aquel entonces. Pues si la puerta principal del colegio estaba cerrada debíamos correr hacia la portería, custodiada por unas monjitas; lo que significaba que, como el nuestro era un colegio con alumnado interno y externo, sor Custodia nos

tanteaba a través de una mirilla de latón con una sofisticada abertura. Nos poníamos de puntillas para que se asegurara de que éramos Joni y María, pues quedaba por encima de nuestras cabezas, y eso que mi hermano me sacaba una y media. Reconozco que al cruzar el portón era como entrar en otra dimensión, parecía que camináramos por la pulcra y celestial tranquilidad. Todo estaba completamente ordenado, los pasillos con altos zócalos de baldosas hidráulicas recorrían los pasos hasta llegar por una especie de puente volado que comunicaba con el centro escolar... Pero también recuerdo el pudor al llegar a la puerta de clase, o la vez que tuvimos que transitar por las calles placentinas, pues después de las reiteradas advertencias, en una ocasión, no logramos que aquella alma caritativa abriera el portón celestial...

Objetos que atesoro y que son el espejo vivo de mi infancia: mi Olivetti 35, el reloj de cuerda y un candil de mis abuelos maternos, la cadena de oro con la cruz bendita de mi abuelo Julián, mis gaftas de pasta, metal, completamente maltratadas, libros, anillos, dientes de leche... Hoy en día, de todos los enseres, tal vez los diarios sean lo más íntimo que conservo de aquella tierna infancia.

Me eduqué en el cuido y mimo de todo ello, resemantizar ese anhelo que produce el kairós de lo tangible.

¿Podría contar cómo son sus padres, cómo se conocieron? ¿De sus hermanos?

Las imágenes de mis padres que me vienen en mente, desde bien pequeña, se sitúan en el primer piso que compraron en Plasencia. El suelo ajedrezado, una de las baldosas del salón sonaba al pisar sobre ella. Recuerdo las estancias, la habitación de mi abuelo Julián cuando venía a pasar la temporada que le correspondía con nosotros, y sus inmensos ojos color cielo. Mi madre me subía a una sillita junto a ella cuando estábamos en la cocina, para quién sabe el desastre que le preparaba; pues recuerdo harina, huevo y azúcar... Por aquel entonces ella no tenía más de 25 años, sostengo imágenes mientras cosía, bordaba, tejía, ordenaba, planchaba, cocinaba, me peinaba, nos vestía, nos lle-

vaba a la guardería... Y además había temporadas en las que trabajaba y que cada vez eran más prolongadas. Siempre iba de punta en blanco. Tan coqueta... En este contexto entra en escena mi tita Mercedes, la hermana de mi madre, con quien pasábamos el tiempo que cubría las ausencias por cuestiones laborales de nuestros padres. Y con ella la magia de la infancia de pasar de lo urbano a lo campestre... Pues con ella íbamos casi todos los fines de semana a la finca de Pradochano, donde nuestros abuelos maternos aún siguen allí (y en el pueblo) en el latido de nuestra memoria.

Unos años más tarde, tengo muy vivos los recuerdos de la segunda vivienda que compraron mis padres al vender esta primera. Los primeros cumpleaños que recuerdo los festejamos allí. Yo tenía 6 años, mi hermano 8.

Mi padre, taxista, madrugaba muchísimo todos los días, con pocas excepciones festivas, y esa costumbre al parecer, hoy en día sigue incólume. Solo algunos domingos se salvaban de los madrugones, mantengo una imagen preciosa de ese momento: Mi padre adormilado y yo como eslabón coronando su cabeza en mi fundido abrazo, donde mis ojos cerrados, colmados de amor infinito, quedaron en una fotografía realizada por mi hermano. También hay desde la infancia una mención importante a las manías de mi padre: cortar el pan con el cuchillo de sierra, el queso con el de filo liso. La lectura de todo aquello que hay por casa que traía de los viajes. La severidad. El compromiso con la naturaleza. Y todas las regañinas del tipo: ¿os habéis lavado las manos... cepillado los dientes... hecho esto y eso otro... apagado la luz...? Sí, en casa siempre hubo disciplina de la urgencia, pues si alguna zacatúa se había ido de madre, el cachetón estaba más que asegurado.

En aquella infancia compartida, proyecto a mi madre organizando todo: el hogar en su más amplio despliegue, la compra, la comida, la ropa, todo lo que nos hiciera falta para el estudio, para el deporte... Y un tiempo en el que siempre estaba haciendo papeleo, estudiando la constitución y explicándome aquello que yo no podía imaginar ni entender, dibujábamos con ella, nos leía y hacíamos la tarea del co-

legio, recuerdo las tardes con Barrio Sésamo... También recuerdo las plantas, las figuritas y cuadros, los detalles y puntilla de las cortinas, los muebles, los tejidos, incluso las lámparas. Los libros dentro de la vitrina de nogal, las anotaciones que había en ellos de cualquier apunte o pensamiento y garabato espontáneo. Ella regía hasta el humor de la casa. Joven, hermosa, y siempre trabajando, tanto dentro como fuera del hogar. Yo era una niña inquieta, hacendosa en casa; organizaba los cajones de las mesitas y coquetas de la habitación de mis padres. Es decir, el orden siempre ha estado muy presente en casa y, sobre todo, esa imperante necesidad de orden y limpieza por parte de mi madre, además de los deliciosos guisos, el gusto por la decoración, los tejidos, la combinación de elementos, el aprecio por el detallismo, pero la exigencia constante de mantener todo impoluto...

En ocasiones, iba a verla al hospital, donde aún trabaja. Pero habitualmente pasábamos las tardes jugando; yo entrenaba a baloncesto en el colegio la mayoría de las tardes y mi hermano se iba a jugar al fútbol con sus amigos.

Mi infancia era Platero y el Patito feo en la voz de mi madre y las preguntas sobre quién inventó esto y esto otro de mi padre... Ir al pueblo en verano, pasar algunos días de las Navidades con el frío gélido de allí, con los primos y tíos. Mis abuelos, mi tía Mercedes y sus besos. Y también los pellizcos de mi hermano, eso sí era la dicha de la tortura...

¿Recuerda algún párrafo, una imagen, que le dejó algunos de los primeros libros que leyó?

(Tenía 7 años). Conservo los primeros diarios en los que, con incautas faltas de ortografía, declaraba la vivencia del instante. Cumplía 8 años el día 8 de aquel julio. Casi en el pestañeo, al soplar la vela, algo despertaba en mí una cierta inquietud en pensar en que ese irremediable emparejamiento del día y la edad... no volvería a coincidir, pues esa velita comenzó a ser ese infinito número al tumbarlo en la mesa para cortar y repartir los pedazos de tarta.

El primer diario: cubierta con diseño del emblemático Snoopy en su casita roja, hojas gruesas con encabezado... marcaba uno de los inicios de aquella narrativa que a todos nos acompañan en el descubrimiento de la «propia vivencia». En su interior descubro a una niña que adelantaba por escrito la fecha en las páginas que aún estaban por escribir, pues ansiaba ver aquel valioso regalo copado de letras y números. Apenas unos pares de hojas enmedaron aquel ímpetu. Era la primera vez que recibía una especie de cometido del cual solo me podía encargar yo: “hoy me lo he pasado muy bien porque he *echo los años y he *inbitado a muchos *becino. Los regalos me *an *gutado mucho / ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ / feliz *cupleanos / (firmado) Maria”

Un claro espejo de aquellos primeros manifiestos expresivos. Otros vendrían después, con las dedicatorias en las carpetas del instituto, el intercambio de cartitas entre clase y clase. También las cartas después de los veranos y las cartas de amor en secreto... Y secretos inconfesables que aún perviven.

Las primeras lecturas estaban marcadas por los cuentos populares que a todos solían regalar en los cumpleaños, fiestas navideñas y demás conmemoraciones, como el Nuevo Testamento cuando estabas por hacer la Primera Comunión. Recuerdo las revistas científicas de mi padre con pliegos de dimensiones de quedar boquiabierto. Las revistas de punto y confección de mi madre y de casonas de campagna con diseños y arquitecturas. Siempre recurro a los fotogramas que me llevan a acudir a la vitrina donde había una serie de colecciones enciclopedistas: sobre la historia del deporte mundial, sobre Historia de España, con aquellos gruesos lomos rosados; diccionarios de español y de inglés y novelas que, por aquel entonces, tanteaba solo por ver si había imágenes en ellas. Y recuerdo a Gabriel García Márquez en una de aquellas cubiertas; quién me iba a decir que aquellos primigenios encuentros serían un minúsculo esbozo mental de retratista...

Mención especial merecen los álbumes de fotos y la devoción por las cámaras fotográficas y de vídeo desde muy pequeña. Tengo centenares de negativos, incluso cuando ya utilizaba la camarita digital. Siempre

tuve una predilección por la imagen impresa. Por hacer la mejor foto a mis familiares, a los paisajes, a los amigos, por regalarlas, por retener y mantener ese momento desde mi inocente, pero insistente perseverancia.

¿Comenzó primero a pintar o a escribir? ¿Qué le atrajo más?

Es curioso el planteamiento pues al responder me sale ver la escritura como un prodigioso garabato, que no es otra cosa que el arte de representar el pensamiento. Pienso en la complejidad de ambas acciones. Pues entre pintar y escribir uno comienza la escritura por lo más grueso, es decir, manipulando un punzón, despegando un gomet, dándole forma a un trocito de plastilina, enrollando papel pinocho con la puntita de los dedos. Sí, ese valioso efecto pinza en el desarrollo de la motricidad fina que poco a poco va sofisticando la técnica de la representación artística (pintura, escritura, escultura, costura, alfarería, etc.)

Pienso que empiezo a ser consciente de que la escritura es una prolongación del dibujo, y que sin el garabateo del pensamiento no hay una formulación de la certeza. Es decir, soy consciente de qué quiero escribir y de qué o a quién quiero pintar. Ambas acciones pueden esbozarse desde el pensamiento y también divagar y pronunciarse de una manera inesperada a la idea original. Pero siempre hay una conciencia clara de lo que se quiere hacer, por muy abstracto que sea el pensamiento, o si me permiten, por muy ingenuo o surrealista que en su apariencia se presente. Lo que sí puedo decir es que, al igual que la fotografía, la escritura y el dibujo, aunque sean de manera muy rudimentarias, siempre han estado presentes en el día a día desde una temprana edad; y en algunas etapas las manifestaciones eran muy abundantes, desde creaciones con flores secas, a esculturitas con piedras y lo que yo llamaba joyas de papel, es decir, todo lo que puede haber al alcance de cualquier persona. Lo pienso y allá donde haya estado, con quien haya compartido, siempre ha habido una manifestación o propuesta artística; si bien a través de la pintura (con retratos, caricaturas improvisadas para regalar), o incluso la creación de monederos cosidos a mano con

imágenes de comic de Garfield, pulseritas, creación de figuritas humanas con arcilla, con papel maché, o con pequeñas narraciones, poesías, dedicatorias, declaraciones y un largo etcétera que por momentos incluso me ruboriza...; y también a través de la simple contemplación... del cielo, de la naturaleza, de los rostros, los gestos...

Por otra parte, me encanta bailar y siempre fui muy cantarina, curiosamente cantar, tocar la flauta y escribir a mano las letras de las canciones, pero esto ya es otra historia en la que tiene mucho que ver el radiocasete de mi hermano...

En la adolescencia ¿qué lo atormentaba? ¿Leía y escribía para expresar sus dudas?

Yo siempre fui una niña muy risueña y curiosa, la cual descubría todo muy de a poco y muy tardíamente en relación a mis amigas del colegio, por ejemplo. En alguna ocasión he compartido la impresión de que al tener un hermano dos años mayor que yo, estaba fuertemente influenciada por él; de hecho era mi referente, quería estar y jugar siempre con él, incluso por encima de mis amigas, hasta una cierta edad. Y, es que, a pesar de los enfados, peleas, pellizcos y todo lo embrutecido de los juegos, no hubiera podido tener una infancia tan bonita y saludable sin el aprendizaje de estar con mi hermano. Y con ello todo lo que significaba pasar tiempo con otros varones, amigos de él y con todas las picardías, juegos en el barrio y tramas urdidas con finales de ciencia ficción. Aquella forma de experimentar y de descubrir también la pequeña ciudad de Plasencia más allá del barrio o de las zonas comunes queda de forma significativa grabada en mi memoria.

En el barrio todos nos protegíamos como una familia, yo era la hermana de Joni y siempre he sentido ese cuido y esa protección a la que tanto debo también.

Caminar por la adolescencia era comenzar a soltarse el cabello, que siempre solía llevar con semirrecogido, coleta o moño... Era pintar los aretes a juego con el color de las uñas. Hacer pompas gigantescas con el chicle. O incluso la moda de ir a los reces (sala de juegos recreativos en el barrio). Y sí, ir al parque de la rana en grupos y allí algún que otro

tonto, lo que recuerdo con bastante pudor. Me sorprendía muchísimo ver a chicos de mi edad dándose besitos. Y de ahí ver incluso a algunos con un cigarro en la mano y ofrecernos una calada, ya que aparentábamos físicamente más edad; nosotras medio acobardadas y muy impresionadas, apartábamos la mirada con gesto contrariado, pero a la vez, nos despertaba una curiosidad por saber qué estaban bebiendo en ellas llamadas macetas con mezclas...

Plasencia era una ciudad tranquila, pero llena de juventud. Los exámenes de fin de curso daban el campanazo para disfrutar de las míticas Fiestas y Ferias, que son en junio. La calle de los vinos cuando ya nos animábamos a salir en grupo de amigas los viernes y sábados por la noche...

La adolescencia fue aquel paso del colegio al instituto.

Aquellos silbidos por la calle o piropos al entrar en el recinto de no saber dónde meterse.

Querer una moto para ir a clase. Enfadarse mucho con los padres porque no cedían. Y escribir en el diario (el segundo que me regalaron), todo lo que parecía ser como una especie de purgatorio. A modo de cronista rebelde, allí escribía que quería ser periodista, azafata de vuelo, bailarina... En ese entonces me encerraba en la habitación y a veces no me atrevía a escribir realmente lo que me gustaría; por lo que hacía como jeroglíficos que solo yo podía decodificar. Me tumbaba sobre el brazo izquierdo extendido y a veces pasaba mucho tiempo divagando mientras garabateaba.

La adolescencia también era mantener en cautela, poco a poco, la niñez, aún tan presente.

Lo que sí recuerdo como crónicas impactantes fueron hechos sociopolíticos que marcaron profundamente la memoria colectiva, como el asesinato de Miguel Ángel Blanco con su imagen por los balcones de la ciudad (que vi por primera vez al sacar la basura), o el caso de la desaparición de las niñas de Alcásser, y aquel programa de fondo que se escuchaba con la música enlatada desde la cama, de Paco Lobatón que veían mis padres...

Pienso en qué era lo que más me atormentaba y, a voz de pronto, no logro encontrar ningún trauma que vaya más allá de temer que hubiera alguien o algo extraño debajo de la cama o del curioso fenómeno de la pareidolia: esa facilidad para imaginar caras, objetos reconocibles en cualquier lugar... sobre todo en la oscuridad.

¿Cuándo supo que la poesía era un camino a seguir? ¿Alguien lo motivó?

Esta pregunta es muy valiosa porque se difumina al querer encontrar los cabos de una respuesta más o menos precisa. Recientemente me hicieron una bien pareja a esta. Yo esbocé que la poesía era un territorio vivo, plural y mutable; no un espacio como tal, sino la certeza del alcance a través de la exploración, pues la poesía es la fértil posesión de la expresión.

En uno de los recientes trabajos académicos realicé varios postulados que partían del título: «CIENCIA POÉTICA desde la objetivación del sistema de ideas 'Materialismo Filosófico' en el Manifiesto Poeta. El mito de las musas», en donde se presenta y expone la noción del Poetacionismo (Idea que alude a la consciente formulación de una teoría y crítica poetizada); a partir de esta premisa, se trata de justificar cómo la poesía, en comunión con lo inteligible y lo sensible, no solo se presenta como un medio de expresión artístico, sino también como una herramienta para explorar, formular y comunicar ideas (literarias, filosóficas...). La poética replica en nuestra acción, recreación y transferencia vital.

Es todo aquello que nos conforma y de lo que formamos parte.

Hay un cultivo poético inherente en la narrativa del tiempo.

Una inseminación que no admite el nacimiento de una gestación sin conciencia corpórea.

¿Puede ninguna ciencia compararse
con esta universal de la Poesía,
que límites no tiene do encerrarse?

Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso* (IV, 250-252).

¿Escribe pensando en algún cuadro que está pintando?

La mayoría de los cuadros que he pintado son retratos de pensadores, escritores, o artistas contemporáneos... Definitivamente sí. Escribo y pinto a la par, pero no siempre tiene por qué haber un correlato, aunque siempre estuve más dedicada a la escritura, por cuestiones académicas, profesionales, la pintura siempre acompaña. Bien sea como tributo esforzado, bien sea como apunte que capta un lugar, o bien sea como un lapso de pensamiento que se pronuncia...

Lo que ocurre es que en el proceso de pintura hay que arremangarse, poner todo al alcance de la mano, digamos que la labor no es tan inmediata y limpia como con la escritura, que también es engorrosa, pero de otro modo. Pero sí, el resultado siempre es más inmediato que la recepción de una obra escrita. Es decir, la pintura luce más, incluso aunque no sea el prototipo de arte que te guste, la exposición es más reveladora que a través de un texto.

En Plasencia, en la casa de mis padres, hay varios cuadros significativos en mi habitación: uno está expuesto en un caballete de madera (y pienso en quién y cuándo me hizo ese regalo), *Mater natura*, donde una colosal madre tierra pensativa observa desde la planicie de la cromática que forma su orografía. Y encima del cabecero está pintado a carboncillo el *Nacimiento de Venus* con la carita de mi mami. Carpetas que aguardan láminas, esbozos con todo tipo de técnicas que, a menudo, cuando de tanto en tanto hago búsquedas del tesoro: observo, también, con cierto pudor, pero con atento reconocimiento a la entrega y a esa capacidad de mantener a buen recaudo pertenencias que siempre aguardan pacientes sin ninguna otra función más que verificar lo que hoy en día se mantiene latente.

¿Escribe en cualquier momento en papeles, libretas, en el celular o se sienta frente a su computadora a trabajar un poema determinado?

La escritura comienza a través de una incesante y torrencial manifestación subvocalica de ideas. Camine, cocine, haga la compra, converse o pinte, o haga lo que haga, de forma inherente a mí percepción, se

produce la articulación de imágenes, conceptos a desarrollar en fervientes sentencias, como si de máximas se tratara. Pueden ir desde retahílas jocosas a lo Gómez de la Serna cuando voy a buscar a mi pequeño Romeo al colegio o al conservatorio y sorprender su gesto a la hora del encuentro; siempre buscando una mueca cómplice o un extrañamiento o simplemente un hermoso giro con lo que hacerle sonreír. O también pueden ir desde la congoja más humana de la incertidumbre, el debilitamiento en circunstancias, conflictos internos, etc. Pienso en mi abuela, en mi tía Encarna, pienso en mis padres, en el sufrimiento de los demás...

Hay secuencias muy exigentes que continúan el proceso de un poemario.

A veces formulo la angustia, la persecución, el desasosiego de algo que me aturda.

Otras veces hago guirnaldas y guiños que se rinden ante un incesante tributo, como siempre digo, a todo aquello que conforma la parte que más habla de nosotros y nos define.

Acudo a mis libretas, apuntes, cuadernos, agendas ajadas... Todo está en una conjuntiva red de anotaciones, de estudio, de concienzudo esmero. Desde el caos más prolijo al orden más inquietante y repulsivo. Atesoro cualquier manifestación, desde la más tierna infancia, cualquier trabajo o glosa, por todas partes las encuentro. Nuestra casa es como una «Poetácora», también en la casa de mis padres, en mi habitación o en los lugares donde he habitado he esparcido la parte de mí más creativa o racional. No solo a través de la escritura o de la representación pictórica, retratos en su mayoría, sino también, en la necesidad de acomodar muebles, objetos que narraran, de alguna manera, el telar en el que cohabito... Tengo recuerdos muy valiosos de esas manifestaciones relacionadas con el arte: por ejemplo, mi hermano siempre dibujaba cabecitas de pájaros con un trazo prodigioso, sobre todo los jilgueros. Pero una de las imágenes más corpóreas fue cuando encontré un dibujo con bolígrafo azul en la parte interior de un cajoncito en uno de los muebles de mi abuela, en el pueblo, Piornal; donde mi hermano y yo solíamos pasar los veranos con mis abuelos. En el dibujo estaba mi

abuela Cruz y mi hermano Joni agarrado a su manita, salían Jaqui y la leona (dos de los perritos), además de un chozo al fondo. Esa también es la nítida imagen de nuestra infancia.

Sí, yo también escribo, anoto, dibujo, expreso el pensamiento y el sentimiento en cualquier momento, cualquier motivo es valioso. La dicha es la expresión en cualquiera de sus manifestaciones. Una especie de fragua a lo que todo yunque forja en palabra y obra el estado vivo.

¿Alguna vez se ha sentido tentada a escribir sonetos o endecasílabos?

Las primeras tentativas fueron en el instituto, en primero de Bachillerato del instituto Valle del Jerte (Plasencia). La profesora de lengua castellana y literatura, Ana, con la que mantengo un ténue hilo de contacto, es la primera persona que recuerdo entregada con pasión a la literatura. Con ella fuimos a ver representado *El Buscón* de Quevedo a uno de los teatros de Cáceres. Con ella tuve la inmensa fortuna de toparme con las jarchas, con Lope de Vega y con aquel increíble y calderoniano: “Qué es la vida, un frenesí, / qué es la vida, una ilusión, una sombra una ficción... Y los sueños sueños son”.

Y aquellos libros de literatura, que aún conservo, se convirtieron en el primer pebetero.

El resto de las tentativas por las formas clásicas se manifestarían con más continuidad durante y después del paso por la universidad. Cuando uno es consciente del valor de las estructuras, del origen o del rigor de la tradición.

¿Cómo fue el proceso de la publicación de su primer libro? ¿Qué es lo que más satisfacción le produjo?

Esto se dio fortuitamente, aquí entra en escena mi mentor, el poeta chileno Rodrigo Arriagada Zubieta; Salamanca fue testigo de ello. El resto ya es bien sabido: la publicación de *Semillas* (2020), *Caliope. De te fabula Narratur* (2021), *Medallón* (2022) y, el último poemario, *HABLO CON DIOS. La Muerte nunca tiene prisa* (2024), bajo el sello de la editorial Buenos Aires Poetry; donde el mecenas forma parte del equipo editorial argentino.

¿Tiene algún libro preferido al cual recurre invariablemente?

Sí, autores y libros que son fundamentales en mi cabecera. Me sentiría en deuda si pronuncio a unos y a otros no. También lo tengo fácil, pues como docente de lengua castellana y literatura, no me faltan anfitriones, como me gusta denominarlos.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer Plasencia, o Cáceres?

Recomiendo la visita por estas ciudades medievales y por toda la cartografía extremeña y todo lo verde que hay en ella, su agua dulce y sus valles, como los de El Jerte o El Ambroz; su riqueza histórica, gastronómica y cultural, donde la tradición queda manifiesta en cada rincón. El correlato social, de profunda expresividad y encanto, es contagioso.

Pienso en algunas lecturas relacionadas con mi tierra patria, y me viene en mente la reciente lectura de *El loco de Dios en el fin del mundo* (2025), del literato cacereño Javier Cercas. No tanto por remisiones explícitas a Extremadura, sino por un sentimiento en comunión con su expresión escrita y la propia connotación pragmática; aunque con el pertinente distanciamiento, esté ligado a un afectivo y reconocible vínculo geográfico. Análogo a esta tierra también de encinares, alcornocales y castaños sería loable mencionar a un cantor nacido en la sierra de Salamanca, José Antonio Gabriel y Galán, quien dejará su legado poético en un pueblo extremeño, Guijo de Granadilla. Por todos deberían ser conocidos sus textos plenos de un alma rural que todo circunda; junto con su labor como precursor en el aliento poético en castúo —dialecto extremeño—, en su poema A mi madre se encuentra el humano canto de lo universal, (como dato curioso este poeta se casó en Plasencia).

Y en homenaje a ello y a la dicha de mis raíces, comparto uno de los textos inéditos en extremeño:

VELEÍLO

Qué aprisa se va la vía,
María, el mundu corri
comu sin sentíu

¿No ti paici, nieta mía?
Naidi para una pizca
ni siquiera pa preguntar
ningún casu, ni ná de ná

Van con esus cachaparrus
que lo'h traju il diablu
entri la'h pata'h y il rabu

M' intran lo'h sieti malis
Cuántu habrá qué mirarlú
si esu ni sembra,
ni sega, ni rega

Vaya bullicio en la morra
tol ratu suena il pitochu
la mollera charruscá
l's ojo'h pitañosus
la'h manu'h engarrotá'h

Mal rayu lo'h parta
a to'h a lo'h telefoninos esus
Cuidau que toa la juventú
engullía por il bichu esi

Comu no espabilin
a óndi van a llegah
A ver comu se avía estu
pos hay escollu pa ratu

Si tienin la vista jendía
il cogote mu abultau
il buchi ni lo molio traga
La'h costilla'h saltea'h

Quita que julla de aquí
a jacir un buen cardinu
que barrunta tormanto

Vamu'h niña, má'h albeliá
bebi un bochinchí del jarro
ten cuiao que ti añurga'h
con il mendruguino de pan

En un tiempo, también hubo artistas plásticos que rindieron homenaje a esas irrenunciables partículas de España, como fue el caso de Joaquín Sorolla quien, inspirado por el bullicio del mercado junto al río Jerte, con Catedrales, Palacio Episcopal y muralla de la ciudad, dedicara una de sus pinturas a la perla del Valle, Plasencia. Este guiño del pintor valenciano se materializó en su obra *El Mercado* de 1917 como parte de unos encargos para la Hispanic Society of América. Hoy en día, desde el llamado Mirador de Sorolla, puedes cautivar la misma contemplación del artista...

¿Las redes sociales le quitan el tiempo a la lectura? ¿Piensa que son invasivas?

Sí, invierto bastante tiempo en las redes sociales, es uno de los medios más inmediatos para la comunicación, la divulgación académica, el intercambio cultural o para la difusión artística. Pero también, como arma de doble filo, para el engaño, la menez, el despilfarro poético y un largo y extendido discurso del que todos somos parte... La efervescencia del logos, la evanescencia de la razón. La cara y la cruz del avance.

¿Por qué escribe?

¿Por qué pienso?, ¿por qué camino?, ¿por qué hablo?, ¿por qué siento?... De la misma manera en la que se plantea esa pregunta me cuestiono por la capacidad y habilidad de pensar, de expresar, de compartir...

Comunicar como proceso de intercambio de tejidos, como un rescate irreversible.

La voluntad poética de una confesión plena.

Persistir.

ANEXO

Sobre el Poetacionismo

Adviértase cómo el cierre a este proemio también se presenta como una máxima autoral. En este contexto, antes de retomar la teoría y crítica de la razón literaria de Maestro, se plantean, a continuación, unas preguntas metapoéticas, pues es imprescindible partir del neologismo que proyecta la autora a la hora de abordar este trabajo:

¿Cuál es la estética (poética) del «Poetacionismo»?

A mi modo de ver el Poetacionismo es la exégesis del pensamiento en sí mismo: algo que, cuya finalidad es transferir la plasticidad del racionalismo en un arte que constituye el código de la abstracción conjugada (imaginación, creatividad, la expresión artística en general). Es decir, el ejercicio de construir el pensamiento crítico a través del concienzudo esmero (de estudio teórico) y la virtuosa esencia de lo perceptible en la expresión (la percepción se educa, hablo de ello en *Poética de la Belleza*). Por lo tanto, esta idea se aleja de la «mímesis aristotélica» o de la «vanguardia creacionista» de principios del pasado siglo. El artífice no revela sus métodos, sino que, como materia, exige al modo y a la forma un alcance de proyección tanto extensional como intensional (dentro de la propia obra artística); de manera consciente y de forma explícita confiere a la construcción poética los conceptos y criterios teóricos que la configuran. Este enfoque se centra en la interpretación o transducción profunda de las Ideas en comunión con los Conceptos.

* «Poetacionismo»: término que la autora genera como mecanismo para definir la conciencia de un autor/creador en cuanto a la materia literaria (ontología) sobre la que ejerce sus conocimientos, tanto teóricos, críticos como literarios [...], y desempeña su racionalismo (gnoseología) mediante la expresión artística (estética «poética»).

¿Podría plantearse como un «movimiento artístico» dentro del contexto literario?

La estética del «Poetacionismo» valora la consciente abstracción y construcción del pensamiento, de las Ideas, más allá de la representación poética de las mismas (que también). El poeta (como parte de los materiales literarios) es operatorio en la organización de su pensamiento y lo estructura teniendo en cuenta la diacronía literaria que, a través de la materialización, forma parte de la configuración, no solo de nuestro pensamiento, sino de los tipos de genealogías literarias que se han ido configurando a través de las manifestaciones artísticas de nuestros precedentes (el artífice teoriza y materializa), ejerce una actividad recíproca «creatio ex materia». Por lo tanto, el diálogo con los Clásicos (tanto grecolatinos como nuestros Siglos de Oro) está en latente y retrospectiva reconfiguración.

Poemas

Yo, Ícaro

Dicen que soy un Ícaro por creer en el ser humano
que condeno mis alas al sol
que siento, pienso e insisto
Y dejo que mi cuerpo caiga
sobre el triunfo de los otros cuerpos
Que el vuelo levanta la espera
de una huida desplomada
Mi joven soberbia
Mi salto....
El lagrimal en la carne de otros
salitre en la cuenca
de la humana lluvia

Dicen que soy un Ícaro por vencer a mi propia vida
que desobedezco
que caigo y muero
Y dejo que mis alas lloren
sobre los ojos de las otras vidas
Que el duelo del destino
es certeza ciega

Mi salto...
Mi muerto vuelo
Yo, Ícaro
el más ciego de todos los mortales

Dédalo

{Mnemósine}

Soy la Poeta, la Poeta que ha muerto.
Pues el lector no ha desnudado mi cuerpo...
La Muerte se pronuncia por la Vida.
Ingravidez en las secuencias donde sosegamos;
Sonríen las vocales de mi nombre
temen la mención del recuerdo.
Tengo los ojos llenos de Memoria.
Hay un Atlas tendido en los brazos de la Humanidad.
El tatuaje de su piel pixelado,
a, s, d, f, g
ñ, l, k, j, h
Espacio, *inter*:
Cartografía de un bosque difunto.
Soy la Poeta, la Poeta estremecida:

¡Resucito!

Los contemporáneos han venido a este encuentro.
Sacuden mis polillas de la boca.
Aborígenes estos dedos despuntados,
decadáctiles sin falanges.
Arrugados forman la dermis antojosa...
Y ellos vertebran conchas con nudillos,
versan, glosan, narran...
Es el Lector, el Lector que ha muerto.
Vio a Hipatia de Alejandría.
La besó.
Posee el Lector un astrolabio,
la virginidad ha parido.
Se fumiga la conceptualización de las causas.
Tiene el palpito como candil.
Hay un Lector que resucita.
Oye y grita...
¡La Guerra, siempre la Guerra!
Pero la GUERRA clama la PAZ.
Y la PAZ... Inenarrable llora.
Del cielo caen los cielos sobre la Tierra.
Hizo el sol un rayo de caracola.
Se diluye el silencio.
El periódico digital se ha desintegrado.
LUMINISCENCIA en pañal de cartón.
Un niño llora (comenta)
Un pulmón ha salido a ver su llanto.
Es el mismo llanto del espejo.
Al otro lado llora. Y cae el llanto de su reflejo.
Y el rayo de caracola recoge las gotas hasta el mar.
El salitre es llanto humano.
Cervantes dilata mi pupila.
He bebido de sus ojos al bañarme.

Mi voz inunda el lagrimal...

Desde el teclado se enuncian las secuencias:

q, w, e, r, t

p, o, i, u, y

Platón ahora expulsa a las Musas:

Piensan.

Sienten.

Han cegado al Lector.

Han caído los pliegos.

Soy la POETA... La POETA NODRIZA...

Yo declamo la hiel desde un sueño fingido:

La piel es el Parnaso de los Dioses.

Hay lumbre de Vestal en su sollozo.

La eternidad sangra:

TARTAMUDEA LA TRAGEDIA.

Tenemos la dolencia de los otros.

Pero sonreímos.

Ahora se apaga la tinta.

Y la Poeta...

La POETA es ya PLUMA.

z, x, c, v, b

-, ., , , m, n

LA POETA {ES} AZUL

¡RESUCÍTAME!

AGUA.....LUZ

Texto narrativo

El séptimo día...

Ya lisiado, puso todos los días en orden. Las raíces en la tierra. Los cielos sobre la noche. Sacó la luz de una esfera y el atardecer se lo puso en las rodillas. Así quedaba dividido su cuerpo en tres cuartas partes; las otras tres para el anochecer, para el amanecer y para desaparecer. Cuenta la leyenda que tenía suficiente con armar dos cuerpos contiguos, el de sol y el de plata. Fundiría a ambos en azuzadas secuencias. Todo este escenario servía de dificultosa proyección para un kamishibai heredado. La potencia partía de lo temerario. Se trataba de amedrentar al público, que por ese entonces los asistentes sólo creían en sus fantasmas. Nada de mitos ni ficciones cavernarias que se erigieran con total autonomía de sus propias creencias medidas por la lealtad de la estulticia. No, sus fantasmas no iban a desplazarse por nuevos dogmas, ni aunque la verosimilitud de los hechos se conjugara como pretexto para combatir la risa de las piedras o de los desolados alacranes convivientes bajo ellas. Las gentes acudían entre víboras a desmentir extralingüísticamente las patrañas que trataba de montarles el dichoso mago y dueño de ese escenario de madera oriental. Pero, tal y como se aborda en el relato, el burlador no sabía mentir; bien fuere por la trascendencia de sus convicciones, o bien por el consensuado tono prosódico y hechizante, o bien por las hilarantes dotes de divulgación acaecidas durante la transmisión del relato... El cual venía a propugnarse tal y como se había difundido; a su vez, tal y como lo imaginaba; pero también, tal y como se lo habían contado; incluso tal y como había sucedido... Y así hasta remontarse al origen del universo. Aunque, en realidad, el argumento definitivo siempre era tal y como lo había interpretado el nigromante dentro de su escafandra ficcional. El damnificado, entre

la algarabía y el traqueteo de aquellos aficionados desalentados, se puso en pie, como era de costumbre, hizo unas reverencias de gratitud con gesto contrariado, silbó débilmente mientras cerraba las portillas de su minúsculo bastidor teatral y, finalmente, partió a deshora con un cúmulo de jugosos y nuevos disparates. El apocalipsis se precipitó entre agujijones, todo acababa de comenzar...

Se cierra el telón.

Cuento

Alas de corazón

Yo, Corazón Blanco, voy a contaros un relato... Pero antes de que se pase el rato y solamente hasta las cuatro, podéis llamarme Corazón de melón. ¡Ay, no! mejor, Corazón de bizcocho y así estáis conmigo hasta las ocho. ¿Qué ya son las ocho?, ¡pero si nadie me avisó...! Entonces seré Corazón de león, pues dicen que el León todos los días saluda al sol. Y si llega la noche... Puedo ser... ¡Corazón de luna! y cuando den las campanadas contamos hasta la una.

Ejemmm... Un momento, por favor... A ver, a ver, ¿quién lo recuerda?... Yo, soy... Corazón Blanco, Corazón de melón, Corazón de bizcocho, Corazón de león y Corazón de luna... ¡Vaya, qué buena memoria!, ¡eso sí que es tener buena fortuna! Sea lo que sea, lo importante es que soy un pequeño gran Corazón, con mi tamaño, mi forma y mi color...

Curiosa presentación la de don Corazón Blanco... Aunque si ponemos atención, desde el fondo de las nubes, junto al sol de media tarde, se entona la escala de DO:

- « Do... re... mi... fa... sol... la... si... doooo... Dooo... si... la... sol... fa... mi... re... »
- «¡Shhhh!»
- «¡Uy!, pero... ¿Quién manda callar?»
- «Soy yo, doña Pluma Alas Doradas... La que dora y adora a un Corazón. »
- « ¿Do... do... doña Pluma Alas Doradas? ¿La que do... dora y adora a un Corazón?»
- «¡Shhhhhhhhhh! ¡Sí!, soy yo.»
- «Pienso... quién será doña Pluma Alas Doradas, pero, de cualquier manera... Mmmmm, ¡qué nombre tan brillante!»

- *«Doña... Pluma Alas Doradas, pues... quisiera saber, si no es mucho atrevimiento, ¿por qué motivo me manda usted callar?»*
- *«A ver, mi tesoro, porque el señor Corazón Blanco necesita descansar. »*
- *«Ah, sí, sí... El señor Corazón Blanco, lo conozco, es muy simpático, se presentó y sí, es muy majo, incluso quiere contarnos un relato, pero dijo que unas veces sería hasta las cuatro, otras veces hasta las ocho, incluso también dijo que hasta la una... Todo entre melón, bizcocho y aceituna... »*
- *«Es tan amable... Don Corazón. Yo, su mensajera de honor, ¡shhhh! no digas nada... Pero lo que él no dice, te lo cuento yo... Desde chiquititos nos acompaña, tan blanco, como el algodón, tan puro como los pétalos de una flor... Y cuando alguien llora, brillan sus cicatrices de oro... Él siente y transforma el dolor...»*
- «¿El dolor?, ¿es que se ha caído?»
- « No, don Corazón Blanco no se cae, pero resplandece cuando alguien se marcha... »
- «¿Cuándo alguien se marcha?... ¿A dónde?»
- «A donde nadie se ha parado a sentir, porque don Corazón Blanco, no sólo es un lugar, también es una estación del año, un momento en la memoria, un recuerdo del pasado, una vivencia inolvidable, un aroma y un sabor... Don Corazón Blanco es melodía, luz y amor...»
- «¿Y le duelen sus cicatrices?»

- «*Sus cicatrices mantienen encendido el recuerdo de las personas que han terminado el tiempo en la vida...*

- «*¿Entonces mi abuelito está brillando dentro de don Corazón Blanco?*»

- «Sí, recuerda que soy doña Pluma Alas Doradas, quien además de mensajera, pongo alas a don Corazón Blanco»

Ay, doña Pluma Alas Dorada, tan generosa y celestial, no sabe cómo narrar, que cuando nosotros nacemos, pronto echamos a andar.

Nos cuidan, nos miman, nos alimentan. Y aunque de pequeños no lo sabemos, la vida es como un camino que tiene un punto y final.

Hay personas que se marchan y no pueden regresar. No es porque quieran irse, pero van a un lugar, donde su cuerpo no pesa, ni sufre, ni tiembla... Un lugar habitado por don Corazón Blanco y doña Pluma Alas Doradas, allá todos alumbran con su sonrisa eterna.

Porque vivir... Vivir en un continuo aprendizaje. Vivir es Sentir.

Sentir la vida es vivir el cambio. Por eso, tú, mi querido lector, tú que estás atento, tú que sabes lo bonita que es la vida, a ti que te gusta

disfrutar tanto, jugar, reír, que te hagan cosquillas, leer, saltar, bucear, investigar, descubrir... Tú, como todos, viviremos plenamente,

recorreremos el camino, compartiremos al andar, nos caeremos al correr, incluso tropezaremos sin parar. Y cuando todos marchemos,

tendremos la satisfacción de haber vivido con nuestros seres queridos, nuestros amigos, nuestros profesores, nuestros compañeros... con

nuestras mascotas... De haber aprendido el sonido, los colores,

los sabores... De haber conocido el campo, el mar, la playa, la

montaña... Incluso de haber viajado a la luna, al fondo marino, a

Marte, a Japón... O de haber vivido en España, en Grecia, en Chile,

en Argentina, en la India o en Singapur... De haber sido científico,

alfarero, peluquero, barrendero, piloto, agricultor, atleta, filósofo,

maestro, físico o escultor. Algún día, todos, tanto tú como yo, después

de haber sido hijo, hermano, prima, sobrino, tía, abuelo, amigo,

madre o padre... Después de haber vivido con alegría, tristeza,

inocencia, curiosidad, enfermedad, salud, agonía o pasión... Después

de haber sido grande, pequeño, alto, delgado, robusto... Travieso,

responsable, ágil, tímido, egoísta, risueño o desconfiado... Algún

día... Estaremos en ese Corazón Blanco, tan puro... tan noble... y eviternamente poderoso como el SOL.

Entre tú y yo, quiero que sepas algo: no temas a la vida, mi pequeño gran lector, ni abracés al miedo, ni te retenga el pudor. Lo más lindo de la vida es brindar nuestro bien máspreciado, algo muy valioso...

Y, tú, eres inteligente, por eso puedes intuir cuál es nuestra mayor riqueza y legado... Sí, así es, brindar nuestro tiempo con dedicación, con confianza, con respeto, con esmero, con disciplina y con amor. El tiempo, como doña Pluma Alas Doradas, es oro. Y el oro alumbra dentro de un Corazón Blanco... tan blanco por fuera... como el lucero del alba...

Mientras, desde el fondo de las nubes, junto a la luna creciente, se entona de nuevo la escala de DO:

- «Do... re... mi... fa... sol... la... si... doooo... Dooo... si... la... sol... fa... mi... re...»

- «¡Shhhh!»

- «¿Doña Pluma Alas Doradas?, pero... ¿Sigue descansando don Corazón Blanco?»

- «Sí, querido, susurremos al candor de su luz...»

- Pero... Doña Pluma Alas Doradas... Yo siempre siento ese candor como un beso en la frente... »

- Fíjate bien, mira qué hermoso centelleo, ¡cómo resplandece don Corazón Blanco!... Tan blanco, tan pulcro, tan níveo, tan cándido y redentor, tan lleno de luz...». Sabes... Hace un tiempo, una niñita de tu edad entonaba la escala tonal...»

Doña Pluma Alas Doradas emerge de un Corazón, un Corazón que cicatriza con luz.

La luz que apaga una vida. La luz que enciende el candor.

Un Corazón Blanco lleno de Luz y de Amor.

Un Corazón Alado...

- Fin -

Otoniel Guevara



Otoniel Guevara

Escribo para dar respuestas,
para avivar preguntas

Despiadada ciudad

Madre

*¿me darás la mano
para cruzar esta calle
atiborrada de basura
y brisa negra?
las farolas me llaman
con palabras revoloteantes
madre
tu fantasma sonríe a la nada
y me invade la sensación de ser el único responsable
de estas calles oscuras
y no hay un borracho que me eche una mano
un perro que me eche una cola
una muerte que me lleve
de regreso a tu vientre*

Otoniel Guevara

Desde la adolescencia Otoniel Guevara escribía poemas que se convertirían en libros como un proceso natural. Esos primeros poemarios obtuvieron reconocimientos inmediatos y definieron su camino en la poesía. Un camino en tiempos de guerra en El Salvador que la poesía de Guevara describe con crudeza interpretando todo lo que sucedía a su alrededor para que el olvido no borrara las muertes ni la injusticia. Entre sus reconocimientos figura el de Gran Maestro en poesía por el Ministerio de Cultura de El Salvador.

El escritor nicaragüense Sergio Ramírez hizo un análisis de la producción literaria en El Salvador, como parte de un seminario en la Universidad de Maryland, College Park, 1999, donde señalaba: “La poesía de Guevara ha hablado siempre de la vida cotidiana y el tiempo del enfrentamiento civil, que es el tiempo en que él surge como escritor, su poesía transmite la experiencia de la vida y la guerra por medio de un mismo cauce. (...) El trabajo de Guevara circunda esa región de la existencia martirizada por situaciones fuera del ámbito de la voluntad humana y en los cuales la angustia y la desesperación toman forma y figura completas. Dada su activa participación durante el conflicto civil, la poesía de Guevara abarca los diferentes estadios y estados de ánimos que esto trajo a su vida y a la sociedad salvadoreña en general”.

(...) “Con el fin de la guerra y la firma de los acuerdos de paz llegan a El Salvador cambios profundos que se plasman en la creación poética de Guevara. Así el amor ya no se matiza solo con la guerra sino con la madurez del sobreviviente, del que habla desde el otro lado de la muerte como contemplando la vida que dejó”.

Javier Campos, poeta, narrador, académico chileno, profesor de la Universidad Jesuita de Fairfield, en Estados Unidos explica que: “Toda su poesía es de amor. Aún más, ésa que escribió Otoniel durante su etapa de guerrillero. No hay por ningún lado (por lo menos en sus libros que leí e incluso en el último que es una especie de antología, *Los juguetes sangrantes*, 2005) un poema panfletario ni de odio como motivo recurrente. Y eso me pareció curioso en un país donde la violencia fue tan devastadora. Su poesía, y la que escribe hasta ahora, habla del amor a la mujer, a la amada, amante, hija, y subterráneamente, inconscientemente, al amor que siente por su madre. Siempre es un amor entre melancolía, pasión desmedida y encuentro gozoso de los cuerpos. Compenetración de dos seres para que la soledad quede exterminada para siempre”.

Otoniel Guevara, Quezaltepeque, La Libertad, El Salvador, 1967. Estudió Agronomía y Periodismo en la Universidad de El Salvador. Fundador del Taller Literario Xibalbá, en El Salvador, en 1985, el Mo-

vimiento Poético Mundial, (WPM), gestado en Medellín, Colombia, en 2011. Ha fundado y cofundado diversos festivales internacionales de poesía en Centroamérica, como “El turno del ofendido” en El Salvador, El Festival de Xela, Guatemala, “El turno del disidente” en Honduras y “Ars Amandi”, en Panamá. Fue declarado Gran Maestre de Poesía y su obra literaria es considerada Patrimonio Nacional. Ha sido invitado como poeta, periodista cultural, gestor cultural, conferencista, tallerista y activista político a ciudades de América y Europa. Participó en el documental *La batalla del volcán*, sobre la ofensiva militar guerrillera más importante de la historia de El Salvador. Condujo y produjo el programa de entrevistas televisivas a poetas salvadoreños *Las voces de los poetas* en Canal 10 de Televisión Nacional. Sus poemas han sido musicalizados y puestos en escena en teatro y cine. Tiene publicados alrededor de 40 títulos. En 2024 se le otorgó en Cuba la Distinción CubaPoesía al Mérito Cultural. Es editor del sello editorial Chifurnia Libros.

¿Los perfumes, los sabores, los colores de la niñez asaltan en algún momento su presente?

Debo lidiar constantemente contra mi pérdida de memoria. Al terminar la guerra el ambiente de pronto se me empantanó con algunos dramas inesperados. Las pérdidas, el dolor, la sutil demencia que deja sembrada el horror de la guerra y un luto pésimamente digerido, me orillaron a refugiarme en el olvido. Mi mente respondió muy favorablemente a esa decisión, pero también arrasó con muchos árboles de mi infancia. No obstante, conservo algunas imágenes: a mi abuela preparando tamalitos de elote (que nunca volví a probar con ese sabor), o sus sobadas con vaso de vidrio, vela y moneda cuando, según ella, estaba “empachado”; las noches espionando tras cortinas los capítulos de Barnabas Collins, la lluvia fría e interminable relatándome sus aventuras por montañas y precipicios, la infame impunidad con que me movía en la escuela primaria; pero, sobre todo, me asalta todo lo perdido: la comida hogareña, los pies descalzos encharcados, la belleza de los campesinos

para quienes lo más importante era que sus hijos fueran a la escuela, las casas con las puertas abiertas, las celebraciones despelucadamete multitudinarias de las navidades... Quizás necesite más de este tipo de preguntas para escribir un libro con lo poco que recuerdo.

¿Quiénes son sus padres? ¿Qué aprendió de cada uno?

Mi padre se llamaba Jorge, le amputaron las dos piernas a causa de la diabetes, era “tenedor de libros”, tenía una letra preciosa, de contador, le encantaban las motos Harley Davidson, desplayaba un sentido del humor infamemente negro, nunca perdía la elegancia, era enemigo de la violencia, enamoraba. De él aprendí la discreción, una innegociable discreción; el poder del diálogo y por ende de las palabras, jugar al pókar, el respeto por los débiles, el amor incondicional y el alto valor pedagógico del error. Mi padre era el borracho más bello y simpático de la tierra.

Mi madre se llamaba Hilda, era bellísima. Tenía una letra preciosa, de profesora, método Palmer y eso. Fue mi profesora. Insufrible. Me ponía de ejemplo para castigar a mis compañeros, a los que nunca castigaba. Un metro de madera fue el primer órgano de represión contra el pueblo, que era yo. Ella me dejó hacer, no me cerró jamás la puerta de la excentricidad, tampoco la crucé mucho, pero cuando lo hice fue con fuerza animal.

Gracias a ella el sentido de justicia se me hizo perenne. Gracias a ella le agarré algo de asco a la insensibilidad de la aristocracia, a la que supuestamente pertenecía su familia paterna, los Quezada, levemente fascistas ellos. Gracias a ella, por cierto, me hice fascista, es decir, seguidor del Club Deportivo FAS, donde jugó el Mágico González. Con ella iba a las huelgas de maestros y siempre me preguntaba si había publicado un nuevo libro. Fue mi cómplice en la poesía (a su casa llevé a todos los poetas que pude (Saúl Ibargoyen y Mariluz Suárez, Juan Bañuelos, Eugueni Evtushenko, Miguel Barnet, Claribel Alegría, Aitana Alberti, Jotamario Arbeláez... muchos); me avisaba si habían certámenes literarios para que participara, y me hacía unas limonadas espectaculares. La pasamos mal muchas veces porque ambos fuimos orgullosos y necios.

¿Recuerda algún libro que leyó cuando era niño?

El Principito y las *Rimas* de Bécquer. No entendí muchas cosas, pero las que entendí nunca las olvidé. También leí libros orientales y esotéricos (Madame Blavatsky, Bhaktivedanta Swami Prabhupada, por ejemplo). De esos entendí menos.

¿Cómo fue su etapa de adolescente? ¿Se refugiaba en la escritura, en la lectura, en las reuniones con amigos?

Mi adolescencia la viví en medio de la guerra. Entre encerrado y viendo cadáveres en carreteras y lugares sombríos. No fue muy normal. Nunca fui a fiestas, primero porque no me daban permiso y luego por disciplina clandestina. Lo que sí hice en abundancia fue jugar fútbol, andar en bicicleta y pensar. No leía mucho. Comencé a leer copiosamente a los 15 años. A los 17 ya me habían parido un hijo, entré a la Universidad, me integré a la izquierda armada y había ganado dos certámenes nacionales de poesía. Y fui campeón goleador con mi equipo, el Killer.

Escribía febrilmente, leía indiscriminadamente y me hice de mi primer grupo de amigos (casi hermanos) con los poetas del taller literario Xibalbá, en la Universidad. Ahí también tuve excelentes camaradas entre estudiantes y obreros organizados en la Resistencia Nacional.

Caminé mucho y fui apasionado. A los 22 años era veterano de guerra, con dos cárceles políticas y un exilio de un par de años.

Refugiado estuve en Nicaragua, 1990 y 1991.

¿Quién leyó sus poemas iniciales? ¿Lo alentaron a seguir?

Lo recuerdo nítidamente: Amílcar Colacho y Manuel Quijano. Tendría 16 años. Con Amílcar éramos compañeros en el bachillerato; Manuel estudiaba Letras en la U y él fue mi primer crítico literario.

Después de ganar los dos premios mencionados, tuve la fortuna de ser leído por varios poetas nacionales: Salvador Juárez, Ricardo Cas-torrivas, Rafael Rodríguez Díaz, Joaquín Meza, Matilde Elena López, Francisco Andrés Escobar, Ricardo Lindo y mis compañeros de Xibalbá, entre otros.

Los que fortalecieron mi opción por la poesía fueron los que vertieron los comentarios más ácidos y destructivos. A ellos les debo parte de la inusitada fuerza para lanzarme al vacío con la poesía como único salvavidas.

¿Cómo fue el proceso de escritura de su primer libro? ¿Reunió los poemas que tenía escritos o escribió especialmente para ese libro en particular? ¿Fue difícil encontrar la editorial?

Técnicamente nunca he escrito un libro. Lo mío siempre fue el caos y la espontaneidad. Fue una boba manera de vengarme de los tórridos procesos para publicar en aquella época. Esos libros primeros obedecían más a latidos del corazón que a un plan específico.

Mi primer poemario, por ejemplo, se llamó *El violento hormiguero* y fue una selección antojadiza de muchos poemas de corte político testimonial que a veces rayaban en lo lacónico. Después publiqué algo que inicialmente se llamó *El solar* y que terminó con un nombre más hermoso: *Isla ilegal*. Era un largo poema de amor escrito desde la rabia.

Editorial nunca tuve, mis primeros poemarios los publiqué en mimeógrafos, ultra artesanalmente. 1984 y 1985. Después, para olvidarme de las editoriales, creé las mías. Aprovecho para mencionar a un amigo que fue crucial en la publicación de los primeros libros de algunos de Xibalbá: Rafael Herrera, quien además de poeta era prensista.

Curiosamente, y a pesar de tener una editorial por ya casi 14 años (La Chifurnia) me olvidé por mucho tiempo de publicarme, hasta que en el 2024 me fijé que cumplía 40 años de escribir y retomé un viejo sueño: publicar todos mis libros. Igual no he cumplido la meta: de once que me salen, solo he publicado cuatro, y el tiempo sigue pasando.

¿Cómo vive el proceso de su escritura, toma apuntes, reescribe, anota lo que siente y piensa día a día?

Mi última etapa ha sido de escribir por chorros unas tres o cuatro veces al año. Durante meses trabajo en muchas tareas y se me olvida escribir. Pero un día se abre un agujero en el tiempo y me lo paso completo escribiendo mucho, lo cual sobrevive como anotaciones y embriones para, en otro momento similar, espigar y apartar lo que me parece salvable o publicable. Durante la pandemia inicié un proceso de escrituras que han tomado el camino de cinco libros bien diferenciados. Un día me sentaré a trabajar en todo ese material hasta que dé con lo que verdaderamente viva en ese cúmulo de escritos.

Siempre escribo en la computadora, jamás en un teléfono y he vuelto en los últimos meses a escribir a mano, a lápiz; curiosamente esos garabatos no los he transcrito a la página virtual y andan por ahí, en medio de cientos de papelitos.

¿Ha reescrito algún poema que haya guardado en su adolescencia?

Sí, les he metido lija a algunos escritos, otros los he recompuesto nada más que a partir de un verso o una idea que me pareció que estaba escrita brutalmente burda pero que podía retomarse con otro abordaje y le busqué, ya con más experiencia o descaro, un mejor acomodo. Los resultados me han parecido decorosos.

¿Qué libro le regalaría a alguien que quiera conocer El Salvador?

El Salvador, la tierra y el hombre, de David Browning, *Las historias prohibidas del pulgarcito*, de Roque Dalton y *Cuentos de barro*, de Salarrué. También incluiría *Cuentos de cipotes* del mismo Salarrué, pero dudo que lo entiendan.

Haría un tomo único con esos libros.

¿Qué libro suyo recomendaría a un lector de poesía?

Alguna antología que pueda ser publicada por un editor exigente, no importa que solo tenga siete poemas (De hecho, *Siete poemas* me parece un título muy sugerente).

No recomiendo nada que haya publicado, no quiero ser víctima del genuino desprecio de un buen lector.

¿Tiene algún libro que relea invariablemente a lo largo de su vida?

Los poemas de Vallejo, los cuentos de Wilde, algunos poetas griegos (Kavafis, Elytis, Seferis, Ritsos, Leivaditis), Prevert, Olga Orozco, Gelman, Hikmet, Rosario Castellanos, Dalton.

El libro *Los miserables*.

¿Qué piensa de la inteligencia artificial?

Es una amenaza a la existencia humana. Más peligrosa que la guerra militar porque posee la capacidad de asesinar la conciencia y convertirnos en anónimas bestias de carga o en dudosa materia orgánica. Lo único que puede vencerla es la risa de los niños o los poetas del subsuelo.

¿Las redes sociales lo abruman? ¿Le quitan tiempo? ¿Piensa que anulan la lectura de libros?

Me entretienen. He ahí el riesgo.

La gratificación instantánea, infinita y gratuita perturba la percepción de la más mínima realidad y convierte en polvo metafísico la empatía. Los egos se tornan coprofágicos y se pierde la capacidad de escuchar. No me dejo abrumar, pero sí me roban tiempo valioso, no solo para leer, sino también para otros procesos valiosos como decirle mentiras a las estrellas o insultar a un chichuahua.

Sin dejar de reconocer su insolente poderío informativo.

¿La política o la poesía influyeron en su modo de entender la vida?

No he podido vivir sin ambas. Todo lo que hago es político, y tiene la posibilidad de convertirse en poesía. Ambas esferas me han resultado duramente formativas. Por otra parte, hay situaciones de la vida que genuinamente no entiendo. O no me agrada lo que entiendo.

¿Ha terminado de leer alguna vez un libro que odiaba?

No. Detesto el odio. Y si voy a odiar un libro mejor lo quemo. Soy un pirómano reeducado.

Por otra parte hay muchos libros que amo que aún no termino, o aún no comienzo.

¿Ha realizado trabajos que no le gustaban en absoluto?

No considero trabajo lo que no me agrada hacer. Por supuesto que he hecho decenas de cosas por un salario, por obligación, por resignación, por urgencia, por piedad.

He sido mercancía contra mi voluntad, pero lo confieso riéndome.

¿Sientes nostalgia por el pasado?

Hoy más que nunca.

¿Qué le da miedo?

Quedar ciego, inválido o sin ningún recuerdo. Ser apresado por la dictadura de mi país. Honduras. Perder el control.

Lo que me da pánico es que muera cualquiera de mis hijos. O Karen, mi compañera.

¿Por qué escribe?

Para dar respuestas, para avivar preguntas.

Porque me encanta contrariar a los demás.

11 de agosto de 2025, a cinco años de la muerte de mi madre.

Poemas

Las tersas avenidas de Patricia

cuando besé tus pies

lo hice

para acompañarte en todos los caminos de la tierra

cuando besé tus pechos iracundos

fue

para ser tu hijo único y arrullarme con el abrazo infinito de tu sangre

acaricié tu espalda
para que nadie traicionara tu sueño
de abeja incontenible

apreté fuerte tus nalgas
para salvarte
de caer al vacío

iluminé tu rostro con mis besos
para reconocerte
en las más copiosas oscuridades

y penetré tu sexo
como una semilla que inaugura
su estirpe de humedades

Zoo

Ahí
conversé con especies que jamás me habían dedicado sus aromas.

Me acechó un águila de plumas sospechosas,
un chimpancé me enrostró su melancolía arrinconada,
el legendario tigre se refugió de mi escudriño con sopor resignado
y un niño sin abrigo cuestionó mi abolengo.

Peces, anfibios, aves, mariposas,
simios, reptiles, roedores, osos;
multitud de lenguajes y raíces,
silencios lacerantes,
indecibles tristezas.

En este lugar
fue que dieron inicio los infiernos.

Balada de la puerta abierta de la casa de Dios

tranco la puerta con un hexámetro que rubén darío olvidó en san
miguel
rompo la secreción nebulosa concomitante e ínclita que el día promulga
en el dorso de
las ventanas
salmones y turgentes rapsodias vilipendian el estro en el seno derecho de
la noche
absorbo lubricaciones del faro de la tarde con su músculo azul colgando
en uvas
odorífera senectud ronda la geometría del cardo azucarado prendido en
llamas como si
fuera la última sinfonía del cardumen
alas de poco calibre tornillos estafados por el moho
sermones
los huracanes brincan en un solo pie como niños asustados por su
sombra
los niños brincan en un solo pie como huracanes asustados por su
sombra
alfileres en actitud de amantes perfumados aletean en la playa
cadáveres amnióticos y depurados esperan ser llamados a las puertas del
amor
absurda ley de los galones carnívoros absurda ley de lo constante
yo sé lo que les digo la amenaza es real
tranquen la puerta tranquen el odio tranquen la luz y desnuden esa cruz
rieguen su sangre

Historia de las calles

Para Gabriela Mazatli, sendero infinito

Al principio sólo eran inocentes gramales
que la lluvia trocaba en arcilla.
Pespunteaban breves nidos de piedras, de guijarros anfibios y
brillosos.

Hasta que un día bajaron de un camión los adoquines.
Luego vino el asfalto con sus corbatas sucias.
Desfilaron, marciales, el cemento, la grava, la arenilla.
Se instalaron con luces y señales.
Lo impensable se dio: los aeropuertos.

La idea es conducirnos
a donde otros necesitan llevarnos.

Prefiero galopar sin señales de tránsito
tras la mística luz de las chiltotas;
encender una higuera detrás de las estrellas;
elear las agujas del reloj como si se tratara de gráciles piscuchas;
montarme en los capítulos de un libro
que me transborde
a donde se diseñan astrolabios,
a donde se confiesa un condenado,
a donde unos amantes se despiden.

Las calles más hermosas de mi vida
son las que surgen, limpias, debajo de mis alas.

Yo no

Yo no escribí palabras de tropiezo
ni eché a rodar cábalas de hormigón.

Yo no instauré la luna de los locos
ni ejercité el oficio de estafar.

Yo no puse los pies sobre la tierra,
tampoco fui testigo de mi amor.

Toqué, eso sí, la muerte con los ojos
y desquicié los rayos de la televisión.

Yo no he sido culpable ni inocente;
yo, simplemente, pasaba por ahí.

Yo no quise quererte ni quererme;
yo no vi, no intenté, no concebí.

Y si nadie me cree, yo no estorbo
Y si el mundo se hunde, yo no fui.

De mis legendarias habilidades para los negocios

Vendo pájaros libres y lágrimas infinitas.
Alquilo nubes enanas, por horas y tragaluces.
Tengo en oferta a un niño que anhela sonreír.

Yo
le salgo barato:
un corazón y medio
garantizado para resolver cualquier tristeza.

Y tendrá pájaros que vuelen en los niños
y tragaluces que ladren en su pecho.

Canción estupefacta

¿Qué voy a responder cuando se me interroga
sobre la desaparición del estanque y los nidos?

¿Qué contestar cuando se me cuestione
dónde quedó la sombra del jaguar,
dónde el zumbir del trompo,
dónde la honda ceniza,
los abrazos, adónde?

¿Con qué selva consolar a la lluvia?
¿Con qué ala detener al abismo?

Y cuando me pregunten
por los huesos triturados de mis hermanos
¿En qué niño encontraré sus risas?
¿En qué beso haré temblar sus lágrimas?

¿Qué podré contestar
a la ciega tormenta
de mis propias preguntas?

Defensa de mí mismo

¿De qué puedo escribir, si no poseo nada?

No colecciono tomates en la ardiente mañana.
No me baño en los ríos cenicientos.
No amanezco en la casa de un amigo,
ni siquiera amanezco en una cárcel.

No hay mujeres que riñan por mis noches,
ni fiesta donde añoren mi bullanga.

La policía no conoce mi nombre.

Los taxistas no hacen caso de mi mano.

No califico como ente productivo.

Nadie pregunta por mí en ninguna infancia.

Soy pastor del silencio y el olvido.

No repitan mi nombre, que da náuseas.

Índice

Pío E. Serrano	7
José María Muñoz Quirós	21
Vito Davoli	35
Mía Gallegos	65
Harold Alva	83
Luz Mary Giraldo	99
Nidia Marina González Vásquez	115
Valentín Navarro Viguera	135
Hugo Francisco Rivella	149
Omar Ortiz Forero	167
Giovanna Benedetti	179
Benjamín Chávez	195
Valeria Sandi	209
Homero Carvalho	219
Moisés Mayán	239
Luís Aguiar	261
Patricia Denegri	281
Leonardo Nin	305
Marco Antonio Madrid	327
Lizette Espinosa	341
María Calle Bajo	355
Otoniel Guevara	385

La poesía *que estremece*

ENTREVISTAS A

Pío E. Serrano

José María Muñoz Quirós

Vito Davoli

Mía Gallegos

Harold Alva

Luz Mary Giraldo

Nidia Marina González Vásquez

Valentín Navarro Viguera

Hugo Francisco Rivella

Omar Ortiz Forero

Giovanna Benedetti

Benjamín Chávez

Valeria Sandi

Homero Carvalho

Moisés Mayán

Luís Aguiar

Patricia Denegri

Leonardo Nin

Marco Antonio Madrid

Lizette Espinosa

Maria Calle Bajo

Otoniel Guevara



Petruvska Simne, escritora y periodista venezolano-balcánica, residente en Génova, dirigió una página de libros en el diario *El Nacional* y es autora, entre otros títulos, de *Periodistas en su tinta*, una recopilación de crónicas. *Periodistas en la mira* y ¿Por qué escriben los escritores?

